

El himno de la perla

¿Y si hubieras olvidado para qué estás aquí?

Fernando Salinero

© 2026 Fernando Salinero
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida en modo alguno ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Primera edición: 2026
ISBN:
Depósito legal:

contacto@fernandosalinero.es

www.fernandosalinero.es



La promesa

Cuando sonó el teléfono, María escuchó al otro lado una voz que conocía desde que apenas sabía pronunciar palabras.

—¡¡Hola, Tita!!

Respondió cantando el cumpleaños feliz con un entusiasmo muy superior a sus facultades musicales. Todo lo que le faltaba de entonación le sobraba de amor.

—¡Dieciséis años! —celebró al terminar—. No me lo puedo creer.

—Pues créetelo.

—Si todavía recuerdo cuando eras un bebé y te tenía aquí...

María hizo el gesto absurdo de juntar los brazos contra el pecho, aunque Estela no pudiera verla. Habían recordado aquella escena tantas veces que ambas podían imaginarla. Durante unos segundos el teléfono dejó de importar.

—Tita...

María reconoció inmediatamente aquel tono.

—¿Qué quieres?

—Tienes que cumplir tu promesa.

—¿Cuál de todas? Porque debo de tener ya una deuda importante contigo.

—La de Nurveya.

María dejó de sonreír. No completamente. Sólo lo suficiente.

—¿Qué pasa con Nurveya?

—Me prometiste que cuando cumpliera dieciséis años me contarías la historia entera.

—Pero si te la sabes de memoria.

—No. Me sé la que me contabas cuando era pequeña. Tú misma decías que no era la verdadera.

—Nunca dije que no fuera verdadera.

—Tita...

—Dije que no estaba completa.

—Pues eso. Ahora quiero la completa.

María miró hacia el escritorio.

—¿Y por qué ahora?

—Porque ya tengo dieciséis años.

—Eso no responde a mi pregunta.

Estela guardó silencio.

—No sé. Llevo varios días acordándome de ella. De la Perla, de las montañas, de Nurveya... No sé por qué. Y esta mañana, nada más despertarme, he pensado: hoy me la tiene que contar.

María continuó mirando el escritorio.

—Además —añadió Estela—, siempre decías que era una historia mágica.

—Lo es.

—¿Y eso qué significa?

María tardó unos segundos en responder.

—Que nunca cuenta la misma historia dos veces.

—Pero si la historia es la misma...

—La historia sí.

—Entonces no lo entiendo.

María sonrió.

—Quien la escucha no. Las historias mágicas son las que cuando se escuchan, entran dentro de ti y hacen vibrar tu corazón de una forma extraña, como si algo de tu interior las conociera, y te animan a hacer grandes cosas. Esa vibración comienza a cambiar todo tu mundo y tu vida, pero no sabes en qué dirección.

Hubo otro silencio.

—Pues quiero escucharla. Me arriesgaré.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—No sé si te gustará tanto como la que recuerdas.

—¿Por qué?

—Porque las historias para niños suelen terminar cuando el príncipe consigue lo que quiere.

—¿Y ésta no?

María volvió los ojos hacia el escritorio.

—Esta empieza precisamente ahí.

Estela guardó silencio unos segundos.

—Ahora quiero conocerla todavía más.

María rio.

—Déjame pensarlo.

—¡No hay nada que pensar! Me lo prometiste.

—Y cumpliré mi promesa.

—¿Cuándo?

—Mañana te contesto.

—Tita...

—Mañana.

—Vale.

—Feliz cumpleaños, pequeña.

—Ya no soy pequeña.

María sonrió.

—Eso también tendrás que descubrirlo.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Colgaron.

María permaneció con el teléfono entre las manos.

Después abrió el cajón de su escritorio.

Retiró unas carpetas y presionó el pequeño resorte oculto en uno de los laterales. El falso fondo se levantó unos centímetros.

Debajo descansaba un envoltorio de seda azafrán.

No necesitó abrirlo.

Sabía perfectamente lo que contenía.

Hacía muchos años que aquel libro había llegado a sus manos.

Y muchos más desde que alguien, en algún lugar, había escrito en su primera página:

El Himno de la Perla.

María pasó los dedos por la seda sin desenvolverla. Había prometido entregar aquella historia cuando llegara el momento. El problema era que nadie le había explicado nunca cómo reconocerlo. Y después de muchos años tuvo la sensación de que quizá el libro acababa de hacerlo por ella.



El respeto hacia la magia

María había conocido a aquella mujer muchos años atrás. Nunca consiguió recordar quién la había llevado a la fiesta.

Era una de esas reuniones de verano que empiezan con demasiada gente y terminan con unos pocos alrededor de una hoguera, cuando el alcohol, el cansancio y la madrugada han ido separando a quienes quieren seguir divirtiéndose de quienes, sin saber por qué, empiezan a hablar de cosas que nunca cuentan durante el día.

La mujer era menuda. No parecía joven ni vieja. Tenía uno de esos rostros a los que resulta difícil asignar una edad porque los años parecen haber pasado por ellos sin conseguir explicar demasiado.

Hablaron durante horas. María le contó cosas que no tenía previsto contarle. Su búsqueda. Los libros. Los maestros. Las épocas en las que había creído encontrar respuestas y aquellas otras en las que todas las respuestas anteriores se habían derrumbado.

En algún momento, la mujer preguntó:

—¿Sigues buscando?

María contempló el fuego.

—Creo que no sé hacer otra cosa.

—Eso puede ser una virtud o una condena.

La respuesta la sorprendió. Esperaba alguna frase amable sobre la importancia de buscar.

—¿Por qué?

—Porque también podemos utilizar la búsqueda para no encontrar nunca.

María levantó la mirada. La mujer sonrió.

—Perdona. A cierta edad una empieza a decir cosas que nadie le ha preguntado.

—No. Continúa.

Pero no continuó. Se limitó a contemplar el fuego. Después de un largo silencio preguntó:

—¿Quieres ver algo?

Se levantó. María la siguió hasta la casa. Entraron en una habitación pequeña. La mujer cerró la puerta, abrió su maleta y apartó varias prendas. En el fondo había un envoltorio de seda de color azafrán.

Lo desenvolvió. Apareció un libro.

Las tapas eran de madera oscurecida, protegidas en los extremos por piezas de metal desgastadas. Un pequeño broche mantenía unido un volumen que parecía haber sobrevivido a demasiadas manos y demasiados años.

—¿Qué es?

La mujer acarició la cubierta antes de responder.

—Una historia.

—Parece algo más que una historia.

—Ese es uno de nuestros problemas —sonrió—. Siempre queremos que las cosas sean algo más.

Abrió el broche. Las primeras páginas estaban cubiertas por una escritura que María no reconoció.

—¿En qué idioma está?

—El manuscrito que recibí estaba escrito en una antigua lengua siríaca. Durante años trabajé en su traducción. Sacó de la maleta otro volumen mucho menos antiguo.

—Aquí está.

María pasó algunas páginas.

—¿Cómo se titula?

La mujer señaló las primeras palabras.

—El Himno de la Perla.

María levantó los ojos.

—¿El de los *Hechos de Tomás*?

La mujer sonrió ligeramente.

—Tal vez.

—¿Tal vez?

—Existe un Himno de la Perla en los *Hechos de Tomás*. Esto cuenta una historia mucho más extensa. Quien me lo entregó aseguraba que aquella era sólo una versión reducida de ésta.

—¿Y tú lo crees?

La mujer se encogió de hombros.

—Hace años necesitaba saberlo. Ahora ya no.

Aquella respuesta desconcertó todavía más a María.

—Entonces ¿por qué lo conservas así?

—Porque una cosa no necesita ser antigua para ser verdadera.

Cerró el libro.

—Quiero que te lo lleves.

María creyó haber entendido mal.

—¿Yo?

—Tú.

—Pero acabamos de conocernos.

—Precisamente por eso no tengo demasiados motivos para engañarte.

—¿Y por qué quieres dármelo?

La mujer tardó en responder.

—Porque ha llegado el momento de que deje de ser mío.

María miró nuevamente el manuscrito.

—No entiendo nada.

—No necesitas entenderlo esta noche.

Le tendió los dos volúmenes. María no los cogió.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Leer.

—¿Sólo eso?

—¿Te parece poco?

María terminó por aceptar los libros. Pesaban más de lo que había imaginado.

—Dentro de un mes volveré a buscarte. Si no significan nada para ti, me los devolverás y no habrá ocurrido nada.

—¿Y si significan algo?

—Entonces hablaremos.

María sostuvo el manuscrito con ambas manos.

—Hay tres cosas que debes saber.

Ahora sí la mujer parecía seria.

—La primera: no intentes convencer a nadie de lo que encuentres aquí. Una historia que llega antes de tiempo sólo es otra historia.

María asintió.

—La segunda: tampoco la escondas. Si alguna vez sientes que alguien necesita escucharla, cuéntasela. No poseemos aquello que recibimos. Sólo lo conservamos durante un tramo del camino.

Guardó silencio antes de continuar.

—Y la tercera: nunca la conviertas en moneda.

—¿Moneda?

—Dinero, prestigio, favores, poder... da igual la forma. Si alguna vez descubres algo verdadero aquí dentro, no será tuyo. Por tanto, tampoco tendrás derecho a venderlo.

María miró el libro.

—¿Y cómo sabré a quién entregárselo algún día?

La mujer sonrió.

—No lo sé.

Aquella respuesta la desconcertó.

—¿No lo sabes?

—No.

—Entonces, ¿cómo has sabido que debías dármelo a mí?

La mujer contempló durante unos segundos el manuscrito que ya descansaba entre las manos de María.

—Tampoco estoy segura.

Y añadió:

—Quizá por eso ha llegado el momento de entregarlo.

Muchos años después, María continuaba sin saber si aquella mujer había acertado. Había leído el libro incontables veces. Y tenía la extraña impresión de no haber leído nunca dos veces la misma historia.

Cuando Estela era pequeña le había contado algunas partes. Había convertido a Nurveya en un príncipe aventurero, a Oniria en una ciudad fantástica y a la Perla en un tesoro que había que recuperar.

Había omitido muchas cosas. No porque fueran terribles. Porque todavía no eran necesarias. Y le había hecho una promesa:

—Cuando cumplas dieciséis años, si todavía quieres conocerla, te contaré la historia completa.

Ahora Estela había llamado. María volvió a abrir el falso fondo del cajón. Esta vez retiró la seda. Abrió el broche. Durante unos instantes permaneció contemplando la primera página.

Después cogió el teléfono.

—¿Estela?

—¡Tita! ¿Ya lo has pensado?

—Sí.

—¿Y?

María acarició las primeras palabras del manuscrito.

—Mañana empezamos.

Nurveya

María abrió el manuscrito. Durante unos segundos no habló. Estela permaneció al otro lado del teléfono, esperando. Y entonces comenzó a leer.

La mañana en que llamaron a Nurveya, las campanas del Reino de los Siete Valles sonaron de una forma que nadie podía confundir. No anunciaban una muerte. Tampoco una fiesta. Anunciaban que alguien había sido elegido. Nurveya las escuchó desde su casa.

Primero una. Después otra. Finalmente todas. Permaneció inmóvil.

Había esperado aquel momento durante años y, sin embargo, cuando llegó descubrió que esperar algo no prepara necesariamente para vivirlo.

Salió a la calle. Algunas personas ya lo miraban. Un amigo se acercó.

—Parece que te toca.

Nurveya sonrió sin conseguir ocultar el miedo.

—Eso parece.

Se vistió con sus mejores ropas y emprendió la subida hacia el palacio.

El Reino de los Siete Valles vivía protegido por montañas que parecían haberse levantado precisamente para ocultarlo. Más allá de sus límites, las cumbres del Himalaya formaban una muralla de hielo y viento. Una franja permanente de nubes

ocultaba los pasos, desorientaba a los viajeros y hacía imposible imaginar que detrás pudiera existir un lugar habitado.

En las poblaciones de las laderas se contaban historias. Hombres y mujeres que descendían alguna vez de las nubes. Viajeros extraños. Sabios. Locos. Mensajeros. Personas que pronunciaban palabras difíciles de comprender y después desaparecían de nuevo entre las montañas.

Nadie sabía cuánto había de verdad en aquellas leyendas. Quizá por eso sobrevivían.

Nurveya había crecido escuchándolas desde el otro lado. Para él, el mundo misterioso era precisamente el que se extendía más allá de las nubes.

Los guardias lo esperaban en la puerta del palacio. No le hicieron ninguna pregunta. Uno de ellos se limitó a inclinar ligeramente la cabeza.

—Te esperan.

Nurveya atravesó el edificio. Conocía aquel lugar, pero aquel día parecía distinto. Quizá porque sintió que no había acudido como ciudadano.

Lo condujeron hasta el gran salón.

Las paredes de piedra ascendían hasta una bóveda cubierta por vidrieras. La luz atravesaba los cristales y proyectaba figuras cambiantes sobre el suelo: estrellas, animales, constelaciones, geometrías que parecían pertenecer a algún mapa cuyo significado Nurveya nunca había entendido.

El rey Amadeus apareció acompañado de la reina. Nurveya inclinó la cabeza.

—Bienvenido.

La voz del rey sonó menos solemne de lo que había imaginado.

—Gracias, Majestad.

Amadeus lo observó durante unos instantes.

—Supongo que sabes por qué estás aquí.

Nurveya respiró.

—Creo que sí.

—Entonces seguramente te equivocas.

La reina sonrió. Nurveya levantó la mirada sorprendido.

—Ven.

Amadeus atravesó una pequeña puerta lateral. Al otro lado había un jardín. Mucho más pequeño de lo que Nurveya esperaba encontrar junto al salón del trono.

En su centro crecía un árbol. No parecía especialmente grande. Pero algo en él obligaba a detenerse. Sus ramas se abrían en todas direcciones y muchas terminaban en pequeños aros naturales formados por la propia madera.

Sobre algunos descansaban perlas. Cientos. Quizá miles. Cada una reflejaba la luz de una manera distinta. Había ramas robustas y llenas de hojas. Otras estaban secas. Algunas terminaban en un aro vacío.

Amadeus se acercó a una de ellas.

Era joven. Todavía flexible. En su extremo había comenzado a formarse el pequeño círculo. Pero no había Perla.

—Ésta es la tuya.

Nurveya lo miró.

Después miró la rama.

—No entiendo.

—Eso también forma parte de la cuestión.

Amadeus sonrió.

—Si todo fuera comprensible antes de empezar, no habría viaje.

Nurveya volvió a contemplar el aro vacío.

—¿Tengo que conseguir una Perla?

—Sí.

—¿Dónde?

El rey señaló hacia las montañas.

—Más allá de las nubes.

Nurveya sintió una mezcla inmediata de miedo y fascinación.

—¿En qué lugar?

—En una ciudad llamada Oniria.

El nombre no significó nada para él.

—Allí existe una Perla custodiada por una serpiente que, según dicen, nunca duerme.

Nurveya esperó una sonrisa que indicara que era una metáfora. No llegó.

—¿Y tengo que quitársela?

—Tienes que regresar con la Perla.

Nurveya volvió a mirar la rama.

—¿Y eso me convertirá en rey?

Amadeus no respondió inmediatamente.

—Eso demostraría que has regresado.

—No es exactamente lo mismo.

—No.

La respuesta inquietó a Nurveya.

El rey se desprendió entonces de la capa púrpura que llevaba sobre los hombros.

—Póntela.

Nurveya dudó.

—¿Ahora?

—Ahora.

La tomó. Al principio sintió una emoción difícil de controlar. La tela cayó sobre sus hombros y, casi involuntariamente, se irguió.

Por un instante imaginó cómo se vería desde fuera. Rey. Sintió orgullo.

Después ocurrió algo extraño. La capa comenzó a pesar. No mucho. Sólo lo suficiente para obligarlo a recolocar los hombros. Después un poco más.

Nurveya intentó mantener la postura. La presión aumentó. Sintió que el pecho se cerraba. Las piernas comenzaron a temblar.

Miró al rey. Amadeus no hizo nada. Nurveya intentó resistir.

Unos segundos después tuvo que apoyar una mano sobre una silla.

—No puedo.

Amadeus retiró la capa. El alivio fue inmediato. Nurveya respiró profundamente.

—¿Qué era eso?

—Una capa.

Nurveya lo miró irritado. La reina tuvo que contener una sonrisa.

—El problema —continuó Amadeus— es todo lo que pusiste encima de ella mientras la llevabas.

Nurveya quedó callado.

—Poder. Responsabilidad. Imagen. Miedo. Expectativas. La necesidad de estar a la altura.

Amadeus volvió a colocarse la capa. Parecía no pesarle.

—No es la tela lo que aplasta.

Nurveya miró sus hombros.

—Entonces no estoy preparado.

—Claro que no.

La respuesta fue tan inmediata que lo sorprendió.

—Por eso estás aquí.

Amadeus comenzó a caminar lentamente por el jardín.

—Creemos que un rey debe saber mandar.

Es una idea bastante pobre. Mandar puede aprenderlo casi cualquiera que disponga de suficiente poder. Lo difícil es otra cosa. Nurveya lo siguió.

—¿Qué?

—Descubrir qué parte de ti no debería mandar nunca.

Nurveya guardó silencio.

—No puedo enseñarte eso.

Ni la reina. Ni ningún maestro. Podemos darte consejos. Advertencias. Incluso conocimientos. Pero llegará un momento en que tendrás que decidir sin nosotros.

—¿Y la Perla sirve para aprenderlo?

Amadeus miró hacia el árbol.

—El viaje sirve.

Nurveya empezó a comprender que las respuestas del rey iban a ser menos concretas de lo que deseaba.

—¿Cuánto tiempo durará?

—No lo sé.

—¿Qué peligros encontraré?

—No lo sé.

—¿Qué tengo que hacer cuando llegue a Oniria?

—Eso tendrás que descubrirlo.

Nurveya resopló.

—No parece que sepáis demasiado de la misión que queréis encomendarme.

Amadeus rio.

—Sabemos lo suficiente para no estropeártela.

Caminaron hasta otra rama. Estaba seca. En su extremo permanecía un aro vacío.

—¿Qué ocurrió aquí?

—No regresó.

Nurveya miró las demás. Reparó realmente en cuántas estaban muertas.

—¿Todos ellos fueron enviados a buscar una Perla?

—Sí.

—¿Y fracasaron?

Amadeus contempló la rama.

—No sé si ésa es la palabra.

Nurveya lo miró.

—Si no trajeron la Perla...

—Entonces no trajeron la Perla. Nada más.

La respuesta lo desconcertó.

—Algunos murieron. Otros decidieron quedarse. De algunos nunca volvimos a saber nada.

—¿Y qué ocurre con ellos?

—Su camino continúa dondequiera que estén.

—Pero la rama muere.

—Sí.

Nurveya recorrió el árbol con la mirada. Las ramas secas eran muchas más que las que sostenían una Perla. Sintió vértigo.

—No creo que pueda hacerlo.

Amadeus sonrió.

—Eso ya te coloca por delante de quien piensa que puede.

Regresaron hacia el palacio. Nurveya caminaba en silencio.

Durante toda su vida había trabajado para estar preparado. Había estudiado. Había fortalecido el cuerpo. Había aprendido historia, gobierno, filosofía, estrategia. Había querido ser digno de aquel momento.

Y ahora que había llegado, comprendía que todo aquello quizá no sirviera para lo que tenía delante.

—¿Tengo que decidir ahora?

—No.

Amadeus abrió la puerta.

—Antes quiero que hables con alguien.

—¿Quién?

—El Maestro del Viaje.

Nurveya sintió cierta esperanza.

Por fin alguien que quizá pudiera explicarle algo con claridad.

—¿Él ha estado en Oniria?

Amadeus sonrió.

—Pregúntaselo.

Nurveya se detuvo antes de salir del jardín. Miró una vez más su rama. Vacía.

No vio en ella una promesa. Vio una pregunta. Y quizá eso fue lo que más miedo le dio.

María dejó de leer. Al otro lado del teléfono Estela permaneció en silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Pensé que se había cortado.

—No. Estaba mirando el árbol.

María sonrió.

—No puedes verlo.

—Ya lo sé.

Hubo una pausa.

—Tita...

—¿Qué?

—¿Quién es el Maestro del Viaje?

María cerró el libro.

—Mañana.

—¡No!

—Mañana.

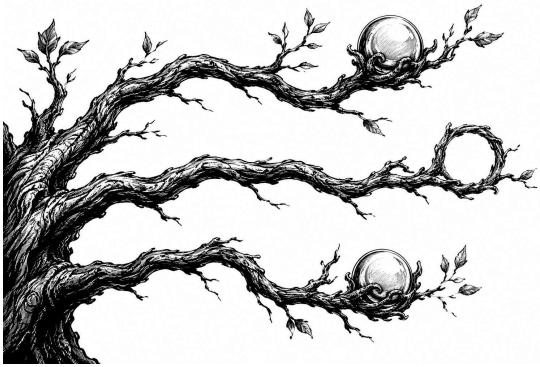
—Eso es trampa.

—También tendrás que acostumbrarte.

Estela protestó mientras María reía. Después se despidieron.

Cuando colgó, María dejó la mano sobre la cubierta del manuscrito. Recordaba perfectamente la primera vez que había leído aquel capítulo. Entonces también había pensado que la historia trataba de conseguir una Perla.

Habían tenido que pasar muchos años para que empezara a sospechar que quizá nunca había tratado de eso.



El Maestro del Viaje

Nurveya salió del palacio procurando que nadie reparase en él.

Había subido aquella mañana imaginando posibilidades y descendía mirando al suelo, como si acabara de cometer alguna torpeza que todo el reino pudiera conocer con sólo verle la cara. La capa ya no pesaba sobre sus hombros, pero seguía sintiéndola.

Aquello era lo peor.

Había deseado durante años que llegara ese momento. Había estudiado, entrenado su cuerpo, aprendido cuanto había podido, observado a quienes gobernaban y fantaseado alguna vez con que quizá él también estuviera destinado a algo extraordinario.

Y cuando la oportunidad había llegado, una simple capa había bastado para mostrarle la distancia entre el hombre que era y el que había imaginado ser.

Quería volver a casa. Cerrar la puerta. Dormir. Esperar que al despertar todo aquello volviera a ser una posibilidad lejana.

Entonces recordó las últimas palabras del rey:

—Antes de decidir, habla con el Maestro del Viaje.

Se detuvo. No conocía personalmente a nadie que hubiera hablado con él. Sabía, como todos en los Siete Valles, que vivía en algún lugar de las montañas, apartado de las poblaciones. Unos decían que era un sabio; otros, un ermitaño; algunos aseguraban que había preparado a varios de los que partieron en busca de su Perla.

Nurveya miró hacia las cumbres. Después miró hacia su casa. Y cambió de dirección. Al menos quería saber a qué estaba renunciando.

A medida que ascendía, el reino fue desapareciendo. Primero dejaron de escucharse las voces. Después los caminos se estrecharon. Más arriba desaparecieron las casas y sólo quedaron árboles, piedra, agua y el rumor del viento atravesando las ramas.

Se detuvo junto a un arroyo. Desde allí apenas podía distinguir el palacio. Todo aquello que unos minutos antes había parecido ocupar el mundo entero cabía ahora entre dos montañas.

Se agachó y bebió. El agua estaba tan fría que le dolieron los dientes.

—Bebe despacio.

Nurveya se volvió sobresaltado. A pocos pasos había un joven. Parecía de su edad, quizá incluso menor. Vestía con tanta sencillez que Nurveya pensó que sería algún pastor de las montañas.

—No te he oído llegar.

—No estaba intentando hacer ruido.

El muchacho sonrió. Nurveya volvió a beber, esta vez más despacio.

—Estoy buscando al Maestro del Viaje. ¿Sabes dónde vive?

—Sí.

—¿Está muy lejos?

El joven señaló una sucesión de montañas hacia el este.

—¿Ves aquella cumbre partida?

Nurveya asintió.

—Más allá.

—¿Más allá?

—En un bosque de castaños.

Nurveya calculó la distancia.

—No llegaré antes de mañana.

El muchacho volvió a sonreír.

—Entonces será mejor que empieces a caminar.

Nurveya lo miró molesto.

—No llevo comida, ni ropa para pasar la noche, ni...

Se interrumpió. El joven seguía mirándolo.

—¿Qué?

—Nada.

—No. Dilo.

—Me ha resultado curioso.

—¿El qué?

—Que estés buscando al Maestro del Viaje y lo primero que te preocupe sea caminar.

Nurveya sintió cómo le subía el calor al rostro. Aquel desconocido había puesto el dedo exactamente donde más dolía.

—No sabes qué viaje me están proponiendo.

—Es verdad.

—Entonces no deberías juzgarme.

—Tampoco te he juzgado.

Y continuó caminando junto al arroyo. Nurveya permaneció quieto unos segundos.

—¡Espera!

El muchacho se volvió.

—¿Tú vas hacia allí?

—No especialmente.

—¿Y hacia dónde vas?

Se encogió de hombros.

—Ahora, hacia donde tú.

Aquella respuesta le desconcertó. Comenzaron a caminar juntos. Durante un rato ninguno dijo nada.

—Me han propuesto hacer un viaje —terminó confesando Nurveya.

—Eso había imaginado.

—Uno del que quizá no regrese.

El joven siguió caminando.

—También puedes no hacerlo.

—Ya lo sé.

—Entonces no veo el problema.

Nurveya se detuvo.

—¿Cómo que no ves el problema?

El muchacho también se detuvo.

—Si no quieres ir, no vayas.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué?

Nurveya abrió la boca y no encontró una respuesta inmediata.

—Porque... me han elegido.

—Eso explica por qué te lo han propuesto. No por qué deberías aceptar.

Continuaron andando. Nurveya comenzaba a irritarse con aquella manera de hablar y, al mismo tiempo, sentía una curiosidad creciente.

—Si lo consiguiera podría llegar a ser rey.

El muchacho lo miró con verdadero interés, como si se activara algo.

—Ah.

Sólo dijo eso.

—¿Qué significa «ah»?

—Nada. Sigue.

—No hay mucho más. Para llegar a estar preparado tendría que encontrar una Perla. Una Perla custodiada por una serpiente que nunca duerme.

—Y quieres conseguirla.

—No sé si quiero. Ese es precisamente el problema.

—¿Quieres ser rey?

Nurveya tardó en responder.

—Algún día... sí.

Decirlo en voz alta le produjo una extraña vergüenza.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Por qué quieres ser rey.

—Para servir a mi reino. Para hacer las cosas bien. Para...

Calló. El joven esperó. Nurveya sintió que las palabras que acudían a su boca eran demasiado perfectas.

—Y supongo que también porque me gustaría demostrar que puedo hacerlo.

El muchacho sonrió.

—Eso parece más interesante.

—¿Qué tiene de interesante?

—Que probablemente sea verdad.

Nurveya lo miró con desconfianza.

—¿Quién eres?

—Me llaman Babaji.

Nurveya se detuvo.

—¿Babaji?

—Sí.

—¿El Maestro del Viaje?

El joven se encogió ligeramente de hombros.

—La gente necesita poner nombre a las cosas.

Nurveya lo examinó de arriba abajo.

—Pero si eres casi de mi edad.

Babaji rio.

—También eso es poner nombre a las cosas.

—¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes.

Y siguió caminando. Nurveya tuvo que acelerar para alcanzarlo.

La cabaña apareció algunas horas después entre los árboles. No había nada extraordinario en ella. Un tejado de madera, una pequeña chimenea, unos troncos cortados y un banco orientado hacia el valle.

Nurveya esperaba otra cosa. Quizá libros, símbolos, objetos desconocidos. No había nada.

Babaji se sentó en el banco.

—Ahora ya puedes preguntarme.

Nurveya permaneció de pie.

Había imaginado tantas preguntas durante el camino que de repente no sabía por cuál empezar.

—¿Estoy preparado?

—No.

La respuesta le cayó como una piedra.

—Entonces ya está.

—¿Qué está?

—No debo ir.

—Yo no he dicho eso.

—Acabas de decirme que no estoy preparado.

—Lo estás para empezar. No para terminar.

Nurveya frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Si estuvieras preparado para terminar el viaje, no necesitarías hacerlo.

Aquella frase le dejó en silencio.

Babaji señaló el banco.

—Siéntate.

Nurveya obedeció.

Durante un rato contemplaron las montañas.

—¿Has hecho tú ese viaje?

Babaji sonrió.

—¿Cambiaría algo mi respuesta?

—Muchísimo.

—Entonces todavía no te conviene conocerla.

Nurveya comenzaba a comprender que conversar con aquel hombre era caminar por un sendero en el que nunca sabía dónde iba a apoyar el siguiente pie.

—¿Qué hay más allá de las nubes?

—Un mundo.

—Eso ya lo sé.

—Entonces ¿por qué preguntas?

Nurveya resopló. Babaji rio.

—Quieres que te quite el miedo.

—Sí.

—No puedo.

—Pues vaya Maestro del Viaje.

—Puedo ayudarte a comprenderlo. Quitártelo sería robarte una parte del viaje.

Nurveya miró hacia las nubes que cubrían las cumbres.

—¿Y Oniria?

Babaji dejó de sonreír.

—¿Qué sabes de ella?

—Muy poco. Que es una ciudad inmensa. Que allí está la Perla.

—Es suficiente.

—¿Quién la gobierna?

—Un hombre llamado Demiurgo.

—He oído ese nombre.

—Mucha gente lo ha oído.

—¿Es peligroso?

Babaji tardó unos segundos.

—Los hombres no son tan fáciles de resumir.

—¿Es bueno o malo?

—Tampoco tú eres tan fácil de resumir.

Nurveya se quedó callado.

—¿Y la serpiente?

—Existe.

—¿Cómo se la vence?

—No lo sé.

Nurveya lo miró incrédulo.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿Entonces qué clase de Maestro del Viaje eres?

Babaji volvió a reír.

—Uno bastante malo, por lo que parece.

Nurveya terminó riéndose también. Era absurdo. Había subido a aquellas montañas buscando respuestas y cada respuesta parecía quitarle algo que creía saber.

—Entonces dime al menos qué tengo que hacer.

Babaji se volvió hacia él.

—¿Por qué quieres ir?

—Ya te lo he dicho.

—Me has dicho lo que puedes conseguir.

Nurveya guardó silencio.

—Quiero encontrar la Perla.

—Eso es lo que tienes que hacer.

—Quiero demostrar que puedo.

—Eso es algo que quieres conseguir de ti mismo.

Nurveya comenzó a sentirse incómodo.

—Quiero ser rey.

—Eso es lo que quizá ocurra después.

Babaji esperó.

—Te he preguntado por qué quieres ir.

Nurveya miró las montañas. Buscó una respuesta. No apareció.

—No lo sé.

Babaji asintió lentamente.

—Ahora podemos empezar.

Hablaron durante horas. O quizá no hablaron tanto.

Años después Nurveya no recordaría muchas de las cosas que se dijeron aquella tarde. Recordaría, en cambio, los silencios. El sonido del agua. El viento entre los castaños. La extraña sensación de que aquel hombre no pretendía convencerlo de nada.

Babaji no le dijo que debía partir. Tampoco que debía quedarse. No le prometió que vencería a la serpiente. No le aseguró que regresaría.

Cuando el sol comenzó a caer, Nurveya se levantó.

—Creo que voy a ir.

Babaji asintió.

—¿No vas a preguntarme por qué?

—¿Lo sabes?

Nurveya sonrió.

—No.

—Entonces ya tienes algo que descubrir.

Emprendieron juntos una parte del camino de regreso.

Cuando llegaron al lugar donde debían separarse, Babaji lo abrazó. Después puso las manos sobre sus hombros.

—Nurveya.

—¿Sí?

—Si finalmente partes, recuerda tres cosas.

Nurveya esperó.

—No olvides .

Frunció el ceño.

—¿Cómo voy a olvidar quién soy?

Babaji no respondió.

—No olvides para qué vas.

—A buscar la Perla.

Babaji siguió mirándolo.

—Y, si algún día llegas a tenerla en tus manos, no olvides que debes volver.

Nurveya soltó una pequeña carcajada.

—Eso parece lo más fácil de todo.

Babaji no rio. Nurveya sintió algo extraño al verlo tan serio.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Esperaba algún secreto.

—Los secretos importantes suelen parecer demasiado sencillos cuando todavía no los necesitamos.

Nurveya comenzó a descender. Había avanzado unos metros cuando se volvió.

—¡Babaji!

El maestro seguía allí.

—¿Y si algún día necesito encontrarte?

—Llámame.

—¿Desde Oniria?

—Desde donde estés.

—¿Y cómo sabrás que te llamo?

Babaji sonrió.

—Buen viaje, Nurveya.

Y se internó entre los árboles.

El rey Amadeus lo recibió aquella misma tarde. Nurveya ya no tenía la seguridad con la que había subido al palacio el día anterior. Tampoco llevaba la derrota con la que había salido.

Era otra cosa. Miedo, seguramente. Pero debajo del miedo había aparecido una pequeña llama.

—¿Has tomado una decisión?

Nurveya miró al rey. Después miró hacia el jardín donde una rama del Árbol de las Perlas continuaba creciendo con un círculo vacío en su extremo.

—Sí.

Respiró.

—Haré el viaje.

El rey no celebró.

—¿Estás seguro?

Nurveya negó lentamente.

—No.

Amadeus sonrió. Aquella respuesta le hizo pensar que podían haber elegido bien.

La reina preparó para él un pequeño hato con riquezas suficientes para comenzar el viaje: oro de Bet 'Elayye, plata de la gran Gazak, rubíes de la India y ágatas de Kushán.

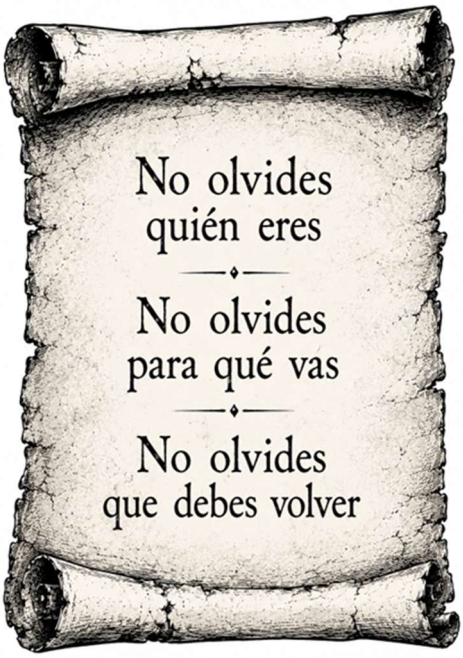
Nurveya lo sostuvo entre las manos. Era extraño. Todo cuanto necesitaba para comenzar una nueva vida cabía en un pequeño equipaje.

Antes de partir volvió a mirar la rama. Vacía. Pensó en la serpiente. En Demiurgo. En Oniria. En la Perla.

Y durante unos segundos recordó las tres recomendaciones de Babaji. Le parecieron tan evidentes que no creyó necesario repetirlas.

Después emprendió el camino.

Todavía no sabía que **lo primero que perdería en Oniria sería precisamente aquello que estaba seguro de no poder olvidar.**



El inicio del viaje

Nurveya partió antes del amanecer. No hubo ceremonia. Ni discursos. Ni una multitud despidiéndolo. Quizá porque en el Reino de los Siete Valles los grandes viajes se respetaban demasiado como para convertirlos en espectáculo.

Dos guías lo esperaban junto al inicio del sendero. Llevaban cuerdas, herramientas para el hielo y aquella tranquilidad de quienes han repetido tantas veces un peligro que ya no necesitan hablar de él.

Nurveya volvió la mirada. Las primeras luces comenzaban a dibujar los tejados. En algún lugar estaba su casa. Más arriba, el palacio. Y en uno de sus jardines, una rama continuaba creciendo alrededor de un círculo vacío. La Perla.

Pensó en Babaji.

No olvides quién eres. Sintió ganas de reír.

No olvides para qué vas. Aquello era todavía más evidente.

Y recuerda que tienes que volver. Ajustó el pequeño equipaje sobre su espalda.

—Vamos.

La entrada en las nubes fue rápida. Primero una neblina. Después una humedad densa. Finalmente, nada. El mundo desapareció. Nurveya no veía más allá de unos pasos. El cielo, las montañas y los valles quedaron reducidos a una misma claridad blanca.

Los guías lo encordaron entre ellos.

—A partir de aquí pisa donde pisemos.

Nurveya obedeció.

Avanzaban sobre placas de hielo en las que no quedaba huella suficiente para reconocer un camino. A veces ascendían. Otras descendían. En algunos momentos Nurveya hubiera jurado que estaban regresando hacia el mismo lugar.

No había referencias. Eso fue lo que más le inquietó. Estaba acostumbrado a saber dónde se encontraba. A calcular. Orientarse. Decidir. Allí tenía que confiar.

Un paso. Después otro. Nada más. Durante horas no existió más mundo que la cuerda que lo unía a quienes caminaban delante.

Hasta que comenzó a aparecer una luz diferente. Primero azul. Después dorada. Y las nubes se abrieron.

Nurveya se detuvo. Al otro lado existía el mundo.

Los valles descendían hasta perderse en la distancia. Bosques. Ríos. Poblaciones. Caminos. Colores que no recordaba haber visto con aquella intensidad.

Y, sin embargo, lo que más le sorprendió no fue el paisaje. Fue el aire. Pesaba. No literalmente. Pero había algo en él. Más calor. Más olor. Más presencia.

Respiró profundamente y sintió una extraña densidad en el pecho. Como si aquel mundo tirara ligeramente de su cuerpo hacia la tierra.

—¿Lo notas? —preguntó uno de los guías.

Nurveya lo miró.

—¿El qué?

El hombre sonrió.

—Nada.

Y continuaron descendiendo.

Dos días después llegaron al punto en que los guías debían regresar. Uno señaló hacia poniente.

—Sigue los caminos principales. Pregunta por Oniria. Todo el mundo ha oído hablar de ella.

Nurveya miró hacia la inmensidad.

—¿Cuánto tardaré?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que encuentres.

No era la respuesta que esperaba. Los hombres se despidieron. Nurveya observó cómo regresaban hacia las nubes.

Durante unos minutos permaneció inmóvil. Entonces comprendió que estaba solo. Verdaderamente solo.

Hasta ese día, incluso en sus momentos de mayor soledad, había vivido dentro de una estructura que conocía. Sabía cómo funcionaba el Reino. Sabía quién era él. Sabía quiénes eran los demás.

Ahora nada estaba escrito.

Comenzó a caminar.

Los primeros encuentros le resultaron desconcertantes. La gente lo miraba demasiado. Su ropa. Su forma de hablar. Su acento. Incluso su manera de moverse despertaba curiosidad.

Al principio respondía con naturalidad. Después comenzó a hacerlo menos. Descubrió que ser distinto obligaba a explicar demasiadas cosas. Y que cada explicación producía nuevas preguntas.

Así que aprendió una forma sencilla de silencio. No mentir. Pero tampoco contarlo todo.

Todavía no sabía que aquella pequeña adaptación era el primer cambio que el nuevo mundo produciría en él.

A medida que avanzaba, el paisaje se hizo más seco. El calor aumentó. Las poblaciones empezaron a separarse unas de otras.

Preguntaba siempre lo mismo.

—¿Oniria?

Nadie necesitaba aclaraciones. Todo el mundo parecía conocerla. Algunos levantaban la mano y señalaban hacia el oeste. Otros sonreían.

—¿Vas a probar fortuna?

—Algo así.

—Pues suerte.

La frase empezó a repetirse. Fortuna. Riqueza. Oportunidades. Historias de personas que habían llegado sin nada y ahora vivían en los círculos superiores. Comerciantes. Artistas. Funcionarios. Aventureros. Familias enteras que habían abandonado sus tierras para intentar una vida mejor.

Nurveya encontraba aquello incomprensible. ¿Por qué alguien dejaría su hogar para perderse entre millones de desconocidos buscando riqueza?

Entonces recordaba su propia misión. Y dejaba de juzgar.

Él también había abandonado todo por algo que todavía no poseía.

El desierto apareció una tarde. No era el mar infinito de dunas que había imaginado. Era peor. Piedra. Polvo. Desfiladeros. Terreno abierto sin una sombra. Una soledad sin belleza que la suavizara.

Nurveya decidió detenerse pronto. Dormiría unas horas y reanudaría la marcha antes de amanecer. Buscó un recodo protegido del viento.

Cuando estaba reuniendo algunas ramas para encender un pequeño fuego, vio una luz a lo lejos. Otro fuego.

Dudó. Babaji le había aconsejado prudencia. Pero la posibilidad de compartir la noche con alguien pudo más que el recelo.

Se acercó. Lo hizo con cuidado. Su formación le permitía moverse sin producir apenas ruido.

A medida que se aproximó distinguió a un hombre sentado frente a las llamas. Era delgado, de piel endurecida por el sol. Vestía una túnica amplia y una especie de taparrabos y bebía algo de una pequeña taza metálica.

A pocos metros descansaba un animal que Nurveya jamás había visto. Extraño. Grande. Con un cuello imposible.

Nurveya estaba examinándolo cuando decidió mostrarse.

—Buenas noches.

El hombre saltó. Una espada apareció en su mano.

—¡Quieto!

Nurveya levantó inmediatamente las manos.

—No busco problemas.

El extraño miró alrededor.

—¿Vienes solo?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Pasar la noche. Vi tu fuego. Pensé que quizá podríamos compartirlo.

El hombre no bajó la espada.

—Siéntate.

Nurveya obedeció.

—Ahí. Donde pueda verte.

Se sentó frente al fuego. El desconocido permaneció unos segundos examinándolo.

—No eres de por aquí.

—No.

—Eso ya lo había deducido.

Nurveya sonrió.

—Me llamo Nurveya. Vengo del Reino de los Siete Valles.

El hombre dejó de sonreír. Nurveya continuó:

—Voy hacia Oniria. Tengo que encontrar una Perla y...

La punta de la espada apareció de pronto a centímetros de su garganta.

—¡Calla!

Nurveya quedó inmóvil.

—¿Qué ocurre?

—¿Estás loco?

—No entiendo.

—Eso ya lo veo.

El hombre miró nuevamente alrededor.

—No vuelvas a pronunciar eso.

—¿Qué?

—Nada de lo que acabas de decir.

Nurveya estaba desconcertado.

—¿Mi nombre?

—Tu nombre es lo menos importante.

Bajó la espada lentamente.

—Tu origen. Tu propósito. La Perla.

Se sentó.

—Sobre todo la Perla.

Nurveya sintió miedo por primera vez desde que había atravesado las nubes.

—¿Por qué?

El hombre bebió.

—Porque allí nadie llega muy lejos diciendo lo que busca.

Permanecieron en silencio.

—Me llamo Sahir —dijo finalmente.

Nurveya asintió.

—Gracias por no cortarme la cabeza.

—Todavía puede empeorar la noche.

Nurveya no supo si hablaba en serio. Sahir sonrió.

—Relájate.

Guardó la espada.

—¿Has estado en Oniria? —preguntó Nurveya.

Sahir miró las llamas.

—Sí.

Nada más.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo es?

Sahir tardó en responder.

—Grande.

Nurveya esperaba algo más.

—Eso ya lo sé.

—Entonces vas bien informado.

—Me han dicho que viven allí millones de personas.

—Es posible.

—¿Y que la gobierna un hombre llamado Demiurgo?

El rostro de Sahir cambió apenas.

—También es posible.

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Es peligroso?

Sahir levantó la mirada.

—¿Tú eres peligroso?

Nurveya se sorprendió.

—No.

—¿Seguro?

—Bastante.

Sahir sonrió.

—Quizá Demiurgo también piense lo mismo de sí mismo.

Nurveya empezaba a desesperarse.

—Parece que nadie quiere explicarme nada sobre esa ciudad.

—Quizá porque quienes creen conocerla no la conocen y quienes han empezado a conocerla han dejado de resumirla.

La frase le recordó a Babaji. No supo si eso lo tranquilizaba o lo irritaba.

—¿Y por qué te marchaste?

Sahir no respondió inmediatamente. Acomodó un trozo de madera en el fuego.

—Porque llegó un día en que descubrí que no sabía si seguía viviendo mi vida o la vida que había aprendido a querer allí.

Nurveya frunció el ceño.

—No entiendo.

—Mejor.

—¿Por qué mejor?

—Porque si lo entendieras antes de entrar, probablemente estarías fingiendo.

Nurveya se quedó mirando las llamas.

—¿Te fue mal?

Sahir rio.

—No.

La respuesta le sorprendió.

—¿Entonces?

—Me fue muy bien.

Nurveya esperó. Sahir no añadió nada.

—No comprendo por qué alguien abandona un lugar donde le va bien.

—Yo tampoco lo comprendía cuando llegué.

Aquella respuesta lo dejó inquieto.

Compartieron algo de comida.

Nurveya sacó de su mochila una pequeña porción del alimento que llevaba desde el Reino.

Sahir lo observó.

—¿Eso es todo lo que vas a cenar?

—Es suficiente.

—Parece comida de pájaro.

—Alimenta bastante.

Sahir probó un pequeño trozo.

Su expresión cambió.

—Curioso.

Después sacó carne seca, pan, una bebida fuerte y especiada.

Nurveya probó aquello. El sabor explotó en su boca. Sal. Grasa. Especias. Calor.

Sintió un placer extraño. Mucho más intenso que el de los alimentos de su tierra.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Sahir sonrió.

—Entonces ya has aprendido algo de este lado de las nubes.

—¿Qué?

—Que aquí las cosas saben más.

Nurveya volvió a probar. Sahir observó el fuego.

—Y suelen costar más.

Pasó un rato antes de que Nurveya volviera a hablar.

—¿En Oniria se puede entrar libremente?

—Sí.

—¿Y salir?

Sahir levantó la mirada.

—También.

—Entonces no parece una ciudad demasiado peligrosa.

Sahir sonrió con cansancio.

—La puerta por la que entrarás es enorme. Por ella pasan caravanas, animales, muebles, riquezas... cuanto puedas transportar.

—¿Y la de salida?

—Hay varias. Las llaman Puertas del Adiós.

Nurveya esperó.

—¿Y?

—Son estrechas.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente para que sólo pase una persona.

Nurveya no comprendió.

—¿Y las pertenencias?

—Se quedan dentro.

—¿Todas?

—Todas.

Nurveya palpó inconscientemente el pequeño collar que llevaba al cuello.

Sahir vio el gesto.

—Ahora te parece una norma extraña.

—Bastante.

—Quizá algún día la comprendas.

Nurveya soltó el collar.

—Entonces procuraré no acumular demasiado.

Sahir lo miró durante unos segundos. No dijo nada. Y precisamente aquel silencio incomodó a Nurveya más que cualquier respuesta.

—Me han dicho que Oniria está dividida por murallas.

—Lo está.

—¿Siete?

Sahir asintió.

—¿Y puedo cruzarlas?

—Si pagas el precio.

Nurveya señaló la pequeña bolsa que llevaba.

—Tengo algo de oro.

Sahir sonrió.

—Sigues pensando que todos los precios se pagan con dinero.

—Entonces ¿con qué?

—Cuando llegue el momento lo sabrás.

—Todo lo contestas igual.

—No. Algunas cosas todavía no tienen pregunta.

Nurveya negó con la cabeza.

—Babaji habla como tú.

Sahir soltó una carcajada.

—Eso sí que me preocupa.

—¿Llegaste muy arriba?

La pregunta pareció sorprenderlo.

Sahir miró hacia el desierto.

—Demasiado.

Nurveya recorrió con la vista su ropa gastada, el pequeño equipaje y aquel fuego miserable.

—¿Fuiste rico?

—Mucho.

Nurveya creyó que bromeaba.

—¿Y lo dejaste todo?

Sahir colocó una rama sobre las brasas.

—Dos veces.

Nurveya frunció el ceño.

—¿Dos?

—La primera vez salí de Oniria.

El fuego iluminó su rostro.

—La segunda intenté que Oniria saliera de mí.

Nurveya lo miró sin comprender.

—¿Y lo conseguiste?

Sahir tardó tanto en responder que parecía haber olvidado la pregunta.

—Algunas noches.

Aquella respuesta quedó suspendida entre ambos.

—Si sabes tanto de la ciudad, ¿por qué no te alejas más?

Sahir mostró verdadera tristeza sin tratar de ocultarlo.

—Porque hay noches en las que todavía la echo de menos.

Nurveya negó.

—Pero acabas de decir que tuviste que marcharte.

—Sí.

—Y que después tuviste que sacarla de ti.

—Sí.

—Entonces no entiendo qué puedes echar de menos.

Sahir sonrió.

—Si algún día lo comprendes, procura no tardar tanto como yo en marcharte.

Nurveya no insistió. Le parecía contradictorio. Sabía que un lugar le hacía daño y seguía añorándolo. ¿Cómo podía alguien ser tan poco dueño de sí mismo?

La noche avanzó. Sahir sacó una pequeña pieza metálica que llevaba colgada bajo la ropa. Nurveya apenas pudo verla antes de que la guardara otra vez. Parecía una moneda antigua, demasiado elegante para aquel hombre.

—¿De Oniria?

Sahir lo miró.

—Duerme.

No volvió a preguntar.

Antes del amanecer Sahir ya estaba preparando su extraño animal. Nurveya recogió sus cosas.

—¿Vas hacia el norte?

—Sí.

—Entonces aquí nos separamos.

Sahir asintió. Nurveya extendió la mano.

—Gracias.

Sahir se la estrechó.

—Antes de irte, dos cosas.

Nurveya esperó.

—La primera: no muestres todo lo que tienes.

Miró su equipaje.

—Tu ropa, tu forma de hablar, ese collar... gritan más de lo que imaginas. Lleva contigo una sola pieza valiosa. Esconde el resto.

—¿Tan peligroso es?

—Lo valioso siempre atrae a quien cree necesitarlo.

Nurveya asintió.

—¿Y la segunda?

—Cuando llegues a Oniria, busca un guía.

—Puedo desenvolverme solo.

Sahir sonrió.

—Eso pensamos todos.

—¿Cómo sabré a quién elegir?

—Dale la oportunidad de engañarte.

Nurveya lo miró sorprendido.

—¿Perdón?

—Pon algo valioso en sus manos. Hazle creer que desconoces su verdadero valor.

—¿Y si me roba?

—Entonces habrás pagado poco por descubrir que no era él.

Nurveya meditó la idea.

—¿Y si no lo hace?

—Observa por qué.

Sahir ajustó las riendas del animal.

—No busques al hombre que parezca más honrado. Busca al que tenga una buena oportunidad de traicionarte y decida no hacerlo.

Nurveya sonrió.

—Eso sí me parece un consejo práctico.

—Los demás también lo eran.

—No tanto.

Sahir rio.

Nurveya comenzó a alejarse.

—¡Eh!

Se volvió. Sahir permanecía junto al animal.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

Nurveya sonrió.

—Nurveya.

Sahir lo sostuvo con la mirada.

—Procura no olvidarlo.

Nurveya soltó una carcajada.

—Eres la segunda persona que me dice lo mismo.

Sahir no rio.

—Entonces quizá deberías escuchar.

Nurveya negó divertido y reanudó la marcha.

Absurdo. ¿Cómo podía alguien olvidar su propio nombre?

Caminó durante todo el día. Al caer la tarde alcanzó una elevación de roca. Subió para orientarse. Y entonces la vio. Muy lejos. Al otro lado del desierto.

Primero apareció la montaña. Después una sucesión de luces que descendían por sus laderas hasta extenderse hacia una bahía inmensa. Nurveya no podía calcular el tamaño. Parecía una constelación derramada sobre la tierra. Oniria.

Permaneció inmóvil. Había imaginado aquel momento muchas veces. Creía que sentiría miedo. Quizá responsabilidad. Incluso rechazo ante el lugar en el que vivía la serpiente.

No sintió nada de aquello. Sintió fascinación. Vida. Movimiento. Posibilidades. Las luces parecían decirle que allí ocurrían cosas. Cosas que todavía desconocía. Cosas que podía aprender. Cosas que quizá pudiera conquistar.

En ese momento, desde que había abandonado los Siete Valles, el mundo que tenía delante no le pareció hostil. Pareció invitarlo. Nurveya notó una aceleración en el pecho. Deseo.

Era una sensación nueva. Y le gustó.

A su espalda el desierto comenzaba a apagarse. Delante, Oniria se encendía.

Ajustó el equipaje sobre los hombros. No recordó a Babaji. Tampoco a Sahir.

Sólo miró las luces. Y caminó hacia ellas.



Frente a la ciudad

Nurveya caminó durante todo el día hacia las luces que había contemplado desde la distancia. A medida que avanzaba, Oniria desaparecía.

Aquello le sorprendió.

Desde las elevaciones del desierto había parecido una constelación derramada sobre la tierra, pero ahora las irregularidades del terreno volvían a ocultarla.

Sólo la montaña permanecía. Lejana. Inmensa. Cubierta en su parte superior por una bruma que impedía distinguir dónde terminaba la roca y comenzaba el cielo.

Allí debía estar la Perla. Pensarlo le devolvió por unos instantes el sentido del viaje.

No olvides para qué vas. Babaji.

Aquel recuerdo lo acompañó durante algunos pasos.

Después escuchó música. Se detuvo. Era apenas un sonido lejano.

Continuó caminando. Poco después distinguió voces. Ruedas. Animales. Golpes metálicos. Pregones. Y algo todavía más extraño: olores.

Después de tantos días atravesando espacios casi vacíos, el mundo comenzaba a llenarse. Primero lentamente. Después, de golpe.

El camino desembocó en otro mucho más ancho por el que avanzaban personas en ambas direcciones. Caravanas cargadas de mercancías. Familias enteras. Mercaderes. Mendigos. Animales que nunca había visto. Hombres vestidos

con tejidos de colores imposibles. Mujeres perfumadas cuya presencia permanecía en el aire después de haber pasado.

Un vendedor le ofreció una fruta abierta en dos, de un rojo intenso.

—Prueba.

Nurveya negó. El hombre insistió.

—La primera es gratis.

Aquello le hizo gracia. Probó un trozo.

El sabor fue tan intenso que se volvió. El vendedor sonreía.

—¿Otra?

Nurveya estuvo a punto de aceptar. Recordó a Sahir.

Aquí las cosas saben más.

Siguió caminando. Unos metros después ya había olvidado la fruta. Algo nuevo había reclamado su atención.

La densidad aumentaba a cada paso. Era difícil mirar una cosa durante mucho tiempo.

Un hombre discutía a gritos el precio de unas telas. Un grupo reía alrededor de un juego que Nurveya no comprendía. Una mujer cantaba. Dos hombres se peleaban. Un anciano ofrecía amuletos para conseguir fortuna. Un niño corría detrás de un animal diminuto. Un olor delicioso salía de un puesto de comida.

Campanas. Martillos. Carros. Perfumes. Sudor. Especias. Basura. Incienso. Carne asada.

Nurveya intentaba verlo todo. No podía. Y aquella imposibilidad, extrañamente, le producía placer.

En los Siete Valles podía pasar una mañana contemplando una montaña. Allí le costaba mantener la mirada sobre algo durante unos segundos.

No reparó en ello. Todavía.

Entonces apareció El Limbo. No había muralla que indicara dónde comenzaba. Simplemente el camino fue degradándose. Las construcciones donde se reflejaba el desamparo aparecieron improvisadas. Madera. Telas. Chapas. Barro.

Miles de personas parecían haberse instalado alrededor de Oniria formando otra ciudad que no figuraba en ninguna de las historias que había escuchado.

Nurveya redujo el paso.

Había puestos de comida, pequeños talleres, animales, niños, gente negociando, durmiendo, discutiendo. Pero había algo común en muchas miradas.

Esperaban.

Nurveya se acercó a un hombre que reparaba sandalias.

—Disculpa. ¿Cómo se llama este lugar?

El hombre apenas levantó la cabeza.

—El Limbo.

—¿Es parte de Oniria?

El zapatero rio.

—Depende de a quién preguntes.

Nurveya observó alrededor.

—¿Por qué vive aquí tanta gente?

—Esperan.

—¿Qué?

Ahora el hombre sí lo miró.

—Entrar.

Nurveya volvió la vista hacia aquella multitud.

—¿No puede entrar cualquiera?

El zapatero soltó la sandalia.

—Cualquiera, no.

Hizo una pausa.

—Cualquier cosa, sí.

Nurveya no comprendió.

—¿Qué significa eso?

—Ya te enterarás.

Volvió a su trabajo.

Continuó avanzando. Comenzó a una vibración creciente desde que había divisado Oniria, sintió inquietud.

Vio ancianos. Familias. Jóvenes que observaban la ciudad con una mezcla de hambre y esperanza. Algunos vestían ropas que habían conocido tiempos mejores. Otros ofrecían habilidades, objetos, servicios. Cada uno parecía buscar algo que pudiera convertirlo en merecedor de cruzar las murallas.

Entonces vio a un hombre. Caminaba en dirección contraria. Descalzo. Llevaba sobre el cuerpo apenas un trozo de tela. No parecía pobre. Parecía vacío.

La gente se apartaba de él sin prestarle demasiada atención.

Nurveya lo siguió con la mirada.

—¿Qué le ha ocurrido?

Una mujer que vendía agua se encogió de hombros.

—Ha salido.

—¿De Oniria?

—Sí.

Nurveya volvió a mirar al hombre.

—¿Y sus cosas?

La mujer rio.

—Las cosas no salen.

Nurveya recordó a Sahir.

Las Puertas del Adiós.

Sintió un pequeño escalofrío. Duró poco. Desde algún lugar volvió a escucharse música.

Después de varias horas atravesando El Limbo apareció la muralla.

Nurveya se detuvo. Nada de lo que había imaginado se aproximaba a aquello.

Se extendía hacia ambos lados hasta desaparecer en la distancia, como si no protegiera una ciudad sino otro mundo. La piedra parecía tener siglos. Quizá milenios. Las torres se elevaban tanto que obligaban a inclinar la cabeza para contemplarlas.

Y entre ellas se abría una puerta colosal. Por allí entraban caravanas enteras. Animales. Maderas. Metales. Alimentos. Muebles. Obras de arte. Personas. Riqueza.

Todo parecía dirigirse hacia dentro.

Nurveya buscó instintivamente alguna de las Puertas del Adiós. No vio ninguna.

Sobre el gran arco de entrada había unas palabras talladas en piedra. Se acercó hasta poder leerlas.

ONIRIA

Y debajo:

LA CIUDAD DONDE SE HACEN REALIDAD TUS SUEÑOS

Permaneció mirándolas. Había algo extraordinariamente hermoso en aquella promesa.

Tus sueños.

No los de un rey. No los de un maestro. No los de una tradición. Los tuyos.

Durante toda su vida alguien le había hablado de preparación, responsabilidad, servicio, destino. Oniria parecía preguntarle algo completamente diferente.

¿Qué quieres tú?

La pregunta apareció en su interior sin que nadie la formulara. Y por un instante, sólo uno, Nurveya no pensó en la Perla. Pensó en sí mismo.

Avanzó hacia la puerta. Dos lanzas se cruzaron frente a su pecho.

—Alto.

Nurveya se detuvo.

Uno de los guardias extendió la mano.

—Salvoconducto.

—No tengo.

El hombre lo examinó de arriba abajo.

—Entonces no puedes entrar.

Nurveya miró hacia el interior. A pocos metros de él comenzaba una avenida abarrotada de gente.

—He atravesado las montañas y el desierto para llegar hasta aquí.

—Y otros han atravesado medio mundo.

El guardia señaló hacia atrás.

—Ahí los tienes.

Nurveya comprendió entonces El Limbo.

—Tiene que haber alguna forma.

El segundo guardia intervino.

—La hay.

Nurveya esperó.

—El examen de valor.

—¿Qué es?

—Un examinador decidirá si posees algo que Oniria necesite.

Nurveya frunció el ceño.

—¿Dinero?

El guardia sonrió.

—El dinero siempre es bienvenido. Pero no es lo único que tiene valor.

—¿Y si no tengo nada?

El hombre miró hacia El Limbo.

No necesitó responder. Nurveya sintió algo incómodo.

—Quiero hacer el examen.

El guardia lo observó con algo más de atención.

—¿Estás seguro?

—Sí.

El hombre se volvió hacia una estancia situada junto a la puerta.

—¡Examinador!

Desde el interior llegó una voz.

—¿Qué ocurre?

—Otro candidato.

Hubo un breve silencio.

—¡Que pase!

Las lanzas se separaron.

Nurveya avanzó.

Justo antes de atravesar el umbral levantó la vista una vez más.

LA CIUDAD DONDE SE HACEN REALIDAD TUS SUEÑOS.

Y cruzó. No sintió nada extraordinario. Ninguna descarga. Ningún presentimiento. Ninguna voz le advirtió del peligro.

Sólo tuvo una sensación pequeña y agradable. La de estar entrando, por fin, en su propia vida. Y eso era precisamente lo peligroso.

El guardia había señalado una pequeña estancia excavada en el interior de la muralla. Nurveya entró. Después de la inmensidad de la puerta esperaba algo solemne.

Encontró un cuartucho. Una mesa. Dos sillas. Varios libros de registro amontonados.

Y detrás de ellos, un hombre envuelto en una túnica parda que parecía haber perdido hacía años cualquier interés por las personas que tenía delante.

Ni siquiera levantó la cabeza.

—¿Nombre?

Nurveya estuvo a punto de responder.

—Nur...

Se detuvo. Sahir. *No muestres todo lo que tienes.*

El examinador levantó la vista.

—¿Nur qué?

Hubo un instante extraño. Decir su nombre nunca le había exigido pensar.

—Nur. Sólo Nur.

El hombre volvió al registro.

—Mejor. Se escribe rápido.

Mojó la pluma.

—¿Qué traes?

—¿Qué quiere decir?

El examinador dejó la pluma sobre la mesa. Parecía cansado.

—Qué sabes hacer. Qué posees. Para qué puedes servir. Algo que justifique tu entrada.

Nurveya sintió cierta incomodidad. Nunca nadie le había preguntado para qué servía.

—Estoy preparado para combatir. Podría ser soldado.

—Nos sobran.

—Conozco las propiedades medicinales de muchas plantas.

—Médicos también.

—Puedo trabajar. Soy fuerte.

El hombre lo examinó brevemente.

—Eso ya lo veo.

—Entonces...

—Fuerza sobra. Gente dispuesta a trabajar también.

Nurveya comenzaba a irritarse.

—Sé aprender.

El examinador lo miró esta vez con cierto interés. Duró poco.

—Todo el mundo dice eso.

Volvió a bajar la cabeza.

—Siguiente.

Nurveya permaneció inmóvil.

—No he terminado.

—Yo sí.

Aquello hirió algo en su interior. Había atravesado las montañas. Las nubes. El desierto. Había sido elegido entre miles de personas en el Reino de los Siete Valles. Y aquel funcionario ni siquiera consideraba que mereciese cruzar una puerta.

—Creo que valgo bastante más de lo que usted está suponiendo.

El examinador soltó una carcajada.

—Eso también lo dicen todos.

Nurveya sintió la tentación de explicarle quién era. De dónde venía. Para qué había sido enviado. La Perla. El árbol. El rey Amadeus.

Todo aquello que demostraría a aquel imbécil quién tenía delante. Pero recordó la espada de Sahir acercándose a su garganta. *No vuelvas a decir eso.*

Calló.

El examinador hizo un gesto hacia la puerta.

—El Limbo está lleno de gente extraordinaria.

Aquello terminó de herirlo. Nurveya metió lentamente la mano bajo su ropa. Sacó el rubí. Lo dejó sobre la mesa.

El examinador no se movió. Pero sus ojos sí. Cogió la piedra. La acercó a la luz. La giró entre los dedos. Su aburrimiento había desaparecido.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—¿Tienes más?

Nurveya recordó otra vez a Sahir.

—No.

El hombre siguió examinándolo. Ahora no miraba solamente la piedra. Lo miraba a él.

—¿Sabes lo que vale?

Nurveya estuvo a punto de responder.

Se contuvo.

—No exactamente.

El examinador sonrió. Era la primera sonrisa que le veía. Dejó el rubí sobre la mesa.

—Entonces procura aprenderlo antes de enseñárselo a otra persona.

Nurveya lo recogió inmediatamente.

—¿Puedo entrar?

El hombre abrió el libro.

—Puedes.

Nurveya sintió una mezcla de alivio y humillación.

—Así que todo esto se resolvía con dinero.

El examinador siguió escribiendo.

—No.

Nurveya esperó.

—El rubí sólo demuestra que tienes algo con lo que empezar.

—Le he ofrecido antes otras cosas.

—Cosas que tú consideras valiosas.

Terminó de escribir.

—Oniria decidirá cuánto valen.

La frase le molestó.

—Yo sé lo que valgo.

El hombre levantó la cabeza. Lo contempló durante unos segundos. Después sonrió.

—Entonces Oniria te va a resultar muy interesante.

Selló el documento.

—Conserva esto. Mientras estés en el séptimo círculo acreditará tu entrada.

Se lo entregó.

—Nombre... Nur.

Nurveya miró el documento.

Aquellas tres letras parecían extrañas.

Como si pertenecieran a otra persona.

—Sí.

—Bienvenido a Oniria, Nur.

La puerta interior se abrió. Y el mundo lo golpeó.

Gente. Carros. Animales. Música. Gritos. Comida. Perfumes. Sudor. Mercancías. Colores. Cuerpos. Monedas cambiando de manos. Personas que corrían hacia algún lugar como si llegar unos minutos tarde pudiera cambiarles la vida.

Nur permaneció quieto. Alguien chocó contra él.

—¡Apártate!

Tuvo que hacerse a un lado.

Otro hombre le ofreció alojamiento. Una mujer intentó venderle comida. Un muchacho quiso cargar con su equipaje. Alguien gritaba el precio de unas habitaciones. Otro prometía convertir unas pocas monedas en una fortuna.

Nur intentaba atender a todos. No podía. Su mirada saltaba de un lugar a otro. Todo parecía reclamarlo.

Todo parecía decir: *mírame. pruébame. escúchame. ven. compra. descubre. consigue.*

Comprendió por qué desde el desierto las luces de Oniria le habían parecido vivas. La ciudad no descansaba. Y algo dentro de él tampoco.

Se volvió hacia la puerta que acababa de atravesar. Desde allí ya no podía ver El Limbo. Sólo piedra.

Después miró el documento que sostenía en la mano.

NUR

Lo dobló cuidadosamente y lo guardó. No pensó más en ello. Tenía toda una ciudad delante.

Y echó a andar.



Los primeros pasos

La montaña seguía allí. Nur la buscó con la mirada nada más salir de la muralla. Se levantaba a muchos kilómetros de distancia, por encima de tejados, torres y humaredas, envuelta en una niebla que ocultaba la cima.

En algún lugar de aquella montaña estaba la Perla. Ése era su destino. Pero entre él y la montaña había una ciudad entera.

Y Nur no sabía nada de ella.

Echó a andar. Durante las primeras horas tuvo la sensación de que Oniria exigía demasiado de sus sentidos. Todo competía por su atención.

Los vendedores gritaban desde los puestos. Las cocinas derramaban sobre las calles olores desconocidos. Pasaban carros a pocos centímetros de los peatones. Una música terminaba donde comenzaba otra. Las conversaciones se superponían. Había animales, perfumes, sudor, frutas abiertas, pescado, especias, humo.

Y personas. Miles de personas. Cada una parecía dirigirse hacia algo que no podía esperar.

Nur intentaba observarlo todo. Al poco tiempo estaba agotado. Recordó el silencio del desierto. Durante un instante echó de menos a Sahir. Continuó caminando. Necesitaba alojamiento. Necesitaba comer.

Y, sobre todo, necesitaba conocer la ciudad.

Un cartel colgado torpemente sobre la entrada de un almacén llamó su atención.

SE NECESITAN MOZOS.

Entró.

Un hombre corpulento discutía con dos trabajadores mientras comprobaba una lista.

—Disculpe.

El hombre siguió escribiendo.

—¿Qué quieres?

—He visto el anuncio.

Ahora sí lo miró. Sus ojos recorrieron a Nur de arriba abajo.

—¿Has descargado mercancía alguna vez?

—No.

El hombre volvió a su lista.

—Entonces sigue buscando.

Nur no se movió.

—Puedo aprender.

—Todos podéis aprender hasta que veis el primer saco.

Señaló con la cabeza hacia uno de los carros.

—Coge ése.

Nur se acercó.

Lo levantó.

Pesaba bastante más de lo que había imaginado.

—Llévalo hasta el fondo.

Nur obedeció. Cuando regresó, el hombre señaló otro.

—Ése también.

Después otro. Al quinto comprendió que aquello era el examen. Al décimo le ardían los brazos.

—¿Cómo te llamas?

Hubo una pausa casi imperceptible.

—Nur.

—Empiezas hoy.

El trabajo resultó mucho más duro de lo que había supuesto. Su cuerpo estaba preparado para el esfuerzo, pero no para aquel esfuerzo. Los sacos arañaban. Las cuerdas quemaban. Las cajas tenían aristas.

Al terminar la primera jornada descubrió pequeñas heridas abiertas en las palmas de las manos. Las observó con curiosidad. Nunca había pensado que una mano pudiera doler de tantas formas diferentes.

Uno de los trabajadores se acercó.

—Mañana dolerán más.

Nur sonrió.

—Gracias por el ánimo.

El hombre soltó una carcajada. Fue probablemente su primera amistad en Oniria.

Los demás tardaron poco en reparar en él. No porque Nur pretendiera llamar la atención, sino porque resultaba difícil no hacerlo.Hablaba de manera distinta. Escuchaba cuando alguien le explicaba algo. No protestaba. No desaparecía cuando llegaban las cargas más pesadas. Y cuando todos se sentaban a comer hasta quedar saciados, él tomaba unas frutas, algo de pan y agua.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Estás enfermo?

—Que yo sepa, no.

—Pues aquí te vas a curar rápido.

Las carcajadas fueron generales. Nur también rio. Empezó a gustarle aquella gente.

Por la noche pidió permiso al propietario para dormir en una pequeña habitación del almacén.

—Puedo descontártelo del jornal.

—Me parece justo.

Extendió una manta sobre el suelo. No necesitaba mucho más.

Antes de dormir sacó de entre sus pertenencias el documento de entrada.

NUR.

Lo dejó a un lado.

Después sacó el rubí. Lo sostuvo unos instantes entre los dedos. Podría venderlo. Conseguir una habitación. Comer bien. Quizá vivir durante meses sin cargar un solo saco.

Volvió a guardarlo. Todavía no. Apagó la lámpara.

Los días comenzaron a parecerse unos a otros.

Trabajo. Comida. Calles. Dormir.

Pero para Nur ninguna jornada era idéntica. Estaba aprendiendo Oniria. Al terminar en el almacén caminaba durante horas. Visitaba mercados. Escuchaba conversaciones. Entraba en tabernas. Observaba cómo compraban y vendían.

Preguntaba. Sobre la montaña. Sobre el origen de la ciudad. Sobre la Perla.

Las respuestas eran desconcertantes.

—¿La Perla? Un cuento.

—Dicen que está enterrada bajo el castillo.

—Mi abuela aseguraba que la había visto.

—Tu abuela bebía.

—Hay un templo, creo.

—No existe ningún templo.

—La Perla es una metáfora.

—¿De qué?

—Y yo qué sé. De algo.

Las risas cerraron la conversación. Nur salió de aquella taberna mirando hacia la montaña. La niebla seguía cubriéndola.

Durante días buscó alguna referencia más precisa. Encontró libros. Leyendas. Historias contradictorias. Nada que pudiera seguir.

Comenzó a comprender que no podía dirigirse simplemente hacia la montaña y preguntar dónde estaba la serpiente. Necesitaba conocer Oniria. Comprender cómo funcionaba. Ascender. Después encontraría la manera.

Le pareció razonable. Lo era.

Pasaron las semanas. Las heridas de sus manos desaparecieron. En su lugar crecieron callos. Un día los observó mientras descansaba sobre uno de los sacos. Ya no le dolían. Sonrió.

Oniria empezaba a resultarle menos extraña. También él empezaba a resultar menos extraño en Oniria. Había aprendido algunas expresiones. Conocía los precios. Sabía qué calles debía evitar de noche. Había descubierto dónde comer bien por poco dinero y quién engañaba con las balanzas en el mercado. Incluso comenzaba a disfrutar de aquel ruido que los primeros días lo agotaba.

Una tarde el propietario lo llamó.

—Nur.

—Dime.

—Necesito un encargado para esta sección.

Nur esperó.

—Había pensado en ti.

Aquello lo sorprendió.

—Llevo aquí muy poco tiempo.

—Precisamente.

El hombre señaló a los trabajadores.

—En poco tiempo has aprendido el trabajo de todos. Y cuando alguien tiene un problema acaba preguntándote a ti en vez de venir a molestarme.

Nur sonrió.

—Eso último parece una razón poderosa.

—Lo es.

Le explicó el salario. Era considerablemente mayor. Nur miró hacia sus compañeros. Hasta entonces había sido uno de ellos.

—¿Qué tendría que hacer?

—Conseguir que esto funcione.

La respuesta le gustó.

—Acepto.

La primera mañana como encargado ocurrió algo insignificante. Uno de los trabajadores se acercó.

—Nur, ¿dónde dejamos la carga de especias?

Nur estuvo a punto de responder que no lo sabía. Pero lo sabía. Había estudiado el almacén.

—Al fondo, junto a la pared norte. Y separadla de los tejidos. Si vuelve a romperse un saco, el olor se queda durante semanas.

—De acuerdo.

El hombre se marchó. Nur continuó trabajando. Unos minutos después otro empleado se acercó.

—Nur, faltan dos carros.

Decidió qué hacer. Después llegó otro problema. Y otro. Al terminar la jornada habían descargado más mercancía de la habitual y nadie había tenido que quedarse después de hora. El propietario estaba satisfecho. Los trabajadores también.

Nur salió a la calle con una sensación nueva. No era el dinero. Tampoco el cargo. Era otra cosa. Había tomado decisiones y la realidad había respondido. Había ordenado unas pocas cosas y el caos se había reducido.

Miró sus manos. Eran las mismas manos que unas semanas antes sangraban sujetando los sacos. Ahora bastaba a veces con señalar para que las cosas se movieran. Sintió algo agradable. Muy pequeño. Casi inocente.

Levantó la vista. La montaña continuaba al fondo. La Perla. Sí. No la había olvidado.

Pero primero tenía que comprender cómo funcionaba aquella ciudad. Y tuvo la sensación de que quizá había encontrado el camino para hacerlo.

Continuó andando. No podía saber que aquel día había comenzado otro viaje.

Dos ciegos

Nur comenzaba a moverse por Oniria con algo parecido a la naturalidad.

Su nuevo puesto en el almacén había aumentado el número de personas con las que trataba y, con ello, su curiosidad. Preguntaba mucho. Hablaba poco.

Había descubierto que las personas revelaban más cuando se sentían escuchadas que cuando eran interrogadas.

Por las noches caminaba. Mercados. Tabernas. Templos. Espectáculos. Calles elegantes y callejones donde la luz parecía tener miedo de entrar.

Oniria comenzaba a convertirse en un organismo. Y Nur quería descubrir dónde estaba su corazón.

Aquella tarde oyó los gritos antes de ver lo que ocurría.

—¡Dámelo, viejo!

—¡Aparta!

—¡Mira cómo pega el ciego!

Las carcajadas hicieron que Nur acelerara el paso. Cuatro jóvenes rodeaban a un hombre sentado contra una pared.

Era ciego.

Una pequeña escudilla con monedas estaba volcada en el suelo y uno de los muchachos intentaba arrebatárselas mientras el hombre se defendía con una flauta de madera, golpeando hacia donde creía escuchar las voces. Cada intento provocaba nuevas risas.

Nur sintió algo instantáneo. No lo pensó.

—Dejadlo.

Los jóvenes se volvieron. Uno de ellos lo miró de arriba abajo.

—¿Y tú quién eres?

—Alguien que os está diciendo que lo dejéis.

El muchacho sonrió. Sacó una navaja.

—Pues métete en tus asuntos.

Nur observó la hoja. Después sus ojos. No sintió miedo.

Aquello le sorprendió menos que lo que vino después. El joven atacó. Nur desvió su brazo, giró sobre él y lo inmovilizó contra el suelo antes de que los otros comprendieran lo ocurrido.

Otro se abalanzó. Una patada lo arrojó contra una pared. Los dos restantes dudaron.

—Marchaos.

No lo hicieron. Y ahí apareció. La ira.

Hasta entonces Nur había conocido la fuerza como disciplina. Entrenamiento. Control. Aquello era diferente. Calor. Una energía que subía desde el estómago y pedía continuar.

Los jóvenes atacaron juntos. Nur respondió. Un golpe. Otro. Uno cayó. El último retrocedió.

—¡Está loco!

Y huyeron. Nur dio un paso tras ellos. Sólo uno. Pero durante aquel instante deseó alcanzarlos. Golpear un poco más. Que pagaran.

Se detuvo. Respiró. El fuego tardó algunos segundos en desaparecer.

Aquello sí lo inquietó. No los muchachos. Él.

Recogió las monedas del suelo.

—¿Estás bien?

El ciego permaneció inmóvil. Todavía sostenía la flauta como un arma.

—Depende.

—¿De qué?

—De quién seas tú.

Nur sonrió.

—Acabo de ayudarte.

—También podrían hacerlo dos ladrones para quedarse después con todo en vez de repartírselo entre cuatro.

Nur abrió la mano. Las monedas descansaban sobre su palma.

—Son tuyas.

El hombre escuchó cómo caían nuevamente en la escudilla.

Entonces bajó la flauta.

—En ese caso empiezo a estar mejor.

Nur se sentó a su lado.

—¿Te han hecho daño?

El hombre se palpó la cara.

—Nada que no mejore mi aspecto.

Nur rio. El ciego ladeó la cabeza.

—Te has divertido.

—¿Qué?

—Pegándoles.

Nur dejó de sonreír.

—No.

—Mientes bastante mal.

Aquello lo desconcertó.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque cuando se fueron tardaste en volver.

Silencio.

Nur recordó el paso que había dado tras ellos.

—Me enfadé.

—Eso es distinto.

El ciego extendió la mano.

—Gracias.

Nur la estrechó.

—No tienes que agradecerme nada.

—Eso lo decidiré yo.

Permanecieron un rato sentados. La gente pasaba delante de ellos sin prestarles atención.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó el ciego.

—¿El qué?

—Meterte en una pelea que no era tuya.

Nur se encogió de hombros.

—No me gustaba lo que veía.

El hombre sonrió.

—Qué privilegio.

—¿Cuál?

—Poder decidir por lo que ves.

Nur lo miró.

—¿Cómo te llamas?

—Todavía no.

—¿Todavía no qué?

—Todavía no sé si quiero decírtelo.

Nur soltó una carcajada.

—Eres un tipo extraño.

—También eso lo dicen quienes me conocen.

El ciego volvió ligeramente la cabeza hacia él.

—Tú tampoco eres de aquí.

—¿Por cómo hablo?

—Por muchas cosas.

—¿Por cuáles?

—Te mueves como alguien que todavía cree que las calles son seguras. Cuando te hablan, esperas que las palabras signifiquen aproximadamente lo que dicen. No hueles a miedo. Y tus manos...

Cogió una de ellas antes de que Nur pudiera reaccionar. Recorrió con los dedos los callos.

—Son recientes.

—Trabajo descargando mercancías.

—Ahora sí.

Soltó la mano.

—Antes no.

Nur sintió una pequeña alarma.

—¿Quién eres?

El ciego sonrió.

—Alguien que presta atención.

Nur recordó a Sahir. *Cuando llegues a Oniria, busca un guía.*

Miró al hombre. Un mendigo ciego. La idea era ridícula.

Precisamente por eso preguntó:

—¿Conoces bien la ciudad?

El hombre soltó una carcajada.

—Más de lo que me conviene.

—Estoy buscando a alguien que me ayude a entenderla.

—¿Por qué?

Nur miró hacia la montaña. El ciego no podía seguir su mirada.

—Quiero llegar arriba.

—Todo el mundo quiere llegar arriba.

—Yo tengo mis razones.

El hombre esperó. Nur no añadió nada.

—Eso ya lo había supuesto.

—¿Qué?

—Que no ibas a contármelas.

Nur sintió nuevamente aquella incomodidad.

—¿Cómo sabes que oculto algo?

—Porque cambiaste el ritmo de la respiración cuando te pregunté por qué quieres subir.

Nur lo observó con atención.

—¿Siempre haces esto?

—¿Qué?

—Analizar a la gente.

—No.

Pausa.

—A veces descanso.

Nur volvió a reír.

—¿Conoces algún guía?

El hombre se quedó pensativo.

—Sí.

—¿Bueno?

—Excelente.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

El ciego señaló hacia el suelo.

—Más o menos aquí.

Nur tardó un instante.

—¿Tú?

—Eso parece.

—Pero...

Se detuvo.

—Dilo.

—No ves.

El hombre levantó el rostro.

—No veo con los ojos.

Nur permaneció callado.

—Tú sí —continuó—. Y hace unos minutos necesitaste que cuatro idiotas rodearan a un hombre para darte cuenta de que estaba ocurriendo algo. Yo sabía que venían a por mí desde media calle antes.

—Porque los oías.

—Exacto.

Golpeó suavemente el suelo con la flauta.

—Cuando te falta una forma de mirar, o aprendes otras o te mueres.

Después señaló el bullicio de la calle.

—La gente que ve confía demasiado en los ojos. Eso les hace muy fáciles de engañar.

Nur pensó en ello.

—¿Y tú no eres fácil de engañar?

—Muchísimo.

Sonrió.

—Pero de otras maneras.

Aquella respuesta le gustó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de nuevo.

El hombre ladeó la cabeza.

—Óculus.

Nur no pudo evitar sonreír.

—¿Óculus?

—Mi madre tenía sentido del humor.

—O crueldad.

—A veces son parientes.

Los dos rieron.

Óculus recogió su escudilla.

—Tengo hambre.

—Te invito.

—Ni hablar.

—Te acabo de salvar de cuatro ladrones.

—Precisamente. Ya estamos en deuda. No empeoremos la contabilidad.

—Entonces invitas tú.

Óculus levantó la cara.

—Empiezas a aprender.

Se puso en pie.

—Sígueme.

Y comenzó a caminar.

Nur tuvo que apresurarse. Óculus avanzaba entre la multitud con sorprendente facilidad. Su bastón apenas tocaba el suelo. Cambiaba de dirección antes de chocar con las personas, evitaba carros, puestos y obstáculos como si realmente pudiera verlos.

—¿Cómo lo haces?

—Atención.

—Eso no explica nada.

—Explica casi todo.

Óculus giró hacia un callejón.

—Los pasos cambian cuando alguien va a cruzarse contigo. Las ruedas resuenan distinto cuando un carro se acerca. El aire se mueve cuando una persona pasa cerca. Los comerciantes dejan siempre las cajas en los mismos sitios. Y si escuchas suficientemente bien, la gente avisa continuamente de lo que va a hacer.

Nur lo seguía fascinado.

—La mayoría no ve porque mira demasiado —continuó Óculus—. Cree que prestar atención es tener los ojos abiertos.

Golpeó ligeramente una piedra con el bastón y la rodeó.

—Sin atención no ves el obstáculo.

Nur sintió algo al escuchar aquellas palabras. No sabía qué. Las guardó.

Entraron en una taberna pequeña.

—Aquí no hacen muchas preguntas —dijo Óculus—. Esa es una de sus mejores cualidades.

Se sentaron.

—Dionisos —gritó—, tráeme el asado.

Después señaló a Nur.

—Y algo vegetal para el santo.

—No soy ningún santo.

—Todavía.

Nur sonrió. El camarero se alejó.

—Entonces —dijo Óculus—, quieres llegar arriba.

—Sí.

—¿Hasta dónde?

Nur miró la mesa.

—Muy arriba.

—Eso suele salir caro.

—¿Dinero?

Óculus rio.

—Otro.

—¿Otro qué?

—Otro que cree que todos los precios tienen números.

Nur recordó a Sahir. Aquella frase empezaba a perseguirlo.

—¿Y tú has estado arriba?

—He estado en suficientes lugares para saber que la gente cambia menos que los muebles.

—Eso no responde.

—Ya vas entendiendo cómo hablo.

Llegó la comida. Nur comió pan, verduras y algo de fruta. Óculus atacó el asado.

—¿De verdad comes así siempre?

—Sí.

—Qué vida tan triste.

—Estoy bastante bien.

—Eso dicen todos los que no han probado otra cosa.

Nur negó divertido.

—Tú no pareces demasiado interesado en ascender.

Óculus dejó el cuchillo.

—¿Eso crees?

—Vives mendigando.

—Vivo como puedo.

—Con lo que sabes de la ciudad podrías hacer otras cosas.

Óculus pasó un dedo por el borde del vaso.

—Saber cómo funciona una puerta no significa que te dejen atravesarla.

Nur esperó. No añadió nada.

—¿Naciste aquí?

—Sí.

—¿Siempre has vivido así?

Óculus sonrió.

—No.

Pausa.

—A veces he vivido peor.

Nur comprendió que no quería hablar. Óculus se lo valoró. No preguntó.

—Hay algo que todavía no entiendo —dijo Nur—. Si dices que puedes ayudarme, ¿qué ganarías tú?

Óculus sonrió.

—Ahora sí haces preguntas inteligentes.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Bebió.

—Tú tienes cosas que yo no tengo.

—¿Cuáles?

—Presencia.

Nur frunció el ceño.

—El mundo tiene debilidad por los envoltorios. Tú entras en una habitación y la gente decide escucharte antes de que abras la boca.

—Eso no siempre es verdad.

—Casi siempre.

Óculus continuó:

—También tienes fuerza. Educación. Y esa desagradable costumbre de hacer lo que dices que vas a hacer.

—¿Eso es malo?

—En Oniria puede llegar a serlo.

Nur rio.

—¿Y tú qué tienes que yo no tenga?

Óculus apoyó los brazos sobre la mesa.

—Oniria.

Silencio.

—Tú miras las calles. Yo sé dónde suelen esconderse las alcantarillas.

Nur lo observó.

—Entonces nos necesitamos.

—No te entusiasmes. Todavía no he dicho que quiera trabajar contigo.

Nur recordó algo. *Dale la oportunidad de engañarte.* Sahir.

Una idea empezó a tomar forma.

Cuando terminaban la cena, Nur llamó al camarero.

—Pago yo.

—Ni hablar —protestó Óculus—. Te debo una vida.

—Entonces considéralo parte del interés.

Metió la mano bajo la ropa y sacó el rubí. Óculus no podía verlo. El camarero sí. Y su rostro cambió.

—¿Con esto será suficiente?

El hombre miró la piedra. Después miró a Nur.

—Sí...

Su voz casi tembló. Alargó lentamente la mano. Óculus se quedó inmóvil.

Nur observaba. El camarero estaba a punto de tocar el rubí cuando la mano del ciego se cerró sobre su muñeca.

—No.

El tabernero quedó paralizado. Óculus soltó unas monedas sobre la mesa.

—La cena está pagada.

Cogió a Nur del brazo.

—Nos vamos.

—Pero...

—Ahora.

Lo arrastró hacia la calle. No hablaron hasta haberse alejado varias manzanas. Óculus caminaba deprisa. Se detenía ocasionalmente, escuchaba y cambiaba de dirección.

—¿Qué ocurre?

—Dame la piedra.

Nur dudó.

Después se la puso en la mano.

Óculus la palpó con los dedos.

La giró.

—¿De qué color?

—Rojo.

El ciego dejó de andar.

—¿Sabes lo que es?

—Una piedra valiosa.

Óculus levantó la cabeza.

—¿Valiosa?

Nur no contestó.

—Esto es un rubí.

—Lo sé.

—¿Sabes cuánto vale?

Nur recordó las palabras de Sahir.

—No exactamente.

Óculus soltó una maldición.

—Podrías comprar esa taberna.

Nur sonrió.

—Entonces parece que la cena estaba cubierta.

Óculus no rio.

—Podrías comprarla varias veces.

Le devolvió la piedra cerrándole los dedos alrededor.

—Acabas de enseñar una fortuna en un lugar donde hay hombres que degollarían a su madre por mucho menos.

—El tabernero parecía honrado.

—Por eso tienes ojos y sigues sin ver.

Nur se quedó callado.

—Su respiración cambió. Dejó de mirar tu cara. Y cuando extendió la mano no estaba pensando en cobrarte la cena.

—¿En qué?

—En cuánto tiempo tendría que esperar para seguirnos sin levantar sospechas.

Nur miró hacia atrás. Óculus le golpeó el brazo.

—No mires.

Continuaron caminando.

—¿Nos siguen?

—Todavía no.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estoy prestando atención.

Aquella palabra otra vez.

Nur apretó el rubí dentro del puño. Sahir había tenido razón. Había puesto algo valioso ante un hombre que podía aprovecharse de su ignorancia. Óculus podría haberlo dejado pagar. Podría haberle dicho después que la piedra valía muy poco. Podría haberla cambiado por unas monedas. Podría incluso haberse marchado.

No había hecho ninguna de aquellas cosas.

—¿Por qué no me has engañado?

Óculus se detuvo.

—¿Eso era una prueba?

Nur no respondió. El rostro del ciego cambió.

—Hijo de...

Nur empezó a reír. Óculus levantó el bastón como si fuera a golpearlo. Después también rio.

—Te has jugado la vida por probarme.

—Sahir me dijo...

Se detuvo. Había hablado demasiado. Óculus lo percibió.

—¿Quién es Sahir?

Nur guardó silencio. Pasaron unos segundos. Óculus esperó. Después continuó caminando.

—Muy bien.

Nur lo siguió sorprendido.

—¿No vas a preguntar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quieres contestar.

Aquello le afectó más de lo que esperaba.

—No me llamo Nur.

Óculus siguió caminando.

—Ya lo sabía.

Nur se detuvo.

—¿Cómo?

Óculus también paró.

—Porque cuando te pregunté tu nombre tardaste una fracción de segundo demasiado larga.

Sonrió.

—Pero si quieres llamarte Nur, para mí eres Nur.

—¿Y no quieres saber quién soy?

—Algún día me lo contarás.

—¿Y si no?

Óculus se encogió de hombros.

—Entonces seguirás siendo Nur.

Por fin, desde que había entrado en Oniria, Nur sintió algo parecido a estar a salvo.

Caminaron hasta un pequeño patio interior donde Óculus dormía en una habitación miserable detrás de un antiguo taller.

—Bienvenido a mi palacio.

Nur observó aquello. Una cama. Una mesa. Un baúl. Poco más.

—Me esperaba algo peor.

—No me insultes.

Óculus dejó la flauta sobre la mesa. Nur se sentó. Permanecieron en silencio.

—Tengo una propuesta —dijo finalmente.

—Ya estamos tardando.

—Quiero que seas mi guía.

Óculus esperó.

—Pero no quiero pagarte un sueldo.

—La conversación empeora.

—Quiero que seamos socios.

Ahora sí cambió su expresión.

—¿Socios de qué?

Nur sonrió.

—Todavía no lo sé.

Óculus soltó una carcajada.

—Excelente negocio.

—Yo pongo lo que sé hacer.

—Que tampoco sabes muy bien qué es.

—Y tú pones Oniria.

El ciego se quedó pensativo.

—¿Y cómo repartimos?

—A medias.

Óculus dejó de sonreír.

—¿Cincuenta por ciento?

—Cincuenta por ciento.

—¿De algo que no existe?

—De momento.

—¿Y si fracasamos?

Nur miró la habitación.

—Tú vuelves aquí.

Óculus rio.

—Convincente.

Después extendió la mano.

—Hay una condición.

—¿Cuál?

—Si alguna vez puedo aprovecharme de ti y decido no hacerlo, no vuelvas a ponerme a prueba.

Nur sintió el golpe.

—Trato hecho.

Se estrecharon la mano.

Óculus no la soltó.

—Y otra.

—Eso ya son dos.

—No me mientas cuando no sea necesario. Los secretos me dan igual. Las mentiras cansan mucho.

Nur sostuvo su mano.

—De acuerdo.

Óculus la soltó.

—Entonces mañana empezamos.

—¿Por dónde?

El ciego sonrió.

—Por descubrir qué demonios sabes hacer aparte de cargar sacos, pegar a idiotas y perder fortunas pagando cenas.

Nur rio.

—¿Y después?

Óculus abrió la puerta. Desde la calle llegaba el ruido incesante de Oniria.

—Después aprenderemos a mirar.

Nur contempló al hombre que tenía delante. Ciego. Mendigo. Sarcástico. Probablemente la persona más extraña que había conocido desde que atravesó las nubes.

Y sintió que acababa de tomar una buena decisión. No podía saber cuánto. Ni en qué dirección.

Aquella noche hablaron hasta muy tarde. No de las leyes de Oniria. Ni de sus grandes secretos. Hablaron de cosas pequeñas. Quién robaba en el mercado. Qué comerciantes pagaban tarde. Dónde se contrataban trabajadores. Qué calles cambiaban por la noche. Quién escuchaba. Quién aparentaba escuchar. Qué personas parecían peligrosas y cuáles lo eran de verdad.

Nur preguntaba. Óculus respondía sólo cuando creía saber. Y cuando no sabía, decía:

—No lo sé.

Eso le gustó especialmente.

Antes de dormir, Nur observó al ciego sentado junto a la ventana. Tenía el rostro orientado hacia una ciudad que no podía ver.

—Óculus.

—¿Qué?

—¿De verdad crees que podemos llegar arriba?

El ciego permaneció un momento en silencio.

—No sé dónde quieres llegar.

Nur sintió un pequeño escalofrío.

—Arriba.

Óculus sonrió.

—Eso tampoco es un lugar.

Nur no respondió.

—Pero una cosa sí sé —continuó el ciego—. Si quieres moverte por Oniria, tendrás que aprender a verla.

Nur contempló sus ojos inútiles. Óculus percibió el silencio.

—Sí. Ya sé lo que estás pensando.

—Lo dudo.

—Estás pensando que tiene gracia que te lo diga un ciego.

Nur sonrió.

—Un poco.

Óculus se tumbó.

—Pues duerme tranquilo.

Apagó la lámpara.

—Aquí somos dos.

El primer plan

Nur despertó sobresaltado. Durante unos segundos no supo dónde estaba. Después vio la pequeña habitación de Óculus, la luz entrando por las rendijas y al ciego dormido en la otra esquina.

Entonces recordó. El almacén. Se incorporó de golpe.

—¡Mierda!

Óculus abrió un ojo inútil.

—¿Qué ocurre?

—Tengo trabajo.

—Enhorabuena.

—Tenía que estar allí hace una hora.

Se vistió atropelladamente. Óculus se incorporó.

—¿Vas a volver?

Nur se detuvo. No había pensado en ello.

—Tengo que despedirme.

—Eso sí.

Nur lo miró.

—¿Tan seguro estás de que esto va a funcionar?

Óculus volvió a tumbarse.

—No.

—Pues tranquiliza mucho asociarse contigo.

—Lo que sí sé es que si sigues descargando sacos, nuestro primer negocio va a tardar bastante en empezar.

Nur sonrió.

—Vuelvo enseguida.

Y salió corriendo. Cuando llegó al almacén, la jornada estaba ya en marcha. El propietario lo esperaba.

—Bonita hora para un encargado.

—Lo siento.

Nur respiró.

—Y además vengo a despedirme.

El hombre dejó el papel que sostenía.

—Ya.

No pareció sorprendido.

—¿Ya?

—Sabía que ocurriría.

Nur miró alrededor. Los carros. Los sacos. La pared donde tantas veces había apoyado la espalda al terminar agotado. La pequeña habitación en la que había dormido. Sus compañeros.

Aquello había sido su primera vida en Oniria. Y, de pronto, comprendió que ya estaba terminando.

—Gracias.

El propietario hizo un gesto incómodo.

—Has trabajado. Te he pagado. No hay nada que agradecer.

Pero ambos sabían que no era del todo cierto. El hombre extendió la mano. Nur se la estrechó.

—Ve con cuidado, muchacho. Esta ciudad es capaz de elevarte muy alto y dejarte caer desde el mismo sitio.

Nur sonrió.

—Intentaré recordar la primera parte.

El propietario negó con la cabeza.

—Eso es lo que hace todo el mundo.

Lo abrazó. Nur no esperaba aquel gesto.

Al separarse, miró una última vez sus manos. Los callos permanecían. Y le gustó que lo hicieran.

Después salió.

A plena luz del día, la vivienda de Óculus parecía todavía más pobre. Nur entró. El ciego estaba sentado junto a la pequeña mesa. Había colocado delante varios trozos de papel.

—¿Qué haces?

—Pensar.

—Parece agotador.

—No sabes cuánto.

Nur se sentó.

—Ya soy un hombre libre.

—No exageremos.

Óculus señaló la silla.

—Siéntate.

—Ya estoy sentado.

—Entonces empezamos bien.

Había una excitación distinta en su voz. Nur la percibió.

—¿Has pensado algo?

—Demasiado.

Óculus pasó los dedos por uno de los papeles. Había dibujos, cifras y signos trazados de manera irregular.

—Durante años he escuchado hablar a media ciudad.

Nur esperó.

—Comerciantes quejándose. Trabajadores. Dueños de locales. Mujeres que explican a sus amigas dónde gastan el dinero. Hombres prometiendo cosas que no pueden pagar. Gente que ha triunfado. Gente que ha perdido todo.

—¿Y?

—Que quizá he sido idiota.

Nur sonrió.

—Eso no parece un gran descubrimiento empresarial.

—He tenido información durante años y nunca he podido hacer nada con ella.

Señaló a Nur.

—Ahora puedo.

Aquello hizo que dejara de bromear.

—¿Cuál es el plan?

Óculus se recostó.

—No tenerlo.

—Magnífico.

—Escucha antes de reírte.

Nur cruzó los brazos.

—Te escucho.

—El error de los idiotas que quieren hacer fortuna es que empiezan enamorándose de una idea.

—¿Y eso es malo?

—Normalmente.

Óculus señaló hacia la calle.

—A nadie le importa tu idea. Le importa su vida.

Nur quedó pensativo.

—Entonces ¿qué propones?

—Escuchar.

—Eso parece poco.

—Porque no eres consciente todavía de cuánto habla la gente.

Óculus sonrió.

—Vamos a averiguar dónde gastan el dinero, de qué se quejan, qué buscan y no encuentran, dónde hacen cola, qué negocios están llenos y cuáles vacíos.

—¿Y después?

—Después veremos si sabemos hacer algo mejor.

Nur comenzó a interesarse.

—Eso tiene sentido.

—Claro que tiene sentido. Por eso se me ha ocurrido a mí.

Óculus permaneció unos instantes callado.

—Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Tú.

Nur rio.

—Me alegra saber que empezamos confiando.

—Mírate.

Nur se miró.

—¿Qué?

—Llevas la ropa de alguien que descarga carros.

—Hasta esta mañana era exactamente eso.

—En el banco les va a emocionar conocer tu pasado.

Nur se quedó callado.

—¿Banco?

—Necesitamos dinero.

—Tengo dinero.

—Tienes piedras.

—Puedo venderlas.

Óculus negó inmediatamente.

—Eso sería lo primero que haría un imbécil.

—Gracias otra vez.

—Un imbécil rico, si te consuela.

Óculus se inclinó hacia él.

—No vendas lo que tienes si puedes utilizarlo para conseguir lo que necesitas.

Nur empezó a comprender.

—Dejarlas como garantía.

Óculus sonrió.

—Veo que quizá no todo esté perdido.

—¿Y cuánto pediríamos?

—Lo suficiente para empezar. No tanto como para que empiecen a hacerse demasiadas preguntas.

—¿Cuántas piedras?

—Dos.

Nur lo miró.

—¿Por qué dos?

—Una demuestra que tienes algo. Dos hacen pensar que quizá tienes más.

Nur sonrió.

—Eso es manipular.

Óculus ladeó la cabeza.

—¿Hemos dicho que tienes más?

—No.

—¿Vamos a decirlo?

—No.

—Entonces dejaremos que ellos piensen.

Nur no estaba completamente convencido. Óculus lo percibió.

—Bienvenido a Oniria.

—Y tendrás que cambiar de ropa.

—Otra vez la apariencia.

—Siempre la apariencia.

Nur hizo un gesto de desaprobación. Óculus corrigió:

—No. Retiro eso. La apariencia no es todo.

Señaló hacia él.

—Pero es lo primero.

—Yo seguiré siendo el mismo.

—Tú sí.

Óculus sonrió.

—Ellos tardarán bastante más en descubrirlo.

Nur se quedó pensando.

—La gente decide cómo tratarte antes de saber quién eres. Tu aspecto simplemente hace que algunas puertas se abran antes de que puedas explicar nada.

—No me gusta demasiado.

—A mí tampoco me gusta ser ciego y aquí estamos.

Nur rio.

—¿Y tú?

—Yo iré contigo.

—Eso suponía.

—Pero como tu criado.

Nur dejó de reír.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Porque somos socios.

—Nosotros lo sabemos.

—No pienso tratarte como criado.

—Tampoco te lo he pedido.

Óculus empezó a divertirse.

—Escúchame. Todo el mundo te mirará a ti. Perfecto. Eso quiero.

Se tocó los ojos.

—A mí no me mirará nadie.

Nur comenzó a entender.

—Y mientras me observan...

—Yo los escucharé.

Silencio.

—El extranjero elegante y su criado ciego —continuó Óculus—. No sabrán dónde colocarnos exactamente.

—Porque no es exactamente verdad.

—Tampoco exactamente mentira.

Nur negó con la cabeza.

—Empiezo a comprender por qué te resulta tan fácil Oniria.

—No me resulta fácil. Si no, no viviría aquí.

Aquello cortó la broma.

Nur se levantó y se acercó al pequeño ventanuco. Desde allí se veía una porción de calle. Personas caminando. Un carro. Un vendedor. Una mujer discutiendo el precio de algo. Vida.

—¿Y después del banco?

—Nos vestimos.

—¿Y después?

Óculus guardó silencio.

—Escuchamos.

Nur se volvió.

—Otra vez.

—Hasta que sepamos.

—¿Y si no encontramos nada?

—Encontraremos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Óculus levantó la cabeza hacia él.

—Porque llevo toda la vida oyendo a la gente decir lo que quiere.

—¿Y qué quiere?

Óculus sonrió.

Nur esperaba una de sus sentencias. No llegó.

—Muchas cosas.

—Eso no ayuda demasiado.

—Exacto.

Se incorporó.

—El que te diga que todo el mundo quiere lo mismo es porque pretende venderle lo mismo a todo el mundo.

Se acercó hasta Nur.

—Unos quieren sentirse importantes. Otros seguros. Otros desean olvidar. Algunos buscan que los admiren. Otros que los dejen en paz. Muchos ni siquiera saben qué quieren hasta que lo ven delante.

Nur lo escuchaba.

—Nosotros no decidiremos por ellos.

Óculus golpeó suavemente su pecho con un dedo.

—Primero aprenderemos a mirar.

Se produjo un silencio. Nur observó la habitación. La cama desvencijada. La mesa. El yeso desprendido de las paredes. El ventanuco sin cristal.

—¿Aquí vamos a levantar nuestro imperio?

Óculus soltó una carcajada.

—No uses palabras grandes. Son caras de mantener.

Se dejó caer sobre una butaca vieja. Después dio unas palmadas sobre los brazos del asiento.

—Ven.

—¿Qué?

—Siéntate.

Nur obedeció. La butaca protestó bajo su peso. Óculus se colocó delante.

—Éste es tu primer trono.

Nur rio.

—Muy adecuado a mi reino.

—No te burles. Todos los tronos empiezan siendo alguna cosa miserable que alguien imaginó distinta.

Aquella frase hizo que Nur dejara de sonreír. Óculus continuó:

—Mañana iremos al banco.

—¿Así?

—No.

—¿Qué hacemos antes?

El ciego señaló su ropa.

—Convertir a Nur en alguien a quien un banquero tenga ganas de prestar dinero.

Nur bajó la vista hacia sí mismo.

—¿Y qué hacemos contigo?

Óculus extendió los brazos.

—Conmigo no hay arreglo.

Nur soltó una carcajada.

Aquella tarde salieron juntos. Óculus le fue indicando lugares. No negocios en los que invertir. Personas que observar.

—Mira aquel restaurante.

—Está lleno.

—No mires eso. Mira quién espera fuera.

Nur observó.

—Gente joven.

—¿Y?

—Bien vestida.

—¿Y?

Nur volvió a mirar.

—Parecen querer que los vean esperando.

Óculus sonrió.

—Ahora estás mirando.

Más adelante pasaron frente a una taberna casi vacía.

—¿Por qué no entra nadie? —preguntó Óculus.

Nur estuvo un rato observando.

—No lo sé.

—Bien.

—¿Bien?

—Decir «no lo sé» es mucho más útil que inventarse una respuesta.

Continuaron caminando. Un teatro anunciaba una representación que agotaba entradas desde hacía semanas. Un comercio de objetos carísimos tenía apenas tres clientes. En una plaza, cientos de personas escuchaban a un hombre que prometía una vida mejor.

Óculus no explicaba. Preguntaba.

—¿Qué ves?

Y Nur contestaba. Al principio deprisa. Después empezó a tardar.

Cuando cayó la noche regresaron agotados. Nur se dejó caer sobre la butaca.

—Creo que ahora sé menos que esta mañana.

Óculus sonrió.

—Entonces el día ha sido productivo.

Nur levantó la mirada hacia el ventanuco. La montaña no se veía desde allí. Pero sabía que estaba. La Perla. Su misión. Todo seguía intacto. Aquello era simplemente el primer paso necesario para acercarse.

Primero comprendería la ciudad. Después aprendería a ascender. Y cuando estuviera suficientemente cerca buscaría la

Perla. No había olvidado nada. Simplemente estaba ordenando los pasos.

—Mañana, el banco —dijo Óculus.

Nur sonrió.

—Mañana, el banco.

El ciego apagó la lámpara.

En la oscuridad, Nur continuó viendo durante unos instantes los lugares que habían recorrido. Las colas. Los escaparates. Las personas.

Todo lo que había visto sin haber sabido verlo. Pero sintió que con esfuerzo Oniria podía llegar a ser comprensible.

Y pocas cosas resultan más seductoras que empezar a comprender un mundo que un día nos pareció incomprensible.



Del banco a la calle

—Recuerda una cosa —dijo Óculus antes de entrar—: los bancos sólo prestan dinero a quien demuestra que no lo necesita.

Nur lo miró.

—No parece muy lógico.

—Lo es. Aquí nadie compra necesidades. Compra seguridades. No ruegues. No expliques. No intentes caerles bien. Haz que crean que perderían algo si no hacen negocios contigo.

Entraron. El silencio del banco parecía costoso.

Mármol, maderas oscuras, lámparas que no iluminaban más de lo necesario. Incluso las voces se reducían espontáneamente al cruzar la puerta, como si el dinero exigiera una forma particular de respeto.

Nur sintió el contraste con la calle. Fuera todo gritaba. Allí dentro todo juzgaba.

Una empleada los recibió sin levantarse. Primero miró a Nur. Después a Óculus. Finalmente volvió a Nur.

—¿Qué desean?

—Solicitar un préstamo.

La mujer bajó ligeramente los ojos hacia unos documentos. No necesitó decir nada. Nur reconoció aquella mirada.

La había visto muchas veces desde que llegó a Oniria: la velocidad con que alguien decidía cuánto valías antes siquiera de escucharte.

—Quizá deberían acudir a otro establecimiento.

Óculus permaneció inmóvil. Nur introdujo la mano en el bolsillo.

Por un instante recordó el Reino de los Siete Valles. Aquellas piedras no significaban allí lo que significaban en Oniria.

Sacó dos. Las depositó sobre la mesa. El sonido fue mínimo. Pero cambió la habitación. La mujer dejó de mirar los papeles.

Una de las gemas atrapó un reflejo de la ventana y lo lanzó sobre su rostro.

—Nosotros quizá no merezcamos su tiempo —dijo Nur—. Pero sospecho que nuestras piedras sí.

Óculus sonrió apenas. La mujer tomó una de ellas. Ahora sus movimientos eran distintos. Más lentos. Más cuidadosos. También su voz.

—¿De qué cantidad estaríamos hablando?

Nur comprendió algo. No había cambiado él. No había cambiado la mujer. Habían aparecido dos piedras sobre una mesa. Y, sin embargo, **todo había cambiado**.

Sintió una pequeña incomodidad. Y algo más. Una sensación nueva y mucho más difícil de reconocer. Poder.

—Los detalles los discutirá con mi criado.

Señaló a Óculus. El ciego inclinó ligeramente la cabeza. Por dentro debió de divertirse. Una hora después salieron del banco con el préstamo concedido.

Cuando estuvieron nuevamente en la calle, Óculus golpeó dos veces el suelo con el bastón.

—Acabas de aprender tu primera lección importante de Oniria.

—¿Cuál?

—Que la gente no ve lo que eres. Ve los signos que sabe interpretar.

Nur miró hacia atrás.

—Hace una hora aquella mujer quería echarnos.

—No.

Óculus sonrió.

—Quería echar a quienes éramos hace una hora.

Continuaron caminando.

—Ahora tenemos que dejar de serlo.

Aquella tarde enterraron dos hombres. No hubo funeral. Sólo sastres.

Óculus escogió personalmente las telas tocándolas entre los dedos, preguntando procedencias, caídas, gramajes y precios. Nur descubrió que aquel hombre incapaz de distinguir el día de la noche sabía perfectamente cómo debía vestirse alguien que quisiera ser visto.

—La imagen es un idioma —le explicó—. Y en Oniria es el único que todo el mundo entiende.

—¿Y qué tenemos que decir?

—Todavía nada. Primero conseguiremos que quieran escucharte.

Horas después Nur se contempló en un espejo. Durante unos segundos no se reconoció. La ropa había cambiado la arquitectura de su cuerpo. Parecía más alto. Más seguro. Incluso su rostro tenía otra expresión.

Enderezó ligeramente los hombros. El hombre del espejo hizo lo mismo.

Óculus apareció detrás. Vestía de negro. Unas lentes oscuras ocultaban sus ojos y un bastón sobrio había sustituido al viejo palo con el que recorría las calles.

Debía parecer un criado. No lo parecía. Parecía alguien que conocía secretos que los demás pagarían por conocer.

—¿Qué ves? —preguntó.

Nur continuó mirándose.

—A otra persona.

—Perfecto.

—He dicho otra persona, no una persona mejor.

Óculus sonrió.

—Eso todavía es mejor.

Nur volvió a contemplar al desconocido. Por alguna razón recordó las palabras que había escuchado antes de llegar a Oniria. *No olvides quién eres.*

Apartó la mirada del espejo. No había peligro. Él sabía perfectamente quién era.

La casa llegó después. No era extraordinaria para los estándares de Oniria, pero a Nur le pareció obscena. Había habitaciones que no necesitaban, muebles cuya función parecía consistir únicamente en ser admirados y una terraza desde la que podía contemplarse una parte de la ciudad.

Nur caminó por ella tocándolo todo. Hacía muy poco dormía en un almacén. Antes, en el desierto. Ahora tenía criados.

Se acercó a la terraza. A lo lejos continuaba elevándose la montaña.

—¿Cómo serán las casas de allí arriba?

Óculus se situó a su lado. No podía verla, pero sabía perfectamente hacia dónde estaba mirando.

—Iguales.

Nur se volvió sorprendido.

—No pueden ser iguales.

—Más grandes. Mejores materiales. Jardines. Obras de arte. Sirvientes. Vistas que nosotros no podemos imaginar. Pero iguales.

—Entonces no entiendo.

—El deseo siempre construye la misma casa, Nur. Sólo aumenta el número de habitaciones.

Aquella frase permaneció unos segundos entre ambos.

—No la mires como algo lejano —continuó Óculus—. Si la ves lejos, permanecerá lejos.

—¿Por dónde empezamos?

—Por aquello de lo que nadie puede prescindir.

—¿La comida?

—No.

—¿El dinero?

—Tampoco.

Óculus sonrió.

—Escapar de uno mismo.

Nur guardó silencio.

—La mayoría de la gente puede soportar casi cualquier cosa menos quedarse demasiado tiempo consigo misma. Dales ruido. Dales placer. Dales historias. Dales comida. Dales

alcohol. Dales vidas ajenas que puedan vivir durante unas horas. Si consigues su atención, tendrás todo lo demás.

Nur sintió cierta incomodidad.

—Eso parece aprovecharse de ellos.

—¿Obligándolos a hacer lo que desean?

No supo responder. Óculus caminó hacia el interior.

—Mañana empezamos.

Y empezaron. No construyeron nada que Oniria no deseara ya. Simplemente aprendieron a escuchar.

Mientras otros empresarios trataban de convencer a la ciudad de lo que debía querer, Óculus descubría lo que ya quería y Nur se lo ofrecía. Comida que producía más deseo que alimento. Bebidas que permitían durante unas horas ser otro. Espectáculos en los que las personas podían vivir las vidas que nunca tendrían. Lugares donde ser visto. Lugares donde olvidar. Lugares donde desear.

El éxito llegó con una facilidad que inquietó a Nur durante las primeras semanas. Después dejó de inquietarle. Había algo profundamente agradable en acertar. Entrar en un establecimiento y observar que todo funcionaba. Que las mesas estaban llenas. Que la gente pronunciaba su nombre. Que alguien se acercaba para saludarlo. Que otros querían sentarse cerca. Comenzaron a invitarlos. Después fueron ellos quienes invitaban. Y finalmente hubo personas que se sintieron importantes por haber sido invitadas por ellos.

Nur descubrió que el dinero compraba cosas. Pero el éxito compraba algo mucho más poderoso:

la mirada de los demás.

Y aquella mirada producía una sensación difícil de comparar con ninguna otra.

Una noche, rodeado de personas que reían sus comentarios con quizá demasiado entusiasmo, levantó una copa. Durante un instante vio reflejado su rostro en el cristal. Recordó al muchacho que había atravesado el desierto con unas pocas piedras escondidas entre sus pertenencias. Le pareció muy lejano. Bebió.

También descubrió el placer. Al principio lo observó como había observado tantas cosas de Oniria: con curiosidad. Después quiso comprenderlo. Después dejó de necesitar una explicación. Los sabores. El vino. La música. Las telas sobre la piel. La belleza. El deseo de los demás. Y el suyo.

Oniria tenía una extraordinaria capacidad para convertir lo excepcional en costumbre y la costumbre en necesidad.

Nur lo comprendía. Y, sin embargo, continuaba. Una noche Óculus se lo advirtió.

—Puedes disfrutar de todo. Pero no entregues nunca el centro.

—¿Qué centro?

El ciego señaló su pecho.

—Éste. Siente con cualquier parte de tu cuerpo, pero jamás con el corazón.

Nur sonrió.

—No te preocupes.

Óculus no sonrió.

—Preocúpate tú. El esclavo siempre cree que puede marcharse hasta el día en que intenta hacerlo.

Nur levantó la copa.

—Yo sé para qué he venido.

—Espero que nunca tengas que recordarlo.

Aquella respuesta le molestó. Sólo ligeramente. Lo suficiente para beber.

Desde la terraza, la montaña continuaba allí. Lejana. Cubierta de niebla. Nur la miraba todas las noches. Todavía quería llegar hasta ella. De eso estaba seguro.

Por eso no veía ningún peligro. Podía vestir como ellos. Beber como ellos. Hablar como ellos. Desear como ellos. Podía aprender las reglas de Oniria, utilizarlas, enriquecerse con ellas y ascender gracias a ellas.

Y continuar siendo él.

¿Quién seduce a quién?

¿La flor a la abeja o la abeja a la flor?

Nur todavía creía conocer la respuesta.



Cuando la vida cambia, te cambia tu vida

Nur abrió las ventanas. El aire de Oniria entró en la habitación moviendo ligeramente las cortinas. Durante unos instantes permaneció allí, contemplando la ciudad.

La casa había dejado de impresionarle. Aquello le sorprendió.

Recordaba perfectamente el día en que había entrado por primera vez y había recorrido las habitaciones tocando los muebles, abriendo puertas, asomándose a la terraza, incapaz de comprender que pudiera vivir en un lugar así.

Ahora encontraba defectos. La terraza podía ser más amplia. El servicio era insuficiente cuando recibían invitados. La biblioteca empezaba a quedarse pequeña.

Sonrió. Qué rápidamente cambia el significado de las cosas.

Desde allí podía contemplar buena parte del séptimo anillo. Y, al fondo, la montaña. Continuaba cubierta de bruma. El castillo apenas podía distinguirse. Pero estaba allí. Su objetivo.

Nur apoyó las manos sobre la balaustrada. Después se volvió hacia el otro lado. Más allá de las murallas se extendía el desierto. Y mucho más lejos, casi confundida con el horizonte, la cordillera tras la que se encontraba el Reino de los Siete Valles.

Sintió algo extraño. Intentó recordar el rostro del rey Amadeus. Lo consiguió.

Después el de Babaji. También.

Sus amigos. Las calles. El árbol de las perlas. Tuvo que esforzarse un poco más. Eso le inquietó.

¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en ellos? Días. Quizá semanas. No podía precisarlo.

Se quedó inmóvil. *No olvides quién eres.* La frase apareció en algún lugar de su memoria.

Cerró los ojos. Tenía que recuperar aquella costumbre. Sentarse. Respirar. Recordar. Volver, aunque sólo fuera durante unos minutos, al lugar del que procedía.

Mañana. Mañana por la mañana empezaría. Sin excusas. Una hora diaria. Quizá media. Pero todos los días.

—Nur.

La voz de Óculus llegó desde el interior.

—Nos esperan.

Abrió los ojos.

—¿Dónde?

—Recepción del alcalde. Presentará su gran plan para mejorar la vida de los habitantes del séptimo anillo.

Nur sonrió.

—¿Y quiere mejorar sus vidas o conseguir que lo reelijan?

—Supongo que ambas cosas. El ser humano tiene la maravillosa capacidad de hacer coincidir sus ideales con sus intereses.

Nur rio. Cogió la chaqueta. La montaña continuó detrás de él.

La recepción estaba llena de personas que influían sobre personas que influían sobre otras personas. Empresarios. Periodistas. Funcionarios. Artistas. Dirigentes. Personas capaces de conseguir que una idea pareciera importante simplemente hablando de ella.

Nur había aprendido a moverse entre ellos. Ya no necesitaba a Óculus indicándole cuándo hablar, cuándo callar, a quién acercarse o de quién mantenerse lejos. Había descubierto algo que le divertía: cuanto más importante se consideraba alguien, más fácil resultaba encontrar aquello que necesitaba escuchar.

No era necesario mentir. Bastaba descubrir su hambre.

Un hombre se acercó con una copa. Nur lo reconoció inmediatamente. Era uno de los responsables del periódico más influyente del anillo.

—Alcalde —dijo—, veo que esta noche está magníficamente acompañado. Nada menos que el hombre de moda.

Nur sonrió.

—Querrá decir que soy yo quien está magníficamente acompañado. Todavía soy un recién llegado.

El periodista lo miró con agrado. Nur extendió la mano.

—No nos habían presentado. Sigo su trabajo. Tiene usted una capacidad extraordinaria para descubrir qué asunto terminará preocupando a la ciudad antes incluso de que la ciudad sepa que le preocupa.

Los ojos del hombre brillaron.

—Vaya. No sabía que me tuviera en su radar.

—Procuro tener buenos radares.

Rieron.

—Precisamente estamos preparando algo sobre usted.

—Espero no haber hecho nada grave.

—Todavía no. —Levantó la copa—. Habíamos pensado titularlo: *El príncipe Nur, un soplo de aire fresco para Oniria.*

Nur sintió algo en el pecho. Fue apenas un instante. *Príncipe Nur.*

—Exagerado.

—No es cosa mía. Es como empiezan a llamarlo.

Nur bebió. El vino tenía un sabor excelente.

—Además —añadió—, si alguien merece reconocimiento es Óculus. Yo sólo tengo la ventaja de que salgo mejor en los retratos.

El ciego, unos pasos más atrás, sonrió. Nur había aprendido incluso aquello. A rechazar los halagos de una forma que permitiera conservarlos.

—Serías un magnífico político —intervino el alcalde.

—Dioses de Oniria, espero no haber hecho nada para merecer semejante castigo.

Rieron los tres.

—Tienes carisma. Dinero. Popularidad. Y empiezas a tener influencia.

—Me falta algo fundamental.

El alcalde lo observó.

—¿Qué?

—Querer serlo.

El alcalde rio con más ganas de las necesarias. Nur lo percibió. Y comprendió algo.

Le tenía miedo.

No mucho. Todavía no. Pero aquel hombre que gobernaba a decenas de miles de personas había dedicado unos segundos a

preguntarse si Nur podía convertirse algún día en su adversario.

La sensación fue nueva. Y agradable. Nur volvió a beber.

Cuando abandonaron la recepción, alguien pronunció su nombre.

—¡Nur!

Continuó caminando.

—¡Nur! ¿No me recuerdas?

Se volvió. Un hombre mal vestido avanzaba hacia él. Los guardias hicieron ademán de detenerlo, pero Nur levantó la mano. Había algo familiar en aquel rostro.

—Soy Andrei.

Nur tardó unos segundos. Entonces recordó. El almacén. Los sacos. Las manos abiertas por las cuerdas. El viejo Nicola, el encargado.

—Andrei...

El hombre sonrió al sentirse reconocido.

—Trabajábamos juntos.

—Claro que me acuerdo.

Lo abrazó. Y durante un instante el olor de aquel hombre devolvió a Nur a otra vida.

Sudor. Polvo. Madera. Fruta madura. Le pareció increíble haber estado allí hacía tan poco tiempo.

—¿Cómo estás?

Andrei hizo un gesto.

—Como siempre.

Nur comprendió perfectamente qué significaba.

—Nicola sigue igual. El trabajo también. Pero ahora tengo otro hijo.

—Enhorabuena.

—Gracias.

Hubo un silencio incómodo.

—Quería pedirte algo.

Nur supo qué era antes de escucharlo.

—Me gustaría trabajar contigo.

Nur respiró.

—Andrei...

—Lo que sea. No me importa. Sé que tienes muchos negocios. Podría empezar desde abajo.

Nur miró hacia Óculus.

El ciego permaneció inmóvil. Aquello era asunto suyo.

—Yo no llevo personalmente las contrataciones.

—Ya lo sé. Pero una palabra tuya...

Nur sintió una pequeña resistencia interior. Había cientos de empleados. Responsables. Procedimientos. No podía empezar a colocar conocidos simplemente porque se los encontrara por la calle. Además, recordaba a Andrei. No había sido precisamente el trabajador más diligente del almacén. Ayudarlo de aquella forma tampoco sería justo para los demás.

—Habla con nuestras oficinas —dijo finalmente—. Di que me conoces. Estoy seguro de que, si hay alguna vacante adecuada, te tendrán en cuenta.

La esperanza de Andrei disminuyó apenas un grado.

—Claro.

Nur le puso una mano en el hombro.

—Y hazme caso. Esfuérzate. Yo también empecé allí.

En cuanto pronunció aquellas palabras algo le molestó. No sabía exactamente qué. Andrei asintió.

—Gracias, Nur.

—Suerte.

Continuaron caminando. A los pocos metros Nur miró hacia atrás.

Andrei seguía allí. Después la multitud lo ocultó.

No hablaron durante un rato. Fue Nur quien rompió el silencio.

—No puedo solucionar la vida de todo el mundo.

Óculus siguió caminando.

—No.

—Y tampoco sería justo contratar a alguien sólo porque trabajó conmigo.

—Probablemente no.

Nur lo miró.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Parece que estás esperando que diga algo más.

Óculus golpeó el suelo con el bastón.

—No he dicho nada.

Y continuaron caminando. Eso molestó todavía más a Nur. Porque Óculus tenía razón. No había dicho nada.

La recepción había perdido su sabor. Nur recordaba las manos de Andrei. Y después recordó las suyas. Durante sus primeros días en el almacén las cuerdas se las habían abierto.

Las contempló. Ahora estaban cuidadas. Limpias. Suaves. Aquellas manos parecían pertenecer a otro hombre.

—Me voy a tomar una copa.

Óculus giró la cabeza.

—¿No acabamos de salir de una recepción?

—Necesito desconectar.

El ciego permaneció unos segundos en silencio.

—Como quieras.

Nur entró solo en uno de sus establecimientos. La música golpeaba antes de cruzar la puerta.

Dentro, la noche había sido cuidadosamente construida. Luz suficiente para desear. Oscuridad suficiente para imaginar.

Perfumes. Alcohol. Cuerpos. Risas. Miradas. Personas intentando convertirse durante unas horas en la versión de sí mismas que preferían.

Cuando apareció, algunas cabezas se volvieron. Después otras. Nur lo percibió. Siempre lo percibía.

Alguien levantó una copa para saludarlo. Una mujer sostuvo su mirada algo más de lo necesario. Otra apartó la suya esperando que él hubiera advertido que la apartaba.

Nur sonrió. Aquello era sencillo. Mucho más sencillo que pensar. Pidió una copa. Bebió.

La música fue ocupando el espacio donde unas horas antes había aparecido el Reino de los Siete Valles.

Pidió otra. Andrei empezó a desaparecer. La montaña también. Nur apoyó la espalda contra la barra. Por fin comenzaba a sentirse mejor.

Necesitaba ser él por un rato.

Y aquella noche no se preguntó quién era ese *él*.



La noche y el alba

La vida de Nur se había llenado de acontecimientos. Recepciones. Negocios. Invitaciones. Aplausos. Personas que pronunciaban su nombre antes de que él llegara y seguían pronunciándolo cuando se marchaba.

Óculus y él se habían convertido en una extraña criatura de dos cabezas. Uno veía. El otro era ciego. Y cada vez resultaba más difícil saber cuál de los dos veía mejor.

El método funcionaba. Eso era lo peligroso.

Cada día la realidad parecía darle la razón a Óculus y cada acierto endurecía un poco más la mirada de Nur. Había comenzado a desconfiar de las palabras, después de las intenciones y finalmente de casi todo.

Su acero no se estaba templando en el fuego. Se templaba en el hielo.

—Escucha —le repetía Óculus—. Todo el mundo termina diciéndote lo que quiere si consigues permanecer callado el tiempo suficiente.

Nur convirtió aquello en disciplina. Invitaba a comer a quienes ascendían y a quienes acababan de caer. A vencedores y derrotados. A personas admiradas y a otras que habían dejado de serlo. Y escuchaba.

Descubrió algo fascinante. Casi nadie contaba su vida. Contaba **la versión de su vida que necesitaba creer**.

Los triunfadores eliminaban de su relato la fortuna que los había ayudado. Los derrotados olvidaban las decisiones que los habían conducido hasta allí. Los poderosos hablaban de

responsabilidad. Los ambiciosos, de servicio. Los envidiosos, de justicia.

Bastaba entregar atención para que las personas comenzaran a vaciarse. Óculus tenía razón. Y precisamente por tenerla tantas veces, Nur empezó a cometer el error de creer que la tenía siempre.

Las historias comenzaron a parecerle iguales. Cambiaban los nombres, las circunstancias, las cantidades de dinero, las amantes, los enemigos. Pero debajo encontraba los mismos mecanismos.

Deseo. Miedo. Vanidad. Necesidad de reconocimiento.

Comenzaba a aburrirse. Hasta la noche de la Fiesta de la Luna.

Oniria celebraba el comienzo del verano entregando una noche a aquello que permanecía oculto durante el día. La llamaban la Fiesta de la Luna.

Durante unas horas las identidades se suspendían. Nobles, comerciantes, funcionarios, prostitutas, artistas, delincuentes y políticos recorrían las calles detrás de máscaras.

La paradoja era que nadie se ocultaba tanto como creía. Los disfraces no escondían. Revelaban.

Quien durante el año fingía humildad se vestía de rey. Quien aparentaba pureza elegía demonios. Los cobardes llevaban espadas. Los poderosos jugaban a ser mendigos. Como si cada máscara fuese una confesión.

Nur decidió salir solo. Óculus no preguntó adónde iba.

—Esta noche quiero mirar sin que sepan quién mira.

—Entonces no olvides que tú también llevarás una máscara.

—Precisamente.

Eligió la de un guerrero sin rostro. Y desapareció entre la multitud.

Durante horas recorrió una Oniria distinta. Entró finalmente en uno de los establecimientos de la competencia.

Le sorprendió. No había estridencia. Nadie parecía necesitar gritar para divertirse. La música permitía conversar. La iluminación no convertía los rostros en mercancía.

Había alegría. Pero no desesperación.

Aquello contradecía una de las convicciones de Óculus: cuanto más intensa fuera la emoción, mayor sería el negocio.

Nur observó el salón. Quizá existieran formas de prosperar que todavía no conocían.

Buscó una mesa desde la que pudiera verlo todo.

Entonces entró ella. No fue su belleza lo primero que llamó su atención. Fue su manera de mirar. Entró como alguien que conocía perfectamente aquel mundo y, sin embargo, no terminaba de pertenecerle.

Llevaba una máscara sencilla que apenas ocultaba nada. Cabello negro, piel tostada y una seguridad que desaparecía durante fracciones de segundo cuando creía que nadie la observaba.

Nur detectó inmediatamente aquella contradicción. Y quiso comprenderla. La mujer se sentó sola en la mesa contigua.

Nur esperó. Ella no miró hacia él.

Esperó algo más. Nada.

Aquello empezó a divertirle.

—Tengo entendido que quien pasa solo la Fiesta de la Luna permanece solo hasta la siguiente.

Ella giró lentamente la cabeza.

—También dicen que quienes hablan con desconocidos durante la Fiesta de la Luna suelen arrepentirse al amanecer.

—Entonces uno de los dos correrá un riesgo.

—Los dos.

—Eso mejora considerablemente la propuesta.

Ella lo estudió durante unos segundos.

—Saba.

—Amnesia.

Su cara delató la sorpresa.

—¿Amnesia?

—Guerrero sin ejército, sin patria y, esta noche, sin nombre.

—¿Y qué has olvidado?

—Si lo supiera, no sería Amnesia.

Saba sonrió. Había algo en aquella sonrisa que Nur no consiguió clasificar.

—Dicen que el champán ayuda a olvidar.

—Entonces necesitaremos algo que nos ayude a recordar.

—Absenta.

Nur llamó al camarero.

—Una botella de cada. Tendremos que decidir cuál de las dos cosas merece esta noche.

Comenzaron jugando. Nur hizo lo que había aprendido. Preguntar. Callar. Observar. Pero algo no funcionaba.

Saba contestaba cuando quería y desviaba la conversación cuando no. A veces respondía a una pregunta con otra. Otras

parecía entregarle una confidencia y, cuando Nur trataba de profundizar, descubría que apenas sabía nada más que antes.

Aquello le resultaba irritante. Y fascinante.

—Eres difícil de leer.

—Quizá lees demasiado a las personas.

Nur dejó la copa sobre la mesa.

—Es una afición.

—No. Creo que es una estrategia.

La frase encontró algo. Nur permaneció callado. Saba bebió.

—Ahora sí te he interesado.

—Ahora me has molestado.

—Mucho mejor.

Se miraron. Nur llevaba años aprendiendo a dirigir conversaciones y aquella mujer acababa de quitársela de las manos sin esfuerzo.

—¿A qué te dedicas?

—A buscar.

—Eso no es una profesión.

—Depende de lo que encuentres.

—¿Y qué buscas?

Saba miró alrededor.

—Personas que todavía no se hayan convertido completamente en esto.

Nur siguió su mirada.

—¿En qué?

—En personas que solo hacen algo para conseguir otra cosa.

Aquello le hizo sonreír.

—Todo el mundo hace las cosas por algo.

—No.

—Siempre.

Saba negó lentamente.

—Conocí a un médico del sexto anillo que siguió atendiendo enfermos cuando ya no podían pagarle. Perdió la casa. Después perdió su consulta. Continuó visitándolos.

—Obtendría reconocimiento.

—Nadie sabía que lo hacía.

Nur buscó inmediatamente otra explicación.

—Necesitaría sentirse buena persona.

—Eres agotador.

—Solo intento entender.

—No. Intentas conseguir que todo encaje en lo que ya has entendido.

Un silencio. Aquella frase sí entró.

—¿Y qué ganó ese médico?

—Nada.

Nur se reclinó en la silla. Nada. En Oniria nadie hacía nada por nada. O eso había aprendido.

—¿Y tú qué haces con esas personas?

—Las encuentro. A veces las conecto. A veces consigo recursos. A veces simplemente procuro que alguien sepa que existen.

—¿Por qué?

—Esa pregunta dice bastante más de ti que de mí.

Nur volvió a callar.

Hablaron durante horas. Saba conocía otra ciudad. No una Oniria ingenuamente buena que negara la corrupción, el deseo o la crueldad. La misma ciudad. Pero mirada desde otro lugar.

Le habló de maestros que enseñaban a quien jamás podría devolverles nada. De empresarios que habían protegido a sus trabajadores cuando hacerlo les perjudicaba. De desconocidos que habían arriesgado su seguridad por otros desconocidos.

Pequeñas historias. Nada heroico. Y precisamente por eso resultaban difíciles de despreciar.

Nur comenzó a sentir algo incómodo. Quizá Óculus conociera extraordinariamente bien Oniria. Pero quizá no conociera **toda** Oniria.

—Trabaja conmigo.

Saba soltó una pequeña carcajada.

—Ya has tardado.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—Podría crear algo distinto. Una organización independiente de mis negocios. Tú la dirigirías.

—No trabajo para cualquiera.

—Todavía no sabes qué voy a proponerte.

—Sí sé quién me lo propone.

Nur sintió el golpe.

—¿Y qué ves?

Saba sostuvo su mirada.

—A alguien que está empezando a conseguir todo lo que quiere y todavía no ha decidido qué quiere que eso haga con él.

Nur no respondió. Aquella mujer era peligrosa. No porque pudiera destruirlo. Porque parecía verlo.

—Precisamente por eso te necesito.

—Eso ha sonado peor de lo que pretendías.

Los dos rieron. Nur se inclinó hacia ella.

—Destinaré una parte de mis beneficios a proyectos que merezcan existir. No quiero caridad decorativa. Ni placas con mi nombre. Ni cenas para que los ricos podamos sentirnos generosos.

Saba dejó de sonreír.

—Continúa.

—Tú buscarás los proyectos. Tendrás independencia. Yo pondré los medios.

—¿Y tu nombre?

—No aparecerá.

Saba lo estudió. Esta vez durante mucho tiempo.

—Eso sí podría interesarme.

Nur sintió una satisfacción inesperada. No era la del negocio. Era otra. Más limpia. Más cálida. Y quizá por eso mismo, más peligrosa. Todavía no sabía que también podemos apegarnos a la sensación de hacer el bien.

—Necesitaremos un nombre.

Saba miró hacia las ventanas. La luna de Oniria flotaba sobre los tejados.

—Soñar y creer.

—Demasiado sentimental.

—Entonces ya tenemos nombre.

La conversación debería haber terminado allí. Pero ninguno de los dos se levantó. Habían desaparecido el salón, la música y las personas.

Quedaban dos desconocidos detrás de dos máscaras que, de alguna manera, habían comenzado a ocultarlos menos que sus propios rostros.

Nur sintió el peligro. Saba también.

—Tenemos un problema —dijo él.

—Lo sé.

—Si mezclamos esto con lo otro, destruiremos ambas cosas.

Saba extendió la mano sobre la mesa.

—Entonces hagamos un pacto.

Nur puso la suya sobre ella.

—Negocios y placer no se mezclarán nunca.

—Nunca.

Permanecieron así unos segundos. Demasiados. Después se besaron. Fue un beso breve. Pero tuvo algo extraño. Nur sintió durante un instante un lugar que no supo reconocer.

Montañas. Aire frío. Una sensación antigua. Como si aquella mujer perteneciera a un recuerdo que todavía no había sucedido.

Se separaron. Saba permaneció muy cerca.

—Primer y último beso.

Nur tardó unos segundos en responder.

—Primer y último.

—Así no estropearemos nada.

Nur sonrió. Pero mientras la veía marcharse comprendió que algo acababa de estropearse para siempre. **Su tranquilidad.**

Salió cuando comenzaba a amanecer. La luna desaparecía sobre Oniria mientras el sol iluminaba lentamente la montaña.

Esta vez, a diferencia de otras, Nur no miró hacia la cima. Miró hacia el lugar por donde había desaparecido Saba.

Y no se dio cuenta. Aquella noche había encontrado algo bueno.

Por eso era mucho más difícil reconocer el peligro.



Las mil direcciones del futuro

Un laberinto se construye abriendo mil direcciones, no cerrando puertas. Nur tardaría mucho tiempo en comprenderlo. Por entonces sólo veía caminos.

Cada día aparecían nuevos negocios, nuevas personas, nuevas oportunidades. Una puerta conducía a otras tres y detrás de cada una había diez más esperando ser abiertas.

Oniria parecía infinita. Y Nur comenzaba a parecerlo también.

Óculus le había enseñado a mirar al ser humano desde abajo.

Deseo. Miedo. Vanidad. Placer. Reconocimiento.

Había aprendido que pocas personas podían ser obligadas durante mucho tiempo, pero casi todas podían ser conducidas si se descubría aquello que deseaban.

No había que empujar al hombre. Bastaba con colocar algo delante. El resto lo hacía él.

Nur había perfeccionado el método. Escuchaba antes de hablar. Observaba antes de actuar. Averiguaba qué deseaba cada uno y procuraba que el camino hacia ese deseo coincidiera con el suyo.

Cada vez necesitaba ordenar menos. Las personas comenzaban a hacer voluntariamente aquello que él necesitaba. Y eso le fascinaba.

Pero Saba había abierto otra puerta.

—No.

Nur levantó la mirada de los documentos.

—¿No qué?

—No vamos a ayudarle.

—Pensé que su proyecto te entusiasmaba.

—Me entusiasma.

—Entonces no entiendo.

Saba cerró la carpeta.

—Quiere que lo salvemos.

Nur se reclinó en la silla.

—Precisamente para eso creamos esto.

—No.

Saba lo miró.

—Lo creamos para ayudar a caminar a quien ya está caminando. No para cargar con quien ha decidido sentarse.

Nur sonrió.

—Eso parece algo que diría Óculus.

—Óculus utilizaría su necesidad para dominarlo. Yo quiero evitar que su necesidad nos domine a nosotros.

Nur dejó de sonreír. Saba continuó:

—Si hacemos por alguien lo que puede hacer por sí mismo, quizá no lo estemos ayudando.

—¿Y qué hacemos?

—Esperamos.

—Puede fracasar.

—También tiene derecho.

Aquella respuesta permaneció unos segundos entre ambos.

Nur estaba descubriendo una forma diferente de poder. Con Óculus había aprendido a mover personas. Con Saba empezaba a aprender a **no moverlas**. Y a veces resultaba mucho más difícil.

Los proyectos comenzaron a multiplicarse. Una pequeña escuela. Un taller. Una consulta. Un negocio al que nadie quería prestar dinero. Un inventor del que todos se reían. Una mujer que llevaba años intentando crear algo que nadie consideraba necesario.

Saba encontraba personas. Nur encontraba posibilidades. Y entre ambos construían puentes. No siempre funcionaba.

Algunas personas desperdiciaban la oportunidad. Otras mentían. Algunas tomaban el dinero y desaparecían. Hubo proyectos que murieron pocos meses después de nacer.

Al principio Nur se enfurecía.

—Podríamos haberlo evitado.

—¿Cómo?

—Controlándolo.

—Entonces habría sido nuestro proyecto, no el suyo.

Nur la miraba molesto. Había algo insoportable en dejar que alguien se equivocara pudiendo impedírselo.

—Podemos evitarles mucho sufrimiento.

—También podemos evitarles aprender.

Aquellas conversaciones fueron modificando algo en él. Óculus le había mostrado cuánto podía conocerse a una persona observando sus debilidades. Saba le mostraba cuánto podía descubrirse observando sus posibilidades.

Y ambos tenían razón. Eso era lo desconcertante.

Nur comenzó a contemplar Oniria de otra manera. Desde la terraza ya no veía solamente consumidores, votantes, trabajadores, clientes, amantes, adversarios o aliados.

Veía posibilidades.

Un talento desperdiciado aquí. Una inteligencia sin formación allá. Una voluntad sin medios. Una vida consumida en un trabajo que odiaba porque nadie le había mostrado otra puerta.

Y comenzó a pensar. Primero en personas. Después en barrios. Finalmente en la ciudad.

Si podían hacerlo con cien, podrían hacerlo con mil. Si podían hacerlo con mil, ¿por qué no con un anillo?

Y si funcionaba en un anillo... levantaba entonces los ojos hacia la montaña.

Una tarde Óculus entró en su despacho. Nur estaba de pie frente a la ventana.

—Estás cambiando.

Nur no se volvió.

—Todos cambiamos.

—Tú demasiado deprisa.

Ahora sí lo miró. Óculus permanecía apoyado sobre su bastón.

—No puedo ver tu cara —continuó—, pero recuerdo perfectamente al muchacho que se lanzó contra aquellos hombres cuando intentaban robarme.

Nur sonrió.

—Era bastante estúpido.

—Lo era.

Óculus también sonrió.

—Pero era cálido.

Nur volvió la mirada hacia la ciudad.

—La calidez no sirve para gobernar nada.

—Eso te lo he enseñado yo.

—Y tenías razón.

Aquella respuesta, en lugar de tranquilizarlo, pareció inquietarlo. Óculus caminó lentamente por la habitación.

—Antes querías subir.

—Sigo queriendo.

—No de la misma manera.

Un silencio incómodo.

—Antes querías vencer a Oniria. Ahora quieres arreglarla.

Nur giró la cabeza.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Óculus permaneció callado. No encontraba la respuesta. O quizá la encontraba y no le gustaba.

—Nada —dijo finalmente—. Probablemente nada.

Continuó caminando.

—Pero los hombres que quieren dinero se detienen cuando tienen suficiente. Los que quieren placer terminan agotándose. Incluso quienes quieren poder encuentran algún día un trono.

Se detuvo.

—Los que quieren salvar el mundo nunca terminan.

Nur sintió algo.

—No quiero salvarlo.

—Todavía.

La palabra quedó suspendida entre ambos.

Aquella noche cenaron solos. Como habían hecho muchas veces desde aquel primer pacto.

Pero algo había cambiado. Óculus habló de negocios. Nur escuchaba distraído.

—¿Dónde estás? —preguntó el ciego.

Nur dejó la copa.

—¿Alguna vez te has preguntado para qué vivimos?

Óculus soltó una carcajada.

—Para esto no me necesitabas. Podías haberte quedado con el asceta.

Nur no rió.

—Hablo en serio.

Óculus lo percibió.

—Entonces ése es precisamente el problema.

—Miro a la gente y veo una noria. Se levantan, trabajan, desean, consiguen algo, se acostumbran, vuelven a desear... y un día mueren.

—Descripción bastante precisa.

—¿Y eso es todo?

Óculus se encogió de hombros.

—Puede ser.

—No.

La seguridad con la que Nur respondió lo sorprendió.

—Tiene que haber algo más.

—¿Por qué?

Nur abrió la boca. No encontró respuesta. Aquello le molestó todavía más.

—No lo sé.

Óculus bebió lentamente.

—Entonces quizá estés buscando algo que no existe.

—O quizá vosotros habéis dejado de buscarlo.

El silencio cambió. Había aparecido una distancia nueva entre ambos. Pequeña. Pero real.

Más tarde Nur salió a la terraza. Oniria se extendía debajo como una constelación de luces.

Miles de casas. Millones de deseos. Incontables vidas caminando hacia alguna parte. Pensó en Óculus. Pensó en Saba. Uno le había enseñado a conocer las cadenas. La otra, a descubrir alas. Y él empezaba a imaginar qué podría hacerse con ambas cosas.

Levantó la vista hacia la montaña. Ya no quería llegar allí solamente por la perla. Ni por el poder. Ni siquiera por demostrar que podía hacerlo. Quería llegar porque comenzaba a creer que, desde arriba, podría cambiar las cosas.

Y aquella noche, sin saber por qué, esa idea le produjo una emoción mucho más intensa que la ambición. **Propósito.**

Nur respiró profundamente. Había encontrado una palabra para el vacío. No sabía todavía que también las palabras pueden convertirse en barrotes.

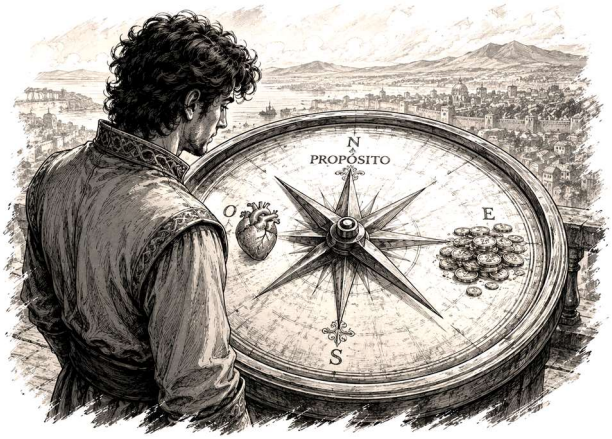
Óculus permanecía despierto en su habitación. Había intentado trabajar, pero la conversación regresaba una y otra vez. Recordó al muchacho que había recogido de las calles. Su ingenuidad. Su fuerza. La facilidad casi irritante con la que aprendía. Lo había enseñado a escuchar, a desconfiar, a interpretar deseos, a utilizar silencios. Le había enseñado a ver Oniria.

Pero ahora Nur comenzaba a ver cosas que él no veía.

Óculus apoyó las manos sobre su bastón. Sintió orgullo. Después algo parecido al miedo. Y finalmente una emoción que prefirió no examinar.

Se levantó y regresó a sus asuntos. Los números seguían obedeciendo.

Las personas eran mucho más complicadas. Especialmente aquellas a las que uno empezaba a querer.



Las puertas se abren, se ve el cielo

Hay un momento extraño en algunas ascensiones. Uno pasa años llamando a puertas que no se abren. Hasta que un día deja de llamar. Y son las puertas las que comienzan a buscarlo.

Óculus entró en el despacho sin llamar.

—Nos convocan.

Nur continuó leyendo.

—¿Quién?

—El Preboste del cuarto anillo.

Entonces levantó los ojos. Óculus estaba excitado.

—¿Qué quiere?

—¿Qué más da lo que quiera? Quiere verte.

Nur cerró lentamente el documento que tenía entre las manos.

—Entonces averiguaremos qué quiere.

—Vendrá mañana.

Aquello sí lo sorprendió.

—¿Aquí?

—Aquí.

Nur miró alrededor.

El Preboste del cuarto anillo podía haberlos hecho subir. Podía haberlos convocado a cualquiera de sus dependencias. Sin embargo, bajaba.

—Interesante.

Óculus se acercó.

—Mañana quiero al mejor Nur que exista.

—¿Cuál de todos?

—El que escucha. El que no necesita demostrar que es inteligente. El que deja que los demás crean que han descubierto solos aquello que tú les has puesto delante.

Nur sonrió.

—Conozco a ese.

—Y una cosa más.

—Dime.

Óculus apoyó ambas manos sobre el bastón.

—No tengas prisa.

Nur lo miró divertido.

—Eso también me lo enseñaste tú.

El Preboste llegó acompañado de seis personas. Nur supuso que sólo dos serían necesarias. Las otras cuatro eran parte del mensaje. Trajes sobrios. Modales impecables. Ningún gesto innecesario.

El poder comenzaba a cambiar de aspecto a medida que se ascendía. En el séptimo anillo necesitaba mostrarse. En el cuarto empezaba a permitirse el lujo de parecer discreto.

Nur salió a recibirlo.

—Bienvenido.

El Preboste estrechó su mano.

—Por fin conozco al príncipe Nur.

—Espero no decepcionarle cuando descubra que no soy príncipe de nada.

—Los títulos más interesantes son los que concede la gente antes que los gobiernos.

Nur sonrió. Buen comienzo. Entraron. Óculus permaneció ligeramente detrás de él.

—Óculus —dijo Nur—. Mi socio.

Hubo una brevísima pausa. El Preboste lo miró.

—Me habían dicho que era su ayudante.

—Entonces le habían informado mal.

Óculus no hizo ningún gesto. Pero Nur sabía que aquella frase había llegado muy dentro. El Preboste también pareció anotarla.

—Me alegra comprobar que algunas de las cosas que me han contado son ciertas.

—¿Y cuáles son?

—Que sabe rodearse bien.

Nur indicó los asientos.

—Eso sólo demuestra que sé reconocer mis limitaciones.

—Una capacidad bastante infrecuente.

—Por eso resulta rentable.

El Preboste sonrió. Aquello empezaba a divertirle.

Hablaron durante un tiempo de asuntos sin importancia. O aparentemente sin importancia. El crecimiento de la ciudad. Los nuevos gustos. La evolución del comercio. El aburrimiento de las clases acomodadas.

El Preboste preguntaba poco. Nur todavía menos. Hasta que finalmente el visitante dejó la taza sobre la mesa.

—¿Sabe cuál es uno de los problemas del cuarto anillo?

Nur esperó.

—Que funciona demasiado bien.

—No parece un problema.

—Lo es.

El Preboste se reclinó.

—Cuando una sociedad lleva mucho tiempo satisfecha empieza a repetirse. Las mismas familias, los mismos establecimientos, las mismas conversaciones, los mismos entretenimientos. La prosperidad termina creando su propia forma de decadencia.

Nur comprendió. No respondió.

—He observado lo que ha ocurrido aquí desde su llegada.

—Espero que no todo.

El Preboste sonrió.

—Lo suficiente.

Miró por la ventana.

—Ha cambiado el séptimo anillo.

—El séptimo anillo estaba deseando cambiar.

—Eso es exactamente lo interesante.

Silencio.

—Usted no crea necesidades, Nur.

Nur sostuvo su mirada.

—Las encuentra.

Ahora sí. El Preboste había venido por algo bastante más importante que sus restaurantes.

—Continúe.

—Ha entendido algo que muchos tardan una vida en comprender. Las personas no quieren que les digamos qué deben desear. Quieren sentir que sus deseos les pertenecen.

Nur sintió una ligera incomodidad. Había escuchado algo parecido en boca de Óculus.

—Y usted sabe darles cauce.

El Preboste miró entonces unos documentos que llevaba uno de sus acompañantes.

—Sus locales funcionan. Sus espectáculos funcionan. Sus negocios funcionan. Pero lo que más me interesa no aparece en sus balances.

Nur esperó.

—La gente habla de futuro.

Aquello lo sorprendió.

—Sueña y Crea ha empezado a tener una influencia considerable. Personas que llevaban años resignadas están intentando cosas. Algunos negocios pequeños están creciendo. Se habla de oportunidades.

El Preboste lo miró directamente.

—Ha conseguido algo extraordinariamente difícil.

—¿Qué?

—Que la gente crea que mañana puede ser mejor que hoy.

Silencio.

Nur sintió algo parecido al orgullo. No el orgullo del dinero. Otro más profundo. Y precisamente por eso no percibió su peligro.

—¿Qué quiere de nosotros?

El Preboste sonrió. Por fin.

—Que suban.

Óculus permaneció inmóvil. Nur también.

—El cuarto anillo necesita aire nuevo.

—El aire nuevo suele molestar a quienes llevan mucho tiempo respirando el antiguo.

—Por eso he bajado personalmente.

La respuesta era buena. Muy buena.

—¿Qué espera exactamente?

—Todavía no lo sé.

Nur arqueó ligeramente las cejas.

—Eso es poco habitual en alguien de su posición.

—Por eso estoy aquí y no he enviado una orden.

El Preboste juntó las manos.

—No quiero que copie lo que ha hecho aquí. Si quisiera una copia contrataría a un imitador. Quiero saber qué haría usted allí.

Nur guardó silencio. Óculus también.

—Teatros, lugares de encuentro, nuevas formas de ocio, iniciativas culturales, proyectos empresariales... Lo que considere. Quiero movimiento.

—¿Y a cambio?

El Preboste sonrió.

—Ahora sí estamos hablando.

Óculus intervino por primera vez.

—Necesitaríamos libertad de tránsito.

El Preboste giró hacia él.

—Explíquese.

—No podemos abandonar lo construido aquí. Necesitamos mover personas, recursos y mercancías entre ambos anillos sin solicitar autorización cada vez.

El Preboste reflexionó.

—Del cuarto hacia abajo.

Óculus esperó.

—Naturalmente.

—Hacia arriba no puedo concederles nada —continuó el Preboste—. Ni siquiera yo circulo libremente por algunos niveles.

Nur levantó ligeramente la mirada. Aquello era información. Y el Preboste supo que Nur acababa de guardarla.

—Entiendo.

Hablaron durante unos minutos más.

Finalmente el Preboste se incorporó.

—Entonces estamos de acuerdo.

Nur permaneció sentado.

—No.

Óculus giró la cabeza. Uno de los acompañantes del Preboste también lo hizo.

—¿No?

Nur se levantó entonces.

—He dicho que entiendo su propuesta. No que la acepte.

El silencio adquirió peso.

—¿Qué necesita?

—Pensarlo.

—No parece una decisión especialmente complicada.

—Las decisiones importantes casi nunca lo parecen antes de tomarlas.

El Preboste lo observó. Cambió el punto de atención que tenía desde que había entrado, no parecía estar evaluando un negocio. Evaluaba a Nur.

—¿Cuánto tiempo?

—El suficiente para saber si quiero hacerlo. No «si puedo». **Si quiero.**

El Preboste sonrió muy lentamente.

—De acuerdo.

Extendió la mano.

—Espero su respuesta.

Nur la estrechó.

—La tendrá.

Cuando el séquito desapareció, Óculus cerró la puerta. Permaneció inmóvil unos segundos.

—¿Se puede saber qué demonios acabas de hacer?

Nur caminó tranquilamente hacia la mesa.

—Pensar.

—¡Nos acaba de abrir el cuarto anillo!

—No.

Óculus frunció el ceño.

—Nos ha enseñado la puerta.

—¡Es lo mismo!

—En absoluto.

Nur se sirvió agua. Óculus golpeó el suelo con el bastón.

—Puede arrepentirse.

—No lo hará.

—¿Cómo puedes saberlo?

Nur bebió. Después dejó lentamente el vaso.

—Porque ha bajado.

Óculus calló.

—Podía habernos convocado. Podía enviar un emisario. Podía hacernos esperar seis meses. Sin embargo ha venido personalmente hasta aquí.

Nur se acercó a la ventana.

—Nos necesita más de lo que quiere que sepamos.

Óculus permaneció inmóvil.

Algo parecido a una sonrisa empezó a dibujarse en su rostro.

—Eres un hijo de...

Nur se volvió riendo.

—Cuidado con mi madre.

Óculus negó con la cabeza.

—Demonio. Eres un demonio.

Nur regresó a la ventana.

—¿Recuerdas lo que me enseñaste cuando apenas teníamos dos piedras?

—Te he enseñado demasiadas cosas.

—**El deseo se activa con la negación, no con la entrega**.

Óculus abrió la boca. Después comenzó a reír.

—Me estás utilizando mis propias lecciones.

—Eso significa que fueron buenas.

Óculus continuó riendo, pero algo había cambiado dentro de él. El muchacho al que había enseñado a caminar por Oniria acababa de adelantarse varios pasos. Y no había necesitado preguntarle cómo hacerlo.

Nur miró hacia la montaña. Desde allí seguía pareciendo lejana. Pero aquella tarde ocurrió algo extraño. Las nubes se abrieron durante unos segundos. Entre ellas apareció una parte de la cima que nunca había visto. El castillo.

Pequeño. Remoto. Casi irreal. Pero estaba allí.

Nur sintió un golpe en el pecho. Durante años había intentado acercarse a él. Ahora era la propia ciudad la que empezaba a elevarlo. Y ésa era una sensación mucho más peligrosa.

Porque cuando una puerta se abre delante de nosotros después de haberla deseado durante mucho tiempo, rara vez nos preguntamos adónde conduce.

Sólo pensamos que, por fin, **nos la merecemos.**

El ascenso

Nur había adquirido una costumbre extraña. Cuando necesitaba estar solo, buscaba multitudes. Caminaba sin escolta por las calles, entraba en sus propios establecimientos sin anunciarse, se sentaba en algún rincón y observaba.

Nadie está más solo que quien permanece anónimo entre cientos de personas.

Allí escuchaba. Veía cómo funcionaban los mecanismos que Óculus y él habían construido. Personas entrando cansadas y saliendo alegres. Hombres buscando reconocimiento. Mujeres buscando olvido. Jóvenes ensayando identidades. Viejos intentando recuperar durante unas horas aquello que el tiempo les había quitado.

A veces sentía orgullo. Otras, una incomodidad difícil de nombrar. Era como contemplarse en un espejo gigantesco. Aquella noche había citado a Saba. Llegó tarde. O quizá Nur había llegado demasiado pronto. Con ella nunca estaba seguro.

—Tenemos una propuesta.

Saba se sentó.

—Eso suena importante.

—El Preboste del cuarto anillo quiere que subamos.

No observó sorpresa en su rostro. Aquello le sorprendió.

—Quiere que desarrollemos allí parte de lo que hemos hecho aquí. Nos ofrece libertad de movimiento, facilidades y bastante margen para decidir.

Saba esperó.

—¿Y?

—Quiero saber qué piensas.

—Quieres subir.

—Te he preguntado qué piensas tú.

—Y te estoy contestando.

Nur sonrió.

—Está bien. Quiero subir.

—Entonces subirás.

—No es tan sencillo.

—Casi todo es sencillo antes de que la mente empiece a explicarlo.

Nur la miró. Había momentos en los que Saba decía cosas que parecían proceder de un lugar distinto.

—¿Tú subirías?

Ella tardó en responder.

—Yo ya he estado allí.

Nur dejó de sonreír.

—Nunca me lo habías dicho.

—Nunca me lo habías preguntado.

—¿Viviste en el cuarto anillo?

Saba jugó durante unos segundos con el borde de la copa.

—He vivido en muchos lugares.

—Eso no es una respuesta.

—Entonces será una de las cosas que todavía no sabes de mí.

Nur comprendió que no obtendría más. Había aprendido a hacer hablar a casi cualquiera. Saba continuaba siendo una excepción.

—¿Qué voy a encontrar?

—Más.

—¿Más qué?

—De todo.

Saba levantó los ojos.

—Más inteligencia. Más cultura. Más belleza. Más dinero. Más oportunidades. Personas extraordinarias. Algunas de las mejores que conocerás en Oniria.

Hizo una pausa.

—Y también mentiras mucho más difíciles de reconocer.

Nur permaneció atento.

—Aquí las cadenas hacen ruido —continuó ella—. Allí algunas son preciosas.

—¿Tan débil me ves?

Saba sonrió.

—No.

Después dejó de hacerlo.

—Te veo humano.

Aquello fue suficiente.

—¿Vendrás?

Saba miró hacia la calle.

—¿Qué ocurrirá con esto?

Se refería a Sueña y Crea.

—Continuará.

—No desde un despacho del cuarto anillo.

—Continuará aquí.

—¿Cómo?

Nur ya lo había pensado.

—Con autonomía. Más equipo. Más recursos. Y nosotros bajaremos.

Saba negó ligeramente.

—Tú bajarás al principio.

Nur entendió la acusación.

—Bajaré siempre.

—Eso dicen todos los que suben.

De nuevo silencio.

—Yo no soy todos.

Saba lo miró largamente.

—Eso también lo dicen muchos.

Nur soltó una carcajada.

—Es imposible ganar contigo.

—Ésa es una de las razones por las que me tienes cerca.

—Probablemente.

Saba se levantó.

—En las mismas condiciones.

—Las mismas.

—Mi libertad no cambia de anillo.

—Tu libertad es precisamente una de las razones por las que quiero que vengas.

Ella asintió.

—Entonces cuenta conmigo.

Comenzó a marcharse.

—Saba.

Se volvió.

—¿Por qué abandonaste el cuarto anillo?

Durante un instante ocurrió algo en su rostro. Algo pequeño. Una puerta que se abrió y se cerró inmediatamente.

—Porque llegó un momento en que ya no sabía si las cosas que quería las quería yo.

Y desapareció entre la gente.

Nur permaneció sentado. Aquella frase lo acompañó durante toda la noche.

Una mudanza siempre es una pequeña muerte. No se abandonan solamente habitaciones. Se abandonan recorridos, vecinos, olores, costumbres, lugares donde uno ya sabe quién es. Y sobre todo se abandona una versión de uno mismo.

La noticia corrió por el séptimo anillo. Nadie pareció sorprendido. El príncipe Nur ascendía. Parecía lógico. Inevitable incluso.

Su historia comenzó a utilizarse como demostración de una de las grandes promesas de Oniria: **cualquiera puede conseguirlo.**

Se escribieron artículos sobre él. Después libros. Algunos autores explicaban incluso métodos que Nur jamás había utilizado.

En las escuelas se hablaba del muchacho que había comenzado descargando mercancías y ahora atravesaba las puertas del cuarto anillo.

Los padres lo señalaban como ejemplo a sus hijos.

—¿Ves? Si quieres, puedes.

Nur escuchó la frase alguna vez. Le produjo una satisfacción extraña. Y también una ligera incomodidad. Conocía demasiadas vidas como para saber que no siempre era verdad. Pero resultaba una mentira demasiado hermosa para discutirla.

La puerta del cuarto anillo se abrió. Esta vez nadie le preguntó qué tenía que ofrecer. Nadie examinó su valor. Nadie le pidió una piedra. Lo estaban esperando.

Aquello le impresionó mucho más que la primera entrada en Oniria. Entonces había tenido que demostrar que merecía entrar. Ahora era la ciudad quien parecía demostrarle que merecía subir.

Óculus caminaba a su lado.

—No te acostumbres.

—¿A qué?

—A que las puertas se abran.

Nur sonrió.

—Pensaba que para eso habíamos trabajado.

—Precisamente.

El ciego golpeó el suelo con su bastón.

—Las puertas cerradas mantienen despierto. Las abiertas hacen creer que uno ha llegado.

Nur miró a su amigo.

—Cada día te vuelves más filósofo.

—Cada día tú me obligas más.

Continuaron caminando.

El cuarto anillo no era como Nur esperaba. Había imaginado ostentación. Encontró discreción.

Las casas eran magníficas, pero pocas necesitaban demostrarlo. Los jardines parecían llevar allí generaciones. Los establecimientos no exhibían precios porque quienes entraban no necesitaban preguntarlos.

Hasta el silencio era distinto. En el séptimo anillo todos parecían intentar hacerse visibles. Allí la verdadera posición consistía en **no necesitar serlo**.

Nur comenzó a comprender que el poder también tenía dialectos. Y acababa de entrar en uno que todavía no hablaba.

La casa sólo debía cumplir una condición. Tener vistas. Cuando Nur salió a la terraza comprendió que había elegido bien.

Frente a él se elevaba la montaña. Mucho más cerca. La bruma que durante años había ocultado la cima comenzaba a clarear. Podían distinguirse los anillos superiores. El tercero. El segundo. Y arriba, todavía lejano, el recinto original de la ciudad. El castillo.

Nur permaneció inmóvil. Había avanzado. Muchísimo. Giró lentamente. Al otro lado se extendía la ciudad que dejaba debajo. Encontró el séptimo anillo. Buscó las calles que conocía.

Sus negocios. El almacén. Algún lugar donde creyó reconocer el edificio en que había vivido.

Desde allí todo parecía pequeño. Aquello le produjo tristeza.

Después sus ojos llegaron hasta la muralla exterior. Y continuaron. El Limbo. El desierto. Las rutas que se perdían en la arena. Más allá, cuando el aire estaba limpio, podía intuirse una cordillera.

Se quedó mirándola. Algo se movió dentro de él. No sabía qué había detrás de aquellas montañas. O quizá sí.

Durante un instante apareció una sensación sin imágenes. Frío. Unas campanas. Una voz. Algo que debía recordar.

Nur frunció el ceño. Intentó atraparlo. Desapareció. La ciudad sonó detrás de él.

Carruajes. Música. Voces. Alguien llamándolo desde el interior de la casa.

Nur apartó la mirada del desierto. Ya recordaría.

Los primeros días fueron extraños. Descubrió inmediatamente que allí nadie olvidaba de dónde venía.

No se lo decían. Eso habría sido vulgar. Pero lo percibía. En determinadas pausas. En alguna sonrisa. En la forma de pronunciar «séptimo anillo».

Era el príncipe Nur. Sí. Pero seguía siendo un advenedizo. Un hombre sin familia conocida. Sin apellido. Sin generaciones enterradas en los cementerios de la montaña. Sin historia.

Eso le molestó más de lo que esperaba. Y precisamente porque le molestó decidió que nadie lo notaría.

Observó. Escuchó. Aprendió.

Descubrió hombres de una cultura formidable. Mujeres capaces de leer una habitación antes de pronunciar una sola palabra. Empresarios que administraban patrimonios construidos durante siglos. Médicos admirables. Artistas que jamás habrían actuado en sus locales del séptimo anillo. Filántropos cuya generosidad era auténtica.

Y también descubrió otra cosa. La crueldad no desaparecía al ascender. Se educaba. La ambición aprendía modales. La envidia dejaba de gritar. El desprecio sonreía. Las amenazas podían pronunciarse mientras alguien servía té.

Nur comprendió que Óculus había tenido razón. Como era arriba era abajo. Pero sólo en el fondo. Las formas cambiaban completamente. Y las formas importaban.

Aquella noche salió solo. Quería conocer aquel nuevo mundo sin anfitriones. Se vistió con sobriedad y comenzó a caminar.

Ya no sentía que hubiera llegado allí para conquistarlo. Algo había cambiado. Miraba edificios, instituciones, escuelas, hospitales, teatros. Pensaba en lo que podría hacerse. En lo que podría cambiarse. En cuántas personas podrían recibir oportunidades si quienes tenían medios supieran utilizarlos.

En ese instante la cima no le pareció solamente un lugar. Le pareció una herramienta. Y mientras caminaba comenzó a formarse en él una convicción nueva: **tenía que llegar arriba.**

No por sí mismo. Por todos. La idea le produjo una paz profunda. Casi espiritual.

Nur levantó la mirada. Desde aquella altura el cielo parecía mucho más cerca.

No comprendió que acababa de nacer una ambición mucho más difícil de abandonar que todas las anteriores. Porque ya no podía llamarla ambición.

Ahora podía llamarla **propósito.**



La verdad detrás de la apariencia

El frío del cuarto anillo era diferente. Nur lo atribuyó durante los primeros días a la altitud. Le resultaba más cómodo pensarlo así.

Por las noches caminaba solo por aquellas calles impecables, observando escaparates discretos, fachadas antiguas, jardines escondidos detrás de muros que no necesitaban mostrar lo que protegían.

Todo parecía más silencioso. Incluso el dinero. En el séptimo anillo la riqueza gritaba. Allí susurraba.

Y había descubierto que los susurros podían humillar mucho más.

—Conocer antes de actuar.

La voz de Óculus seguía acompañándolo. Así que Nur hacía lo que mejor había aprendido a hacer. Escuchaba.

Pero allí escuchar era diferente. Preguntaba y obtenía respuestas perfectas que no contenían nada. La gente sonreía mientras cerraba puertas. Lo felicitaban por sus éxitos mientras le recordaban, sin decirlo, que acababa de llegar. Nadie lo llamaba advenedizo.

No era necesario. A veces bastaba una pausa. Una mirada. La mención casual de un abuelo.

—Mi familia lleva aquí seis generaciones.

O una pregunta aparentemente inocente:

—¿Decías que comenzaste en el séptimo?

Nur aprendió pronto que la cortesía podía utilizarse como una muralla. Y que era mucho más difícil atravesarla porque nadie reconocía que existiera.

Y allí solo ante el desprecio refinado dudó de sí mismo.

Quizá había confundido inteligencia con experiencia. Quizá Óculus y él habían aprendido a jugar extraordinariamente bien una partida sencilla y ahora estaban sentándose ante otro tablero.

No le gustó aquella sensación. Precisamente por eso decidió observarla. Había algo en él que necesitaba demostrar que podía conquistar cualquier territorio.

Lo reconoció. Y no hizo nada por evitarlo.

Comenzó utilizando una de sus armas más eficaces. La generosidad.

Invitaba. Financiaba. Cedía espacios. Patrocinaba iniciativas. Se mostraba disponible. No pedía nada. Al menos aparentemente.

Había descubierto hacía tiempo que pocas inversiones producen tantos intereses como un favor que no exige devolución inmediata.

Pero ni siquiera aquello funcionó como esperaba. Le agradecían exquisitamente sus gestos. Y después contrataban a otros. Sus proyectos encontraban retrasos inexplicables. Los mejores locales estaban siempre comprometidos. Los permisos sufrían pequeños problemas. Los empleados que intentaba traer desde abajo encontraban dificultades administrativas. Nada suficientemente grave como para denunciarlo. Nada suficientemente claro como para combatirlo.

Era como luchar contra la niebla.

Una mañana Óculus entró en su despacho y cerró la puerta.

—Tenemos un problema.

Nur levantó la mirada.

—Ya tenemos algo.

—No bromees.

El ciego se sentó frente a él.

—No sé leerlos.

Aquella confesión impresionó a Nur. Nunca había escuchado algo parecido de su amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Abajo la gente miente mal.

Nur sonrió.

—¿Y aquí?

—Aquí algunos dicen la verdad para engañarte.

Nur dejó de sonreír. Óculus apoyó las dos manos sobre el bastón.

—Eso es mucho más difícil.

Permanecieron en silencio.

—¿Qué hacemos?

—Aprender.

Por fin Óculus pronunciaba aquella palabra sin tener ya preparada la lección.

La oportunidad apareció con un hombre llamado Lobushka. Era propietario de varios teatros y llevaba tantos años en el

cuarto anillo que nadie parecía recordar exactamente de dónde procedía. Sólo que no era de allí.

Quizá por eso fue amable con ellos.

—Necesito sangre nueva —les dijo—. Aquí todo el mundo lleva demasiado tiempo viéndose la cara.

Óculus sintió interés. Nur, una posibilidad. Lobushka disponía de una compañía excelente y buscaba un espectáculo capaz de devolver cierta emoción a una temporada que languidecía.

Nur y Óculus conocían exactamente uno. Había sido uno de sus grandes éxitos en el séptimo. Lo transformaron. Cambiaron decorados. Reescribieron escenas. Contrataron músicos. Gastaron mucho más de lo que Óculus consideraba razonable.

—Si queremos que nos respeten, no podemos traerles algo que huela a abajo.

Nur había empezado a comprender que en el cuarto anillo las cosas no tenían solamente que ser buenas.

Tenían que parecer inevitables.

La noche del estreno el teatro se llenó. Nur observaba desde un palco cómo iban ocupándose las butacas. Reconoció apellidos que llevaba meses intentando alcanzar. Personas que no habían respondido a sus invitaciones estaban allí. Sintió que algunos de los cerrojos cedían.

El público rio. Calló. Se emocionó. Aplaudió. Al final, el teatro entero se puso en pie.

Óculus, sentado a su lado, escuchaba los aplausos con los ojos cerrados.

—Ahora sí —susurró.

Nur sintió algo parecido. Ahora sí.

Lobushka organizó una celebración en su residencia. La casa parecía empeñada en demostrar que su propietario había vencido a la pobreza tantas veces como fuera necesario.

Mármoles. Cuadros. Esculturas. Metales. Armas. Criados. Hasta el silencio parecía caro.

Nur comprendió que Lobushka llevaba décadas intentando borrar algún lugar del que procedía. Quizá por eso acumulaba pruebas de que ya no pertenecía a él.

Durante la fiesta, Lobushka levantó una copa.

—Amigos, esta noche hemos asistido al nacimiento del gran espectáculo de la temporada.

Aplausos.

—Nuestra compañía lo representará durante los próximos meses y espero que permanezca muchos años entre nosotros.

Nur miró a Óculus. El ciego no se movió. Lobushka continuó hablando de fechas, teatros y representaciones. Como si todo estuviera decidido.

Cuando terminó, Nur se acercó.

—Lobushka.

—Príncipe.

Nunca lo había llamado así.

—Has anunciado una temporada completa.

—Eso espero.

—Nosotros también. Pero todavía no hemos hablado de las condiciones.

Lobushka lo miró con una expresión casi paternal.

—¿Condiciones?

—Participación. Derechos. Explotación de la obra.

Lobushka bebió.

—La compañía es mía.

—El espectáculo es nuestro.

—Era vuestro.

Nur sintió que algo se tensaba dentro de él.

—No te entiendo.

—Claro que me entiendes.

Dejó la copa sobre una bandeja.

—Vosotros habéis financiado el montaje. Yo he contratado a la compañía. Los teatros están bajo mis acuerdos. Las autorizaciones también. Y me cedisteis la representación de la obra.

—Para el estreno.

—Eso no dice el documento.

Silencio.

Nur miró a Óculus. El ciego permanecía inmóvil.

—¿Nos has robado?

Lobushka pareció sinceramente ofendido.

—No utilices palabras del séptimo anillo en mi casa.

Aquello dolió más que el dinero.

—No os he robado nada.

Se acercó ligeramente a Nur.

—Os he enseñado cuánto cuesta entrar.

Nur apretó la mandíbula.

—Esta noche han aprendido vuestro nombre personas que ayer no habrían aceptado sentarse a vuestra mesa. Mañana hablarán de vosotros. Pasado mañana algunos querrán conoceros.

Sonrió.

—Podéis considerarlo una pérdida o una inversión. Eso depende de vuestra inteligencia.

Nur sintió el impulso de golpearlo. Óculus apoyó una mano sobre su brazo. Apenas lo tocó. Fue suficiente.

Lobushka lo vio. Y sonrió todavía más.

—Aprendes rápido, príncipe.

Caminaron durante mucho tiempo sin hablar. El frío había regresado. Nur sentía la humillación mucho más que la pérdida.

Habían sido engañados. Ellos. Precisamente ellos.

—¿Cómo no lo vimos?

Óculus golpeaba lentamente el pavimento con su bastón.

—Porque buscábamos una mentira.

—¿Y?

—Nos dijo la verdad.

Nur se detuvo. Óculus también.

—Tenía compañía. Tenía teatros. Necesitaba un espectáculo. Nos abrió puertas.

—Y se quedó con nuestro trabajo.

—Eso no contradice nada de lo anterior.

Nur permaneció inmóvil.

—Abajo aprendimos a descubrir lo que la gente oculta.

Óculus levantó ligeramente el rostro.

—Aquí tendremos que aprender algo más difícil.

—¿Qué?

—A descubrir lo que oculta cuando no oculta nada.

Continuaron caminando.

Durante las semanas siguientes Nur comenzó a mirar de otra manera. Ya no buscaba solamente deseos. Buscaba códigos. Por qué una determinada obra emocionaba y otra parecía vulgar. Por qué una comida idéntica podía resultar ordinaria en una mesa y exquisita en otra. Por qué determinadas palabras conferían prestigio. Por qué algunas personas podían permitirse vestir con sencillez mientras otras necesitaban demostrar riqueza. Por qué allí nadie parecía perseguir el placer aunque todos lo persiguieran.

Comprendió algo. En el séptimo anillo la gente quería disfrutar. En el cuarto quería distinguirse incluso en la manera de disfrutar.

No bastaba con beber. Había que saber qué beber. No bastaba con contemplar una obra. Había que comprender aquello que los demás no comprendían. No bastaba con poseer. Había que poseer sin parecer impresionado por la posesión.

Hasta los vicios necesitaban cultura.

Nur sonrió al comprenderlo. Óculus percibió el cambio.

—¿Qué has visto?

—Que tenías razón.

—Eso ya lo sabía. ¿Sobre qué?

Nur miró por la ventana.

—**Como es arriba es abajo**.

Esperó unos segundos.

—Pero arriba han aprendido a disfrazarlo mejor.

Cambió sus negocios. No ofrecieron más placer. Ofrecieron significado al placer.

Los espectáculos dejaron de explicar. Insinuaban. Las comidas dejaron de saciar. Sorprendían. Los locales ya no buscaban multitudes. Buscaban que entrar en ellos significara algo.

Y funcionó. Primero lentamente. Después con la naturalidad con la que siempre terminaba funcionando todo cuando Nur encontraba la corriente adecuada.

Volvieron las invitaciones. Los mismos que habían tardado semanas en contestarle comenzaron a encontrar huecos en sus agendas. Su nombre apareció en conversaciones donde antes no existía.

Y, poco a poco, volvió a escucharlo:

—Príncipe Nur.

Pero esta vez comprendió algo que años atrás no habría entendido. No lo habían aceptado.

Simplemente había aprendido a resultarles necesario. Y durante algún tiempo creyó que aquello era todavía mejor.

Una noche volvió a la terraza. Miró hacia la cima. Ya no pensaba solamente en llegar. Había comenzado a sentir otra hambre.

Quería comprender. Comprender aquella ciudad. Comprender por qué las mismas fuerzas podían adoptar disfraces tan distintos.

Por qué el deseo podía parecer vulgaridad en una calle y refinamiento tres anillos más arriba.

Por qué la ambición podía vestirse de servicio.

La vanidad, de cultura.

El miedo, de prudencia.

La codicia, de responsabilidad.

Quizá detrás de todas aquellas apariencias existiera alguna arquitectura común. Alguna ley. Algo que explicara al ser humano. Nur sintió una excitación nueva.

Había aprendido a hacer negocios. Había aprendido a dirigir personas. Había aprendido a influir. Pero de pronto todo aquello le pareció insuficiente.

Quería saber.

Y no sospechó que Oniria acababa de descubrir otra forma de retenerlo.

El precio de la bondad

Nur tardó en aceptar que el cuarto círculo lo había derrotado. No en los negocios. Eso habría sido más sencillo. Lo había derrotado en la comprensión.

Cuanto más observaba aquel mundo, más consciente era de todo lo que ignoraba.

En los círculos inferiores había aprendido a reconocer el deseo, el miedo, la ambición, la vanidad. Allí las mismas fuerzas aparecían mezcladas con ideas, símbolos, educación, historia.

Incluso para desear había que saber. Aquello le fascinaba. Y le irritaba.

Una tarde mandó llamar a Saba. Ella tardó varios días en aparecer.

Cuando lo hizo encontró libros abiertos sobre la mesa, papeles llenos de anotaciones y a Nur caminando de un extremo a otro de la estancia.

—Veo que estás tranquilo.

Nur la miró.

—Me falta algo.

—Siempre te falta algo.

La frase lo detuvo.

Saba sonrió.

—Continúa.

—No los comprendo.

—¿A quiénes?

Nur señaló vagamente hacia la ventana.

—A ellos. A este lugar. Abajo creía haber aprendido bastante sobre las personas. Aquí descubro continuamente cosas que no sé.

Saba tomó uno de los libros. Lo hojeó.

—Quizá porque estás intentando comprender con experiencia algo que otros llevan generaciones estudiando.

Nur frunció el ceño.

—Explícate.

—Aquí casi nadie considera suficiente haber vivido algo. Lo estudian. Estudian negocios, política, historia, filosofía, arte, comportamiento humano... Incluso estudian cómo estudiar.

Dejó el libro sobre la mesa.

—A veces exageradamente.

Nur permaneció en silencio. La idea acababa de encontrar un lugar donde alojarse.

—Me falta conocimiento.

—Te falta una clase de conocimiento.

—¿Cuál?

—El que no se aprende en la calle.

Nur miró los libros.

—¿Y dónde se consigue?

—En bibliotecas. En escuelas. Y, si sabes buscarlos, en algunas personas.

—Quiero conocerlas.

Saba rio.

—Naturalmente.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco.

Se acercó a la ventana.

—Hay maestros extraordinarios en este círculo. Algunos llevan una vida entera dedicados a una sola pregunta. Pero los verdaderamente buenos son pocos. Y no suelen ser baratos.

—El dinero no es un problema.

Saba se volvió hacia él.

—Eso también es algo que deberías empezar a considerar un problema.

Nur no contestó.

—Tu pasión te arrastra —continuó ella—. Antes querías llegar. Ahora quieres comprender. Mañana encontrarás otra cosa.

—¿Y qué propones? ¿Que deje de aprender?

—No.

Saba negó lentamente.

—Que observes al que necesita aprenderlo todo.

Nur la miró durante unos segundos. No le gustó la frase. Precisamente por eso supo que debía recordarla.

—Tráeme los libros.

Saba suspiró.

—Te traeré algunos.

—Todos los que consideres importantes.

—Algunos.

—Y profesores.

—Buscaré uno.

—Varios.

—Uno.

Nur sonrió.

—Eres desesperante.

—Por eso me llamas.

Cuando parecía que la conversación había terminado, Saba dejó unos documentos sobre la mesa.

—También he venido por esto.

Nur tomó el primero. Había informes, cifras, estudios.

—¿Qué es?

—La otra cara del cuarto círculo.

—¿Tiene otra?

—Todos los mundos tienen otra.

Se sentó frente a él.

—Desde aquí podemos hacer cosas que abajo eran imposibles.

Le habló de hospitales. De investigaciones. De escuelas. De barrios enteros que podían disponer de agua limpia. De enfermedades que podían estudiarse. De niños excepcionalmente capaces cuya pobreza jamás les permitiría desarrollar aquello que llevaban dentro. De personas a las que no había que entregar una moneda, sino una oportunidad.

Nur dejó de caminar. Escuchaba. Aquello sí lo comprendía.

—¿Cuánto?

Saba sonrió.

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

Le mostró una cifra. Nur arqueó las cejas.

—Eso es muchísimo.

—Te dije mucho.

Continuó leyendo.

—¿Y qué obtenemos?

—Nada.

Nur levantó la vista.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Ni participación?

—No.

—¿Derechos?

—No.

—¿Retorno?

—Probablemente ninguno.

Nur volvió a mirar los papeles.

Algo en aquello le resultaba extrañamente atractivo.

—Entonces hagámoslo.

—Espera.

Saba no retiró los documentos.

—Todavía hay dos cosas que debes saber.

Nur la miró resignado.

—La primera es que algunas iniciativas fracasarán.

—Eso ocurre en cualquier negocio.

—No de esta manera. En un negocio fracasado aprendes y vuelves a intentarlo. Aquí puede que gastes una fortuna investigando una enfermedad y no encuentres nada. Que construyas una escuela y no cambies aquello que querías cambiar. Que intentes rescatar una comunidad y descubras que tus soluciones han creado problemas nuevos.

Nur permaneció pensativo.

—Entonces habrá que aprender también de eso.

—Quizá.

Saba lo miró seriamente.

—O aceptar que no todo puede arreglarse.

Aquella posibilidad le gustó todavía menos que la anterior.

—¿Y la segunda?

Saba tardó en responder.

—Tendrás que dejar que se sepa.

Nur frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque así funciona este círculo.

—Pues cambiaremos cómo funciona.

—No.

La respuesta fue inmediata.

—No puedes llegar a un mundo que todavía no conoces y decidir qué reglas merece conservar.

Nur dejó los documentos.

—No necesito que nadie sepa lo que doy.

—Tú no.

Saba señaló hacia la ciudad.

—Pero los proyectos sí.

Le explicó que el prestigio atraía financiación, colaboradores, investigadores, voluntades políticas. Que un nombre abría puertas que el dinero por sí solo no abría. Que hacer visible una iniciativa podía multiplicar sus efectos.

—Aquí lo llaman filantropía.

—No me gusta la palabra.

—Eso no importa.

—Parece una forma elegante de comprar virtud.

—A veces lo es.

Saba no intentó defenderla.

—También hay quien utiliza el bien para hacerse perdonar el mal. Quien dona una moneda para poder dormir después de haber robado cien. Quien necesita una placa con su nombre para recordar a los demás que es generoso.

—Entonces no quiero parecerme a ellos.

—Y también hay personas que hacen cosas extraordinarias.

Silencio.

—No confundas el mal uso de algo con su naturaleza.

Nur volvió a coger los informes.

Se acercó a la terraza.

Desde allí abajo, cuando caía la noche, comenzaban a encenderse miles de pequeñas luces.

—¿Sabes una cosa, Saba?

—Dime.

—A veces miro la ciudad desde aquí y pienso en algunas de las personas a las que hemos ayudado.

Saba guardó silencio.

—Una empresa que sigue abierta. Una familia que ha salido adelante. Un muchacho que pudo estudiar. Una mujer que recibió aquel tratamiento...

Se apoyó en la barandilla.

—Son como esas luces.

Saba lo observó.

—Cuando las veo siento que quizá no esté desperdiciando completamente mi vida.

Había dicho aquello con tanta sinceridad que Saba no quiso romperlo.

Pero algo de la frase permaneció flotando entre ambos. **Mi vida.**

Nur siguió mirando las luces.

—No sé todavía para qué estoy aquí. Pero cuando veo que algo mejora porque hemos pasado por su vida...

Buscó las palabras.

—...siento que yo también mejoro.

Saba bajó la mirada hacia los documentos. Había conocido hombres que hacían el bien para ser admirados. Otros para ser perdonados. Otros para sentirse superiores. Nur no parecía pertenecer a ninguno de ellos. Y, sin embargo, se preguntó si incluso la bondad podía convertirse en una forma de necesidad.

No dijo nada. Todavía no.

—Hazlo —dijo finalmente Nur.

—¿Todo?

—Lo que consideres.

—Habrá fracasos.

—Los aceptaremos.

—Perderemos mucho dinero.

—Tenemos más.

—Y tendrás que aparecer.

Nur hizo una mueca.

—Eso me costará más.

Saba sonrió.

—Lo imaginaba.

Se dirigió hacia la puerta.

—Y los libros —recordó Nur.

—Sí.

—Y el maestro.

Saba se volvió.

—He pensado en alguien.

—¿Quién?

—Un hombre bastante insoportable.

—Perfecto.

—No lo digas tan rápido.

—¿Es bueno?

Saba tardó un instante en contestar.

—Sabe muchísimo.

—No te he preguntado eso.

Ella sonrió.

—Veo que el cuarto círculo empieza a servirte para algo.

Abrió la puerta.

—Se llama Mágister Cassio.

Y desapareció. Nur permaneció solo.

Sobre la mesa tenía dos montones de papeles.

En uno estaban los proyectos destinados a mejorar la vida de personas a las que jamás conocería.

En el otro, los primeros libros que había comenzado a reunir.

Se sentó entre ambos. Conocimiento. Bondad.

Sintió que el camino que tenía delante no descendía hacia ninguna oscuridad. Todo lo contrario. Parecía elevarse. Y quizá por eso no percibió el peligro.

Había aprendido a desconfiar del placer. Había aprendido a desconfiar del dinero. Había aprendido a desconfiar del poder. Pero todavía no había aprendido a desconfiar de aquello que lo hacía sentirse mejor persona.

Y Oniria tenía muchas más formas de encadenar a un hombre que sus vicios.

La letra con fiebre entra

A los pocos días llamaron a la puerta.

—El Mágister Cassio desea verle.

Nur cerró el libro que tenía entre las manos.

—Que pase.

Esperaba a un anciano. Quizá una barba blanca, una túnica solemne, algún gesto que anunciara los muchos años dedicados al conocimiento. El hombre que atravesó la puerta no parecía necesitar ninguna de aquellas cosas.

Entró sin prisa. Antes de mirar a Nur recorrió la estancia con los ojos: los libros sobre la mesa, los papeles amontonados, las ventanas, la terraza abierta hacia la montaña. Finalmente lo observó a él.

Nur hizo exactamente lo contrario. Intentó medirlo.

—¿Por dónde empezamos?

Cassio sonrió.

—Por la paciencia.

Nur frunció ligeramente el ceño.

—No era la respuesta que esperaba.

—Precisamente por eso puede serte útil.

Se sentó sin esperar invitación.

Nur permaneció de pie.

—La prisa tiene una virtud —continuó Cassio—. Obliga a avanzar. Pero tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Hace que confundamos avanzar con acercarnos.

Nur dejó de caminar. Cassio señaló la silla que tenía enfrente.

—Siéntate.

No le gustó obedecer. Se sentó.

—Dime qué quieres aprender.

—Todo lo que pueda.

Cassio negó lentamente.

—Mala respuesta.

—¿Por qué?

—Porque sólo la ignorancia quiere aprenderlo todo.

Nur sonrió. Aquello empezaba a interesarle.

—Entonces dime tú qué debo estudiar.

—Tampoco.

—¿Tampoco?

—Antes necesito saber para qué quieres aprender.

Esta vez Nur respondió inmediatamente.

—Quiero llegar al primer círculo.

Cassio lo miró sin expresión.

—Te he preguntado para qué quieres aprender. Me has contestado dónde quieres llegar.

Nur guardó silencio.

—Está bien. Quiero comprender Oniria.

—¿Para qué?

—Para conquistarla.

Cassio asintió.

—Ahora tenemos una respuesta.

Esperó unos segundos.

—Probablemente equivocada, pero al menos tenemos una.

Nur apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Por qué equivocada?

—Porque estás confundiendo comprender cómo funciona algo con comprender lo que es.

Se levantó y caminó hasta la ventana. La montaña aparecía al fondo.

—¿Has utilizado alguna vez un mapa?

—Naturalmente.

—¿Es la montaña?

—No.

—Pero sirve para llegar hasta ella.

Cassio se volvió.

—Exactamente. El problema empieza cuando alguien se enamora tanto del mapa que deja de caminar.

Nur lo miró.

—Los libros son mapas, Nur. No son la montaña.

Las clases comenzaron aquella misma semana. Nur había mandado preparar una estancia digna de un gran maestro.

Cassio hizo retirar casi todo. Dejó una mesa. Dos sillas. Una pizarra. Nada más.

—Aquí sobra hasta la mitad de esto —dijo.

Nunca explicaba demasiado. Preguntaba.

Y cuando Nur creía haber encontrado una respuesta, Cassio encontraba una pregunta capaz de estropearla.

Hablaron de historia. De filosofía. De economía. De poder. De arte. De religión. De la naturaleza humana.

Cassio no parecía interesado en enseñarle qué debía pensar sobre ninguna de aquellas cosas. Le enseñaba a descubrir desde dónde pensaba.

Aquello fascinó a Nur. Al terminar cada sesión recibía varios textos. Los devoraba.

Después buscaba los libros que aquellos libros citaban. Y después los que contradecían a ambos. Una referencia llevaba a otra. Una idea abría cinco puertas. Cada respuesta producía preguntas nuevas.

Nur había descubierto otro territorio de Oniria. Y era inmenso.

Las noches dejaron de pertenecer a los teatros. Pertenecían a las bibliotecas. Había algo profundamente embriagador en comprender. Mucho más que en beber. Mucho más que en poseer. Incluso más que en vencer. Porque cada idea comprendida producía una sensación difícil de distinguir de la verdad.

Cassio lo observaba.

Una tarde encontró sobre la mesa una docena de libros.

—¿Los has leído?

—Todos.

—¿Para qué?

Nur se quedó desconcertado.

—Porque me los recomendaste.

—Te recomendé tres.

—Los demás estaban relacionados.

Cassio tomó uno.

—¿Y qué has aprendido?

Nur comenzó a explicarle. Autores. Teorías. Escuelas. Contradicciones.

Cassio escuchó durante varios minutos. Después levantó una mano.

—Suficiente.

Nur calló.

—¿Qué ocurre?

—Estás comiendo demasiado.

Nur miró los libros.

—Creía que para eso estaban.

—También la comida.

Dejó el volumen sobre la mesa.

—Y puedes enfermar por exceso de ambas.

Nur sonrió.

—No sabía que existiera la indigestión intelectual.

—Es una de las más frecuentes entre las personas inteligentes.

Aquello le gustó tanto que lo anotó.

Cassio lo vio escribir.

—Acabas de hacerlo.

Nur levantó la cabeza.

—¿El qué?

—Convertir mi advertencia en otra cosa que acumular.

Nur dejó lentamente la pluma. Cassio sonrió.

—Nos vemos mañana.

Pero Nur no se detuvo. No sabía hacerlo. Cada autor parecía prometerle una pieza del gran mecanismo. Las ideas comenzaron a conectarse.

Historia con poder. Poder con miedo. Miedo con religión. Religión con deseo. Deseo con economía. Economía con comportamiento. Comportamiento con identidad.

Empezó a sospechar que detrás de las miles de apariencias de Oniria podía existir una arquitectura. Y quiso encontrarla.

Saba apareció una tarde. Encontró a Nur rodeado de libros abiertos.

—Llegas en el momento perfecto.

—Eso me preocupa.

—Escucha esto.

Sin esperar respuesta comenzó a explicarle una teoría que acababa de descubrir. Habló durante varios minutos. Cuando terminó la miró satisfecho. Saba permaneció en silencio.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué te parece?

—No sé.

Nur pareció decepcionado.

—¿No me has entendido?

—Perfectamente.

Saba tomó uno de los libros. Lo cerró.

—Pero llevo diez minutos escuchándote y todavía no sé qué piensas tú.

Nur sonrió.

—Precisamente te estoy diciendo lo que pienso.

—No.

Señaló los libros.

—Me has dicho lo que piensan ellos.

Nur fue a responder. No pudo. Buscó mentalmente un argumento. Encontró tres. Todos pertenecían a otros.

Saba lo observaba.

—Estás cambiando.

—Espero.

—Yo no sé si lo espero.

Aquello lo sorprendió.

—¿Qué quieres decir?

Saba buscó las palabras.

—Antes hablabas peor.

Nur rio.

—Gracias.

—Pero sabía cuándo eras tú.

La sonrisa desapareció.

—Ahora hablas maravillosamente y a veces no sé quién está hablando.

Nur miró los libros.

—Quizá esté aprendiendo.

—Seguramente.

Saba se levantó.

—Sólo procura que cuando hayas aprendido todo eso siga quedando alguien dentro.

No añadió nada más. Tampoco habría sabido explicarlo mejor.

Aquella noche Nur no pudo leer. Era extraño. Tenía un libro abierto delante y las palabras parecían detenerse antes de entrar.

Salió a la terraza. La ciudad se extendía bajo él. Miles de ventanas. Miles de vidas. Miles de personas convencidas de comprender el pequeño mundo que podían ver desde donde estaban.

Levantó los ojos. La montaña parecía mucho más próxima desde el cuarto círculo. Y, sin embargo, aquella noche la sintió más lejana que nunca.

Pensó en Óculus. En Saba. En Cassio.

Óculus le había enseñado a desconfiar de lo que las personas decían. Saba, a desconfiar de lo que él mismo podía llegar a ser. Cassio acababa de enseñarle a desconfiar incluso de lo que pensaba.

¿Dónde estaba entonces la verdad?

Miró hacia la montaña. Comprendió algo inquietante.

Cuanto más sabía, más caminos aparecían. Cada respuesta abría nuevas preguntas. Cada certeza descubría una incertidumbre detrás. Quizá el conocimiento no fuera una escalera. Quizá fuera otro laberinto.

Sintió miedo. Pero no miedo a fracasar. Hacía mucho que había aprendido a convivir con eso. Sintió un miedo mucho más profundo:

llegar algún día a saberlo casi todo... y seguir sin saber hacia dónde caminar.



Un propósito

Saba comenzó a desaparecer. Al principio fueron días. Después alguna semana entera.

Seguía cumpliendo cuanto había prometido. Los proyectos avanzaban, las reuniones se celebraban, las personas recibían ayuda. Pero algo en ella había cambiado.

Cuando aparecía estaba más delgada. Más rápida. Como si persiguiera algo que siempre se encontrara unos pasos por delante.

Una tarde Nur dejó los papeles que estaba leyendo.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Saba.

Ella sonrió.

—No utilices conmigo esa voz de príncipe.

—Entonces no utilices conmigo tus huidas.

La sonrisa desapareció. Durante unos segundos buscó alguna salida. No la encontró. Se sentó.

—Estoy cansada.

Nur esperó. Había aprendido de Óculus que, después de determinadas frases, el silencio obtiene más información que las preguntas.

Saba continuó.

—Esta semana he hablado con cuarenta personas.

—Eso no parece extraordinario en ti.

—Treinta y ocho no querían solucionar nada.

Nur frunció el ceño.

—Querían dejar de sentirse mal.

—¿No es parecido?

—No.

Saba negó lentamente.

—Empiezo a pensar que no.

Se levantó y caminó hasta la terraza.

—Quieren que desaparezca la incomodidad sin cambiar aquello que la produce. Quieren sentirse mejor, no vivir mejor. Quieren esperanza sin transformación. Resultados sin proceso. Sentido sin hacerse preguntas.

Nur la escuchaba.

—Y cuanto más observo Oniria —continuó—, menos creo que sea un problema de pobreza o riqueza. O de círculos. Abajo anestesian el vacío de una manera. Aquí arriba lo hacemos con mejores modales.

Miró hacia la ciudad.

—Pero el vacío se parece mucho.

Aquella palabra quedó entre ambos. Vacío.

Nur conocía esa sensación. La había experimentado rodeado de personas, de dinero, de reconocimiento. También entre libros.

—¿Qué crees que está ocurriendo?

Saba tardó en contestar.

—No lo sé. Quizá nada. Quizá siempre haya sido así y ahora soy yo quien no sabe aceptarlo.

Nur se levantó.

—No.

Saba lo miró.

—¿No qué?

—No tienes que aceptarlo.

Algo acababa de moverse dentro de él. Comenzó a caminar por la habitación.

—¿Y si el problema no está en las personas?

—¿Dónde entonces?

—En los caminos.

Saba no comprendió.

—Explícate.

—Imagina un pez que ha pasado toda su vida dentro de una pecera.

Se detuvo.

—Un día deja de intentar atravesar el cristal. No porque haya decidido que no existe nada al otro lado. Sencillamente ha aprendido que nadar hacia allí duele.

Saba lo observó.

—¿Y Oniria es la pecera?

Nur miró hacia la ciudad.

—Quizá nosotros seamos peces atrapados también.

Se quedó en silencio. Algo empezaba a tomar forma.

—Óculus me enseñó a comprender cómo se mueve la gente. Tú me has enseñado a ver lo que puede llegar a ser. Cassio me está enseñando a pensar.

Saba ya sabía lo que estaba ocurriendo. Conocía aquella mirada. Nur había encontrado una dirección.

—Hagámoslo nosotros.

—¿El qué?

Nur no respondió. Fue hasta la mesa y comenzó a escribir.

—Esta noche. A las diez.

—Nur...

—Quiero que vengáis los tres.

—¿Los tres?

—Óculus. Cassio. Tú.

Saba miró lo que acababa de escribir.

Una sola palabra.

PHILOSOPHORUM

A las diez estaban reunidos. Óculus ocupaba una butaca junto a la pared. Cassio permanecía sentado frente a la pizarra. Saba, de pie, observaba a Nur.

Éste llevaba varios minutos hablando. Óculus lo interrumpió.

—No he entendido nada.

Nur se volvió.

—¿Cómo?

—Llevas un cuarto de hora explicándonos lo que está mal en Oniria. Eso ya lo sabemos. ¿Qué quieres hacer?

Cassio sonrió. Saba también. Nur borró la pizarra. Dejó únicamente una palabra.

PHILOSOPHORUM.

—Quiero crear lugares donde la gente pueda aprender a pensar.

Cassio dejó de sonreír.

—Eso es bastante pretencioso.

—Lo sé.

—Continúa.

Nur tomó aire.

—No quiero enseñarles qué deben pensar. De eso ya está llena la ciudad. Quiero que aprendan a hacerse preguntas.

Miró a Cassio.

—Que conozcan las ideas sin convertirse en esclavos de ellas.

Después a Óculus.

—Que comprendan cómo funciona el mundo para que no sean devorados por él.

Finalmente a Saba.

—Y que descubran qué pueden hacer con lo que son.

Óculus movió ligeramente la cabeza.

—Eso no es un negocio.

—No.

—Entonces tendremos un problema.

—Lo pagarán nuestros negocios.

Óculus soltó una carcajada.

—Eso sí es un negocio. Uno financia al otro.

Nur continuó.

—Habrá centros en distintos círculos. No seleccionaremos por origen, riqueza ni posición. Sólo por una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Saba.

—Hambre.

Cassio levantó una ceja.

—¿Hambre de qué?

Nur estuvo a punto de responder. Se detuvo.

—Eso tendrá que descubrirlo cada uno.

Cassio asintió. Por fin una respuesta de aquella noche parecía satisfacerle.

—No quiero discípulos —continuó Nur—. Ni seguidores. Ni gente que repita nuestras ideas. Si hacemos eso, habremos construido otra cárcel.

Miró la palabra escrita en la pizarra.

—Quiero personas capaces de encontrar sus propias preguntas.

Óculus sonrió desde su rincón.

—¿Y qué hago yo en una escuela de filósofos?

Nur lo miró.

—Impedir que se los coman.

El ciego soltó una carcajada.

—Entonces acepto.

Saba se acercó a la pizarra.

—¿Y yo?

—Recordarnos para qué sirve todo esto cuando empecemos a enamorarnos de nuestras propias ideas.

Saba no respondió. Cassio seguía mirando la palabra.

—Falta alguien.

Nur se volvió.

—¿Quién?

—Quien os recuerde que también vosotros podéis equivocaros.

Un silencio de espera.

Nur sonrió.

—Para eso estás tú.

Cassio negó lentamente.

—No.

Se levantó.

—Yo también puedo equivocarme.

Y salió de la estancia. Los tres permanecieron mirando la puerta. Ninguno comprendió completamente lo que acababa de decir.

El primer Philosophorum abrió meses después. No ocurrió nada extraordinario. No tembló la ciudad. No sonaron campanas. La mayoría de los habitantes de Oniria ni siquiera supo que existía. Acudieron veintisiete personas. A la semana siguiente quedaban diecinueve. Al mes, doce.

Óculus estaba indignado.

—Con lo que cuesta mantener esto, podríamos llenar un teatro con mil personas cada noche.

—Probablemente por eso debemos seguir —respondió Saba.

Los doce permanecieron. Después llegaron otros. Y algunos comenzaron a cambiar. No espectacularmente. Un hombre abandonó un trabajo que odiaba desde hacía veinte años. Una muchacha decidió estudiar algo que su familia consideraba inútil. Un comerciante descubrió que llevaba media vida intentando ganar dinero para impresionar a personas que despreciaba. Una mujer volvió después de una sesión y dijo simplemente:

—He descubierto que no sé por qué vivo como vivo.

Cassio la miró.

—Entonces hoy ha aprendido algo.

La noticia comenzó a extenderse. No como un incendio. Como una raíz. Aparecieron nuevos centros. Primero en el cuarto círculo. Después abajo.

Y, contra todo pronóstico, también comenzaron a solicitar acceso personas de círculos superiores. Nur asistía algunas noches desde el fondo de las salas.

Escuchaba. Observaba. Veía preguntas donde antes sólo había resignación. Algo desconocido comenzó a crecer dentro de él.

El éxito no le producía únicamente placer como hasta ahora. Le producía **sentido**.

Y aquello era infinitamente más poderoso.

Una noche regresó caminando. No necesitó beber. No buscó compañía. No sintió el vacío habitual.

Subió hasta su terraza. Miró la ciudad. Miles de luces se extendían montaña abajo. Pensó en las personas que habían

pasado por Philosophorum. En las vidas que quizá estuvieran cambiando. En todo lo que todavía podían hacer.

Después levantó la mirada hacia la cima. Durante unos segundos observó el castillo. La Perla estaba allí. Lo sabía. Había venido a buscarla.

Pero aquella noche, aquel pensamiento le produjo una extraña incomodidad. Había tanto por hacer antes. Tanto.

Apartó los ojos de la montaña. Y volvió a mirar la ciudad.

Muy por encima de él, alguien hizo exactamente lo contrario. Desde una de las almenas del castillo, el conde Demiurgo contemplaba las luces de Oniria.

Uno de sus hombres acababa de entregarle un informe. Lo leyó por segunda vez.

—¿Philosophorum? —preguntó.

—Así lo llaman.

—¿Quién está detrás?

—El príncipe Nur.

Demiurgo levantó la vista. Conocía el nombre. Todo Oniria empezaba a conocerlo. Volvió al informe.

—¿Qué enseñan?

El hombre dudó.

—A pensar, señor.

Demiurgo sonrió ligeramente.

—Eso no significa nada.

—Precisamente ése parece ser el problema. No sabemos exactamente qué enseñan.

El conde se acercó a la almena. Allá abajo estaba el cuarto círculo. Mucho más abajo, el séptimo. En algún punto entre aquellas miles de luces vivía Nur.

—Interesante.

—¿Debemos hacer algo?

Demiurgo tardó en responder.

—Sí.

El hombre esperó la orden.

—Nada.

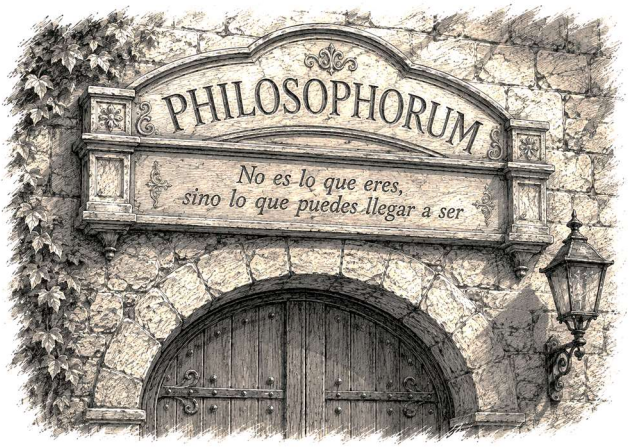
—¿Nada?

—Todavía.

Volvió a mirar la ciudad. No había preocupación en su rostro. Había curiosidad. Hacía muchos años que Oniria no le ofrecía algo que no comprendiera inmediatamente.

Y aquello le gustaba.

—Quiero conocer a ese hombre.



La llamada

Nur seguía siendo el Príncipe. Pero el título había cambiado de significado.

Ya no lo buscaban únicamente los dueños de teatros, los comerciantes o quienes deseaban convertir el ocio en negocio. Ahora aparecían escritores, profesores, artistas, jóvenes inquietos y viejos cansados de repetir las mismas respuestas.

Su mesa seguía siendo una de las más concurridas de Oniria, aunque las conversaciones comenzaban a durar más que las copas.

Óculus continuaba siendo respetado y temido. Cassio empezaba a convertirse en una referencia intelectual.

De Saba apenas no se sabía nada. Su anonimato parecía formar parte de su propia naturaleza. Quienes colaboraban con ella hablaban de una mujer extraordinaria; quienes intentaban averiguar quién era terminaban descubriendo únicamente el silencio.

Y Nur comenzó a sentir algo que ninguno de sus éxitos anteriores le había proporcionado. Sentido.

Cada persona que regresaba a Philosophorum con una pregunta nueva parecía justificar un poco más su propia existencia.

Ya no sentía que ascendiera únicamente por sí mismo. Cuanto más arriba llegara, más lejos podría extender aquello. Quizá algún día no se limitaría a transformar algunas vidas. Quizá podría transformar Oniria.

El preboste del cuarto círculo, que durante meses apenas les había dedicado atención, volvió a interesarse. Llegaban invitaciones. Recepciones. Banquetes. Encuentros privados.

Nur acudía sólo a algunos. Había aprendido que aceptar todas las puertas era otra forma de dejar que otros eligieran tu camino. Perder misterio era perder poder.

Una tarde, cuando regresaba a su despacho, uno de los sirvientes se adelantó con una bandeja de plata.

—Ha llegado esto para usted.

Era una carta. El sello no pertenecía al cuarto círculo. Tampoco al tercero. Ni al segundo.

Nur reconoció inmediatamente el escudo grabado en la cera. El castillo.

Durante unos instantes permaneció inmóvil. No abrió la carta. La sostuvo entre las manos como quien teme romper una pompa de jabón.

Finalmente retiró el sello. La invitación era breve.

El conde Demiurgo deseaba compartir una cena con él.

Nada más. Ninguna explicación. Ningún motivo. Sólo una fecha.

Leyó aquellas pocas líneas una segunda vez. Después una tercera.

No porque no las hubiera entendido. Necesitaba convencerse de que eran reales.

Sin darse cuenta salió a la terraza. El aire era frío.

Frente a él, la montaña ascendía poderosa hacia el castillo. Las últimas murallas parecían suspendidas entre la roca y el cielo. La luz del atardecer convertía las torres en sombras inmóviles.

Tuvo la extraña impresión de que alguien lo observaba desde allí arriba. Era imposible distinguir a nadie. Sin embargo, no consiguió desprenderse de aquella sensación.

Sonrió para sus adentros.

—La imaginación, ese monstruo indómito, también asciende demasiado deprisa.

Apoyó las manos sobre la barandilla. Lo esperaba el hombre más poderoso de Oniria. Por fin podría conocer lo que había más arriba. Quizá comprender la ciudad desde su centro.

Quizá Philosophorum pudiera llegar algún día mucho más lejos de cuanto habían imaginado.

Y entonces ocurrió algo inesperado. En lugar de continuar mirando hacia la cima, bajó lentamente los ojos. Las murallas descendían una tras otra hasta perderse en la inmensidad del séptimo círculo.

Más allá aparecía el desierto. Y todavía más lejos, cuando el aire estaba limpio, la línea casi irreal de unas montañas. Nur permaneció contemplándolas.

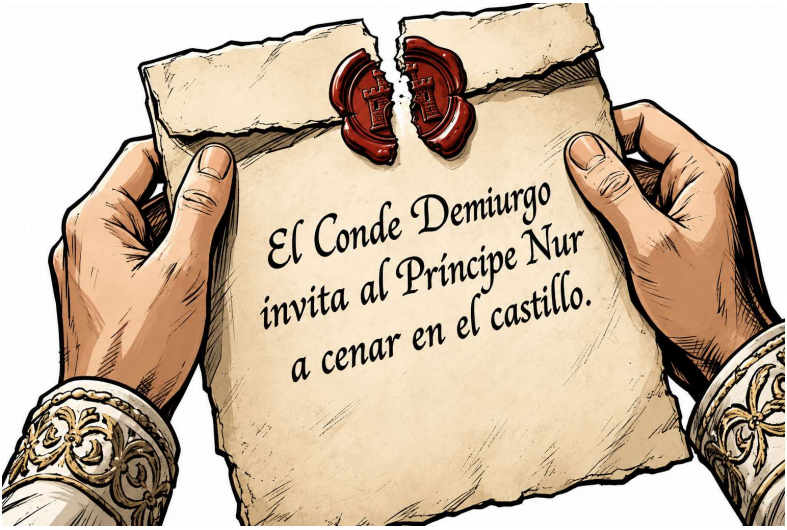
Sabía que algo le unía a allí. Recordaba algunos lugares. Algunos nombres que no acertaba a unir a rostros. Pero aquellos recuerdos comenzaban a parecerse a historias que alguien le hubiera contado sobre otra persona.

Durante unos instantes sintió algo extraño. No exactamente tristeza. Tampoco nostalgia. Era la sensación de haber olvidado algo. Como si una sombra avanzara en un atardecer. Algo importante. Buscó en su memoria. No encontró nada.

La carta crujió entre sus dedos. Volvió a mirar el castillo. Sacudió aquella sensación. No tenía sentido. Lo esperaba el hombre más poderoso de la ciudad. Era el momento por el que había trabajado durante años.

Entró en la habitación.

Y las montañas quedaron a su espalda.



Los sueños se cumplen

Los días anteriores a la visita al castillo fueron los más largos que Nur recordaba. Dormía poco. No por miedo exactamente, aunque también lo había. Era otra cosa. La inquietud de encontrarse por fin frente a aquello que durante años había ocupado el centro de sus deseos. Demiurgo.

Había oído pronunciar aquel nombre miles de veces, pero apenas conocía nada cierto sobre el hombre que lo llevaba.

Los pocos que aseguraban haber estado en su presencia relataban encuentros breves, casi siempre relacionados con algún asunto concreto de la ciudad. Nadie hablaba de su carácter. Nadie sabía quiénes eran sus amigos. Nadie podía recordar una indiscreción, una debilidad o alguna de esas pequeñas miserias que devuelven a los grandes hombres a la condición común.

Oniria funcionaba en función de sus decisiones y apenas sabía nada de él. Eso intrigaba a Nur mucho más que cualquier leyenda.

Porque lo verdaderamente incomprensible no era Demiurgo, era ese funcionamiento que se adivinaba bajo la superficie.

Millones de personas encerradas entre sucesivas murallas. Negocios, templos, familias, intereses, enfrentamientos, ambiciones, mercados, ejércitos, deseos. Una criatura gigantesca que, vista desde fuera, debería haberse desgarrado mil veces por sus propias contradicciones. Y, sin embargo, seguía viva. No sólo viva. Funcionando.

Aquello despertaba una admiración que Nur apenas se confesaba. ¿Cómo se gobierna algo que nadie puede comprender por completo?

Dentro de unos días estaría frente al hombre que parecía conocer la respuesta.

No sabía qué preparar. Había ensayado conversaciones que después le parecían absurdas. Escrito preguntas que luego rompía. Incluso elegir la ropa se convirtió en un problema que le avergonzaba reconocer. Terminó decidiendo que iría de negro. Sin adornos.

No quería parecer alguien que necesitaba demostrar que había llegado.

La noticia de la invitación se había extendido por el cuarto círculo con una rapidez que le incomodó. Algunos lo felicitaban. Otros comenzaron a observarlo de otra manera. Hubo incluso quienes empezaron a tratarlo con una deferencia que no habían sentido la semana anterior.

Eso le divirtió. La carta no había cambiado nada en él salvo los nervios que lo recorrían. Y, sin embargo, parecía haberlo cambiado todo para los demás.

Oniria seguía sorprendiendole.

El día llegó. Nur salió temprano. A partir del cuarto círculo el ascenso debía hacerse a pie. Nadie le explicó el motivo. Tampoco preguntó.

Las calles fueron estrechándose a medida que ganaba altura y, al mismo tiempo, parecía crecer el espacio.

Menos gente. Menos ruido. Menos comercio. Más árboles. Más agua. Más silencio.

Las casas cambiaban también. No eran necesariamente mayores. Algunas incluso parecían más austeras que muchas mansiones del cuarto círculo.

Pero había algo diferente en ellas. No pedían ser miradas. Piedra envejecida, madera oscura, jardines escondidos tras muros bajos, árboles que parecían haber estado allí mucho antes de que sus propietarios nacieran.

Nur comenzó a comprender una forma de riqueza que no conocía. La de quien ya no necesita demostrarla. Las puertas de las murallas se abrían cuando llegaba.

Nadie le pidió la invitación. Nadie preguntó su nombre. Lo estaban esperando. Aquello le produjo más inquietud que cualquier control.

Al cruzar la última muralla se detuvo. La Oniria original estaba ante él. Y no encontró lo que esperaba. No había grandiosidad. Había paso del tiempo.

Las piedras de las casas mostraban heridas antiguas. Canales de agua cruzaban algunas calles. Las ramas de grandes árboles se arqueaban sobre los caminos. Las flores aparecían donde podían, sin el orden demasiado perfecto de los jardines inferiores. Un grupo de aves picoteaba tranquilamente junto a una fuente.

Había tardado años en llegar al corazón de Oniria... y aquel corazón parecía más sencillo que todo cuanto había encontrado durante el ascenso.

—Acompáñeme.

La voz lo hizo girarse. Un hombre vestido con una sencilla túnica oscura esperaba unos pasos más adelante. En su ropa había algo de uniforme y algo de hábito, pero ninguna insignia.

Nur lo siguió. No preguntó quién era. Atravesaron varias calles hasta que apareció el castillo.

Tampoco se parecía a lo que había imaginado. No era una fortaleza amenazante. Era antiguo. Sólido. Extrañamente sereno.

Subieron el último tramo de escaleras. Y allí estaba él. Demiurgo esperaba en la parte superior.

Nur se detuvo involuntariamente. Durante años había construido una imagen de aquel hombre. Ninguna se parecía demasiado a la realidad.

Era anciano. O quizá no. Su rostro contenía tiempo, pero su cuerpo permanecía firme. Vestía sin ningún lujo. No llevaba corona, ni capa, ni joyas. Nada permitía saber que aquel hombre gobernaba la ciudad más poderosa que Nur conocía.

Y, sin embargo, no podía confundirse con nadie. Había personas que necesitaban símbolos para expresar autoridad. Demiurgo parecía haber dejado de necesitarlos hacía mucho tiempo.

Descendió dos escalones.

—Estimado Nur.

Le extendió la mano.

—Por fin nos conocemos.

Nur quiso responder con naturalidad. No pudo. Notó su propia mano temblar al estrechar la del Conde.

Demiurgo sonrió apenas.

—Tranquilo.

Nur obedeció casi sin darse cuenta.

—Estás demasiado tenso para alguien que ha tardado tantos años en llegar hasta aquí.

Aquella frase lo desconcertó. No sabía si era una broma.

—Supongo que tenía mucha curiosidad por conocerle.

—La curiosidad es una de las pocas enfermedades que conviene no curar.

Se hizo a un lado.

—Ven. Aquí dentro no hay nada que merezca tanta solemnidad.

Nur lo siguió.El interior del castillo volvió a sorprenderlo. Piedra y madera. Tejidos sencillos. Pocas obras de arte. Algún libro abierto sobre una mesa. No había ostentación.

—¿Te decepciona? —preguntó Demiurgo sin volver la cabeza.

Nur dudó.

—Me sorprende.

—Eso está mejor.

Continuaron caminando.

—La abundancia es divertida durante un tiempo. Después se convierte en mantenimiento. Y gobernar Oniria ya exige demasiada atención como para desperdiciarla cuidando cosas que uno no necesita.

Nur guardó silencio. Había imaginado muchas frases pronunciadas por aquel hombre. Ninguna parecida a aquella. Eran las de un hombre que había ido soltando lastre por el camino.

Llegaron a un patio interior. Una enorme higuera ocupaba casi todo el centro. Su tronco retorcido parecía haber crecido

luchando contra sí mismo. Algunas ramas descendían casi hasta tocar el suelo antes de volver a elevarse buscando la luz.

Demiurgo se detuvo. Apoyó una mano sobre el tronco.

—La planté cuando casi no había nada aquí.

Nur miró el árbol. Después al hombre. Volvió a mirar el árbol.

—¿Cuántos años tiene?

Demiurgo sonrió.

—Los suficientes para que ninguno de los dos tenga interés en contarlos.

Arrancó una hoja seca de una rama.

—Durante una época viví casi exclusivamente de sus frutos. Yo la cuidaba y ella me alimentaba. Fue un acuerdo bastante razonable.

Una ráfaga de viento agitó las hojas. Demiurgo levantó la mirada hacia la copa.

—Todavía protesta cuando hablo de ella como si no estuviera presente.

Nur sonrió. Sintió simplemente a una persona que hablaba de un amigo. Demiurgo continuó andando.

—Me habría gustado presentarte a mi hija.

Nur volvió a concentrarse.

—¿Tiene una hija?

El Conde lo miró divertido.

—Veo que todavía quedan cosas que Óculus no sabe.

Nur se detuvo apenas. Demiurgo conocía a Óculus.

—Hoy no está. Tiene la mala costumbre de vivir su propia vida sin pedirme permiso.

Había afecto en su voz.

—Siempre está ocupada en algún proyecto. Cree que Oniria puede ser mejor de lo que es.

Nur sonrió.

—Entonces creo que nos llevaríamos bien.

Demiurgo sostuvo su mirada durante un instante.

—Yo también lo creo.

Y siguió caminando. Nur permaneció quieto un segundo antes de alcanzarlo.

—Los jóvenes suelen tener esa clase de esperanza —añadió Demiurgo.

—Quizá tenga razón.

El Conde volvió la cabeza.

—Quizá.

Unos pasos más.

—También he oído que tú empiezas a pensar algo parecido. Nur comprendió inmediatamente a qué se refería.

—Philosophorum.

—Philosophorum —repitió Demiurgo.

Nur creyó advertir algo diferente en su voz. No supo qué.

—He leído algunos de los textos que utilizáis.

Nur no pudo ocultar su sorpresa.

—No sabía que le interesara.

—Me interesa cualquier cosa que consiga que doce personas regresen voluntariamente a un lugar donde se les obliga a hacerse preguntas.

Nur sonrió.

—Empezaron siendo doce.

—Lo sé.

Siguió caminando. Nur tardó un instante en seguirlo. Aquellas dos palabras habían alterado algo. No sabía cuánto conocía Demiurgo de Philosophorum. Ni desde cuándo. Ni por qué.

Comprendió que preguntar sería inútil.

—Hablaremos de ello —dijo el Conde, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

Atravesaron un corredor y subieron varios tramos de escalera. Al final encontraron un gran arco abierto al exterior. Nur cruzó el umbral. Y se detuvo.

La terraza dominaba toda Oniria. No una parte. Toda.

Las murallas descendían una tras otra alrededor de la montaña hasta extenderse sobre la llanura. Más allá aparecía el desierto y, todavía más lejos, la cordillera que algunos días se confundía con las nubes.

El viento golpeó su rostro. Durante unos segundos no pudo hablar. Demiurgo se apoyó tranquilamente en la balaustrada.

—Ésta es mi estancia favorita del castillo.

Nur seguía mirando. Desde allí arriba las diferencias entre los círculos parecían insignificantes.

Calles. Tejados. Torres. Luces. Millones de vidas reducidas por la distancia a un único organismo.

—Desde aquí parece sencillo —dijo Nur.

Demiurgo negó lentamente.

—Desde aquí sólo parece pequeño.

Nur lo miró.

—Son cosas distintas.

Permanecieron en silencio. Oniria estaba literalmente a sus pies.

Nur había imaginado aquel momento durante años. Había soñado con llegar.

Había sacrificado tiempo, descanso, certezas. Había aprendido a vencer y a perder, a escuchar y a influir, a desconfiar y a pensar. Había conocido el poder, el placer, el dinero, la admiración, la cultura.

Había llegado. Debería haber sentido algo extraordinario. Y lo sintió. Pero no era lo que esperaba. Su mirada comenzó a descender.

El cuarto círculo. Los siguientes. El séptimo. La última muralla. Y más allá... el desierto.

Algo se detuvo dentro de él. Sus ojos siguieron avanzando hasta alcanzar aquella línea lejana de montañas. Permaneció mirándolas. No sabía por qué.

Demiurgo siguió su mirada. No dijo nada. Pasaron unos segundos.

—Bonitas, ¿verdad?

Nur asintió.

—Sí.

—¿Nunca te has preguntado qué hay detrás?

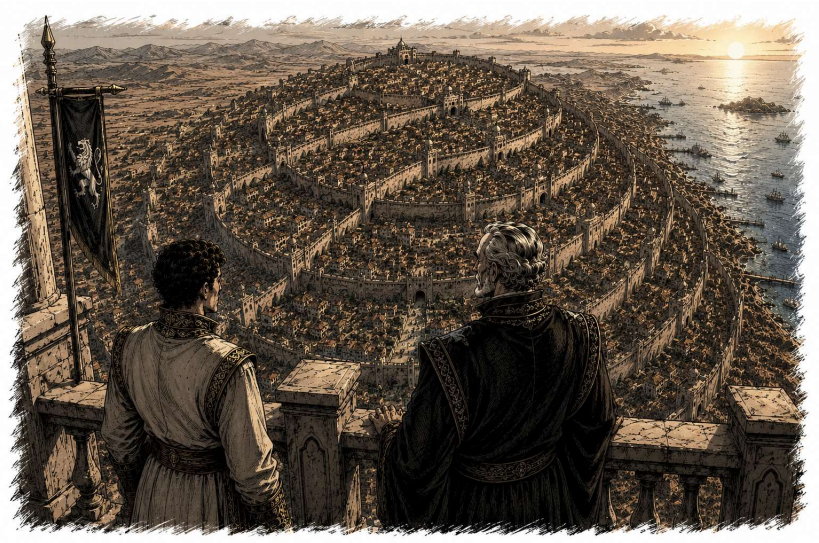
Nur continuó mirando las cumbres. Una sensación extraña atravesó su pecho. No era curiosidad. Tampoco tristeza. Era algo más antiguo.

—Alguna vez.

Demiurgo lo miró.

Después volvió los ojos hacia las montañas y sonrió.

—Alguna vez.



Explícame

Demiurgo durante unos instantes no dijo nada. Parecía contemplar la ciudad como quien escucha una conversación demasiado grande para distinguir cada una de sus voces.

Después señaló dos sillones de madera orientados hacia el horizonte.

—Siéntate.

Nur obedeció.

El viento ascendía desde las murallas inferiores cargado de olores que, al llegar hasta allí, habían perdido su identidad.

Demiurgo continuaba mirando Oniria como mira un viejo enamorado que no pierde el deleite de contemplar el amor.

—Háblame de Philosophorum.

Nur sonrió.

—No imaginaba que hubiera llegado hasta aquí.

—Todo acaba llegando aquí.

Hizo una pausa.

—Lo difícil es decidir qué merece quedarse.

Nur intentó ordenar sus ideas. Había explicado Philosophorum decenas de veces, pero por alguna razón aquella vez las palabras le parecieron más importantes.

—Queremos enseñar a pensar. Ayudar a las personas a desarrollar criterio propio. Compartir lo que hemos aprendido. Que cada uno pueda descubrir que existen más caminos que aquellos que la ciudad parece ofrecerle.

Demiurgo asintió.

—¿Y para qué?

Nur lo miró.

—¿Para qué?

—Sí.

—Para que sean más libres.

—¿Libres para qué?

La respuesta se detuvo antes de llegar a su boca. Demiurgo esperaba. No había desafío en su mirada. Sólo interés.

—Para elegir su vida.

—¿Cualquier vida?

Nur frunció el ceño.

—Supongo.

Demiurgo volvió los ojos hacia la ciudad.

—Ése es el problema de las palabras hermosas. Libertad. Conocimiento. Justicia. Progreso. Resulta difícil estar contra ellas hasta que preguntas qué hará cada hombre con lo que le entregues.

Nur permaneció callado.

—Imagina que das herramientas de carpintería a cien personas. Una construirá una mesa. Otra, una casa. Alguna hará un barco. Y habrá quien fabrique un ariete para derribar la puerta de su vecino.

Miró a Nur.

—Las herramientas no tienen propósito.

—Entonces, ¿no debemos entregarlas?

Demiurgo sonrió.

—Tienes una curiosa afición por los extremos.

Nur también sonrió.

—Es más sencillo discutir contra los extremos.

—Y mucho más sencillo gobernar a quien los maneja...

Aquella respuesta le sorprendió. Demiurgo se acomodó en el sillón.

—No te estoy diciendo que cierres Philosophorum. Al contrario. Creo que puede ser una de las cosas más interesantes que han ocurrido en Oniria desde hace mucho tiempo.

Nur no esperaba aquello.

—Entonces no entiendo la objeción.

—No es una objeción. Es una responsabilidad.

Señaló la ciudad.

—Ahí abajo viven millones de personas. Cada una cree conocer una pequeña parte de la realidad y, con frecuencia, confunde esa pequeña parte con la realidad entera. Si consigues que piensen mejor, vivirán mejor.

Se detuvo.

—Pero también podrán equivocarse mejor.

Nur permaneció inmóvil.

—La inteligencia amplifica al hombre, Nur. No necesariamente lo mejora.

Aquella frase quedó entre ambos.

—Por eso el conocimiento no basta —continuó Demiurgo—. Necesita dirección.

—Propósito.

—Exactamente.

Nur recordó a Cassio. La misma palabra. Pero pronunciada allí arriba parecía contener otra cosa.

—¿Y quién decide ese propósito?

Demiurgo sonrió.

—Ahora empiezas a hacer preguntas interesantes.

Se levantó y volvió a acercarse a la balaustrada.

—Ésa es la verdadera dificultad de gobernar. Cualquiera puede tener buenas intenciones. Incluso los necios las tienen.

Nur se levantó también.

—¿Y usted no cree en ellas?

—Creo muchísimo en ellas.

Demiurgo siguió contemplando la ciudad.

—Por eso me preocupan.

Nur esperó.

—Gobernar consiste en convivir con las consecuencias, no con las intenciones. Una decisión produce otra. Ésa modifica una tercera. Y cuando llegas a la décima consecuencia nadie recuerda ya la hermosa intención que inició la primera.

Se volvió hacia él.

—Los hombres jóvenes quieren cambiar el mundo preguntándose qué pueden hacer.

—¿Y qué deberían preguntarse?

—Qué ocurrirá después.

Nur guardó silencio.

—¿Y después?

Demiurgo sonrió.

—Después, qué ocurrirá después de lo que ocurra después.

Nur soltó una carcajada. El Conde también.

—Entonces nunca haríamos nada.

—Exactamente.

Nur dejó de reír. Demiurgo lo miró.

—Por eso hay que actuar aún en ese contexto.

Aquella contradicción lo desconcertó.

—No lo entiendo.

—No necesitas entenderlo todavía.

Volvió a sentarse.

—Sólo aceptar que hacer el bien no te exime de aprender a hacerlo.

Nur permaneció de pie.

Algo de aquello le incomodaba porque atacaba una certeza que había empezado a crecer dentro de él: que Philosophorum era inequívocamente bueno.

—¿Cree que podemos hacer daño?

—Por supuesto.

La naturalidad de la respuesta le hirió.

—También podéis hacer mucho bien. Ésa es precisamente la razón por la que merece la pena correr el riesgo.

Nur volvió a sentarse. Comenzaba a comprender por qué aquel hombre llevaba tanto tiempo gobernando Oniria. No pensaba en términos de bien y mal. Pensaba en equilibrios.

—¿Nunca está seguro de nada? —preguntó.

Demiurgo reflexionó.

—De muy pocas cosas.

—Debe ser agotador gobernar así.

—Lo sería mucho más gobernar creyendo estar seguro.

El silencio regresó.

Abajo comenzaban a encenderse las luces. Una a una. Miles. Después decenas de miles.

Demiurgo las contempló.

—Explícame una cosa, Nur.

—Dígame.

—¿Por qué haces todo esto?

—¿Philosophorum?

—Todo.

Nur no comprendió. Demiurgo hizo un gesto hacia la ciudad.

—Los negocios. El ascenso. Philosophorum. Tu obsesión por aprender. Por comprender. Por mejorar las cosas. Por llegar siempre a la siguiente muralla.

Nur sintió una incomodidad inesperada.

—Supongo que quiero hacer algo importante con mi vida.

—Eso explica mucho.

—¿Qué explica?

—Tu prisa.

Nur sonrió.

—Cassio dice algo parecido.

—Cassio es un hombre inteligente.

—¿También lo conoce?

—Nur...

Demiurgo lo miró divertido.

—Gobierno esta ciudad.

Por un instante ambos sonrieron. Después el Conde volvió a ponerse serio.

—Déjame preguntártelo de otra manera.

Se inclinó ligeramente hacia él.

—Si mañana desaparecieran tus negocios, tu dinero, Philosophorum, tu prestigio, el apodo de príncipe...

Hizo una pausa.

—¿Qué quedaría de ti?

Nur sintió que algo se detenía. La pregunta había atravesado demasiadas cosas a la vez.

Buscó una respuesta.

El muchacho llegado del desierto. El empresario. El Príncipe Nur. El discípulo de Cassio. El amigo de Óculus. El hombre que quería cambiar Oniria.

Una detrás de otra fueron apareciendo identidades. Ninguna parecía responder.

Demiurgo no lo ayudó. Esperó. Nur terminó bajando la mirada.

—No lo sé.

Demiurgo asintió.

—Bien.

Nur levantó la cabeza sorprendido.

—¿Bien?

—Es la primera respuesta completamente verdadera que te he oído desde que has llegado.

No había burla. Ni superioridad.

Nur tuvo la extraña sensación de que acababan de quitarle una prenda que desconocía llevar puesta.

—¿Y usted sabe quién es?

Demiurgo sonrió. Esta vez tardó en responder.

—He aprendido quién necesito ser.

Nur esperaba algo más. No llegó. Y aquella respuesta, por algún motivo, le pareció insuficiente.

Demiurgo volvió la mirada hacia Oniria.

—Hay personas que pasan toda su vida respondiendo preguntas que nunca se han hecho. No es una tragedia. Las ciudades también necesitan personas así.

Nur lo observó. Algo había cambiado. Era una diferencia mínima. Casi imperceptible.

—¿Las necesitan?

—Claro.

—¿Por qué?

Demiurgo señaló las miles de luces que cubrían la montaña.

—Porque una ciudad no puede existir si cada uno de sus habitantes despierta cada mañana dispuesto a cuestionarlo todo.

Nur sonrió. Pero Demiurgo no.

Miró Oniria como un universo de personas que temían las preguntas que darían sentido a su vida o se lo quitarían.

Después, casi involuntariamente, sus ojos buscaron más allá de la última muralla.

El desierto. Y detrás del desierto, apenas visibles bajo la última luz del día, las montañas.

Demiurgo advirtió hacia dónde miraba. No siguió sus ojos.

—Creo que podrías hacer mucho por esta ciudad, Nur.

Nur volvió la mirada hacia él.

—No por lo que sabes. Ni por lo que has conseguido. Hay muchos hombres inteligentes en Oniria y bastantes más ricos que tú.

Se acercó y apoyó una mano sobre su hombro.

—Sino porque todavía eres capaz de decir «no lo sé».

Nur sintió algo parecido al orgullo. Demiurgo retiró la mano.

—Procura que el éxito no te quite esa capacidad.

Las últimas palabras quedaron flotando mientras la noche terminaba de cubrir la ciudad.

Nur volvió a mirar las luces. Demiurgo también. Pero no miraban lo mismo.

Uno contemplaba una ciudad que todavía podía mejorar. El otro empezaba, sin saberlo, a preguntarse si merecía la pena seguir intentándolo.

Volver al mundo

El descenso del castillo fue mucho más largo que la subida. No porque hubiera cambiado el camino. Algo en él había cambiado.

Las calles de piedra seguían siendo las mismas. Los árboles continuaban extendiendo su sombra sobre los muros antiguos. Las fuentes repetían el murmullo que unas horas antes apenas había escuchado.

Pero algo había desaparecido. Nur no sabía decir qué. Tal vez aquella capa que cubre las cosas mientras todavía deseamos alcanzarlas.

Durante años había mirado hacia arriba. Había visto el misterio convertido en algo muy pragmático.

Ahora descendía. Y mirar el camino desde el otro lado lo convertía en otro camino.

Al atravesar las murallas observó las casas, los jardines, los pequeños grupos de personas conversando. El cuarto círculo, que durante tanto tiempo le había parecido uno de los lugares más refinados del mundo, comenzaba a resultarle extrañamente pequeño.

No había nada malo en él. Eso era lo inquietante. Todo estaba bien. Y, sin embargo, ya no era suficiente.

Al llegar a casa dejó la puerta abierta. Necesitaba aire. Entró despacio.

Las alfombras. Los libros. Las obras de arte. Los mapas de sus negocios. Los proyectos de Philosophorum. Las invitaciones acumuladas sobre una mesa.

Todo aquello había sido construido por él. Todo demostraba que había vencido. Se quedó inmóvil. Aparentemente era lo mismo, pero tuvo la sensación de estar contemplando la vida de otra persona.

Entró en el despacho. El gran espejo devolvió inmediatamente su imagen. Ropa impecable. Cabello cuidado. El porte que había aprendido a construir. El Príncipe Nur.

Se acercó.

—¿Quién eres?

La pregunta salió de su boca antes de que pudiera detenerla. Se sintió ridículo. El hombre del espejo tampoco pareció saberlo.

Recordó entonces las palabras de Demiurgo.

Si mañana desaparecieran tus negocios, tu dinero, Philosophorum, tu prestigio, el apodo de príncipe... ¿qué quedaría de ti?

Cerró los ojos. Nunca había pensado seriamente que pudiera perder aquellas cosas. Ahora comprendía algo mucho más inquietante.

Podía conservarlas todas... y seguir sin saberlo.

Aquella noche apenas durmió. Hasta entonces su vida había sido una flecha. Siempre había existido un siguiente lugar.

Sobrevivir. Prosperar. Ascender. Aprender. Construir. Llegar.

La flecha continuaba teniendo fuerza. Pero el blanco había desaparecido. Durante los días siguientes no habló con nadie de aquello. No quería que nadie viera que se sentía desorientado.

Trabajó. Firmó contratos. Escuchó proyectos. Visitó dos centros de Philosophorum. Cenó con personas importantes. Sonrió. Decidió. Dio instrucciones.

Nadie pareció advertir nada. Ni siquiera Óculus.

Pero una pregunta había empezado a acompañarlo a todas partes.

Cuando alguien le proponía abrir un nuevo centro: *¿Para qué?*

Cuando estudiaba una inversión: *¿Para qué?*

Cuando recibía una invitación: *¿Para qué?*

Cuando alguien hablaba apasionadamente del futuro de Philosophorum: *¿Para qué?*

Incluso cuando se sorprendía pensando en el siguiente círculo: *¿Para qué?*

La pregunta comenzaba a estropearlo todo. O quizá a limpiarlo. Todavía no lo sabía.

Una mañana llegó antes que nadie a la sala de reuniones. Tomó una tiza. Escribió dos palabras en la gran pizarra.

¿PARA QUÉ?

Y esperó.

Óculus fue el primero en llegar. Saba apareció poco después. Cassio, el último.

Óculus preguntó qué ponía en la pizarra. Saba le susurró las palabras.

Óculus fue quien rompió el silencio.

—Espero que eso no sea el orden del día.

Nur sonrió.

—Lo es.

—Entonces echo de menos aquellos tiempos en que sólo hablábamos de dinero.

Saba rio. Cassio la acompañó en la risa.

—Llevo varios días intentando responder a esta pregunta.

Se volvió hacia ellos.

—Y no puedo.

Óculus cruzó los brazos.

—¿Para qué hacemos Philosophorum?

Nur negó.

—Para qué hacemos cualquier cosa.

Óculus dejó escapar aire.

—Ah.

—¿Qué?

—Nada. Que habíamos empezado hablando de negocios y hemos terminado preguntándonos por el sentido de la existencia. No sé si hemos ascendido demasiado o si el aire escasea en este círculo.

Nur sonrió.

—Contéstame.

El ciego se encogió de hombros.

—Para vivir mejor.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

Nur guardó silencio. Óculus continuó.

—Para no volver a dormir en aquel agujero. Para no pedir permiso a quien se cree mejor que yo. Para tener mañana más libertad que hoy. Para poder elegir. Para disfrutar de las cosas que me gustan. Y, si de paso podemos ayudar a otros, mejor.

Se acomodó en la silla.

—No necesito que el universo me mande una carta explicándome por qué existo.

Nur lo miró. En otro momento aquella respuesta le habría parecido suficiente. Ahora no.

Era profundamente honesta, pero a el le seguía dejando vacío.

Dirigió la mirada hacia Cassio.

—¿Y tú?

El Mágister entrelazó las manos.

—Llevo media vida leyendo a hombres que intentaron responder esa pregunta.

—¿Y?

—Los mejores terminaron formulándola mejor.

Nur sonrió.

—Magnífico.

—No te burles.

—No lo hago.

Cassio miró la pizarra.

—Tal vez una parte de la sabiduría consista precisamente en soportar que algunas preguntas no tienen respuestas sencillas ni breves.

Nur volvió entonces la mirada hacia Saba.

Ella no habló inmediatamente. Observaba las palabras de la pizarra.

—Yo siempre he creído que había nacido para ayudar.

Nur esperó.

—Lo sigo creyendo.

Otra pausa.

—Necesito sentir que alguna persona vive un poco mejor porque un día nuestros caminos se cruzaron.

—Eso es un propósito.

—Sí.

Saba bajó la mirada.

—Pero no sé si es *el* propósito.

Nur se quedó quieto.

—¿Qué quieres decir?

—Que incluso hacer el bien puede esconder cosas.

Óculus giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—¿Como cuáles?

—La necesidad de sentirnos buenos.

Nadie respondió.

—De sentirnos necesarios. De evitar nuestra propia vida ocupándonos de la de los demás. De intentar arreglar fuera algo que no sabemos resolver dentro.

Nur sintió la frase. Saba levantó la mirada.

—No estoy diciendo que ayudar sea malo. Estoy diciendo que tampoco deberíamos utilizar el bien para dejar de preguntarnos quiénes somos.

Aquellas últimas palabras produjeron un silencio extraño.

Nur sintió algo. Muy débil. Una resonancia. Como si aquella pregunta hubiera pasado alguna vez por su vida. Pero desapareció.

—Entonces estamos perdidos —dijo Óculus.

Todos lo miraron.

—El dinero es sospechoso. El placer nos esclaviza. El poder corrompe. El conocimiento puede volvernos idiotas y ahora resulta que hacer el bien también puede ser egoísta.

Saba sonrió.

—No he dicho eso.

—Pues menos mal.

Rieron. La tensión desapareció durante unos segundos.

Nur se acercó a la pizarra. Miró las dos palabras.

—Cuando salí del castillo sentí algo muy extraño.

Los tres esperaron.

—Durante años creí que algún día llegaría a un lugar donde todo tendría sentido. La siguiente muralla. El siguiente éxito. El siguiente conocimiento.

Se volvió hacia ellos.

—Y cuanto más arriba llego, más preguntas encuentro.

Cassio sonrió.

—Eso sí suele ser una buena señal.

Nur volvió a mirar la pizarra.

—Quizá nos hemos equivocado con Philosophorum.

Saba frunció el ceño.

—¿En qué?

—Enseñamos a pensar. A cuestionar. A desarrollar capacidades. A defenderse. A construir una vida mejor.

Se detuvo.

—Pero no basta.

Óculus comenzó a inquietarse.

—Nur...

—No quiero cerrar nada.

—Menos mal.

—Quiero ir más lejos.

Sus ojos empezaron a recuperar aquel brillo que los tres conocían. Saba fue la primera en advertirlo.

La pregunta que hacía unos minutos lo había dejado vacío comenzaba a convertirse en un nuevo proyecto.

—Podemos ayudarles a encontrar para qué merece la pena vivir.

Saba lo observó. Nur comenzó a caminar.

—No darles una respuesta. Eso sería absurdo. Pero sí enseñarles a buscarla. Crear espacios para que cada persona pueda descubrir qué quiere hacer realmente con su vida. Qué merece su esfuerzo. Qué merece sus años.

Su entusiasmo aumentaba con cada frase.

—Hemos enseñado a la gente a utilizar herramientas.

Miró a sus tres compañeros.

—Enseñémosles ahora a elegir qué quieren construir con ellas.

Óculus sonrió. Aquello ya empezaba a parecerse de nuevo a algo que podía entender. Cassio permaneció pensativo. Saba no.

Saba miraba a Nur. Y en su rostro había algo difícil de interpretar. Quizá ternura. Quizá preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nur.

Ella negó lentamente.

—Nada.

Pero no era nada. Había visto algo.

Nur había llegado hasta una pregunta capaz de detener toda su vida. Y antes de permitir que aquella pregunta descendiera más profundamente... acababa de convertirla en otra misión.

La reunión continuó. Hablaron de nuevos programas. De encuentros. De maestros. De filosofía. De vocación. De servicio. De crear lugares donde las personas pudieran apartarse durante unos días del ruido de Oniria y preguntarse qué querían hacer realmente con su existencia.

Nur volvía a estar lleno de energía. Había recuperado la dirección. La flecha volvía a tener blanco.

Cuando terminaron, Óculus regresó a los negocios. Cassio a sus libros. Saba fue la última en salir.

Antes de cruzar la puerta se volvió.

—Nur.

—¿Sí?

Pareció que iba a decir algo. No lo hizo.

—Descansa.

Y desapareció por el corredor. Nur quedó solo.

La tarde comenzaba a caer sobre Oniria. Se acercó a la pizarra.

¿PARA QUÉ?

Levantó el borrador. Pero se detuvo. No supo por qué. Lo dejó nuevamente sobre la mesa. Apagó las luces. Y salió.

En la oscuridad de la sala permanecieron aquellas dos palabras.

Nur creía haber encontrado una manera de responderlas.

Todavía no comprendía que algunas preguntas no aparecen para que construyamos algo con ellas. Aparecen para destruir aquello que creíamos ser.



La segunda invitación

Las preguntas también aprenden a callarse. No desaparecen. Simplemente dejan de llamar.

El príncipe Nur se convirtió en una figura difícil de definir. Seguía siendo brillante. Seguía siendo admirado. Pero algo había cambiado. Ya no transmitía hambre. Transmitía búsqueda. Algunos confundían aquella serenidad con tristeza. Otros con sabiduría. Ni él mismo sabía ponerle nombre. Aunque se repetía cada vez más sin explicación un ¿Qué le pasa al príncipe que ha perdido parte de chispa?

Una mañana encontró una carta sobre su escritorio. Reconoció inmediatamente el sello. No sintió la emoción de la primera vez. Sintió que le respetaba.

Abrió lentamente el sobre. El Conde Demiurgo deseaba volver a verlo. Nada más.

Dejó la carta sobre la mesa. Durante un largo rato permaneció inmóvil.

Después miró sus manos. Las abrió. Las cerró. Volvió a abrirlas.

No tenía nada nuevo que ofrecer. La primera vez había llevado sus éxitos. Ahora sólo llevaba dudas. Y, por extraño que resultara, se sintió vacío y desnudo.

La subida al castillo fue distinta. Ya conocía el camino. Las piedras. Los árboles. Las fuentes. Incluso el silencio.

No caminaba hacia un lugar desconocido. Caminaba hacia un hombre. Hacia la mirada interrogativa de ese hombre. Y eso era mucho más intimidante.

Demiurgo lo esperaba en la misma terraza. No hizo ningún gesto solemne. Parecía haber estado allí desde siempre.

—Me alegra volver a verte, Nur.

—Y a mí.

Era verdad. No había una sola palabra de cortesía en aquella respuesta.

El Conde lo observó unos segundos. Después sonrió levemente.

—Las preguntas siguen contigo.

Nur bajó la vista.

—Más que nunca.

—Lo imaginaba.

Guardaron silencio. La ciudad respiraba allá abajo. Una campana sonó en algún lugar lejano. El viento arrastró hasta ellos el rumor de una celebración nocturna que empezaba a arrancar.

Demiurgo habló sin dejar de mirar Oniria.

—La última vez llegaste lleno de respuestas. Hoy has venido lleno de preguntas. Es un buen viaje.

Nur no respondió. El Conde continuó.

—¿Sigues construyendo Philosophorum?

—Sí.

—¿Y qué has descubierto?

Nur tardó en contestar.

—Que enseñar es mucho más peligroso de lo que imaginaba.

Demiurgo giró lentamente la cabeza. No dijo nada. Esperó.

—Creía que bastaba con ofrecer conocimiento. Ahora empiezo a sospechar que cada conocimiento abre una puerta que ya no puedes cerrar. Y no sabes quién terminará atravesándola.

El Conde asintió.

—Ahora empiezas a ver.

Pausa.

—No el conocimiento. Su responsabilidad. Y eso te golpea, si le añades un para qué.

Permanecieron unos instantes contemplando el horizonte. Después Demiurgo habló con una voz más baja.

—Durante muchos años pensé que gobernar consistía en tomar buenas decisiones.

Nur esperó.

—Me equivocaba.

—¿En qué?

—Gobernar consiste en aceptar que incluso las mejores decisiones tienen un precio.

Nur permaneció inmóvil. Aquella frase parecía demasiado pesada para responderla. Demiurgo volvió a mirarlo.

—Por eso quería volver a verte.

No añadió nada. Esperó. Como hacía siempre. Hablaba lo justo. Fue Nur quien rompió el silencio.

—¿Por qué yo?

El Conde sonrió.

—Porque empiezas a desconfiar de ti mismo.

Nur frunció el ceño.

—¿Eso es una virtud?

—Más que muchas otras que se aplauden.

Demiurgo apoyó las manos sobre la piedra de la balaustrada.

—Hay personas extraordinariamente inteligentes. Otras muy valientes. Otras enormemente eficaces. Pero pocas llegan a preguntarse seriamente si podrían estar equivocadas.

Miró hacia la ciudad.

— Ésas son las únicas con las que me atrevería a compartir parte del gobierno de una ciudad. Al principio algo marginal. Luego Dios dirá.

Nur no sabía si sentirse honrado o asustado.

—No necesito una respuesta ahora —continuó Demiurgo—. Ni mañana. Ni este año.

Se volvió hacia él.

—Las decisiones importantes empeoran cuando se toman deprisa.

Pausa.

—Respíralo. Vívelo. Y si algún día descubres que tu camino pasa por aquí, esta puerta seguirá abierta.

Nur respiró profundamente. Sintió un alivio inesperado. No había presión. Sólo confianza. Y aquella confianza pesaba mucho más de lo que habría pesado una orden.

Entonces Demiurgo cambió de expresión. Algo se volvió más cálido en su rostro. Más humano.

—Hay otra razón por la que quería que vinieras.

Se volvió hacia el interior del castillo.

—Thamar.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Después apareció una mujer atravesando lentamente el corredor.

No levantó inmediatamente la vista. Caminaba con la naturalidad de quien había recorrido aquel lugar miles de veces. Al llegar junto a ellos alzó los ojos.

Nur dejó de respirar. No fue la belleza. Ni la elegancia. Fue aquella manera de mirar. La conocía. La había visto en otra noche. En otro lugar. Con otro nombre.

Ella sostuvo su mirada. Y sonrió. La misma sonrisa. Pequeña. Serena. Como si supiera exactamente lo que estaba ocurriendo dentro de él.

—Thamar... —repitió Nur casi para sí.

Demiurgo los observó a ambos.

—Creo que ya os conocéis más de lo que imaginabais.

Nur volvió lentamente la cabeza hacia él. Demiurgo no explicó nada.

—Os dejo.

Y se alejó por el corredor.

Quedaron solos. El viento recorría los arcos de la terraza. Ninguno habló durante unos segundos.

Nur miraba a la mujer que tenía delante como si intentara superponer dos rostros sobre una sola persona.

—¿Quién eres?

No había reproche en su voz. Sólo desconcierto. Ella tardó en responder.

—La misma mujer que conociste aquella noche.

Nur continuó mirándola.

—¿Y Saba?

Thamar sonrió con algo de tristeza.

—También.

Nur cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos, no había comprendido todavía. Simplemente estaba empezando a aceptar que era verdad.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

Thamar apoyó las manos sobre la balaustrada. Miró la ciudad.

—Porque necesitaba saber si algún día me mirarías a mí... o al apellido de mi padre.

Nur permaneció en silencio. Ella continuó.

—Saba no era una mentira, Nur.

Lo miró.

—Era el único lugar donde podía ser verdad.

Aquella frase desarmó algo. De pronto aparecieron las ausencias. Los silencios. Su libertad. Su conocimiento inexplicable de la ciudad. Su negativa a pertenecer a nadie.

Pero Nur todavía no estaba listo para ordenar todas aquellas piezas. Lo único que comprendía era la soledad en la que ella había vivido. La de una mujer que había necesitado inventarse otra vida para saber si alguna vez alguien podría acercarse a ella sin acercarse también al castillo.

—Necesito caminar.

Thamar asintió. No intentó detenerlo.

—Lo sé.

Nur empezó a descender. No volvió la vista atrás. Pero durante todo el camino sintió que alguien seguía mirándolo desde la terraza.

No supo si era Thamar. Ni por qué **deseó que lo fuera.**

El timón del barco

Las tormentas también se cansan. La pasión de aquellos primeros meses fue perdiendo violencia sin perder profundidad. Nur y Thamar regresaron poco a poco al mundo sin dejar de encontrarse en él.

Philosophorum volvió a reclamarles. Los negocios, los estudios, las reuniones, el castillo. Para Oniria seguían siendo Saba y el príncipe Nur. Para Demiurgo eran simplemente Thamar y Nur. Y para ellos, cuando se cerraban las puertas, no hacía falta ningún nombre.

Una tarde, durante una de sus visitas al castillo, Demiurgo pidió hablar con él.

Lo encontró en la terraza, contemplando la ciudad como solía. Nur empezaba a sospechar que el Conde pasaba allí buena parte de su vida.

—Quiero encargarte algunos asuntos concretos de Oniria.

Nur sintió inmediatamente que aquellas palabras pesaban más de lo que aparentaban.

—¿Qué clase de asuntos?

—Los suficientes para que puedas equivocarte.

Nur sonrió.

—Extraña manera de ofrecerme una responsabilidad.

—La única honesta. Si sólo quisiera que acertaras, te encargaría asuntos cuya respuesta ya conozco. Quiero que decidas.

Demiurgo señaló la ciudad.

—Has aprendido a crear riqueza. A influir. A convencer. Has construido organizaciones y has conseguido que muchas personas crean en tus proyectos. Todo eso se parece al poder, pero todavía no lo es.

Nur esperó.

—Quiero que experimentes la autoridad. Que comprendas qué ocurre cuando una decisión tuya modifica la vida de personas que nunca conocerás. Quiero que descubras la diferencia entre conseguir que alguien haga algo y tener derecho a pedírselo.

Hizo una pausa.

—Y quiero que pruebes el poder.

Nur percibió algo extraño en la manera en que había pronunciado aquella última palabra.

—¿Por qué lo dices así?

—Porque es una droga extraordinaria.

El Conde volvió la mirada hacia Oniria.

—Y como todas las drogas, al principio uno cree que la utiliza.

Nur salió del castillo más preocupado que satisfecho. Hubo un tiempo en que habría bajado aquellas calles sintiéndose elegido. Ahora descendía preguntándose si estaba preparado.

Había vivido los últimos meses en una primavera tardía de despreocupada juventud. Amaba. Estudiaba. Construía. Philosophorum crecía. Sus empresas prosperaban. De pronto había envejecido años en una conversación.

Y mientras descendía recordó algo que llevaba mucho tiempo olvidado. Una capa púrpura. Un muchacho que apenas podía sostenerse bajo su peso. Y un rey retirándosela de los hombros

antes de que terminara aplastándolo. No sabía en qué libro lo había leído, pero lo sintió como si lo hubiera vivido.

Siguió caminando.

El primer asunto que Demiurgo puso en sus manos parecía sencillo. En algunos sectores inferiores de Oniria comenzaban a producirse problemas de abastecimiento. No faltaban alimentos. El problema estaba en su distribución.

Nur reunió información. Escuchó comerciantes, productores, responsables de los círculos, transportistas, representantes de los barrios. Estudió durante días el entramado hasta descubrir algo que le indignó: unos pocos intermediarios controlaban los principales accesos y utilizaban artificialmente la escasez para elevar los precios.

La solución parecía evidente. Eliminó privilegios, abrió rutas alternativas y facilitó la entrada de nuevos distribuidores.

Estaba satisfecho. Era una buena decisión. También era justa. Tres días después comenzaron los problemas.

Los intermediarios perjudicados redujeron todavía más la distribución. Los transportistas amenazaron con detenerse. Algunos comerciantes cerraron sus establecimientos. Los precios subieron. En las calles comenzaron a escucharse protestas contra la nueva política.

Y, para sorpresa de Nur, contra él.

—¡Pero si precisamente estoy intentando bajar los precios! — estalló durante una reunión.

Uno de sus colaboradores trató de explicárselo.

—La gente no conoce el mecanismo, señor. Sólo sabe que desde que se anunció la reforma algunos alimentos cuestan más.

Nur sintió el tacto áspero del timón. Más cortante que las cuerdas del almacén. Una cosa era dibujar el rumbo sobre un mapa. Otra muy distinta gobernar un barco mientras miles de personas corrían de una cubierta a otra.

Intentó negociar. Recibió buenas palabras. Nada cambió. Volvió a negociar. Aparecieron nuevas condiciones. Esperó. La situación empeoró.

Hasta que una noche golpeó la mesa.

—Se acabó.

Ordenó intervenir los almacenes de quienes estaban reteniendo mercancía y concedió licencias extraordinarias a nuevos distribuidores. Hubo amenazas. Denuncias. Artículos furibundos. Acusaciones de autoritarismo.

Pero los alimentos volvieron a circular. Los precios bajaron. Las protestas desaparecieron.

Y Nur sintió algo. No era orgullo. Algo más intenso y adictivo. Había decidido. Se habían resistido. Él había impuesto su voluntad. Y había funcionado.

Aquella noche, al quitarse la ropa, volvió a recordar la historia de la capa púrpura. Pero esta vez el recuerdo fue distinto, como si el tacto fuera más agradable. Ya no parecía tan pesada.

El segundo asunto fue más fácil. También el tercero. No porque fueran menos complejos. Porque Nur estaba aprendiendo.

Aprendió que una decisión nunca terminaba donde se tomaba. Cada movimiento producía una consecuencia. Ésta provocaba otra. Y después otra. Las consecuencias de las consecuencias de las consecuencias.

Empezaba a mirar la ciudad como un enorme tablero vivo. Y le gustaba. Ése era el peligro.

El timón seguía siendo áspero, pero la piel de sus manos había empezado a endurecerse. Aquello que al principio dolía comenzó a producir una sensación embriagadora.

Posibilidad. El poder era tener posibilidades.

Podía cambiar cosas. Corregir abusos. Abrir caminos. Cerrar otros.

Una firma suya podía transformar un barrio. Una decisión podía liberar recursos para miles de personas. Un nombramiento podía cambiar una institución.

No comprendía la fascinación del poder. La sentía.

No era solamente mandar. Era **hacer posible**. Y pocas sensaciones resultaban comparables.

Pero aparecieron también los otros. Los que llevaban años esperando ocupar el lugar que ahora ocupaba él. Algunos tenían más experiencia. Otros, excelentes capacidades. Muchos consideraban incomprensible que un extranjero sin pasado, llegado desde el séptimo círculo, se hubiera convertido en uno de los hombres de confianza de Demiurgo.

Las primeras críticas le parecieron razonables. Las siguientes, interesadas. Después empezó a ver enemigos.

Una mañana ordenó apartar de una comisión a uno de sus miembros.

—Está bloqueando constantemente las decisiones.

—También ha acertado varias veces en sus objeciones —le recordó uno de sus colaboradores.

—No podemos discutir eternamente cada paso.

—Precisamente por eso lo nombramos.

Nur levantó la vista. Le molestó aquella respuesta. Y le molestó todavía más darse cuenta de que le molestaba. Apretó los puños.

—Que siga —rectificó finalmente.

Aquella noche no durmió bien. No por la decisión. Por haber deseado durante unos segundos que nadie pudiera contradecirlo.

Demiurgo dosificaba las responsabilidades con una precisión que Nur empezaba a considerar irritante. Cuando creía estar preparado para recibir más, el Conde detenía su avance. Cuando se sentía desbordado, aparecía un nuevo asunto sobre su mesa.

—No entiendo tu método —le reprochó un día.

—No necesitas entenderlo todavía.

—Podría asumir mucho más.

—Precisamente por eso no te lo doy.

Nur frunció el ceño. Demiurgo sonrió.

—Si quieres destruir a un hombre, entrégale de golpe todo el poder que desea.

—¿Tan poca confianza tienes en mí?

—Al contrario. Tengo suficiente confianza como para no hacerlo.

Continuaron caminando.

—El poder tiene una particularidad, Nur. Va eliminando progresivamente aquello que nos incomoda. Primero

apartamos al incompetente. Después al obstáculo. Más tarde al crítico. Finalmente, al que simplemente piensa de otra manera.

Se detuvo.

—Y un día descubrimos que todo el mundo está de acuerdo con nosotros.

—Eso debería ser una buena noticia.

Demiurgo lo miró.

—Es una noticia aterradora.

Pasaron los meses. Nur maduraba.

Pero algunas veces se emborrachaba de poder. Se impacientaba ante las resistencias. Amenazaba. Imponía. Después se arrepentía. Otras veces no.

Descubrió que lo verdaderamente peligroso no era utilizar el poder para hacer el mal. Eso habría resultado fácil de reconocer. Lo difícil era utilizarlo para algo que consideraba bueno. Porque entonces cada exceso encontraba inmediatamente una justificación.

Es necesario. No hay tiempo. Ellos no comprenden el conjunto. Cuando vean el resultado lo entenderán.

Nur comenzó a descubrir que un hombre podía atravesar límites peligrosos sin dejar de considerarse una buena persona. Bastaba con estar suficientemente convencido de la bondad de su objetivo.

Thamar era uno de sus contrapesos. Óculus, otro. Y Demiurgo parecía empeñado en ser el tercero.

Pero había algo en el Conde que desconcertaba cada vez más a Nur. Él necesitaba reuniones. Informes. Negociaciones. Presiones. Concesiones. Algunas veces, amenazas.

Demiurgo no. A veces bastaba una conversación. Una visita. Una frase pronunciada delante de la persona adecuada. Y algo que llevaba semanas bloqueado comenzaba inexplicablemente a moverse.

Nur empezó a observarlo. Había algo que se le escapaba.

Una tarde regresaron juntos a la terraza. Abajo, Oniria continuaba con su agitación interminable.

—¿Cómo lo haces?

Demiurgo no apartó la vista de la ciudad.

—¿El qué?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Esperó una respuesta que no llegó.

—Yo puedo ordenar. Negociar. Convencer. Presionar. Puedo cambiar leyes, sustituir personas, crear incentivos... Pero tú haces otra cosa.

Demiurgo permaneció inmóvil.

—Yo muevo las fichas —continuó Nur—. Tú consigues que quieran moverse.

Ahora sí lo miró el Conde. Nur sintió que había acertado.

—Aquí hay algo que no me has enseñado.

Demiurgo sostuvo su mirada durante unos segundos.

—Sí.

Aquella respuesta lo inquietó mucho más que una negativa.

—¿Qué?

El Conde volvió los ojos hacia Oniria.

—Todavía crees que gobernar consiste en conseguir que las personas hagan algo.

Nur esperó. Demiurgo no continuó.

—¿Y en qué consiste entonces?

El silencio regresó a la terraza. Nur conocía ya aquellos silencios. Pero éste era distinto. No ocultaba una respuesta. Custodiaba una puerta.

—No estás preparado todavía.

—¿Preparado para qué?

Demiurgo lo miró como si estuviera intentando decidir algo que llevaba mucho tiempo aplazando. Después negó suavemente con la cabeza.

—Cuando lo estés, no tendrás que preguntármelo.

Y se alejó.

Nur permaneció solo junto a la balaustrada. Contempló las calles. Los mercados. Las plazas. Las luces que comenzaban a encenderse.

Los miles de hombres y mujeres regresando a sus casas convencidos de que cada decisión tomada durante aquel día les pertenecía.

Por primera vez desde que había empezado a gobernar, no pensó en qué hacían. Se preguntó algo mucho más inquietante.

Por qué querían hacerlo.

En un reino muy lejano

El Reino de los Siete Valles amaneció como acostumbraba. La luz descendía lentamente por las laderas, los animales abandonaban sus refugios y las primeras voces se mezclaban con el sonido del agua que atravesaba los campos. Había una serenidad difícil de explicar en aquel lugar. Quizá el reino hacía tranquilas a las personas. O quizá eran las personas quienes habían terminado haciendo tranquilo al reino.

Pero aquella mañana algo no iba bien. El jardinero alquímico llevaba varias horas observando uno de los árboles. Había recorrido sus ramas una a una, tocado la corteza, examinado las hojas.

Finalmente abandonó el jardín y pidió audiencia con el Rey.

Amadeus lo recibió inmediatamente.

—Majestad, una de las ramas está languideciendo.

El Rey no necesitó preguntar cuál.

—¿Nurveya?

El jardinero asintió.

Amadeus cerró los ojos. Durante unos segundos permaneció inmóvil. Había visto morir otras. Demasiadas. Una cosecha entera de jóvenes había partido hacia Oniria durante aquellos años. Ninguno había regresado. Algunos árboles habían resistido durante mucho tiempo antes de secarse. Otros apenas unas estaciones.

Pero había depositado una esperanza especial en aquella rama. Recordaba todavía la mirada de Nurveya antes de partir. Aquella mezcla de determinación e inocencia.

—¿Cuánto tiempo?

—No puedo saberlo, Majestad.

El jardinero bajó la mirada.

—Pero está olvidando.

Amadeus permaneció en silencio.

Después dio una única orden.

—Llamad a Babaji.

No tardó mucho en llegar. Nunca parecía llegar de ninguna parte. Simplemente aparecía.

Entró en la estancia con la naturalidad de quien no encuentra demasiada diferencia entre presentarse ante un rey o sentarse junto a un campesino.

Amadeus se levantó para recibirlo.

—Me has mandado llamar.

El Rey lo condujo hasta los jardines. Caminaron sin hablar. Cuando llegaron ante el árbol, Babaji se acercó a la rama. No la tocó. La observó.

Algunas hojas empezaban a curvarse sobre sí mismas.

—Nurveya —dijo Amadeus.

Babaji continuó mirando.

—Lleva demasiado tiempo allí.

—Sí.

—Está olvidando.

—Sí.

Amadeus respiró profundamente.

—¿Puedes traerlo de vuelta?

Babaji levantó la vista.

—No.

La respuesta fue inmediata. El Rey lo miró.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Recordárselo.

—¿Y después?

Babaji sonrió.

—Después decidirá él.

Amadeus volvió la mirada hacia la rama.

—Han sido muchos, Babaji.

—Lo sé.

—Ninguno ha regresado.

—También lo sé.

—Algo está ocurriendo en Oniria.

Babaji guardó silencio. El Rey continuó:

—Cada vez les cuesta más recordar.

El maestro contempló durante unos segundos las montañas que protegían el valle.

—Entonces habrá que hablar más bajo.

Amadeus lo miró sin comprender. Babaji sonrió.

—Cuando un hombre duerme profundamente, gritar puede hacer que se aferre todavía más al sueño.

No hubo más conversación. A la mañana siguiente, Babaji partió.

Cruzó las montañas. Después los valles exteriores. Finalmente apareció ante él el desierto. Durante días caminó por aquella inmensidad. Comía poco. Dormía cuando el cuerpo se lo pedía. Al amanecer permanecía inmóvil durante largos periodos antes de continuar. No parecía tener prisa. Oniria llevaba años esperando sin saberlo. Podía esperar unos días más.

La ciudad apareció finalmente en el horizonte. Primero como una mancha. Después como una sucesión de murallas elevándose unas sobre otras hasta alcanzar la gran montaña.

Babaji se detuvo. La contempló durante mucho tiempo. Había conocido otras ciudades. Todas diferentes. Todas parecidas. Ciudades que prometían algo. Riqueza. Seguridad. Placer. Conocimiento. Poder. Felicidad. Siempre había algo que conseguir. Y siempre un siguiente lugar al que llegar.

Reanudó la marcha.

Cuando alcanzó las puertas, uno de los guardias levantó la mano.

—¿Oficio?

—Profesor de yoga.

El guardia lo examinó.

—Hay muchos.

—Entonces estaré bien acompañado.

El hombre soltó una carcajada.

—¿Vienes a buscar trabajo?

—Eso parece.

Revisó distraídamente sus escasas pertenencias y le permitió pasar.

Babaji atravesó las puertas de Oniria sin que nadie volviera la cabeza.

Caminó. No preguntó por Nurveya. Ni por el príncipe Nur. Ni por Demiurgo. Caminó.

Observó los escaparates. Los mercados. Las tabernas. Los templos. Escuchó conversaciones. Vio hombres que caminaban deprisa hacia lugares a los que parecían llegar siempre tarde. Personas que discutían. Otras que reían. Otras que miraban sin ver. Se detuvo frente a un establecimiento donde varias personas bebían mientras una música ensordecedora les obligaba a gritar para poder hablar. Sonrió. Continuó. Probó algunos alimentos. Escuchó canciones. Entró en algún templo. Se sentó en plazas. Durante varios días no hizo otra cosa que conocer la ciudad.

Hasta que encontró uno de los centros de Philosophorum.

Leyó el cartel de la entrada.

Conocimiento para desarrollar tus posibilidades.

Debajo aparecía una larga relación de enseñanzas. Economía. Psicología. Filosofía. Alimentación. Educación física. Meditación. Técnicas de concentración.

Babaji sonrió. Entró.

Una mujer atendía la recepción.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy profesor de yoga.

—¿Busca trabajo?

Babaji pareció pensarlo.

—Sí.

La mujer consultó unos papeles.

—Precisamente necesitamos a alguien. Pero debo advertirle que pagamos muy poco. Esto es una institución sin ánimo de lucro. Muchos profesores colaboran casi como voluntarios.

—Perfecto.

La mujer levantó la vista sorprendida.

—¿Perfecto?

—Necesito poco.

—Tenemos también una residencia bastante sencilla para profesores.

—Entonces necesitaré todavía menos.

La mujer sonrió.

—¿Cuándo podría empezar?

—Ahora.

Las primeras clases no tuvieron nada de extraordinario. Eso decepcionó a algunos. Babaji enseñaba a sentarse. A respirar. A observar. A reconocer un pensamiento antes de seguirlo. A sentir el cuerpo. A permanecer unos minutos sin hacer nada.

Nada espectacular. Ninguna doctrina secreta. Ninguna promesa.

—No intentéis detener la mente —decía—. Miradla.

Algunos alumnos abandonaron después de la primera sesión. Esperaban técnicas más sofisticadas. Otros regresaron.

Una mujer que llevaba años durmiendo mal descansó una noche entera después de una de las clases. Un comerciante

descubrió, mientras respiraba, que llevaba meses apretando los dientes. Un muchacho permaneció sentado al terminar la sesión y comenzó a llorar sin saber por qué.

Babaji nunca preguntaba. Tampoco interpretaba. Simplemente estaba.

Y alrededor de aquel hombre comenzó a ocurrir algo difícil de definir. No era felicidad. Ni entusiasmo. Ni siquiera tranquilidad. Era como si durante unos instantes algunas personas recordaran algo que no sabían que habían olvidado. Después salían a la calle. Oniria volvía a envolverlas. Los negocios. Las prisas. Los deseos. Los problemas. Y aquella sensación se desvanecía.

Pero no del todo. Siempre quedaba un perfume.

En algún lugar de la ciudad, muy lejos de allí, un hombre vestido con una capucha roja abrió los ojos en mitad de una meditación. Algo había cambiado. Permaneció inmóvil intentando percibirlo. Era apenas una perturbación. Una imperfección diminuta en algo que llevaba muchos años fluyendo sin alteraciones. Se levantó. No sabía qué estaba ocurriendo. Pero sabía dónde. En los círculos inferiores.

Saba acudió al centro algunos días después. Visitaba periódicamente las escuelas de Philosophorum para comprobar personalmente su funcionamiento. Preguntaba. Escuchaba a profesores y alumnos. Tomaba notas.

Aquel día una de las responsables le habló del nuevo maestro.

—Es extraño.

—¿Qué enseña?

—Yoga.

—¿Y qué tiene de extraño?

La mujer buscó las palabras.

—No lo sé.

Saba sonrió.

—Magnífica explicación.

—Tendrías que asistir a una clase.

Y lo hizo. Se sentó al fondo. Babaji entró sin presentaciones. Se sentó frente al grupo. Cerró los ojos.

—Respirad. Nada más.

Saba siguió las indicaciones. Al principio pensó que aquello era demasiado elemental. Había practicado técnicas mucho más complejas. Pero poco a poco ocurrió algo. La respiración se hizo más lenta. Los sonidos de la sala comenzaron a alejarse. Después los de la calle. Y durante unos segundos apareció dentro de ella un silencio que no se parecía a ningún otro. No estaba vacío. Al contrario. Tenía algo extrañamente familiar.

Saba abrió los ojos. Babaji estaba mirándola. No sonreía. No hacía nada. Simplemente la miraba. Y ella sintió un estremecimiento. No supo por qué.

Cuando terminó la clase, todos fueron abandonando la sala. Saba permaneció sentada.

Babaji recogió tranquilamente la pequeña manta que había utilizado. Ella se acercó.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Nos conocemos?

Babaji la observó. Durante unos segundos pareció buscar algo detrás de sus ojos. Después apareció aquella sonrisa leve.

—No.

Saba se sintió extrañamente decepcionada. Babaji dobló la manta.

—Pero quizá no sea a mí a quien has reconocido.

Ella quedó inmóvil.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

Guardó la manta bajo el brazo.

—Mañana tenemos otra clase.

Y salió. Saba permaneció sola en la habitación.

Durante todo el camino de regreso intentó comprender qué había ocurrido. No pudo.

Pero decidió regresar al día siguiente.

María cerró el libro. Al otro lado del teléfono no se escuchó nada. Las llamadas se habían convertido en unos encuentros de lectura, silencio y magia. Apenas hablaban.

—¿Estela?

—Sí.

—Pensé que se había cortado.

—No.

De nuevo el silencio.

—¿Qué te pasa?

Estela tardó en contestar.

—No sé.

María esperó.

—Tita... ¿por qué tengo la sensación de que Babaji no ha ido a enseñarle nada?

María no respondió inmediatamente.

—¿Y qué crees que ha ido a hacer?

Estela miró por la ventana de su habitación.

—A recordarle algo.

María bajó los ojos hacia el manuscrito.

—Puede ser.

—Pero ¿el qué?

María sonrió.

—Mañana seguimos.

—Tita...

—Mañana.

Estela protestó al otro lado del teléfono. María cerró lentamente el manuscrito.

Había leído aquella historia muchas veces. Y, sin embargo, nunca se había hecho exactamente aquella pregunta.

El pacto de silencio

Las cosas parecían ir bien en el castillo. Nur empezaba a acostumbrarse al peso del poder. Había aprendido a contener la primera respuesta, a dejar reposar las decisiones, a escuchar incluso aquello que le desagradaba.

Algunas veces conseguía observar su propio enfado antes de que se convirtiera en palabra. Y eso empezaba a producirle una satisfacción mayor que imponer su criterio.

Demiurgo parecía complacido con su evolución. Nur lo observaba constantemente. Intentaba descubrir cómo pensaba.

Había comprendido que el Conde nunca contemplaba un acontecimiento aislado. Lo unía con otros que habían sucedido años atrás y con consecuencias que todavía no existían. Vivía como quien contempla simultáneamente el camino recorrido y los posibles caminos que se abren delante.

—El presente engaña mucho —le dijo en una ocasión—. Parece explicarse a sí mismo, pero casi nunca lo hace.

Nur intentaba aprender aquella forma de mirar. Recordar el pasado. Anticipar el futuro.

Y no dejarse arrastrar por ninguno de los dos.

Una tarde estaban revisando algunos asuntos cuando alguien apareció en la entrada de la estancia. Nur lo había visto alguna vez desde lejos. Vestía una túnica oscura. Y una capucha roja. Demiurgo levantó la vista. El hombre se acercó y le susurró unas palabras al oído.

Fue apenas un instante. Pero Nur vio algo que nunca había contemplado en el rostro del Conde. Preocupación. No aquella

preocupación intelectual con la que estudiaba un problema. Algo más profundo. Una sombra breve.

Demiurgo permaneció inmóvil mientras el encapuchado se retiraba.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada que deba preocuparte.

Precisamente por venir de él, la respuesta consiguió preocuparle todavía más. Nur esperó.

—¿Quién era?

Demiurgo levantó los ojos.

—¿Quién?

—El hombre de la capucha roja.

El silencio cambió de naturaleza. Demiurgo se levantó. Caminó hasta la terraza. Nur lo siguió.

Abajo, Oniria continuaba viviendo ajena a aquella conversación. Carruajes. Mercancías. Voces. Campanas. Miles de personas entrando y saliendo de las calles mientras el enorme organismo continuaba respirando.

Demiurgo permaneció unos segundos contemplándolo.

—Hay una parte de la ciudad que todavía desconoces.

Nur sintió algo abrirse dentro de él.

—Lo suponía.

Demiurgo negó.

—No.

Lo miró.

—Lo sospechabas. Es diferente.

Volvió los ojos hacia Oniria.

—Hasta ahora te he enseñado aquello que puede aprender cualquiera que tenga inteligencia, paciencia y suficiente experiencia. Economía. Administración. Comportamiento humano. Equilibrio de intereses. Poder.

Hizo una pausa.

—Todo eso puede estudiarse.

Nur esperó.

—Pero Oniria no se sostiene solamente con aquello que puede verse.

Demiurgo no añadió nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que has llegado a una puerta.

Nur permaneció inmóvil.

—¿Y qué hay detrás?

—Algo que cambia la forma de mirar todo lo que hay delante.

Aquello le interesó todavía más.

—Entonces enséñamelo.

—No.

La respuesta fue tranquila. Nur frunció el ceño.

—¿No?

—No hoy.

—¿Por qué?

Demiurgo se volvió hacia él.

—Porque antes debes decidir si quieres saber.

—Ya te lo estoy diciendo.

—No.

Demiurgo negó lentamente.

—Me estás diciendo que tienes curiosidad. No es lo mismo.

Nur guardó silencio.

—Hay conocimientos que añaden algo a lo que sabes —continuó el Conde—. Y hay otros que cambian el lugar desde el que contemplas todo lo que creías saber.

Se acercó un poco.

—Después de esos últimos ya no se regresa exactamente al mismo hombre.

Nur sintió crecer su inquietud.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Aceptar una condición.

—¿Cuál?

—Silencio absoluto.

Nur no esperaba aquello.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo cuanto conozcas a partir de ese momento.

—¿Con quién?

—Con cualquiera.

Nur tardó unos segundos.

—¿También con Thamar?

Demiurgo no vaciló.

—También con ella.

Algo se desplazó dentro de Nur. Hasta entonces el castillo y Thamar habían formado parte de una misma vida. Nunca había imaginado que existiera una estancia dentro de Demiurgo a la que ni siquiera su hija tuviera acceso.

—Es tu hija.

—Precisamente.

—¿Ella no sabe lo que vas a contarme?

—No.

La respuesta fue definitiva. Nur miró al Conde como si acabara de descubrir una puerta dentro de otra puerta.

—¿Y qué ocurre si rompo el juramento?

Demiurgo sostuvo su mirada.

—No lo rompas.

—Te he preguntado qué ocurriría.

—Y yo te he contestado.

Nur sintió frío.

—¿Me estás amenazando?

—No.

Demiurgo parecía sinceramente sorprendido.

—Estoy recordándote que todavía eres libre de no entrar.

Eso lo desarmó. El Conde se acercó.

—No necesito una respuesta ahora. De hecho, no quiero que me la des.

—¿Por qué?

—Porque las puertas atravesadas por impulso suelen convertirse en prisiones.

Nur permaneció callado.

—Vete.

Demiurgo apoyó una mano sobre su hombro.

—Vive unos días. Mira a Thamar. Mira Philosophorum. Mira lo que has construido. Mira lo que has conseguido.

Hizo una pausa.

—Y pregúntate si realmente necesitas algo más.

Nur bajó la mirada.

—Hay hombres que sufren porque desconocen.

Demiurgo retiró la mano.

—Y también los hay que darían cualquier cosa por volver a desconocer.

Nur bajó del castillo con una sensación nueva. No miró hacia arriba. Miró hacia atrás.

Tenía amor. Riqueza. Prestigio. Conocimiento. Philosophorum.

Y ahora suficiente poder como para cambiar cosas que durante años había considerado inamovibles. No necesitaba nada más.

Podía detenerse. Tal vez debía hacerlo. Pero había una puerta. Ése era el problema. Hasta aquella tarde había podido vivir sin saber que existía. Ahora no.

Porque ignorar algo cuando desconocemos su existencia es ignorancia. Ignorarlo después de saber que está ahí... es una decisión.

Thamar estaba en casa cuando llegó. Irradiaba una alegría que contrastaba con la sombra que él traía encima.

—Tengo que contarte una cosa.

Nur sintió un sobresalto absurdo.

—¿Qué?

—Ha llegado un profesor nuevo a Philosophorum.

Nur respiró.

—Ah.

Thamar lo miró.

—No pongas esa cara. Es un hombre extrañísimo.

—¿En qué sentido?

—No sabría explicártelo.

Se sentó frente a él.

—Enseña yoga. O eso dice.

—Tenemos varios profesores de yoga.

—Éste es diferente.

Nur asintió distraídamente.

—Me alegro.

Thamar se quedó observándolo.

—No me estás escuchando.

—Sí te escucho.

—¿Qué te acabo de decir?

Nur sonrió cansado.

—Que ha llegado un profesor de yoga extraordinario.

—No he dicho extraordinario.

—Diferente, entonces.

Thamar entrecerró los ojos.

—Te vendría bien conocerlo.

—Seguro.

—Lo digo en serio.

—Y yo.

—Podríamos ir juntos a una clase.

Nur se levantó. Caminó hasta la ventana.

—Sí.

Thamar esperó.

—Algún día.

Aquella palabra quedó suspendida entre ambos. **Algún día.**

Thamar guardó silencio. Después se acercó por detrás y apoyó las manos sobre sus hombros.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Nur.

Él cerró los ojos. Durante un instante estuvo a punto de contárselo. Todavía podía. No había jurado nada. Podía girarse y explicarle que su padre acababa de ofrecerle acceso a algo que ni siquiera ella conocía.

Pero se detuvo. No porque hubiera prometido callar. Porque contarle la existencia de aquella puerta significaba convertirla en asunto de ambos antes incluso de saber qué había detrás.

—Estoy cansado.

Thamar retiró lentamente las manos.

—No es cansancio.

Nur se volvió.

—El poder desgasta más de lo que imaginaba.

—Entonces quizá deberías apartarte un poco de él.

La frase le molestó. Eso le inquietó más que la propia frase.

—No puedo apartarme cada vez que algo se complica.

—No he dicho eso.

—Ya lo sé.

Thamar lo observó. No discutió.

—Cuando quieras hablar, estoy aquí.

Lo besó suavemente. Y se marchó. Nur la vio alejarse por el corredor.

Todavía no había pronunciado ningún juramento. Y, sin embargo, el secreto ya había empezado a construir una distancia.

No durmió. A medianoche salió a la terraza. Oniria se extendía somnolienta debajo.

Pensó en Demiurgo. En el encapuchado. En Thamar. En la puerta.

Después pensó en la frase de ella. *Podríamos ir juntos a una clase.* Sonrió con cansancio.

Respirar. Sentarse. Observar. Parecía casi ridículo comparado con aquello que Demiurgo le estaba ofreciendo. Intentó convencerse de que podía dejar la puerta cerrada.

Tenía amor. Tenía conocimiento. Tenía riqueza. Tenía prestigio. Philosophorum daba sentido a su vida. Y ahora podía modificar la existencia de miles de personas.

¿Qué más podía necesitar? Nada. Absolutamente nada.

Y, sin embargo, algo empezó a incomodarlo. No era curiosidad. O no sólo.

Si Demiurgo conocía una forma más profunda de comprender Oniria... si ese conocimiento permitía gobernarla mejor... si podía evitar errores, sufrimiento, injusticias... ¿tenía derecho a negarse a conocerlo simplemente para conservar su tranquilidad?

Nur dejó de mirar la ciudad. La pregunta había cambiado.

Ya no era:

¿Quiero saber? Era otra mucho más difícil.

Si conocer puede permitir que haga más bien... ¿tengo derecho a elegir no saber?

Aquella noche no encontró respuesta.

Al día siguiente no subió al castillo. Se vistió discretamente. Salió a caminar por Oniria. Quería comprobar algo. No como príncipe. No como gobernante. Como hombre.

Recorrió un mercado cuya distribución había reformado. Una escuela que había recibido nuevos recursos. Un barrio donde por fin llegaba agua con regularidad. Un centro asistencial que meses antes había estado a punto de cerrar.

Observó. Preguntó. Escuchó.

En una plaza un hombre lo reconoció.

—¿Príncipe Nur?

Nur intentó negarlo. El hombre sonrió.

—Es usted.

Se acercó. Le estrechó la mano.

—Gracias.

Nur se sorprendió.

—¿Por qué?

—Por lo que están haciendo.

Nur guardó silencio.

—Aquí antes nadie nos escuchaba. Ahora no todo funciona, pero al menos algunas cosas cambian.

Una mujer que había escuchado la conversación se acercó. Después otra persona. No fueron muchas. No hacía falta.

Nur siguió caminando. Pensó en Demiurgo. Quizá el secreto que custodiaba no fuera un privilegio. Quizá fuera una carga.

Y si aquella carga podía permitirle tomar mejores decisiones para millones de personas... la negativa comenzaba a parecerle algo distinto de prudencia.

Empezaba a parecerle egoísmo. Eso terminó de decidirlo.

Regresó tarde. Thamar estaba leyendo. Levantó los ojos.

—¿Has estado fuera todo el día?

—Sí.

—¿Mejor?

Nur tardó en responder.

—Creo que sí.

Ella sonrió.

—Mañana vuelvo a la clase de ese profesor.

Nur sintió algo. Muy pequeño.

—Ven conmigo.

Durante un instante estuvo a punto de aceptar. Lo imaginó. Sentarse junto a ella. No hacer nada. Respirar. Quizá le vendría bien.

Entonces recordó el castillo. La puerta. Las personas que lo habían detenido por la calle. Todo lo que todavía podía hacer.

—Mañana no puedo.

Thamar lo observó.

—¿Castillo?

Nur sostuvo su mirada.

—Castillo.

Ella regresó al libro.

—Algún día conseguiré que vengas.

Nur sonrió.

—Algún día.

A la mañana siguiente inició la subida. Las murallas fueron quedando debajo. Atravesó las puertas que años atrás había soñado cruzar. Caminó por los jardines. Pasó junto a la vieja higuera. Demiurgo lo esperaba. No preguntó qué había decidido.

Nur se situó frente a él.

—Acepto.

El Conde no mostró satisfacción. Aquello inquietó a Nur.

—Todavía puedes marcharte.

—Lo sé.

—Después de lo que conozcas, no podrás regresar exactamente al hombre que eres hoy.

—También lo sé.

Demiurgo lo observó largamente.

—No.

Nur esperó.

—Eso todavía no puedes saberlo.

Se hizo un último silencio.

Después Demiurgo habló.

—Jura que nada de cuanto conozcas a partir de este momento saldrá de ti. Que no lo revelarás por amor, por miedo, por interés ni bajo amenaza. Que aceptarás las consecuencias si faltas a tu palabra.

Nur pensó en Thamar. La imaginó entrando aquella misma mañana en una sala de Philosophorum. Sentándose en el suelo. Cerrando los ojos. Respirando.

Él estaba a punto de atravesar otra puerta.

Durante un instante los dos caminos parecieron encontrarse frente a él. Uno no prometía nada. El otro prometía comprender. Nur no dudó.

—Lo juro.

Demiurgo cerró los ojos. No hubo ceremonia. No hubo testigos. No hubo celebración.

Cuando volvió a abrirlos, algo había cambiado.

—Entonces ven.

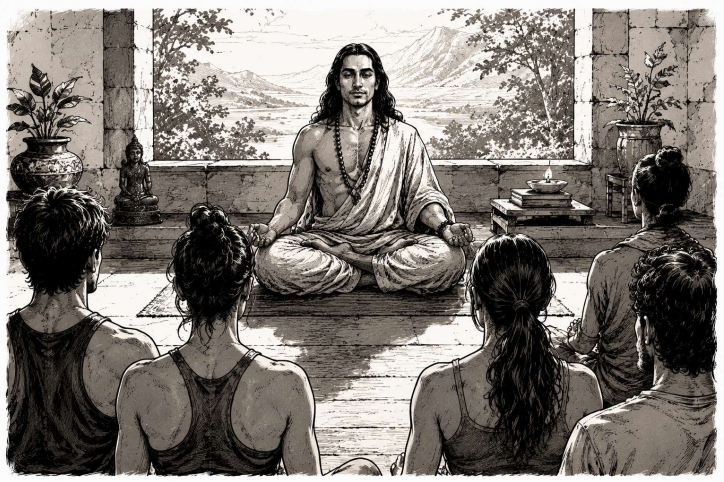
Demiurgo comenzó a caminar.

Nur lo siguió.

Y, en otro lugar de Oniria, Thamar cerraba los ojos mientras una voz tranquila decía:

—No hagas nada. Respira.





Si comes, come; si caminas, camina

Thamar no podía disimular el entusiasmo. Cada vez que recordaba la clase del nuevo profesor de yoga sentía algo parecido a estrenar unos zapatos hechos exactamente para sus pies: caminar parecía lo mismo, pero no lo era.

Regresó al día siguiente. La sala estaba menos llena de lo que esperaba. Algunos de los que habían asistido la primera vez no habían vuelto.

—Demasiado simple —le explicó una de las alumnas—. Yo esperaba algo más avanzado.

Thamar la miró sorprendida.

—Pero si precisamente eso es lo extraño.

No supo explicarlo mejor.

Babaji entró. No hizo ninguna introducción. Se sentó. Esperó. Poco a poco fueron apagándose las conversaciones, los movimientos, las pequeñas urgencias con las que cada uno había entrado en la sala.

—Espalda recta.

Silencio.

—Respirad.

Pasaron unos segundos.

—No intentéis hacerlo bien.

Algunos abrieron los ojos.

—Respirad.

La sala fue perdiendo poco a poco los pequeños ruidos de la impaciencia.

—Observad qué os hace olvidar que estáis respirando.

Thamar vio aparecer un pensamiento. Después otro. Una conversación pendiente. Una decisión. Nur. El castillo. Una idea sobre uno de los proyectos que debía revisar aquella tarde. Cuando quiso darse cuenta llevaba varios minutos ausente.

—No luchéis —continuó Babaji—. Si aparece un pensamiento, miradlo. Dejadlo marchar.

Silencio.

—Llegará otro.

Y llegó.

—Haced lo mismo.

La respiración de Thamar se hizo más lenta. Los pensamientos seguían apareciendo, pero ya no parecían órdenes. Eran visitas. Algunas ruidosas. Otras seductoras. Todas terminaban marchándose cuando no las invitaba a quedarse.

Babaji volvió a hablar.

—Ahora observad algo más difícil.

Pausa.

—¿Quién está viendo esos pensamientos?

La mente de Thamar reaccionó inmediatamente buscando una respuesta. Babaji pareció adelantarse.

—No respondáis.

Silencio.

—Cualquier respuesta será otro pensamiento.

Thamar sintió una pequeña sacudida interior.

—Observad también ese pensamiento.

Silencio.

—¿Quién observa?

Nadie se movió. La pregunta no pedía una contestación. Permanecía allí. Abierta. Thamar comprendió que existían preguntas cuya respuesta no podía encontrarse pensando.

La respiración se hizo extrañamente agradable. Sintió el aire entrar. El abdomen expandirse. El cuerpo dejar poco a poco de reclamar protagonismo. Los sonidos de la calle seguían allí, pero ya no necesitaba perseguirlos.

Después ocurrió algo todavía más extraño. Durante unos instantes no necesitó llegar a ninguna parte. No desapareció el mundo. Desapareció la necesidad de hacer algo con él.

Babaji guardó silencio. Y quizá por eso ocurrió. Cuando volvió a hablar, su voz parecía llegar desde muy lejos.

—No necesitáis aprender a estar presentes. Ya estáis presentes.

Pausa.

—Lo difícil es dejar de marcharos continuamente.

Silencio.

—Cuando comáis, comed. Cuando caminéis, caminad. Cuando escuchéis, escuchad.

Esperó.

—No convirtáis cada momento en la sala de espera del siguiente. Nada más.

La práctica continuó. Sin mantras. Sin posturas imposibles. Sin doctrinas. Sin promesas.

Algunos alumnos comenzaron a inquietarse. Otros permanecieron inmóviles.

Una hora después Babaji abrió los ojos.

—Suficiente por hoy.

Thamar tardó unos segundos en recordar dónde estaba. Se quedó después de la clase. Babaji recogía tranquilamente la manta.

—No sé qué haces —le dijo—, pero algo ocurre.

—Tú respiras.

—No me refiero a eso.

Babaji sonrió.

—Entonces probablemente te estás complicando.

Thamar soltó una pequeña carcajada.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Ella lo observó. No había nada espectacular en aquel hombre. Ningún esfuerzo por resultar profundo. Ninguna necesidad de convencerla. Y precisamente eso resultaba desconcertante.

—He estudiado muchas cosas. Filosofía. Psicología. Técnicas de meditación. Métodos de atención...

Babaji terminó de doblar la manta.

—Y ahora sabes muchas cosas.

—Sí.

—¿Te han hecho más libre?

Thamar quedó inmóvil. Buscó una respuesta. Y se dio cuenta de que estaba haciendo exactamente aquello que Babaji acababa de enseñarles a observar.

El maestro sonrió.

—Nos vemos mañana.

Y salió.

Thamar decidió regresar caminando. No era un trayecto corto. Por primera vez intentó no utilizarlo para pensar. Sintió el contacto de los pies con el suelo. La presión de cada paso. El movimiento de las piernas. El aire en el rostro. Unos metros. Después aparecieron las ideas. Planes. Personas. Problemas. Volvió a los pasos. Unos metros después volvió a olvidarse. Regresó otra vez.

Le parecía absurdo. Estaba desperdiciando un trayecto entero. Podría estar pensando. Organizando. Previendo. Resolviendo. Muchos filósofos aprovechaban el caminar para pensar. ¿Por qué no hacer lo mismo?

Y, sin embargo, continuó caminando. A mitad del camino ocurrió algo curioso. Comprendió que no estaba perdiendo el tiempo. Estaba caminando. Y durante unos instantes aquella actividad no necesitó justificar su existencia con ninguna otra.

Sonrió.

Quizá buena parte de su vida había consistido precisamente en eso: utilizar cada momento para llegar al siguiente.

Al llegar a casa encontró al Magíster Cassio en la biblioteca.

—Tienes que conocerlo.

Cassio levantó la vista del libro.

—¿A quién?

—Al nuevo profesor de yoga.

—¿El que te tiene tan entusiasmada?

—Ése.

El Magíster cerró el volumen.

—¿De qué escuela procede?

Thamar pensó.

—No lo sé.

—¿Qué doctrina sigue?

—Tampoco.

Cassio arqueó una ceja.

—¿Y qué enseña exactamente?

—A sentarse.

Cassio esperó.

—¿Y?

—A respirar.

—¿Y?

Thamar sonrió.

—A caminar.

El Magíster volvió a abrir el libro.

—Fascinante.

—Te estás riendo de mí.

—Un poco.

—Deberías asistir.

Cassio suspiró.

—He conocido decenas de maestros de meditación. Cada uno afirma haber encontrado una manera distinta de llegar al mismo sitio.

—Éste no afirma haber encontrado nada.

Cassio volvió a mirarla. Eso sí había despertado su interés.

—¿Entonces qué enseña?

Thamar tardó en responder.

—No lo sé.

Pensó unos segundos.

—Quizá a darse cuenta.

Cassio permaneció en silencio. Miró el libro abierto delante de él. Después a Thamar.

—Algún día iré contigo.

Pero todavía no parecía tener demasiada prisa.

Nur llegó al anochecer. Thamar lo oyó entrar y salió a recibirlo. Algo no encajaba. No era cansancio. Era otra cosa. Estaba allí, pero una parte de él parecía haber quedado en algún lugar al que ella no podía acompañarlo.

—¿Qué ha ocurrido?

Nur dejó la capa sobre una silla.

—Nada.

—Otra vez esa respuesta.

Él intentó sonreír.

—Estamos preparando algunos cambios y todo el mundo parece dispuesto a complicarlos.

Thamar lo observó. Había algo nuevo en él. Una densidad. La había percibido alguna vez en su padre después de ciertas reuniones de gobierno. Era como si los secretos no pesaran en la cabeza. Pesaban en todo el cuerpo.

—¿Has discutido con mi padre?

—Con tu padre no se discute.

Ella sonrió.

—Eso es verdad.

Nur caminó hacia la ventana. Thamar esperó. No añadió nada.

—¿Y tú? —preguntó finalmente él, sin volverse—. ¿Qué tal la clase?

La expresión de Thamar cambió.

—Maravillosa.

—Me alegro.

Escuchó la palabra. No la emoción que la acompañaba.

—Hoy nos ha hecho una pregunta extrañísima.

—¿Ah, sí?

Nur seguía mirando por la ventana.

—¿Quieres saber cuál?

—Claro.

Thamar esperó un instante.

—¿Quién observa tus pensamientos?

Nur tardó en reaccionar.

—Interesante.

Nada más.

Ella lo contempló.

—¿Dónde estás?

Nur se giró.

—Aquí.

Thamar negó suavemente.

—No.

Aquella palabra le molestó más de lo que debería.

—Estoy cansado, Thamar.

—Puede ser.

Se acercó.

—Pero aquí no estás.

Nur apartó la mirada. Ella no insistió.

—Mañana vuelvo a clase.

—Me parece bien.

—Ven conmigo.

—No puedo.

—¿Pasado?

Nur pensó en el castillo. En la puerta que había atravesado. En el juramento. En todo aquello que ya no podía contarle a la mujer que tenía delante.

—Algún día.

Thamar sostuvo su mirada. Después asintió.

—Algún día.

Aquella noche cenaron juntos.

Thamar decidió poner en práctica lo que Babaji había enseñado.

Comer. Nada más. Sintió el primer bocado. El sabor. La temperatura. La textura. Masticó lentamente.

Nur apenas había probado el suyo. Miraba el plato, pero no estaba viéndolo.

Thamar continuó comiendo. Durante unos segundos intentó no juzgarlo. Sólo observar.

Nur cogió un trozo de pan. Lo dejó de nuevo sobre la mesa. Bebió un poco de agua. Suspiró.

—¿No tienes hambre?

Nur levantó la vista como si regresara desde muy lejos.

—¿Qué?

—Que si no tienes hambre.

—Sí. Sí tengo.

Tomó un bocado. Masticó. Thamar supo que no tenía la menor idea de qué estaba comiendo. Lo observó durante unos segundos. Después volvió a su plato.

Ella comía. Nur pensaba.

Ella estaba allí. Él estaba en el castillo.

Y ninguno de los dos sabía todavía que aquella pequeña diferencia contenía dos caminos completamente distintos.

El templo de la Perla

Aquella mañana Nur eligió su ropa sin pensarlo demasiado. Negro. Sin adornos. Sin joyas. Sin ninguno de aquellos detalles que durante años habían formado parte de la imagen del príncipe Nur. Cuando Thamar lo vio aparecer se quedó inmóvil unos segundos.

—Por un momento he creído estar viendo a mi padre.

Nur bajó la mirada hacia su ropa.

—Será que ambos hemos comprendido que quien necesita mostrar el poder probablemente todavía no lo tiene.

Thamar frunció ligeramente el ceño.

—Eso también podría haberlo dicho él.

Nur sonrió.

—Entonces quizá tenga razón.

La besó y salió. Thamar permaneció mirando la puerta después de que se cerrara. No era la ropa. Había algo más.

Demiurgo lo esperaba en la terraza. Estaba de pie frente a Oniria, con las manos apoyadas sobre la balaustrada. No se volvió cuando escuchó sus pasos.

—Acércate.

Nur se colocó a su lado. Desde aquella altura la ciudad parecía sencilla. Calles, tejados, plazas, murallas. Millones de vidas reducidas por la distancia a una geometría comprensible.

Demiurgo señaló hacia abajo.

—¿Qué ves?

Nur pensó antes de responder.

—Oniria.

—Eso es un nombre.

Nur volvió a mirar.

—Una ciudad.

—Eso es una definición.

El Conde sonrió.

—Vuelve a intentarlo.

Nur contempló las murallas. Personas diminutas se desplazaban por las calles. Carros. Mercados. Jardines. Chimeneas.

—Veo gente viviendo.

Demiurgo asintió.

—Mejor.

Permanecieron un rato en silencio.

—Hoy voy a contarte algo que cambiará tu manera de mirar todo esto. Pero antes necesito pedirte una cosa.

Nur esperó.

—Escucha hasta el final. Habrá momentos en los que creerás haber comprendido. No será así. Cuando termine podrás preguntarme cuanto quieras.

Nur asintió. Demiurgo tardó todavía unos segundos en comenzar.

—Cuando llegué aquí no existía Oniria.

Nur estuvo a punto de interrumpirlo. Recordó la advertencia. El Conde sonrió.

—Bien.

Señaló el horizonte.

—Desierto.

Después la montaña.

—Y esto.

Nur intentó imaginar el paisaje desnudo.

—Yo tampoco era entonces el hombre que conoces. Huía. De personas. De acontecimientos. Probablemente de mí mismo. Caminaba durante semanas sin otro propósito que poner distancia entre mi pasado y yo.

Levantó la mirada hacia la montaña.

—Hasta que la vi.

Nur siguió sus ojos.

—Sentí algo absurdo. Que debía acercarme. Durante días recorrí sus laderas. Entonces estaban cubiertas por un bosque casi impenetrable. Intenté marcharme varias veces.

—¿Y no pudiste?

Demiurgo lo miró.

—Pude.

La respuesta sorprendió a Nur.

—Ésa es una diferencia importante. Siempre pude marcharme.

Volvió la vista hacia la montaña.

—Simplemente no lo hice.

Nur sintió algo incómodo en aquella frase.

—Encontré una abertura entre las rocas. Descendí. Al principio sólo había oscuridad, humedad, calor. Después un olor mineral muy intenso. Azufre, quizá. Todo en mí decía que regresara.

Hizo una pausa.

—Continué.

—¿Por qué?

—Ésa fue la primera pregunta que debí hacerme.

Demiurgo guardó silencio.

—Llegué hasta una cavidad enorme.

Su voz cambió ligeramente.

Nur tuvo la impresión de que el Conde no estaba relatando un recuerdo. Lo estaba reviviendo.

—Y allí la vi.

Nur esperó.

—Una serpiente.

Sintió que algo se contraía en su pecho.

—¿La serpiente que no duerme?

—Así terminaron llamándola.

—¿Los Dugpas?

Demiurgo no respondió todavía.

—La serpiente rodeaba algo. Al principio pensé que era una fuente de luz. Después comprendí que aquella luz procedía de un objeto.

Nur dejó de respirar.

—Una perla.

Hasta el viento pareció detenerse.

—¿La Perla?

Demiurgo asintió. Nur miró instintivamente hacia la montaña. Durante toda su vida había oído hablar de ella como una leyenda. Ahora aquel hombre le estaba diciendo que existía.

—¿Qué es?

Demiurgo sonrió.

—Llevo siglos intentando responder a esa pregunta.

Nur volvió lentamente la cabeza. No sabía qué le había impresionado más. La existencia de la Perla. O aquella confesión.

—¿Siglos?

—No hagas todavía preguntas para las que no necesitas respuesta.

—Pero...

Demiurgo levantó una mano.

—Escucha.

Nur obedeció.

—No sé quién puso la Perla allí. No sé cuánto tiempo llevaba. Ni siquiera sé si fue puesta. He escuchado explicaciones religiosas, filosóficas, mágicas. Los Dugpas poseen las suyas. Yo tengo la mía.

—¿Y cuál es?

—Una interpretación.

Nur guardó silencio. Demiurgo sonrió.

—Vas aprendiendo.

—Cuando me acerqué a ella ocurrió algo que todavía hoy no sé explicar correctamente.

Cerró los ojos.

—Sentí que podía hacerlo todo.

Nur no apartaba la mirada.

—No felicidad. No placer. Ni siquiera poder. Era algo anterior. Todo lo que aparecía en mi mente parecía posible. No imaginado. Posible.

Abrió los ojos.

—Y ésa es una sensación muy peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque pocas cosas esclavizan tanto como sentir que podrías conseguir cualquier cosa.

Nur sintió el golpe de aquellas palabras. Había experimentado algo parecido. Muchas veces.

—Cuando recuperé la conciencia estaba fuera de la gruta. Y había hombres esperándome.

—Los Dugpas.

—Sí.

Demiurgo miró hacia las partes más altas de la montaña.

—Capuchas rojas. Silencio. Preguntas respondidas con otras preguntas. Nunca he sabido cuándo llegaron. Ellos aseguran custodiar la Perla desde antes de que existiera memoria de estas tierras.

—¿Les crees?

—Con los Dugpas aprendí pronto a no confundir una respuesta con la verdad.

Nur sonrió.

—¿Y qué hacen?

Demiurgo tardó en responder.

—Observan.

—¿Sólo eso?

—No.

Nur esperó.

—Pero ésa es una historia que conocerás cuando debas conocerla.

Por primera vez sintió frustración. Demiurgo lo percibió.

—Acostúmbrate, Nur. Saber que existe una puerta no te da derecho a atravesarla.

El Conde volvió a mirar la ciudad.

—Durante mucho tiempo aquí sólo hubo montaña, bosque y unos pocos hombres. Después empezaron a llegar otros.

—¿Por la Perla?

—Ninguno sabía que existía.

—Entonces, ¿por qué?

Demiurgo sonrió.

—Eso es lo interesante.

Señaló las murallas.

—Llegaban aventureros. Comerciantes. Familias. Personas que huían. Personas que buscaban. Algunos permanecían unos

días. Otros construían refugios. Después llegaron artesanos. Mercados. Disputas.

Hizo una pausa.

—Necesidades.

—Y nació Oniria.

—No.

Nur lo miró.

—Oniria no nació. Fue ocurriendo.

La frase permaneció entre ambos.

—Un día me pidieron que resolviera una disputa. Después otra. Más tarde que organizara los intercambios. Luego que los protegiera.

Demiurgo sonrió con cierta tristeza.

—Cuando quise darme cuenta, gobernaba.

—¿Y la Perla?

—Seguía allí.

—¿Sin intervenir?

Demiurgo volvió la cabeza.

—Eso no lo he dicho.

Nur sintió que la conversación acababa de entrar en otro territorio.

—Con los años comenzamos a observar cosas.

—¿Qué cosas?

—Corrientes.

—No entiendo.

—El miedo se extendía con una facilidad extraordinaria. También el entusiasmo. La esperanza. La ira. El deseo. A veces bastaba una pequeña causa para alterar a miles de personas.

Nur recordó.

—Pequeñas causas. Grandes efectos.

Demiurgo asintió.

—Exactamente.

—¿La Perla lo provoca?

El Conde tardó en contestar.

—No lo sé.

Nur frunció el ceño.

—Pero llevas siglos estudiándola.

—Precisamente por eso digo que no lo sé.

Se acercó un poco más a la balaustrada.

—He aprendido a reconocer determinados efectos. A veces incluso a utilizarlos. Eso no significa que comprenda aquello que los produce.

Miró a Nur.

—No confundas jamás poder utilizar algo con saber qué es.

Aquella frase quedó suspendida.

—¿Y qué sabes?

Demiurgo volvió a mirar la ciudad.

—Que existe alguna relación entre la atención humana y aquello que ocurre en la montaña.

—¿Qué clase de relación?

—Cuando una población entera desea, teme, odia, espera o persigue algo con intensidad, ocurre algo.

—¿En la Perla?

—Quizá.

—¿En la serpiente?

—Quizá.

Nur comenzó a impacientarse.

—¿Entonces qué sabes realmente?

Demiurgo sonrió.

—Mucho menos de lo que me gustaría.

Después señaló Oniria.

—Pero mucho más sobre ellos.

Abajo, la ciudad continuaba moviéndose.

—Al principio cometí errores terribles. Creía que gobernar consistía en imponer.

Su expresión se endureció.

—Castigué. Prohibí. Sofocaba un conflicto y creaba dos. Eliminaba una rebelión y sembraba la siguiente.

Guardó silencio.

—Hasta que comprendí que la fuerza es la forma más primitiva del poder.

Nur recordó muchas de sus conversaciones.

—El verdadero poder apenas necesita tocar.

Demiurgo sonrió.

—Veo que me escuchas.

—Entonces aprendiste a manipularlos.

—Aprendí a observarlos.

—No es lo mismo.

—Al principio, no.

Demiurgo lo miró.

—Después descubrí que la diferencia era menor de lo que quería admitir.

Nur permaneció callado.

—¿Qué quiere la gente, Nur?

—Depende de la persona.

—Exactamente.

El Conde abrió los brazos hacia la ciudad.

—Ése es el secreto.

Señaló los círculos inferiores.

—¿Dinero? Puedes perseguirlo.

—¿Prestigio? También.

Después la ciudad entera.

—Conocimiento. Placer. Seguridad. Amor. Poder. Una familia. Una causa. La admiración de otros. La sensación de ser importante. Incluso la santidad.

Nur lo miró.

—¿La santidad?

—Por supuesto.

Demiurgo sonrió.

—El ego aprende muy deprisa a vestirse de blanco.

Nur sintió un escalofrío.

—Oniria no necesita obligarte a querer nada.

Otra pausa.

—Le basta con ayudarte a encontrar aquello que ya deseas.

Nur recordó su llegada. El almacén. El dinero. Los primeros negocios. Las mujeres. Los aplausos. Los libros. Philosophorum. Thamar. El castillo. Cada uno había aparecido, en su momento, al mismo ritmo que los deseos.

—¿Y la Perla?

Demiurgo bajó la voz.

—No sé si amplifica nuestros deseos, si responde a ellos o si nosotros respondemos a ella.

Miró hacia la montaña.

—He dedicado una vida demasiado larga a intentar distinguirlo.

—Pero ocurre algo.

—Sí.

—¿Qué?

Demiurgo volvió los ojos hacia él.

—Aquello sobre lo que depositas suficiente atención acaba ocupando tu mundo.

Nur permaneció inmóvil.

—Hasta que dejas de ver lo demás.

Algo se abrió en su memoria. Una cordillera. Un rey. Un camino.

Durante un instante estuvo a punto de aparecer algo más. Desapareció.

—Una fábrica infinita de zanahorias a las que perseguir —murmuró.

Demiurgo soltó una pequeña carcajada.

—Es una manera bastante poco elegante de describir una civilización.

Nur no sonrió.

—Entonces estamos manipulándolos.

—Sí.

La respuesta inmediata lo desconcertó. Esperaba una defensa.

—¿Así, sin más?

—¿Preferirías que mintiera?

Nur calló.

—Todo gobierno influye. Una ley modifica comportamientos. Un premio los orienta. Un castigo los inhibe. Una escuela decide qué merece ser enseñado. Una cultura establece qué merece admiración. Un comerciante intenta despertar un deseo. Un padre educa. Un amante seduce.

Demiurgo se volvió hacia él.

—La pregunta importante nunca ha sido si influimos.

Pausa.

—Sino para qué.

Nur miró hacia abajo.

—Pero ellos desconocen por qué desean lo que desean.

—La mayoría.

—Entonces no son libres.

Demiurgo negó lentamente.

—No confundas libertad con consciencia.

Introdujo un silencio para permitir comprenderlo.

—Son libres para elegir.

Otro silencio.

—Lo que no saben es desde dónde eligen.

Nur sintió frío.

Abajo, millones de personas continuaban viviendo. Un comerciante cerraría un trato. Una mujer acudiría a una cita. Alguien estaría haciendo el amor. Otro enterrando a su padre. Un estudiante prepararía un examen. Un trabajador soñaría con abandonar su empleo. Un rico intentaría ser más rico. Un pobre dejar de serlo.

Millones de decisiones. Millones de deseos.

—Son esclavos.

Demiurgo se colocó a su lado.

—De sí mismos.

Nur no encontró respuesta.

—Nadie les impide marcharse.

Demiurgo señaló hacia el desierto.

—Las puertas están abiertas.

Nur siguió la dirección de su mano.

—¿Por qué crees que casi nadie se va?

Muy lejos distinguió los caminos que atravesaban la llanura. Y todavía más allá, apenas visibles, las montañas. Sintió algo. Un dolor breve. Una nostalgia sin recuerdo. Y desapareció.

—Estoy cansado, Nur.

La confesión lo hizo girarse. Nunca había escuchado aquella palabra en labios de Demiurgo.

—¿Cansado?

—Mucho.

El anciano miró sus manos.

—He visto nacer generaciones enteras y he enterrado a sus descendientes. He conocido casi todas las formas del entusiasmo humano. Y también sus decepciones.

Respiró profundamente.

—He gobernado durante demasiado tiempo.

Nur comprendió antes de que lo dijera.

—Quiero dejarlo.

Sintió que el corazón comenzaba a golpearle el pecho.

—He preparado a otros.

Demiurgo caminó lentamente.

—Personas extraordinarias. Inteligentes. Disciplinadas. Algunas incluso bondadosas.

Negó con la cabeza.

—Funcionarios.

Miró a Nur.

—Magníficos funcionarios.

Silencio.

—Pero tú eres diferente.

Nur sintió cómo aquellas cuatro palabras penetraban exactamente por el lugar que creía haber aprendido a proteger.

Demiurgo continuó.

—Has conocido la pobreza y la riqueza. La disciplina y el placer. El fracaso y el éxito. La ignorancia y el conocimiento. Has aprendido a influir y has querido aprender a servir.

Se acercó.

—Primero quisiste conquistar Oniria.

Pausa.

—Después quisiste mejorarla.

Nur sintió una oleada de orgullo. Y, casi inmediatamente, algo extraño. Como si aquella emoción hubiera producido un eco muy lejano. En la montaña.

Volvió la cabeza. No había ocurrido nada.

Cuando miró de nuevo a Demiurgo, éste lo observaba. No hizo ningún comentario.

—Y todavía hay algo más —continuó—. Has empezado a desconfiar de tus propias respuestas.

De nuevo el silencio.

—Quiero que seas mi sucesor.

Nur dejó de respirar. Durante unos segundos desapareció la ciudad. La montaña. La Perla. Todo.

—¿Yo?

—Tú.

Nur se apartó unos pasos. Era demasiado.

—No quiero una respuesta.

—Pero...

—Ni hoy. Ni mañana.

Demiurgo volvió a apoyarse sobre la balaustrada.

—El poder que se acepta demasiado deprisa suele llevar años deseándose en secreto.

Nur calló.

—Tú y Thamar podéis construir una Oniria distinta. Mejor que ésta. Yo he cometido demasiados errores. Vosotros pertenecéis a otro tiempo.

Nur sintió que algo inmenso comenzaba a abrirse delante de él. Philosophorum. Las escuelas. Las personas a las que Saba había ayudado. Todo aquello contra lo que había luchado. La posibilidad de cambiarlo. No desde los márgenes. Desde el centro.

—Podríamos transformarla...

Demiurgo no respondió. No necesitaba hacerlo. Nur comenzó a caminar.

—La educación. Las diferencias entre círculos. El acceso al conocimiento. Podríamos cambiar las reglas de ascenso. Acabar con determinados privilegios. Llevar Philosophorum a toda la ciudad...

Las ideas surgían cada vez más deprisa. Demiurgo lo observaba.

—Podríamos hacer que la gente...

Nur se detuvo. Acababa de escucharse. **Hacer que la gente.**

Miró al Conde.

—¿Y la Perla?

—Seguirá allí.

—¿Y todo esto?

Señaló la ciudad.

—También.

—Entonces seguiríamos utilizando sus deseos.

Demiurgo pensó.

—Seguiríamos gobernando seres humanos.

—Manteniéndolos dormidos.

—Yo no utilizaría esa palabra.

—¿Cuál utilizarías?

Demiurgo contempló Oniria.

—Viviendo.

Nur lo miró.

—Las personas quieren amar. Construir. Aprender. Prosperar. Tener hijos. Crear. Equivocarse. Disfrutar. Ayudar a otros.

Se volvió hacia él.

—Tú mismo has querido todas esas cosas.

Nur permaneció inmóvil.

—¿Quién eres tú para decirles que deben despertar de ellas?

La pregunta lo atravesó.

—¿Y si todo esto es un sueño?

Demiurgo sonrió. No con ironía. Casi con ternura.

—Entonces algún día tendrás que demostrarme que existe algo fuera de él.

Nur volvió la mirada hacia las montañas. Esta vez permaneció contemplándolas durante más tiempo. No sabía por qué.

Parecía que la conversación había terminado cuando Demiurgo habló de nuevo.

—Hay otra cuestión.

Nur se volvió.

—Los Dugpas están inquietos.

—¿Por qué?

—Ha aparecido una anomalía en los círculos inferiores.

—¿Qué clase de anomalía?

—No lo saben.

Nur sonrió.

—Empiezo a pensar que hoy todo el mundo sabe menos de lo que yo imaginaba.

—Ése suele ser uno de los primeros síntomas del conocimiento.

—¿Qué está ocurriendo?

—Algunas personas están respondiendo de manera diferente.

—¿Diferente a qué?

—A Oniria.

Nur guardó silencio.

—Menos agitación. Menos necesidad. Menos reacción a determinados estímulos. Personas que abandonan ambiciones que hasta hace poco parecían gobernar sus vidas.

—¿Y eso es malo?

Demiurgo tardó en responder.

—No lo sé.

Nur comenzaba a comprender que las respuestas más inquietantes de aquel hombre eran precisamente ésas.

—Pero cualquier fuerza capaz de modificar las corrientes de la ciudad sin que sepamos cómo lo hace merece ser comprendida.

—¿Qué quieres que haga?

—Baja.

Demiurgo sostuvo su mirada.

—Observa. Escucha.

Una pausa.

—Y no intervengas.

—¿Por qué yo?

—Porque necesito a alguien capaz de descubrir algo sin decidir antes qué quiere encontrar.

Nur asintió.

—Lo haré.

Comenzó a marcharse.

—Nur.

Se volvió.

—¿Sí?

Demiurgo señaló hacia la montaña.

—Ahora sabes que la Perla existe.

Nur esperó.

—Pero todavía no la has visto.

La sola frase despertó algo inmediato en su interior.

—¿Cuándo podré verla?

Demiurgo sonrió. Nur comprendió demasiado tarde.

—Cuando puedas estar delante de ella sin hacerme esa pregunta.

Descendió del castillo lentamente. El mundo había cambiado. O quizá era él quien ya no podía mirarlo de la misma manera. Creía comprender qué había detrás de algunas de aquellas corrientes que durante años había aprendido a manejar.

Y, sin embargo, una pregunta había comenzado a ocupar todas las demás.

¿Cómo sería la Perla?

Intentó apartarla. Regresó.

¿Cómo se sentiría estando delante de ella?

La expulsó de nuevo. Volvió.

La Perla.

Nur se detuvo en mitad del camino. Y sonrió.

Había comprendido la ironía. Ni siquiera necesitaba haberla visto. Ya estaba dentro de él alimentando su mundo de deseos.

Cuando llegó a casa, Thamar todavía no había regresado. Recorrió lentamente las habitaciones. Todo seguía siendo extraordinariamente bello. Los libros. Las obras de arte. Las alfombras. Los muebles. Durante años aquella casa había sido la prueba de hasta dónde había llegado.

Aquella noche le pareció pequeña. Salió a la terraza. Los círculos inferiores se extendían hacia el desierto. Por encima de él, las últimas murallas ascendían hasta el castillo.

Durante años había sentido que aquella terraza estaba situada sobre el mundo. Ahora comprendía que apenas estaba a media altura. Apoyó ambas manos sobre la balaustrada. Observó la ciudad. Pero ya no la miraba como aquella mañana. Ni siquiera como el príncipe Nur.

Intentaba ver debajo. Las corrientes. Los deseos. Los miedos. Las pequeñas persecuciones. Las vidas enteras construidas alrededor de algo que un día había parecido importante.

No escuchó llegar a Thamar.Ella apareció detrás de él y estuvo a punto de llamarlo. Pero se detuvo.

La ropa ya no importaba. Era otra cosa. La espalda. Las manos sobre la piedra. La quietud. Sobre todo, aquella manera de contemplar Oniria como si debajo de sus calles existiera otra ciudad que sólo él pudiera ver.

Thamar sintió un escalofrío. Aquella mañana había creído encontrar un parecido. Ahora no. Durante unos segundos no vio a Nur. Vio a su padre.

Y esta vez no dijo nada.



La perturbación de la onda

El frío más peligroso no siempre nace de la distancia. A veces aparece cuando dos personas siguen compartiendo la misma casa, la misma mesa, incluso la misma cama, pero empiezan a mirar en direcciones distintas.

Ese frío había comenzado a instalarse entre Thamar y Nur. No era desamor. Ni siquiera había discusiones. Era otra cosa. Una ausencia.

Nur necesitaba cada vez más momentos de soledad. Instantes en los que nadie le preguntara nada. Ni Thamar. Ni Óculus. Ni Cassio. Ni siquiera él mismo.

Intentaba mirar Oniria con los ojos que Demiurgo le había prestado. Y empezaba a verla. No como una ciudad. Como un sistema.

Veía corrientes invisibles atravesando las calles. Personas movidas por deseos, miedos, necesidades, ambiciones, ideas que creían propias. Grupos que se enfrentaban sin comprender qué los enfrentaba. Gobernantes tratando de dirigir fuerzas que apenas controlaban. Comerciantes creando deseos. Pensadores convirtiendo ideas en certezas. Multitudes creyéndose libres mientras corrían en direcciones sorprendentemente parecidas.

Cuanto más comprendía, más difícil le resultaba descansar. La duda era el antídoto del sueño. Pero también podía convertirse en veneno.

Demiurgo le había ofrecido el mundo. Y lo verdaderamente perturbador era que no se lo había ofrecido para poseerlo. Se lo

había ofrecido para mejorarlo. Aquella era una tentación mucho más difícil de combatir.

—¿Qué te pasa? —preguntó Thamar una noche—. Esto ya no se parece a ninguna preocupación que te haya conocido.

Nur la miró. Seguía siendo lo mejor que había encontrado en Oniria. Precisamente por eso decidió hablar.

—Tu padre me ha propuesto que le suceda.

Thamar permaneció inmóvil.

—¿Qué?

—Quiere retirarse.

—¿Y qué le has dicho?

—Que necesito pensarlo.

Ella tardó varios segundos en reaccionar. Había conocido a su padre siempre igual. Como si el tiempo fuese algo que ocurría alrededor de él. Nunca lo había imaginado abandonando el gobierno. Mucho menos entregándolo a otro. Y menos todavía a Nur, porque sería para siempre.

Lo observó con atención. Había algo en él que empezaba a recordarle demasiado a Demiurgo. No era la manera de vestir. Ni siquiera aquella nueva serenidad. Era la mirada.

Nur empezaba a observar a las personas como si detrás de cada una hubiera algo que comprender. Una causa. Una motivación. Un mecanismo.

Thamar había creado a Saba precisamente para escapar de aquel mundo. Para poder caminar sin que un apellido decidiera quién debía ser antes de que pudiera descubrirlo por sí misma. Y no quería perder a Nur dentro del mismo lugar del que ella había intentado huir.

—Voy a pedirte algo.

Nur la miró.

—Y sé que probablemente vas a decirme que no.

—Prueba.

—Ven conmigo a una clase.

Nur arqueó las cejas.

—¿Yoga?

—Sí.

Esperó la negativa. No llegó.

—De acuerdo.

Thamar lo miró sorprendida.

—¿De acuerdo?

Nur sonrió cansado.

—Estoy dispuesto a probar cualquier cosa que consiga que esta cabeza se calle durante una hora.

No era toda la verdad. Desde su conversación sobre los Dugpas había una segunda razón. Quería conocer la causa que parecía estar provocando aquella anomalía.

Llegaron con el tiempo justo. La sala estaba casi llena. Nur se sentó junto a Thamar en una de las últimas filas y miró alrededor.

Un aula sencilla. Personas sentadas en silencio. Nada extraordinario.

Entonces entró Babaji. Nur levantó la vista.Esperaba encontrar algo. Autoridad. Magnetismo. Misterio. Quizá alguna de esas

afectaciones con las que tantos maestros adornaban su personaje. No encontró nada.

Babaji se sentó.

—Espalda recta.

Silencio.

—Ojos cerrados.

Silencio.

—Respirad.

Nur obedeció. Al principio le pareció absurdo. Había respirado toda su vida.

Pero después ocurrió algo extraño. Sintió el aire. No como una función de su cuerpo. Como una experiencia. La temperatura al entrar por la nariz. La expansión del pecho. El movimiento del abdomen. La pausa casi imperceptible antes de expulsarlo.

Volvió a respirar. Y durante unos segundos sintió una ligera embriaguez. No de estímulo. De alivio. omo si su cuerpo estuviera soltando una tensión que llevaba años sosteniendo sin que él lo supiera.

Babaji habló de nuevo.

—No intentéis hacer nada con la mente.

Silencio.

—Mirad.

Apareció un pensamiento. Demiurgo. Después otro. La Perla. El gobierno. Thamar. El desierto.

—No luchéis.

Los pensamientos llegaban. Y se iban. Nur intentó seguirlos. Después dejó de hacerlo. No supo cuánto tiempo pasó. En algún momento se quedó dormido.

—Nur.

Sintió una mano sobre el hombro. Abrió los ojos. Thamar lo miraba divertida.

—Te has quedado dormido.

Nur tardó unos segundos en comprender dónde estaba. La sala se había quedado vacía. Sólo quedaban ellos y el profesor.

—Lo siento.

Babaji sonrió.

—¿Por qué?

Nur no supo qué responder.

—Supongo que no era el objetivo de la clase.

—Quizá tu cuerpo tenía otro objetivo.

Nur sonrió. Algo en aquel hombre le resultaba extraño. No familiar. Más profundo que eso.

Thamar se acercó.

—Quería presentarte a mi pareja.

Babaji levantó la vista. Durante un instante sus ojos se encontraron con los de Nur. Nada ocurrió. Y, sin embargo, algo ocurrió.

Nur sintió un golpe seco en el pecho. Una interrupción. Como si durante una fracción de segundo su cuerpo hubiera reconocido algo que su mente no conocía.

Babaji no hizo ningún gesto.

—Él es Nur.

—Encantado.

Thamar se detuvo.

—Perdona. Nunca te he preguntado cómo te llamas.

—Babaji.

El nombre atravesó a Nur. No apareció ningún recuerdo. Ningún rostro. Ningún lugar. Nada. Sólo el cuerpo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sintió una presión detrás de los ojos y una certeza absurda, completamente vacía de contenido.

—¿Cómo has dicho?

—Babaji.

Nur repitió el nombre en silencio. *Babaji.* No sabía de qué lo conocía. Pero algo dentro de él sí.

Thamar lo observó.

—¿Te encuentras bien?

Nur tardó en responder.

—Sí.

Miró a Babaji.

—Sí... perfectamente.

No era verdad.

—Me gustaría hablar contigo.

Babaji asintió.

—Cuando quieras.

—¿Te apetece caminar?

—Caminar me parece una actividad razonable.

Thamar sonrió.

—Os dejo.

Antes de marcharse miró a Nur.

—Intenta estar aquí mientras caminas.

Nur no entendió la broma. Babaji sí.

Caminaron durante varios minutos sin hablar. Nur esperaba que Babaji iniciara la conversación. No lo hizo. Finalmente tuvo que hacerlo él.

—¿De dónde eres?

—De muy lejos.

—Eso no es una respuesta.

—Es suficiente para empezar.

Nur sonrió.

—Entonces empezamos mal.

Babaji también sonrió.

—Eso depende de hacia dónde quieras ir.

Continuaron caminando.

—Vengo de un reino en las montañas.

Nur sintió de nuevo aquella punzada.

—¿Qué reino?

Babaji miró al frente.

—Uno al que se llega atravesando varios valles.

El corazón de Nur se aceleró.

—¿Dónde?

—Lejos.

—¿Más allá del desierto?

Babaji lo miró por primera vez desde que habían salido.

—¿Por qué lo preguntas?

Nur tardó en responder.

— Si te digo la verdad, no lo sé. Es una forma torpe de conocerte.

Llegaron a una plaza. Babaji se sentó en el borde de una fuente. Nur hizo lo mismo.

—¿Y tú? —preguntó el maestro—. ¿De dónde eres?

Nur soltó una pequeña risa.

—Ésa es una buena pregunta.

—¿No lo sabes?

—No lo recuerdo.

Babaji no pareció sorprendido. Eso inquietó a Nur.

—Todo lo que recuerdo comienza cuando llegué a Oniria.

—¿Y antes?

—Nada.

—¿Nunca has intentado recordar?

Nur lo miró.

—He probado de todo. Médicos. Psicólogos. Hipnosis. Hechiceros. Técnicas de memoria que prometían recuperar vidas enteras.

—¿Funcionaron?

—No.

Babaji asintió.

—Entonces has aprendido algunas cosas que no funcionan.

Nur sonrió.

—Supongo.

El agua de la fuente siguió cayendo entre ambos.

—¿Te gustaría recordar?

Nur respondió sin pensarlo.

—Daría casi cualquier cosa.

Babaji lo miró.

—No.

Nur frunció el ceño.

—¿No qué?

—No darías casi cualquier cosa.

La afirmación le molestó.

—No me conoces.

—Es cierto.

—Entonces, ¿cómo puedes afirmarlo?

Babaji mantuvo la mirada.

—Porque todavía no sabes qué tendrías que entregar.

Nur permaneció inmóvil. No sabía por qué, pero aquellas palabras le produjeron más incomodidad que todas las preguntas de Demiurgo.

—¿Y tú sí lo sabes?

—No necesito saberlo.

—Entonces hablas sin conocer.

—Hablo de algo bastante común.

Babaji miró a las personas que atravesaban la plaza.

—Todos quieren respuestas mientras las respuestas no les obliguen a abandonar demasiado.

Nur sintió que estaba siendo provocado.

—Yo no soy todo el mundo.

—Eso también lo piensa casi todo el mundo.

Nur soltó una carcajada involuntaria. Aquel hombre empezaba a irritarlo. Y, sin embargo, no quería marcharse.

Babaji volvió a mirarlo.

—Dime una cosa. ¿Quién eres?

Nur respondió casi automáticamente.

—Nur.

—Eso es un nombre.

—El príncipe Nur.

—Eso es lo que te llaman.

Nur lo miró.

—Dirijo Philosophorum.

—Eso es algo que haces.

—Soy empresario.

—Otra cosa que haces.

Nur comenzó a perder la paciencia.

—Gobierno parte de esta ciudad.

—También es algo que haces.

Agotado se quedó en silencio. Nur abrió las manos.

—Entonces dime tú quién soy.

Babaji negó lentamente.

—Si te lo dijera yo, seguirías sin saberlo.

Nur bajó la mirada. El agua continuaba cayendo.

Asumió sin levantar la vista que todas las respuestas con las que había construido su identidad parecían insuficientes.

—No entiendo qué pretendes.

—Nada.

Nur levantó la vista.

—Todo el mundo pretende algo.

—Entonces quizá hayas conocido demasiada gente y, sin embargo, faltara alguna pieza.

Aquello lo desarmó. Se levantaron y continuaron caminando. Nur tardó en advertir algo extraño. Durante aquella conversación se había olvidado del castillo. De la propuesta de Demiurgo. De la Perla. De los Dugpas. No porque Babaji hubiera hablado de algo más importante. Sencillamente, durante unos minutos aquellas cosas habían dejado de ocupar todo el espacio.

—Mi mente no se detiene nunca —reconoció.

—Lo sé.

Nur se giró.

—¿Cómo lo sabes?

Babaji señaló su frente.

—No hace falta ser hechicero.

Nur sonrió.

—¿Se puede parar?

—¿Por qué quieres pararla?

—Para recordar.

Babaji siguió caminando.

—Quizá para recordar no necesites hacer más.

Introdujo una pausa.

—Quizá necesites hacer menos.

Nur guardó silencio.

—¿Cómo?

—Respira.

—Eso ya lo hago.

Babaji negó suavemente.

—No.

Nur recordó la clase.

—Observa.

—¿Qué?

—Todo.

Esperó algo más. No llegó.

—¿Eso es todo?

Babaji sonrió.

—Para empezar no es poco.

Cuando regresó a casa, Thamar lo esperaba.

—¿Qué tal?

Nur dejó la capa lentamente.

—No lo sé.

Ella sonrió.

—Eso suena bien.

Nur la miró.

—¿Por qué?

—Últimamente sabes demasiado.

No respondió.

Caminó hasta la terraza. Oniria se extendía bajo sus pies. Pero aquella noche no la miró. Levantó los ojos. Las estrellas. No recordaba la última vez que las había observado. Permaneció allí durante largo rato.

Thamar no lo interrumpió.

Muy por debajo del castillo, en las profundidades de la montaña, la serpiente dejó de girar. Los Dugpas permanecieron inmóviles. Nunca habían visto aquello. La criatura elevó lentamente la cabeza. Durante unos segundos no miró la Perla. Miró hacia otra parte. Hacia abajo. Hacia los círculos inferiores.

Uno de los monjes retrocedió. Otro se acercó a la Perla. El pulso había cambiado. Era apenas perceptible. Pero estaba allí. Una interferencia. Un ritmo que no pertenecía a Oniria.

Horas después, uno de los encapuchados atravesaba apresuradamente los corredores del castillo. Demiurgo lo recibió solo. El Dugpa se inclinó y susurró unas palabras.

El Conde permaneció en silencio. Después salió a la terraza.

Abajo se extendía la ciudad que llevaba tanto tiempo aprendiendo a comprender. Deseos. Miedos. Ambiciones. Esperanzas. Millones de voluntades produciendo una única corriente.

Demiurgo miró hacia los círculos inferiores. Esta vez no intentó anticipar el futuro. No podía.

Había aparecido en Oniria algo que no encajaba en ninguna de las fuerzas que conocía. Algo que no aspiraba a subir. Que no buscaba riqueza. Que no pretendía reconocimiento. Que no necesitaba convencer. Que no parecía querer nada. Y entonces comprendió el verdadero problema.

Había entrado en Oniria alguien a quien Oniria no tenía nada que ofrecer.

Y contra aquello... la Perla no sabía qué amplificar.



Ayunar de Oniria

Nur necesitaba silencio. No descanso. Silencio.

Había llegado a un punto en el que cada persona que lo miraba parecía pedirle una versión distinta de sí mismo.

Thamar quería al hombre que había conocido antes de que el poder comenzara a endurecerle la mirada. Demiurgo veía en él a un sucesor. Óculus al estratega capaz de conquistar cualquier nivel de Oniria. Cassio al hombre que podía convertir conocimiento en criterio. Philosophorum al fundador. La ciudad al príncipe.

Babaji... Babaji parecía no pedirle nada. Y quizá por eso era el único ante el que Nur no sabía quién ser.

Abandonó su casa durante unos días sin decir a nadie dónde iba. Se vistió con ropa sencilla y descendió hasta uno de los barrios más alejados del séptimo círculo. Buscó una casa de huéspedes donde nadie pronunciara su nombre al reconocerlo.

La encontró. Una habitación pequeña. Una cama demasiado dura. Una ventana abierta a un callejón. Nada que recordara al príncipe Nur.

Aquella noche extendió sobre la mesa dos caminos imaginarios.

El primero terminaba en el castillo. Poder suficiente para transformar Oniria. Philosophorum convertido en semilla de otra cultura. Justicia. Educación. Oportunidades. La posibilidad de evitar sufrimientos que él mismo había conocido.

El segundo... No sabía dónde terminaba.

Sólo tenía una dirección. Hacia atrás. Hacia un origen que no recordaba. Hacia aquello que existía antes de Nur. Antes del príncipe. Antes de Oniria.

La elección le parecía insoportable.

¿Y si abandonaba la posibilidad de mejorar la vida de millones de personas únicamente para perseguir una fantasía sobre sí mismo?

Pero... ¿y si aceptaba gobernar Oniria y descubría demasiado tarde que había dedicado toda su existencia a perfeccionar una cárcel? Demiurgo podía estar ofreciéndole una misión extraordinaria.

Babaji podía ser simplemente otro místico convencido de que el mundo era algo de lo que había que huir. Y quizá fuera exactamente al contrario: la cárcel fuera la huida de su gran oportunidad.

No sabía. Y cuanto más pensaba, menos sabía.

Necesitaba hablar con alguien. No para que le diese una respuesta. Para poder escucharse. Pensó en Thamar. No. Todo cuanto dijera terminaría atravesado por el amor. Pensó en Óculus. Le hablaría de consecuencias y oportunidades. Cassio le ofrecería nuevas preguntas. Demiurgo... Demiurgo era uno de los caminos.

Entonces apareció una palabra. **Respirar.** No sabía por qué. Recordó la sensación.

El único momento de auténtica quietud que podía recordar en años había ocurrido sentado en el suelo mientras un hombre le pedía que no hiciera nada.

Babaji.

Lo encontró en la residencia de profesores. La habitación era tan sencilla que Nur tardó unos segundos en comprender que alguien pudiera vivir allí voluntariamente.

Babaji preparaba una pequeña tetera.

—¿Quieres?

—Sí.

—Entonces siéntate.

Nur obedeció.

Durante un rato sólo se escuchó el agua. Aquello empezó a impacientarlo.

—Necesito hablar contigo.

—Habla.

—Estoy ante una decisión.

Babaji sirvió el té.

—Todos lo estamos.

—La mía es importante.

Babaji levantó la vista.

—Eso también lo pensamos casi todos.

Nur respiró con fastidio.

—Puedo llegar a gobernar esta ciudad.

Babaji asintió.

—Y creo sinceramente que podría mejorarla.

Otro asentimiento.

—O puedo dejar todo esto y buscar quién soy, de dónde vengo, por qué llegué aquí.

Babaji bebió un pequeño sorbo.

—Entiendo.

—No parece que entiendas la gravedad.

—Quizá porque no creo que la gravedad esté donde tú crees.

Nur lo miró.

—Explícate.

Babaji dejó la taza.

—Has planteado tu decisión así: o salvas Oniria o te buscas a ti mismo.

—No he dicho salvar.

—Has dicho mejorar la vida de millones de personas.

Nur guardó silencio.

—¿Y eso no importa?

—Muchísimo.

Babaji sonrió.

—Pero una cosa es que algo importe y otra que tú seas imprescindible.

La frase entró demasiado hondo.

—No me considero imprescindible.

Babaji no respondió. Nur comprendió que aquel silencio era la respuesta.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

—No lo sé.

Nur soltó una carcajada amarga.

—Magnífico.

—Me has preguntado qué deberías hacer tú.

—Sí.

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—Entonces no puedes ayudarme.

Babaji lo miró.

—Quizá pueda ayudarte a que no decida por ti alguien que no eres.

Nur frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

Babaji sostuvo su mirada.

—Deja que elija quien eres, Nurveya.

El nombre cayó en la habitación. Nur sintió algo físico en el pecho. Como si una cerradura olvidada hubiese intentado girar.

—¿Cómo me has llamado?

Babaji permaneció en silencio.

—Has dicho Nurveya.

El maestro bebió tranquilamente.

—¿Ese nombre significa algo para ti?

—No lo sé.

—Entonces no lo llenes todavía de significado.

Nur se inclinó hacia él.

—¿De dónde lo conoces?

Babaji dejó la taza.

—La pregunta importante no es de dónde lo conozco yo.

Silencio.

—Es por qué lo reconoce algo dentro de ti.

Nur sintió rabia. Después miedo. Y finalmente una tristeza cuyo origen no pudo encontrar.

Volvió a sentarse.

—No tengo tiempo —dijo después.

Babaji sonrió.

—Tienes exactamente el mismo que ayer.

—Sabes a qué me refiero.

—Sí.

Cogió la taza entre las manos.

—El tiempo tiene mucho que ver con la atención.

Nur esperó.

—Cuando te duele una muela, una hora puede ser interminable. Cuando algo absorbe completamente tu mente, desaparecen días enteros. La atención construye tu experiencia del tiempo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Todo.

Babaji señaló hacia la ventana.

—¿Dónde ha estado tu atención durante estos años?

Nur pensó. Dinero. Negocios. Placer. Libros. Philosophorum. Thamar. El castillo. La Perla.

—En todas partes.

—Exactamente.

Babaji sonrió.

—Hay trozos de ti repartidos por toda Oniria.

Nur permaneció inmóvil.

—El castillo reclama una parte de ti. Thamar otra. Tus negocios otra. Philosophorum otra. La opinión de la gente otra. Tus recuerdos otra. Tus proyectos otra. Incluso yo reclamo ahora una parte de tu atención.

Hizo una pausa.

—Y llamas vida al lugar donde la vas dejando.

Nur lo miró.

—Entonces, ¿qué hago?

—Recupérala.

—¿Cómo?

—Deja de alimentarlo todo durante un tiempo.

—¿Meditando?

—También.

—¿Ayunando?

—Puede ayudar.

—¿Retirándome?

Babaji se encogió de hombros.

—Quizá.

—No me sirve un quizá.

—Entonces sigues buscando una orden.

Nur se levantó irritado.

—Dime qué harías tú.

—Yo no tengo que vivir tu vida.

Nur caminó por la habitación.

—Aquí no puedo pensar. Cada calle me recuerda algo. Cada persona espera algo. Cada asunto abre veinte más.

Babaji asintió.

—Entonces sal.

Nur se detuvo.

—¿Adónde?

—A ningún sitio.

—Muy útil.

—Lo digo en serio.

Babaji se acercó a la ventana. Oniria continuaba allí afuera con su movimiento interminable.

—Sal al desierto.

Nur lo miró.

—¿Durante cuánto?

—Hasta que dejes de necesitar preguntar cuánto.

—Eso puede ser una eternidad.

—O tres días.

—¿Y qué hago allí?

—Lo menos posible.

—¿Comer?

—Poco.

—¿Hablar?

—Si puedes evitarlo.

—¿Leer?

Babaji negó.

—¿Meditar?

—Si quieres.

—¿Pensar?

Babaji sonrió.

—Eso será más difícil de evitar.

Nur resopló.

—Entonces, ¿qué pretendes?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

Babaji regresó a la mesa.

—Come poco. Camina. Respira. Duerme. Observa.

Pausa.

—Ayuna de Oniria.

Nur sintió algo en aquella expresión.

—¿Ayunar de Oniria?

—De su comida. De su ruido. De sus planes. De sus opiniones. De su futuro. De aquello que esperan de ti. De tu nombre, si puedes.

Lo miró.

—Incluso de mí.

Nur permaneció en silencio.

—¿Y después?

—Después quizá puedas escuchar algo que ahora está cubierto por demasiadas voces.

—¿Y si no aparece nada?

Babaji se encogió de hombros.

—Entonces habrás pasado unos días en el desierto. Nada más.

Nur miró la taza.

—Dices todo como si fuera muy sencillo.

—Lo sencillo puede ser bastante difícil.

Nur levantó la vista.

—¿Qué quieres de mí, Babaji?

El maestro lo miró.

—Nada.

Nur buscó ironía. No encontró ninguna.

—Demiurgo quiere que sea su sucesor. Thamar quiere que siga siendo el hombre que conoció. Óculus quiere que continuemos construyendo. Philosophorum me necesita. La ciudad...

Babaji lo interrumpió.

—La ciudad seguirá mañana aunque tú duermas esta noche.

Nur calló.

—¿Y tú?

—Ya te he dicho que no quiero nada de ti.

—Entonces, ¿para qué has venido?

Esta vez Babaji tardó unos segundos.

—Para recordarte que puedes irte.

Nur dejó de respirar.

—¿Irme adónde?

Babaji sonrió.

—Todavía haces demasiadas preguntas.

Regresó caminando. No tomó carruaje. Intentó mantener la atención en cada paso. Uno. Otro. El contacto del pie con el suelo. La respiración. La Perla. Volvió al paso. Demiurgo. Otro paso. Thamar. Otro. La posibilidad de reinar. Otro.

Nurveya. Se detuvo. Aquel nombre. ¿Por qué dolía? Continuó caminando.

Thamar estaba en casa. Lo observó entrar. Había algo diferente. No paz. Decisión.

—¿Has decidido?

Nur negó.

—No.

Ella esperó.

—Pero he entendido que no puedo decidir aquí.

—¿Qué significa eso?

Nur caminó hasta la terraza. Miró hacia el desierto.

—Voy a marcharme unos días.

Thamar sintió un nudo.

—¿Adónde?

—Fuera de Oniria.

—¿Al desierto?

Nur asintió.

—¿Cuánto tiempo?

Sonrió.

—No lo sé.

Thamar comprendió que aquella respuesta no era casual.

—¿Quieres que vaya contigo?

Nur estuvo a punto de decir que sí. La sola idea de compartir aquella soledad con ella resultaba reconfortante. Precisamente por eso negó.

—Tengo que ir solo.

Thamar bajó la mirada.

—¿Tiene que ver con Babaji?

Nur pensó antes de responder.

—Tiene que ver con averiguar cuánto de lo que soy sigue siendo mío.

Ella asintió. No intentó detenerlo. Y aquello le dolió más que si lo hubiera hecho.

Nur pasó aquella noche recorriendo lentamente su casa. El despacho. La biblioteca. La terraza. Las habitaciones. Cada objeto parecía responder a la pregunta de quién era. Los libros. Las ropas. Los regalos. Los símbolos de su posición. Sus recuerdos.

Todo hablaba de Nur. Nada de Nurveya.

Se sentó ante el escritorio. Cogió una hoja. Pensó en escribir instrucciones. Los negocios para Óculus. Los libros para Cassio. Sus propiedades para Thamar.

Se detuvo. Sonrió. Incluso al marcharse seguía administrando Oniria.

Rompió el papel. Tomó otro.

Esta vez tardó mucho en escribir. Finalmente dejó una sola frase:

No sé qué encontraré fuera. Necesito descubrir qué queda cuando dejo de alimentar todo esto.

Dejó la hoja sobre la mesa.

A la mañana siguiente descendió hasta la muralla exterior. Thamar caminó con él. No hablaron demasiado.

La Puerta del Adiós era mucho más pequeña que las grandes entradas de Oniria. Una abertura estrecha en la muralla. Casi insignificante. Casi nadie la cruzaba.

Los guardias le explicaron la norma. Quien abandonaba Oniria por aquella puerta debía hacerlo sin ninguna propiedad de la ciudad.

Nur miró a Thamar. Después comenzó a desprenderse de todo. Las monedas. El anillo. La ropa. Cada objeto pasaba de sus manos a las de ella.

Hasta que quedó desnudo. Durante unos instantes sintió vergüenza. Después frío.

Y finalmente algo que no esperaba. Ligereza.

Thamar estaba al otro lado de una pequeña reja que separaba a los acompañantes del camino exterior. Sus ojos se encontraron. No hubo promesas. No hubo discursos.

Nur cruzó la puerta. El sol golpeó inmediatamente su piel.

Un guardia le entregó unos harapos utilizados por quienes necesitaban protegerse mínimamente del desierto. Se los colocó.

Después miró hacia atrás. Thamar seguía allí. Nur levantó una mano. Ella hizo lo mismo, envolviendo un beso entre los dedos.

La puerta comenzó a cerrarse. Durante un instante sintió el impulso de regresar.

Inspiró. Espiró.

La puerta se cerró. Nur miró hacia el desierto.

Y caminó. Un paso. Después otro. Sin príncipe. Sin propiedades. Sin castillo. Sin Philosophorum. Sin saber todavía quién era.

Caminaba hacia un lugar que **no le prometía absolutamente nada**.

Y quizá por eso sintió miedo. Y quizá por eso continuó.



Cien monedas

Demiurgo fue informado antes de que terminara el día. Nur había abandonado Oniria.

Durante unos instantes permaneció inmóvil frente a la terraza. No preguntó si había dejado algo, alguna instrucción, ni hacia dónde se dirigía.

Nada de aquello importaba. Había salido.

Otra vez. Otra esperanza que se quebraba cuando parecía estar más cerca que nunca de convertirse en realidad.

Demiurgo apoyó las manos sobre la piedra. Quizá había ido demasiado deprisa.

La Perla. El secreto. La sucesión. El peso de millones de vidas. Había colocado demasiadas cosas sobre los hombros de alguien que todavía estaba intentando descubrir quién era.

Pero aquella vez el fracaso le dolía de una forma distinta. Por Thamar.

Había visto a su hija amar por primera vez. Y si su impaciencia había destruido aquello, no estaba seguro de poder perdonárselo.

—Dejadlo —ordenó cuando le preguntaron si debían enviar a alguien tras él—. Que nadie lo siga.

Y volvió la mirada hacia Oniria. La ciudad parecía la misma. Pero no lo era.

En las profundidades de la montaña, la serpiente tampoco encontraba sosiego. Se desplazaba alrededor de la Perla en círculos cada vez más rápidos. Elevaba la cabeza. Mostraba los colmillos. Golpeaba ocasionalmente la roca con la cola.

Los Dugpas se mantenían alejados. Algo había cambiado.

La Perla seguía latiendo. Su influencia continuaba extendiéndose sobre Oniria. Millones de personas se levantaban cada mañana deseando, temiendo, buscando, amando, compitiendo, envidiando, soñando. Nada parecía haber alterado el gran mecanismo.

Y, sin embargo, dentro de aquella inmensa red, una voluntad había dejado de responder. Una sola. Pero la serpiente lo había sentido.

Nur atravesó los arrabales que rodeaban las murallas. Nunca había llegado tan lejos. Le sorprendió descubrir que Oniria continuaba después de Oniria.

Fuera de la última muralla se extendía una ciudad que no figuraba en los mapas. Chabolas construidas con restos. Caminos de barro. Niños descalzos. Ancianos sentados frente a puertas que apenas protegían de nada.

Se detuvo. ¿Cómo podía existir aquello?

Había creado proyectos para mejorar la ciudad. Había estudiado sus problemas. Había hablado de oportunidades, educación, dignidad, justicia. Y jamás había visto aquello.

Sintió inmediatamente despertar al príncipe. *Si regreso, construiremos un octavo anillo.* Agua. Saneamiento. Viviendas. Escuelas. Philosophorum. Había que organizar aquello. Buscar recursos. Hablar con Demiurgo. Diseñar...

Se detuvo. *Si regreso.* Sonrió con amargura.

Había necesitado cruzar las murallas para descubrir que Oniria había salido con él.

Continuó caminando. Algunas lágrimas le resbalaron por el rostro. Y le molestó haber gastado en ellas parte del agua que muy pronto comenzaría a necesitar.

El desierto era muy distinto cuando se contemplaba desde una terraza. Desde Oniria parecía vacío. Allí dentro estaba lleno de cosas. De calor. De viento. De sed. De miedo. De uno mismo.

Nur descubrió muy pronto que no estaba preparado. Todo cuanto sabía del desierto procedía de relatos de viajeros, leyendas, poemas y libros escritos por personas que casi siempre habían regresado para contarlo.

Ninguno explicaba cómo quemaba realmente el sol. Ni cómo la arena se introducía entre la tela y la piel. Ni la desesperación que producía mirar un horizonte inmenso y no encontrar una sola sombra.

Comenzó a tener sed. Al principio fue una incomodidad. Después una presencia. Más tarde, un pensamiento. Finalmente, casi toda su mente.

Agua. Continuó caminando.

Agua. Intentó atender a la respiración.

Agua. Intentó observar el pensamiento.

Agua. Y comprendió algo que ningún libro le había enseñado con suficiente claridad:

cuando el cuerpo necesita realmente una cosa, la filosofía se vuelve extraordinariamente frágil.

A lo lejos distinguió unos árboles. Cambió de dirección. Donde había árboles tenía que haber agua.

Encontró varios hombres descansando junto a un pequeño manantial. Algunos caballos permanecían atados a unas palmeras. Había armas apoyadas contra las rocas.

Uno de ellos lo vio acercarse.

—La paz sea contigo, viajero.

—Y con vosotros.

—¿Qué buscas?

—Agua.

El hombre lo examinó de arriba abajo.

—¿Qué tienes?

Nur abrió las manos.

—Nada.

El hombre sonrió.

—Entonces no tienes sed.

Los demás rieron. Nur miró el agua. Después al hombre.

Durante unos segundos sintió regresar una parte antigua de sí mismo. El hombre que negociaba. El que conocía el deseo ajeno. El que sabía convertir una debilidad en ventaja.

Podía intentarlo. No lo hizo.

—Comprendo.

Se dispuso a continuar.

—¿Adónde crees que vas?

Uno de ellos le había cortado el paso.

—A buscar agua.

—Hay pocos pozos por esta zona.

—Entonces tendré que encontrarlos.

—Casi todos son nuestros.

Volvieron a reír. El que parecía mandar se levantó lentamente. Miró a Nur con atención.

—¿Cuánto pagan ahora por un esclavo sano en las minas de cobre?

Uno de los hombres calculó.

—Cien monedas. Quizá ciento veinte si conserva todos los dientes.

El jefe se acercó a Nur y le abrió la boca como si examinara un caballo.

—Pues no ha sido mala la tarde. Dadle agua.

Nur apenas tuvo tiempo de reaccionar. Se abalanzaron sobre él. Intentó defenderse, pero descubrió inmediatamente la diferencia entre saber pelear y vivir de hacerlo. Lo derribaron. Le golpearon. Ataron sus manos. Uno acercó un cuenco de agua a sus labios.

—Bebe. No queremos que pierdas valor antes de venderte.

Las carcajadas se extendieron por el oasis. Nur bebió. Veinticuatro horas antes podía haber terminado gobernando Oniria.

Para Demiurgo valía una ciudad. Para Philosophorum era su fundador. Para Thamar...

Cerró los ojos. Para aquellos hombres valía cien monedas. Quizá ciento veinte si conservaba todos los dientes. Se preguntó cuánto valía para sí mismo.

No encontró respuesta.

Le dieron tres higos para cenar. Los contempló sobre la palma de la mano. Recordó los banquetes. Las mesas interminables. Su casa. Las cocinas donde bastaba expresar un deseo para que alguien corriera a satisfacerlo.

Miró los tres higos.

Cuando comas, come.

Sonrió.

—Muy bien, Babaji.

Cogió uno. Lo mordió. Masticó lentamente. Un higo era solamente un higo. No una pausa mientras pensaba. No el acompañamiento de una conversación. No algo que ingerir mientras la mente permanecía en otro lugar. Un higo.

Después bebió.

Cuando bebas, bebe.

Estaba atado. Probablemente iban a venderlo como esclavo. Podía morir en aquellas minas. Pero descubrió algo extraño. Todavía podía decidir dónde colocar su atención.

Los hombres poseían su cuerpo. Podían decidir hacia dónde caminaría al día siguiente. Podían venderlo. Golpearlo. Incluso matarlo. Pero había un territorio al que todavía no habían entrado.

Nur respiró. Y comprendió que quizá la libertad comenzaba mucho antes de donde siempre la había buscado.

Partieron al amanecer. Nur caminaba atado a uno de los caballos.

Paso. Respiración. Paso. Respiración. El sol ascendió. Paso. Sed. Respiración.

Durante algunos segundos las minas no existieron. Oniria no existió. Thamar no existió. Demiurgo no existió. Ni siquiera Nur existió. Sólo caminar.

El sendero terminó internándose en una garganta estrecha entre paredes de roca. Allí acamparon al caer la noche.

Nur comió. Bebió. Respiró. Y durmió.

Los gritos lo despertaron.

—¡Me ha mordido! ¡Algo me ha mordido!

El jefe de los bandidos se retorcía en el suelo. Los hombres corrían alrededor sin saber qué hacer. Uno sostenía una antorcha. Otro buscaba entre las piedras al animal. Un tercero gritaba instrucciones contradictorias.

Nur observó.

—Dejadme verlo.

Nadie le hizo caso.

—He dicho que me dejéis verlo.

Uno de los hombres se volvió.

—¿Y tú qué sabes?

Nur iba a responder que nada. Pero entonces vio la herida. Y ocurrió algo extraño. Dejó de pensar.

—Necesito luz.

Los hombres lo miraron.

—Acercad esa antorcha.

Había dos pequeñas perforaciones. Inflamación. El color de la piel comenzaba a cambiar. Nur sintió una certeza incomprensible.

—Lo ha mordido una víbora de arena.

Se quedó inmóvil. ¿Cómo lo sabía?

—¿Qué has dicho?

Nur no respondió. Miró alrededor. Había visto una planta junto al camino aquella misma tarde. Sabía cuál. Sabía dónde. Y sabía para qué servía.

Pero no recordaba haber aprendido ninguna de aquellas cosas.

—Desatadme.

Uno acercó un cuchillo a su garganta.

—Si muere, tú vas detrás.

Nur miró la hoja.

—Por mí pagan cien monedas.

El hombre apretó el cuchillo.

—Me da igual.

—Entonces será mejor que no me pongas nervioso.

Algo en su serenidad hizo que retirara la hoja.

Nur señaló a otro de los bandidos.

—A unos doscientos pasos del camino crece una mata baja con hojas grisáceas. Trae varias. Sólo ésas. Si dudas, tráeme la planta entera.

El hombre salió corriendo. Nur pidió agua caliente. Alcohol. Tela limpia. Sal.

Mientras esperaba, volvió a examinar la herida. Sus manos se movían con una seguridad que su mente no poseía. Presionó. Limpió. Palpó el pulso. Observó las pupilas. Sabía qué buscar.

Eso era lo aterrador. Porque no sabía por qué lo sabía. Cuando trajeron la planta la tomó entre las manos. La olió. Y durante un instante ocurrió algo. No fue un recuerdo. Fue algo anterior al recuerdo.

Unas manos. No las suyas. O quizá sí. Una voz pronunciando un nombre que desapareció antes de poder escucharlo. Una habitación luminosa. Montañas. Y nada.

Nur parpadeó.

—¿Qué ocurre?

Miró la planta.

—Nada.

Pero no era verdad. Preparó una cataplasma. Trabajó durante toda la noche. Parte de cuanto hacía podía explicarlo por sus estudios en Oniria. Otra parte no.

Simplemente sabía. Y cuanto menos intentaba recordar, más fácilmente parecían recordar sus manos. Al amanecer la fiebre comenzó a bajar. A media mañana el hombre abrió los ojos. Al mediodía pidió comida.

Los bandidos miraban a Nur de otra manera.

Al caer la tarde, el jefe consiguió incorporarse.

—Me llamo Josafat. Rey del desierto, hijo de bandidos y padre de ladrones.

Extendió la mano. Nur la estrechó.

—Nur. Futuro esclavo de las minas de cobre.

Josafat soltó una carcajada que terminó en una mueca de dolor.

—Eso quizá podamos arreglarlo.

—Te lo agradecería.

—Hace años que no tenemos médico. El último murió de viejo. Desde entonces se nos mueren hombres por heridas que seguramente alguien como tú sabría curar.

—No soy médico.

Josafat lo miró.

—Anoche lo eras.

Nur no respondió.

—Hay un lugar —continuó el bandido—. Era donde vivía el viejo. Todas las bandas del desierto lo respetamos. Nadie roba allí. Nadie mata allí. Nadie toca al médico. Quien lo hace tiene en contra a todos los demás.

—Un lugar civilizado.

Josafat sonrió.

—Mucho más que algunas ciudades.

El refugio estaba escondido entre las rocas. Una pequeña cueva había sido acondicionada como vivienda. De una grieta brotaba un hilo de agua que alimentaba una diminuta huerta.

En el interior había una cama. Una mesa. Utensilios. Ánforas. Estantes llenos de recipientes.

—Todo tuyo —dijo Josafat.

Nur lo miró.

—¿Y si decido marcharme?

—Te marchas.

—¿Así de sencillo?

—Me salvaste la vida. No vendo a quien me devuelve la mía.

Extendió la mano.

—Cuando necesitemos médico vendremos.

—Te he dicho que no soy médico.

—Y yo que soy rey.

Miró a su alrededor.

—En el desierto cada uno puede llamarse como quiera. Lo importante es lo que hace cuando llega el momento.

Montó en su caballo.

—Que la paz te acompañe, médico.

—Y a ti, rey.

Los hombres desaparecieron entre las rocas. Nur se quedó solo. Completamente solo. Se sentó frente a la entrada de la cueva.

Respiró. El viento movía las plantas.

Respiró. A lo lejos no había nada.

Respiró. Sintió que nadie esperaba nada de él.

No tenía que ser príncipe. Ni reformador. Ni amante. Ni discípulo. Ni sucesor. Ni siquiera médico, aunque Josafat hubiera decidido lo contrario.

No había decisiones que tomar. No había una ciudad que mejorar. No había una muralla que conquistar. No había nadie a quien impresionar.

Y aquella primera noche, mientras el fuego disminuía lentamente hasta convertirse en brasas, Nur descubrió algo que no esperaba.

No sabía qué hacer con una vida que no le pedía nada.

El hombre que queda

Los primeros días fueron difíciles. No por el hambre. Ni siquiera por la soledad. Por la ausencia de asuntos. Nur se despertaba antes del amanecer y durante unos segundos permanecía inmóvil.

Después aparecía la urgencia. *¿Qué tengo que hacer hoy?* Nada.

Aquella respuesta le resultaba insoportable. Se levantaba. Encendía el fuego. Bebía. Ordenaba alguna cosa. Volvía a colocarla en otro sitio. Revisaba las plantas. Limpiaba utensilios que ya estaban limpios. Hasta que un día se sorprendió reorganizando por tercera vez unos recipientes de barro. Se quedó mirándolos. Y comenzó a reír.

Había convertido una cueva en su nueva Oniria. Necesitaba proyectos. Aunque fueran inútiles.

Salió al exterior. Se sentó sobre una piedra. Y decidió no hacer nada. Duró menos de cinco minutos.

Pensó en Thamar. ¿Cómo estaría? ¿Lo habría comprendido? ¿Estaría enfadada? ¿Seguiría esperándolo? Volvió a la respiración.

Pensó en Óculus. Seguramente estaría gestionando los negocios. ¿Habría aprovechado alguien su ausencia? Respiración.

Demiurgo. ¿Habría interpretado su marcha como una renuncia? Respiración.

Philosophorum. ¿Y si se desvirtuaba? Respiración.

Los arrabales. El octavo anillo. Respiración.

Thamar otra vez. Abrió los ojos.

Babaji había olvidado explicarle una cosa. Estar en silencio producía un ruido ensordecedor.

Los días comenzaron a parecerse.

Algunos bandidos aparecían de vez en cuando. Una herida. Una fiebre. Una infección.

Nur repetía siempre lo mismo:

—No soy médico.

Y ellos respondían de distintas maneras:

—Pues cúrame sin serlo.

Descubrió que sabía mucho más de lo que creía. Aquello comenzó a inquietarlo. Reconocía plantas que jamás recordaba haber estudiado. Conocía el momento adecuado para recoger algunas raíces. Sabía qué hojas podían calmar una inflamación y cuáles no debían mezclarse. A veces sus manos comenzaban a preparar algo antes de que su cabeza hubiera decidido qué hacer.

Intentaba encontrar una explicación. Quizá lo había leído. Quizá el conocimiento de quien habitó la cueva estuviera allí esperándole. Quizá Cassio. Quizá algún tratado de Oniria.

Pero cuanto más buscaba el origen de aquel conocimiento, menos convincente resultaba cualquiera de las respuestas.

Una mañana se sorprendió machacando dos raíces en un mortero. Se detuvo. Las manos permanecieron inmóviles. No sabía qué estaba preparando. Pero sabía perfectamente cuál era el siguiente ingrediente. Lo añadió.

El olor que surgió del recipiente atravesó algo dentro de él. Cerró los ojos. Montañas. Un jardín. Un anciano inclinado sobre una mesa. Una voz.

—No memorices la planta. Escúchala.

Nur abrió los ojos. El mortero cayó al suelo. Permaneció inmóvil. El corazón golpeaba con violencia. Intentó recuperar la imagen. Nada. Cuanto más la perseguía, más se alejaba.

Se sentó. Respiró. No volvió.

Con el tiempo aprendió a no perseguirlas. A veces llegaban.

Una campana que no sabía dónde había escuchado. Un olor. Una forma de anudar una cuerda. Una palabra que aparecía en su mente y cuyo significado conocía sin recordar haberla aprendido.

Fragmentos. Nunca suficientes para construir una historia. Nur empezó a sospechar algo que le producía una mezcla de fascinación y miedo.

Quizá no estaba aprendiendo. Quizá estaba recordando.

La ausencia de Thamar era diferente. No disminuía. Había días en que despertaba con su rostro delante antes incluso de abrir los ojos. Recordaba su cuerpo. Su voz. Sus silencios. La manera de mirarlo cuando sabía que mentía.

Y descubrió algo doloroso. Una parte de él deseaba regresar sólo para verla. Se permitió sentirlo. No intentó convertirlo en una enseñanza. Ni en apego. Ni en prueba.

La echaba de menos. Eso era todo. Cuando aparecía su rostro, lo miraba dentro de sí.

Después respiraba. Y lo dejaba marchar. Hasta la siguiente vez.

Pasaron días. Quizá semanas. Dejó de contarlos. Comía poco. Bebía.

Atendía a quien llegaba. Caminaba al amanecer y al atardecer. Durante las horas de mayor calor permanecía en la sombra. A veces meditaba. Otras simplemente estaba sentado.

Un día comprendió que llevaba mucho tiempo mirando cómo una hilera de hormigas trasladaba pequeños restos de una planta. No estaba pensando. No estaba aprendiendo nada. No estaba utilizando aquella observación para convertirse en una persona mejor. Miraba hormigas. Nada más.

Y entonces reparó en algo. No había pensado en Oniria en toda la mañana. La constatación lo asustó.

Se incorporó. Miró hacia el horizonte. A muchos kilómetros, la montaña apenas se distinguía bajo la bruma.

Allí estaban sus negocios. Su prestigio. Philosophorum. Demiurgo. Óculus. Cassio. Thamar. Todo aquello que unas semanas antes parecía constituir su vida entera.

Y durante varias horas... no había existido.

Se llevó una mano al pecho. Él sí. Nur seguía allí.

La pregunta apareció sola. **Entonces, ¿quién era el hombre que necesitaba todo aquello para saber quién era?**

No encontró respuesta. Esta vez no la buscó.

Comprendió después algo todavía más incómodo.

Echaba de menos ser necesario. No sólo a Thamar. No sólo sus comodidades. Ni el poder. Echaba de menos que alguien esperara algo de él.

Una decisión. Una idea. Una solución. Una orden. Un consejo.

Había construido una identidad alrededor de la utilidad. Ser necesario le había hecho sentirse importante. Y sentirse importante había terminado pareciéndose demasiado a existir.

Aquella comprensión le dolió. Porque incluso su deseo de mejorar Oniria contenía algo de sí mismo. No invalidaba el bien que había hecho. Pero lo contaminaba.

Nur recordó la pregunta de Demiurgo. *Si mañana desaparecieran tus negocios, tu prestigio, el apodo de príncipe... ¿qué quedaría de ti?*

Ahora podía añadir otras cosas. Si desaparecían Philosophorum... su conocimiento... su capacidad para ayudar... el amor de Thamar... su misión... ¿qué quedaba?

Respiró. No lo sabía. Pero esta vez el **no lo sé** no le produjo angustia.

Una tarde llegó un muchacho con una herida profunda en la pierna. Nur lo atendió. El joven no sabía quién era. No había oído hablar del príncipe. Ni de Philosophorum. Ni sabía que Demiurgo lo había considerado para gobernar la ciudad. Para él sólo era el médico de la cueva.

Cuando terminó de vendarlo, el muchacho le dio las gracias y se marchó. Nur permaneció mirando el sendero por el que había desaparecido.

Había ayudado a alguien. Nadie lo sabría. No habría reconocimiento. No cambiaría Oniria. No formaría parte de ningún proyecto. Ni siquiera volvería a ver probablemente a aquel muchacho.

Y, sin embargo, el acto estaba completo. No necesitaba convertirse en nada más.

Sonrió. Quizá Thamar había comprendido aquello mucho antes que él, por eso fue Saba.

A la mañana siguiente decidió ordenar los recipientes que había dejado el antiguo médico. No porque necesitara hacer

algo. Simplemente porque era conveniente saber qué contenían.

Reconoció cortezas. Raíces. Minerales. Resinas. Algunas mezclas le resultaban extrañamente familiares. Ya no se sorprendió. Cogía una. La olía. Esperaba. A veces aparecía algo. A veces no. No perseguía nada.

En el fondo de uno de los estantes encontró un pequeño recipiente cubierto de polvo. Iba a dejarlo con los demás. Entonces vio que había algo escrito sobre el barro.

Lo limpió con la mano. Dos palabras. Nur dejó de respirar.

PARA NURVEYA

No sintió curiosidad. Sintió miedo. Se sentó lentamente. El recipiente permaneció entre sus manos.

Nurveya. Babaji había pronunciado aquel nombre. Había aparecido después en lugares de su interior donde no alcanzaba la memoria.Y ahora estaba escrito sobre un recipiente que llevaba allí probablemente muchos años. Lo giró. Lo volvió a mirar. No había error posible.

PARA NURVEYA

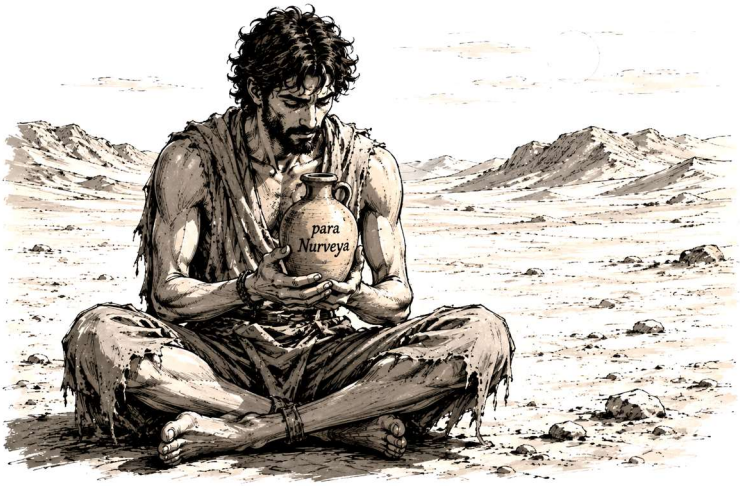
Durante mucho tiempo no hizo nada. Podía abrirlo. También podía dejarlo donde estaba. Había venido al desierto para vaciarse, no para llenar su cabeza de nuevos enigmas.

Pero aquello no parecía nuevo. Ése era precisamente el problema. Colocó el recipiente frente a él. Respiró. Esperó hasta que las manos dejaron de temblar. Después rompió el sello. Dentro había un pequeño pergamino enrollado. Lo extrajo.

En el exterior sólo había una palabra.

Nurveya.

Cerró los ojos. Ni siquiera intentó recordar. Dejó que fuera el recuerdo quien lo encontrara. Después desenrolló lentamente el pergamino. Y comenzó a leer.



Recuperar la mente

Nurveya sostuvo el pergamino entre las manos durante un largo rato antes de abrirlo. Había esperado encontrar respuestas. Alguna explicación. Quizá unas instrucciones que justificaran todo aquello. Lo desenrolló lentamente.

Sólo había una frase.

Recuerda quién eras antes de saber quién eras.

La leyó otra vez. Y otra. No entendió nada. Sintió incluso una punzada de decepción.

Había atravesado Oniria, había conocido el éxito y el fracaso, había amado, había aprendido, había gobernado, había perdido casi todo cuanto creía ser. Había abandonado la ciudad, cruzado el desierto y terminado solo en una cueva.

Y alguien le entregaba aquello.

Recuerda quién eras antes de saber quién eras.

—Muy esclarecedor —murmuró.

Dejó el pergamino sobre una piedra. Durante horas intentó descifrarlo. ¿Antes de saber quién era?

Recordó su llegada a Oniria. El almacén. Óculus. Saba. Philosophorum. Demiurgo. Thamar. Antes de todo aquello había sido Nur. No.

Había sido Nurveya. Se detuvo. El nombre seguía produciéndole una sensación extraña. Nurveya. Babaji lo había llamado así.

¿Quién era Nurveya? Intentó recordar. Nada. Sólo una oscuridad extrañamente familiar.

Se enfadó. Volvió al pergamino. Buscó dobles significados. Leyó las palabras de derecha a izquierda. Imaginó claves. Metáforas. Algún conocimiento oculto que no alcanzaba a comprender.

Hasta que se dio cuenta. Seguía haciendo exactamente lo mismo. Resolver. Comprender. Conquistar. La mente de Nur continuaba funcionando como había aprendido a hacerlo en Oniria. Le entregaban un misterio y él lo convertía inmediatamente en un problema.

Sonrió. Dejó el pergamino. Y salió de la cueva.

Los días dejaron de contarse. En el desierto el tiempo tenía poca utilidad. No había citas, asuntos pendientes, reuniones ni campanas que anunciaran acontecimientos.

Amanecía. Anochecía. Entre ambos extremos, la existencia.

Comía poco. Bebía del pequeño manantial. Caminaba. Dormía. Observaba.

El cuerpo comenzó a adelgazar. Los músculos se afinaron. Los pómulos aparecieron bajo una barba que crecía sin cuidado y la ropa empezó a colgarle como si perteneciera a otro hombre. Y, sin embargo, nunca se había sentido tan ligero.

Una mañana pensó que cuando regresara debería estudiar los efectos de aquella vida sobre la mente.

Se sorprendió. Pensamiento. Plan. Nur sonrió. Respiró. Y dejó que se fuera.

Aquello empezó a ocurrir con mayor frecuencia. Un pensamiento aparecía y descubría que no estaba obligado a acompañarlo. Podía verlo llegar. Reconocerlo. Dejarlo marchar.

Como los pájaros. Algunos descendían cerca de la cueva, se posaban sobre una roca y permanecían allí unos instantes antes de volver a levantar el vuelo.

Si intentaba espantarlos, rompía la paz. Si los seguía, abandonaba el lugar donde estaba.

Con los pensamientos ocurría lo mismo.

Y poco a poco comenzó a hacer algo que durante toda su vida le había parecido imposible.

Nada. Simplemente estaba.

A veces contemplaba durante horas una planta movida por el viento. Otras sentía el calor del sol sobre la piel. Caminaba sin preguntarse adónde iba. Comía sin hacer otra cosa mientras comía.

Respiraba.

Y había momentos, todavía breves, en los que parecía desaparecer la frontera entre aquello que contemplaba y quien lo contemplaba.

Desierto. Aire. Sol. Cuerpo. Respiración. Y algo que observaba todo aquello.

Entonces comenzó a aparecer una pregunta. Al principio era un pensamiento más. Después empezó a regresar con una cualidad diferente.

—¿Quién soy yo?

No intentó responder. Había aprendido que algunas preguntas se destruyen cuando se contestan demasiado deprisa.

¿Quién soy yo?

¿Nur? ¿El príncipe de Oniria? ¿El amante de Thamar? ¿El discípulo de Demiurgo? ¿El amigo de Óculus? ¿El fundador de Philosophorum? ¿El hombre que había abandonado la ciudad?

¿Nurveya? Otra vez aquel nombre. Nurveya.

Lo repetía interiormente y algo vibraba en lugares de su memoria que permanecían cerrados.

Pero empezó a comprender algo todavía más inquietante.

Podía observar a Nur. Podía recordar al príncipe. Podía contemplar sus pensamientos. Podía sentir su cuerpo. Podía mirar sus recuerdos.

Entonces... ¿quién era el que observaba todo aquello?

—¿Quién soy yo?

Silencio. Pasaron días.

Una tarde, tumbado frente a la cueva, apareció una imagen. Una montaña. Fue tan rápida que apenas pudo verla. Se incorporó. Intentó recuperarla. Nada.

El antiguo Nur habría perseguido aquella imagen hasta destrozarla buscando una explicación. Éste no.

Cerró los ojos. Respiró.

—¿Quién soy yo?

Y esperó. Días después apareció un árbol. Después unas nubes. Un sendero de piedra. Un palacio. No sabía si eran recuerdos o construcciones de su mente. No importaba. No los perseguía. Los dejaba llegar. Los dejaba marcharse.

Hasta que una mañana escuchó una voz.

—No olvides quién eres.

Abrió los ojos. Conocía aquella voz. Babaji. Pero no pertenecía a ninguna conversación que recordase haber mantenido con él en Oniria.

Era anterior. Mucho anterior. El corazón comenzó a latir con fuerza. No hizo nada.

Otro día apareció un jardín. Después un hombre vestido con una capa púrpura. Una rama. Un círculo vacío en su extremo.

Y una voz:

—No olvides para qué vas.

Nur abrió los ojos. Esta vez lloró. No sabía por qué. Dejó que las lágrimas descendieran. Aquella noche apenas durmió. Al amanecer regresó la imagen.

Un árbol cubierto de perlas. Miles. La rama. La capa sobre sus hombros. Su peso. Un rey. Amadeus. El nombre surgió de algún lugar tan profundo que no necesitó comprobarlo. Amadeus. Después llegaron los Siete Valles. Las montañas. Sus amigos. El palacio. El viaje. El desierto. Sahir. Babaji.

Y finalmente... la Perla.

Nur dejó de respirar. La vio sin haberla visto nunca. La Perla que custodiaba la serpiente que nunca duerme.

Entonces todo regresó. No como una historia. Como una existencia. Cayó de rodillas. Apoyó las manos sobre la tierra.

—Nurveya...

Era él. Había salido del Reino de los Siete Valles para encontrar la Perla. Había entrado en Oniria sabiendo quién era. Sabiendo para qué iba. Sabiendo que debía regresar.

Y lo había olvidado todo. Primero lentamente. Después por completo. Hasta conseguir que el hombre enviado a recuperar

la Perla terminara deseando convertirse en dueño de la ciudad construida alrededor de ella.

Entonces lloró. Lloró por el muchacho que había atravesado las puertas de Oniria. Por el trabajador del almacén. Por Óculus. Por Cassio. Por Philosophorum.Por Demiurgo. Por todos aquellos años.

Y, sobre todo, lloró por Thamar.

Porque recordar no había borrado nada. Ése era el verdadero problema. Nurveya había regresado. Pero Nur seguía dentro de él. Y ambos amaban a la misma mujer.

Permaneció mucho tiempo inclinado sobre la tierra. Cuando levantó la cabeza, el sol comenzaba a desaparecer.

Miró el pergamino dentro de la cueva.

Recuerda quién eras antes de saber quién eras.

Ahora comprendía una parte. Había recordado a Nurveya. Pero algo no encajaba. Cerró los ojos. Podía observar también a Nurveya. Sus recuerdos. Su misión. Su miedo. Su deseo de regresar. Incluso su emoción al recordar los Siete Valles.

Entonces... ¿quién observaba a Nurveya?

Sonrió. Había otra puerta detrás de la puerta. Pero todavía no necesitaba cruzarla. Primero debía terminar aquello para lo que había venido.

Abrió los ojos.

En algún lugar de Oniria una serpiente seguía sin dormir. Y él tenía que aprender a pasar junto a ella.

El dolor de la abstinencia

A docenas de kilómetros, Thamar recorría una casa demasiado grande. No había cambiado nada desde la partida de Nur. Y precisamente por eso todo era distinto. Su ropa permanecía en el armario. Algunos libros estaban abiertos donde los había dejado. Una copa seguía sobre una mesa. En la cama quedaba todavía un lado que parecía pertenecerle. Durante los primeros días había luchado contra la ausencia. Quería saber dónde estaba. Si tenía agua. Si estaba vivo. Si regresaría. Cuándo.

Cada pregunta alimentaba la siguiente hasta construir un sufrimiento que se devoraba a sí mismo. Una mañana se sorprendió sentada en la cama, respirando.

Babaji. No supo por qué recordó sus palabras. Observad. Y lo hizo. Dolía. No trató de evitarlo. Volvió a respirar. Dolía mucho. Descubrió que una cosa era el dolor y otra todo lo que su mente construía alrededor del dolor.

No volverá. Pensamiento.

Ha elegido otra vida. Pensamiento.

Ya no me ama. Pensamiento.

Le habrá ocurrido algo. Pensamiento. Respiró.

Debajo de todo aquello seguía amándolo. Y entonces apareció una pregunta que no quiso contestar:

¿amarlo significaba necesitar que volviera?

Thamar abrió los ojos. Todavía no estaba preparada para aquella respuesta.

Subió al castillo. Demiurgo la recibió sin la autoridad acostumbrada. Durante unos instantes no fueron el gobernante

de Oniria y su hija. Sólo un padre y una mujer que sufrían por la misma persona. Demiurgo la abrazó.

—Quizá vuelva.

Thamar no contestó.

—El desierto suele devolver a quienes entran en él. Tal vez necesitaba alejarse para comprender lo que puede hacer aquí.

Ella se separó lentamente. Miró desde la terraza hacia aquella extensión amarilla que parecía no terminar nunca.

—Puede volver —dijo—. Pero no creo que vuelva el mismo.

Demiurgo sintió que aquellas palabras encerraban algo que no quería comprender. Él también estaba cambiando. Algo que no había hecho en siglos, se preguntaba si había cometido un error por amor. Había esperado demasiado tiempo. Había probado a demasiados hombres. Y cuando apareció Nur había deseado tanto encontrar un sucesor que aceleró aquello que siempre había sabido que no podía acelerarse.

El poder le había enseñado a respetar los tiempos. El afecto le había hecho olvidarlos.

Óculus entró una mañana en el despacho de Nur. Nadie había movido nada. Se sentó en una de las sillas. Escuchó. Antes aquel lugar estaba lleno de una voz.

Preguntas. Planes. Ideas. Objeciones. Órdenes. Risas. Ahora sólo oía el ruido lejano de la actividad de la casa.

Comprendió entonces una forma nueva de ceguera. No ver un camino era soportable cuando alguien caminaba delante. Lo insoportable era dejar de escuchar sus pasos. Se levantó y cerró la puerta. Aquel día no quiso trabajar.

Cassio abrió un libro. Encontró una idea extraordinaria. Levantó inmediatamente la cabeza. Durante un instante pensó en ir a buscar a Nur. Entonces recordó que no estaba. Cerró el libro. Lo dejó sobre la mesa.

Había pasado buena parte de su vida creyendo que amaba el conocimiento. Ahora descubría que también amaba transmitirlo. Y que encontrar un discípulo capaz de discutirlo, contradecirlo, devorarlo y devolverlo transformado era una de las formas más sofisticadas de felicidad que había conocido.

La biblioteca le pareció enorme. Demasiado conocimiento para un hombre solo.

Bajo el castillo, las cosas eran muy distintas. La serpiente llevaba días agitada. Había atacado a dos Dugpas. Uno de ellos murió antes de que pudieran sacarlo del templo.

La Perla mantenía su brillo, pero su pulso era irregular.

El sumo sacerdote pidió audiencia.

—Necesitamos aumentar la energía.

Demiurgo lo miró con cansancio.

—¿Qué propones?

—Miedo.

—El miedo rompe más deprisa de lo que une.

—También alimenta con más intensidad.

—Y después hay que gobernar lo que ha roto.

El Dugpa guardó silencio.

—La Perla está perdiendo estabilidad —insistió finalmente—. Hay algo interfiriendo.

Demiurgo miró hacia la ciudad.

—¿Babaji?

—No sabemos si es él. Pero desde su llegada han aumentado las perturbaciones.

—¿Y quieres aterrorizar a millones de personas porque un profesor de yoga enseña a respirar?

—No enseña a respirar.

Demiurgo volvió la mirada hacia él.

—¿Entonces?

—Enseña a retirar la atención.

Aquella frase permaneció suspendida entre ambos. Y Demiurgo comprendió exactamente el peligro.

No necesitaron inventar nada.

En algunos barrios del sexto y séptimo círculo habían aparecido casos de una afección respiratoria. Nada especialmente extraño. Tos, fiebre, dificultad para respirar en algunos enfermos.

Los Dugpas hicieron el resto.

Una conversación aquí. Un rumor allí. Un médico que advertía de una posible propagación. Otro que aseguraba que no existía peligro. Testimonios contradictorios. Historias de familias enteras enfermas. Preguntas. Sospechas. Cifras.

Cada nueva información alimentaba la necesidad de buscar la siguiente. La atención de Oniria convergió.

Una mujer tosió en un mercado. Tres personas se apartaron. Un niño estornudó en un teatro. Varias familias abandonaron la función. Al día siguiente todo el mundo conocía a alguien que conocía a alguien que había enfermado.

El miedo hizo su parte.

La gente comenzó a observar su respiración, no como Nur en el desierto, sino aterrorizada ante la posibilidad de perderla. Las toses se multiplicaron. También las denuncias. Las sospechas. Las acusaciones. La ciudad empezó a sentir intensamente.

Y las emociones ascendieron por la montaña.

En el templo, la serpiente levantó la cabeza. Su cuerpo recuperó vigor. La Perla comenzó a latir con mayor regularidad.

Los Dugpas respiraron aliviados. Pero no todos. El sumo sacerdote continuaba mirando el resplandor.

Algo permanecía allí. Una interferencia diminuta. Un pulso que no conseguían apagar.

—Sigue estando.

—¿Qué?

—La perturbación.

—La Perla se ha estabilizado.

—Pero hay algo que no responde.

Uno de los monjes bajó la voz.

—Cada vez más personas están llamando a la calma.

El sumo sacerdote se volvió.

—¿Quiénes?

—Profesores. Médicos. Algunos filósofos. Gente de Philosophorum. Dicen que dejemos de alimentar el miedo.

—Localizadlos.

—¿A todos?

El sumo sacerdote miró la serpiente.

—A quienes consigan que otros dejen de temer.

Demiurgo recibió la propuesta con rechazo.

—No.

—Están interfiriendo.

—Están tranquilizando a la población.

—Precisamente.

El Conde se levantó.

—No voy a convertir Oniria en una cárcel porque tengáis problemas para controlar una serpiente.

El sumo sacerdote no bajó la mirada.

—No controlamos a la serpiente. Conservamos el equilibrio que permite controlar Oniria.

Demiurgo permaneció en silencio.

—Si la Perla pierde su fuerza —continuó el Dugpa—, descubrirás cuánto dura ese equilibrio que tanto te enorgullece.

Aquello sí alcanzó al Conde. Porque sabía que podía tener razón.

—No quiero violencia.

—Entonces deja que actuemos antes de necesitarla.

Demiurgo cerró los ojos. Después de tantos siglos todavía existían decisiones que pesaban.

—Sólo aquellos que estén provocando alteraciones colectivas.

El sumo sacerdote inclinó la cabeza. Era suficiente.

Los primeros arrestos fueron discretos. Un médico que había cuestionado públicamente la gravedad del brote. Un profesor que recomendaba apagar durante unos días los canales de información. Una mujer que reunía grupos para permanecer en silencio. Un anciano que repetía en una plaza que el miedo también podía enfermar. Ninguno comprendía exactamente de qué se le acusaba.

Quizá porque el verdadero delito no tenía nombre. Estaban retirando alimento al miedo.

Babaji lo supo antes de que fueran a buscarlo. Terminó su última clase como todas las demás.

—Respirad.

Silencio.

—Observad.

Silencio.

—No luchéis contra lo que aparezca.

Silencio.

Algunos alumnos abrieron los ojos. Babaji sonrió.

—Cuando comáis, comed. Cuando caminéis, caminad.

Se levantó. No anunció que se marchaba. No tenía nada que explicar. Recogió las pocas cosas que poseía y salió de la residencia.

Atravesó el séptimo círculo mientras Oniria hervía a su alrededor. Gente hablando de la enfermedad. Mensajeros corriendo. Guardias. Rumores. Miedo. Pantallas, carteles, voces. La ciudad entera parecía gritar para que nadie pudiera escuchar nada más.

Babaji caminó. Sólo caminó. Atravesó una plaza. Después otra. Hasta alcanzar la puerta exterior.

Nadie reparó especialmente en aquel maestro de yoga que abandonaba la ciudad.

Al llegar al desierto se detuvo. Volvió la mirada hacia la montaña.

No sabía qué elegiría Nurveya. Nadie podía elegir por él. Eso era precisamente lo que debía aprender.

Sonrió. Después se volvió hacia el horizonte y continuó caminando.

Muy lejos de allí, Nur seguía sentado frente a la cueva. Había perdido otra vez la atención. No sabía durante cuánto tiempo. Cuando regresó, el sol estaba descendiendo. Sintió rabia. Después observó la rabia. Sintió orgullo herido. Observó el orgullo. Pensó que estaba progresando. Y observó también aquel pensamiento.

Entonces, durante un instante brevísimo, ocurrió. Nada. No había Perla. No había Thamar. No había Demiurgo. No había Reino de los Siete Valles. No había siquiera un hombre llamado Nur intentando convertirse en Nurveya.

Sólo el viento desplazando un hilo de arena sobre una piedra. Duró quizá un segundo.

Después la mente regresó: Lo he conseguido. Nur abrió los ojos. Y comenzó a reír. La mente acababa de apropiarse incluso del silencio.

Aquello iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

La serpiente que nunca duerme

Recuperar la memoria había cambiado el desierto. Hasta entonces Nur había permanecido allí para encontrarse. Ahora Nurveya tenía una misión. Y con la misión regresó también uno de sus viejos peligros. La prisa.

Tenía que volver a Oniria. Llegar hasta la Perla. Arrebatársela a la serpiente. Regresar a los Siete Valles. Todo parecía nuevamente sencillo.

Un objetivo. Un plan. Una acción. Se sorprendió sonriendo. Oniria seguía dentro de él.

Se sentó. Respiró. No podía regresar todavía. Sabía dónde estaba la Perla. Sabía quién la custodiaba. Pero no sabía cómo enfrentarse a una serpiente que nunca dormía. Sospechó que quizá aquellas palabras no fueran sólo una leyenda.

Necesitaba conocer a su adversario. Cuando Josafat volvió a visitarlo varios días después encontró a un hombre diferente. No supo explicar por qué.

Estaba mucho más delgado. La barba le cubría el rostro. Sus ropas parecían harapos. Y, sin embargo, había algo en él que antes no estaba.

—Médico, cada vez tienes peor aspecto.

Nurveya sonrió.

—Eso es porque cada vez estoy mejor.

Josafat soltó una carcajada.

—Definitivamente el sol te ha cocido la cabeza.

Hablaron un rato. Antes de marcharse, el bandido le preguntó si necesitaba algo. Nurveya dudó.

—Sí.

—Pídelo.

—Serpientes.

Josafat lo miró fijamente.

—¿Serpientes?

—Media docena. Vivas.

—¿Para qué?

—Necesito aprender algo.

El bandido esperó una explicación. No llegó.

—Cada vez me arrepiento más de haberte conocido.

Nurveya sonrió.

—Pero las traerás.

—Por supuesto.

Las serpientes llegaron dos días después.

Nurveya preparó un pequeño recinto entre piedras y observó. Durante horas. Después durante días.

Al principio hizo lo que habría hecho siempre. Intentó comprender cómo vencerlas. Colocó una pequeña presa en el centro del recinto.

Una de las serpientes la detectó. Todo cambió. El cuerpo quedó inmóvil. La cabeza apenas se movía.

Pero Nurveya percibió inmediatamente algo extraordinario. Atención. Toda la existencia del animal parecía haberse concentrado en un único punto.

Acercó lentamente la mano. El ataque fue instantáneo. La retiró.

Esperó. Volvió a intentarlo. Otro ataque. Más rápido de lo que esperaba.

Probó desde otro ángulo. Fracasó. Intentó distraerla. Funcionaba mientras aquello que introducía en el recinto conseguía capturar su interés. Pero en cuanto Nurveya volvía a acercarse a lo que protegía, toda la atención regresaba.

Durante varios días continuó experimentando. Velocidad. Engaño. Distracción. Paciencia.

Siempre terminaba igual. La serpiente vencía. Hasta que una mañana comprendió algo. Seguía intentando vencerla. Y mientras quisiera vencerla estaba jugando dentro del mundo de la serpiente.

Se sentó frente a ella. No hizo nada. La serpiente lo observó. Nurveya la observó. Pasaron minutos. Después horas. Poco a poco dejó de verla como una amenaza. Era una forma de vida. Extraordinariamente atenta. Y precisamente eso la hacía peligrosa. Podía permanecer completamente inmóvil mientras toda su existencia estaba concentrada en un único punto.

Entonces lo vio. **La fuerza de la serpiente no era su veneno. Era su atención.** Y su debilidad era exactamente la misma.

Nurveya sintió un estremecimiento. Una atención absoluta hacia algo deja necesariamente fuera todo lo demás.

Cerró los ojos. Y apareció Oniria. Sus calles. Sus mercados. Los teatros. Las fiestas. El sexo. El dinero. Los negocios. El prestigio. La cultura. La política. El conocimiento. Philosophorum. El poder. El miedo. Demiurgo. Thamar.

Abrió los ojos. Millones de personas mirando continuamente hacia algo. Deseando algo. Temiendo algo. Persiguiendo algo. Defendiendo algo.

Atendiendo.

Sintió que algo terminaba de encajar. Oniria no necesitaba encadenar a nadie. No necesitaba impedir que salieran. Ni siquiera necesitaba mentirles. Bastaba con conseguir que mirasen continuamente hacia alguna parte.

Siempre habría un siguiente deseo. Una nueva amenaza. Una opinión. Una necesidad. Un placer. Una indignación. Un proyecto. Una persona. Una muralla. Una causa. Incluso una causa noble.

Nurveya sintió frío a pesar del calor del desierto. Philosophorum. Él había creído que despertar a las personas consistía en ofrecerles mejores cosas hacia las que mirar. Más conocimiento. Más criterio. Más posibilidades. Más propósito.

Pero... ¿y si despertar no consistía en cambiar el objeto de la atención? ¿Y si consistía en recuperar la capacidad de decidir dónde ponerla?

Miró nuevamente a la serpiente. Deseo. Miedo. Ataque. Defensa. Atención. La Perla. La serpiente. Oniria.

Todo pertenecía al mismo mecanismo. Y algo todavía más inquietante. La serpiente que nunca duerme no necesitaba impedirle alcanzar la Perla. Quizá bastara con conseguir que olvidase por qué la quería.

Eso ya había ocurrido una vez. Y no había necesitado colmillos. Habían bastado unas monedas. Después un poco de éxito. Óculus. El reconocimiento. El conocimiento. El poder. Philosophorum. Demiurgo. Thamar.

Se quedó inmóvil. Había considerado algunas de aquellas cosas malas y otras buenas. Ahora comprendía que ésa no era la cuestión.

Todas podían capturar su atención.

Incluso el amor. Aquello dolió. Thamar no era una trampa. Su amor no era falso. Precisamente por eso era mucho más difícil.

Si hubiera descubierto que Oniria era una mentira, escapar habría sido sencillo. El verdadero problema era que contenía cosas verdaderas.

Personas verdaderas. Amistades verdaderas. Belleza verdadera. Amor verdadero. Y también podían retenerlo.

Por primera vez comprendió profundamente a Sahir. El asceta no había huido porque Oniria fuera completamente mala. Había huido porque no sabía permanecer libre dentro de ella.

Y Nurveya sintió una certeza. Él no podía hacer lo mismo. No había atravesado todo aquello para terminar escondido en una cueva.

El desierto podía enseñarle a permanecer consciente cuando nada reclamaba su atención. Pero eso era fácil. La prueba estaba al otro lado de las murallas.

Se levantó. Durante los días siguientes continuó sentado frente a las serpientes. Ya no intentaba vencerlas. Observaba su atención. Y observaba la suya.

Un pensamiento aparecía. Lo veía. Un recuerdo. Lo veía. Thamar. La dejaba aparecer. No intentaba expulsarla. Tampoco la seguía. Óculus. Cassio. Demiurgo. Philosophorum. Los Siete Valles. La Perla.

Todo podía aparecer. Nada necesitaba convertirse en dueño de su mente.

Hasta que una mañana comprendió que seguir en el desierto podía convertirse también en otra forma de apego. La paz también podía ser una trampa.

Sonrió. Sahir se lo había advertido muchos años atrás. Todo aquello que te distraiga de tu objetivo es una trampa, por virtuoso que parezca.

Había llegado el momento. Recogió sus escasas pertenencias. El pergamino. Algo de agua. Nada más.

Entonces escuchó unos pasos.

Josafat se acercaba.

—Así que te marchas.

No era una pregunta.

—Sí.

El bandido miró hacia Oniria.

—Lo imaginaba.

Sacó una pequeña bolsa y se la lanzó. Nurveya la atrapó. Monedas.

—No las quiero.

—No son para que las quieras.

—Entonces, ¿para qué?

—Para entrar.

Nurveya lo miró. Josafat señaló sus harapos.

—No sé quién eres. Nunca lo he sabido. Pero con ese aspecto los guardias no dejarán que llegues ni a la primera taberna.

Nurveya sostuvo la bolsa.

—Gracias.

—Cuando vuelvas a ser quien fueras, acuérdate de los ladrones.

Nurveya sonrió.

—Quizá el problema sea precisamente volver a ser quien fui.

Josafat negó con la cabeza.

—Demasiado desierto.

Se abrazaron. No volvieron a decir nada. Nurveya comenzó a caminar. A lo lejos, Oniria apareció sobre el horizonte. Durante años aquella visión había acelerado su corazón.

Ahora la contempló. Una ciudad. Sólo una ciudad.

Pero a medida que se acercaba comenzaron a aparecer las imágenes. Óculus. Cassio. Philosophorum. Demiurgo. Thamar.

No las rechazó. Tampoco intentó conservarlas.

Pájaros. Aparecían. Se posaban. Volvían a levantar el vuelo.

Continuó caminando. Cuando las murallas ocuparon todo el horizonte se detuvo.

El desierto no había sido la prueba. Había sido el entrenamiento. La prueba empezaba ahora.

Una cosa era permanecer despierto donde nada reclamaba su atención. Otra muy distinta hacerlo dentro de Oniria.

Allí cada calle, cada rostro, cada deseo, cada miedo y cada promesa parecían construidos para hacerle mirar. Y la serpiente que protegía la Perla ni siquiera necesitaría matarlo. Sólo tendría que conseguir que olvidara de nuevo.

Nurveya respiró. Y avanzó hacia la puerta. Todavía no sabía cómo conseguiría la Perla.

Pero empezaba a comprender qué tendría que conservar para hacerlo. No la fuerza. No la inteligencia. Ni siquiera el valor.

La atención.

Por fin sintió que estaba preparado para regresar. No porque hubiera dejado de amar el mundo que encontraba detrás de aquellas murallas. Sino porque empezaba a sentir que amar algo y pertenecerle no eran necesariamente la misma cosa.



La vuelta a la tela de araña

Caminar por Oniria de aquella manera era entrar en otra ciudad.

Nada había cambiado. Las mismas calles. Los mismos comercios. Las terrazas llenas. Los carruajes abriéndose paso. Las conversaciones atropelladas. Los vendedores pregonando mercancías. Las músicas escapando por las ventanas.

Y, sin embargo, ahora Nurveya veía algo detrás de todo aquello. Atención.

Cada elemento de Oniria parecía reclamarla. Un escaparate. Una noticia. Una discusión. Una canción. Un cuerpo. Una promesa. Una indignación. Un recuerdo.

Todo decía lo mismo. **Mírame.**

Se sintió como un pez atravesando un océano de anzuelos. Y descubrió inmediatamente que el desierto no lo había preparado para aquello tanto como había imaginado.

Un cartel anunciaba uno de sus antiguos espectáculos. Recuerdo. Respirar. Dejar pasar.

Una mujer cruzó la calle dejando tras ella un perfume que conocía. Thamar. El corazón reaccionó antes que la mente. Respirar. Continuar.

Dos hombres discutían sobre una decisión del gobierno que él mismo había impulsado. Sintió el deseo inmediato de detenerse. Explicarles. Corregirlos. Defender lo que había hecho. Lo observó. Otro anzuelo. Siguió caminando.

Entonces apareció ante él uno de los centros de Philosophorum. Se detuvo. Aquello fue diferente. Sobre

aquellas paredes no había lujo. Ni codicia. Ni frivolidad. Había años de conversaciones, proyectos, dudas, entusiasmo. Personas que quizá habían aprendido allí a pensar de otra forma. Vidas que tal vez habían cambiado gracias a ellos.

Sintió orgullo. Después cariño. Y casi inmediatamente una necesidad física de entrar. Preguntar. Comprobar cómo iban los programas. Hablar con los profesores. Corregir errores. Recuperar su lugar. Permaneció inmóvil.

Aquello dolía mucho más que dejar atrás el dinero. Porque del dinero era fácil sospechar. Philosophorum era bueno. Y acababa de descubrir que también lo bueno podía reclamar una vida entera. Respiró. Siguió caminando.

La tela de araña no estaba tejida únicamente con miedo, placer, ambición o vanidad. Algunos de sus hilos estaban hechos con los materiales más nobles.

La gente se apartaba ligeramente a su paso. Estaba extremadamente delgado. La barba aún conservaba el abandono del desierto y, aunque había tratado de recomponer su aspecto, seguía pareciendo un hombre llegado de otro mundo.

Pero no eran sus ropas lo que producía inquietud. Era la mirada. Observaba las cosas con una atención que no pedía nada de ellas.

Antes de enfrentarse a la serpiente necesitaba comprobar algo. Si la paz encontrada en el desierto pertenecía realmente a él... o al desierto.

Sabía por dónde empezar. Esperó frente a una de las aulas hasta que terminó la clase.

Desde el corredor reconoció la voz del Mágister Cassio. La cadencia. El placer con que subrayaba una idea. Aquella pequeña exaltación que siempre aparecía cuando encontraba un argumento que consideraba especialmente brillante.

Nurveya sonrió. Cuando salió el último alumno, entró.

—Hola, Mágister.

Cassio se quedó inmóvil. La voz. Miró al desconocido.

—¿Nur?

Nurveya sonrió.

—Dame un abrazo, amigo.

Cassio se abalanzó sobre él. Lo estrechó con una fuerza impropia de su aspecto y después lo separó para observarlo.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido?

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—El desierto.

—¡Estás en los huesos!

Nurveya se miró.

—Debía de sobrarme bastante.

Cassio volvió a abrazarlo.

—Pensábamos que habías muerto.

—Yo también lo pensé alguna vez.

Rieron. Después Nurveya se puso serio.

—Necesito pedirte algo.

—Lo que quieras.

—No digas a nadie que me has visto.

Cassio frunció el ceño.

—¿A nadie?

—A nadie.

—¿Óculus?

—No.

—¿Thamar?

Nurveya tardó apenas una fracción de segundo.

—Tampoco.

Cassio lo observó. No preguntó.

—Tienes mi palabra.

Se sentaron. Durante unos segundos el Mágister no pudo dejar de mirarlo.

—Cuéntame.

—¿Qué?

—Todo.

Nurveya pensó.

—He estado buscando.

—¿Y has encontrado?

Miró alrededor. Libros. Estanterías. Apuntes. Una pizarra cubierta de conceptos.

Sintió un cariño enorme por aquel lugar.

—He encontrado que probablemente nos sobra casi todo.

Cassio sonrió.

—Eso ya lo han dicho muchos.

Y comenzó a citar. Un asceta de siglos atrás. Después un filósofo. Más tarde una escuela que defendía el desprendimiento.

Nurveya lo escuchó. En otro tiempo habría detenido la conversación tres veces. Preguntado por los nombres. Pedido los libros. Comparado doctrinas. Buscado contradicciones.

Ahora escuchaba. No porque Cassio estuviera equivocado. Sino porque acababa de descubrir la diferencia entre conocer todos los mapas de un desierto... y atravesarlo descalzo.

Cuando el Mágister terminó, Nurveya le cogió las manos.

—Gracias.

Cassio lo miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Por todo lo que me has enseñado.

Hizo una pausa.

—Por cada libro. Por cada conversación. Por no reservarte nunca nada de lo que sabías.

Cassio hizo un gesto incómodo.

—No hables así. Parece una despedida.

Nurveya guardó silencio.

—Tenemos muchísimo pendiente —continuó rápidamente el Mágister—. He encontrado un autor extraordinario durante tu ausencia. Y han estrenado una ópera que tienes que escuchar. Además, he revisado aquella discusión sobre...

Nurveya sonrió. Futuro. Libros. Conversaciones. Conciertos. Preguntas. Todo apareció delante de él. Hermoso. No lo rechazó. Tampoco lo siguió.

Cuando se despidieron, Cassio volvió a abrazarlo.

—No sabes cuánto me alegro de que hayas regresado.

—Yo también me alegro de verte.

Nurveya salió. No volvió la cabeza.

Cassio permaneció mirando la puerta mucho tiempo después de que hubiera desaparecido.

Después lloró. Nurveya también. Por razones distintas.

Cassio había recuperado a un amigo.

Nurveya acababa de despedirse de uno.

Muy por encima de ellos, la serpiente levantó la cabeza. Los Dugpas retrocedieron.

El animal comenzó a recorrer la gruta con una violencia que ninguno recordaba. Golpeó las paredes. Se retorció alrededor de la Perla. Lanzó un ataque contra uno de sus guardianes.

—¡Atrás!

El golpe de su cuerpo contra la roca recorrió la montaña. En el primer círculo oscilaron algunas lámparas. Varios objetos cayeron de las estanterías. Más abajo hablarían de un pequeño terremoto. Los Dugpas sabían que no lo era.

El sumo sacerdote subió al castillo.

—Está ocurriendo otra vez.

Demiurgo levantó la mirada.

—¿La serpiente?

—Nunca la había visto así.

—¿La Perla?

—Inestable.

Demiurgo salió a la terraza. Oniria continuaba allí. Los mismos millones de personas deseando. Temiendo. Comprando. Vendiendo. Amando. Odiando. Esperando.

Todo parecía normal. Y, sin embargo, algo se movía dentro de aquella inmensa corriente sin dejarse arrastrar por ella.

Un nombre apareció en su mente. Nur.

No supo si la sensación que siguió fue esperanza o miedo. Probablemente ambas.

El siguiente encuentro fue más difícil. Óculus. Su hermano. El hombre junto al que había construido prácticamente todo cuanto poseía en Oniria.

Fue hasta uno de los locales que todavía pertenecían a sus sociedades. El vigilante le cortó el paso.

—Sólo con invitación.

Nurveya miró su ropa. Sonrió.

—Busco a Óculus.

—No está.

—Dile que un viejo amigo trae información sobre unas acciones que van a desplomarse.

El hombre lo examinó con desprecio.

—Espere.

Regresó minutos después acompañado por Óculus.

—Como sea otra tontería, lo echas a patadas —venía diciendo.

Nurveya sintió que algo se contraía dentro de él.

—Óculus.

El ciego se detuvo. No necesitó verlo.

—No...

Nurveya sonrió.

—¿Ya no reconoces a tu socio?

Óculus palideció. Buscó en el aire hasta tocar su pecho. Después sus hombros. Su rostro.

—¡Nur!

Lo abrazó con tal fuerza que casi lo derribó.

—¡Estás vivo, hijo de puta!

Reía. Lloraba. Volvió la cabeza hacia el vigilante.

—¡Y tú, imbécil! ¿Cómo has tenido a este hombre esperando fuera?

El empleado no comprendía cómo aquel mendigo acababa de convertirse en la persona más importante del establecimiento.

Entraron en el despacho. Óculus no dejaba de hablar.

—Todo está bien. No he tocado nada de lo tuyo. Los beneficios están separados. Tus participaciones intactas. Hemos abierto dos locales nuevos. Uno es una mina de oro. Y espera a que te vea Thamar...

Sirvió dos copas.

Nurveya dejó la suya sobre la mesa.

—Óculus.

—Dime.

—Prométeme que no dirás a nadie que me has visto.

El ciego sonrió.

—Siempre el dueño del escenario. ¿Quieres preparar una entrada triunfal?

Nurveya sonrió.

—Algo parecido.

—Cuenta con ello.

Óculus levantó la copa.

—Por tu regreso.

Nurveya no levantó la suya.

El ciego lo percibió.

—¿Qué ocurre?

—No quiero los negocios.

Óculus permaneció inmóvil.

—¿Cómo que no los quieres?

—Son tuyos.

—No digas estupideces.

—No es una estupidez.

—Nur, tienes una fortuna.

—Lo sé.

—¿Y no la quieres?

—No.

Óculus comenzó a reír.

—Definitivamente el sol te ha cocido el cerebro.

Nurveya también rio. Y aquella risa le dolió. Qué sencillo habría sido regresar. La complicidad. Los planes. Las bromas. Aquella inteligencia compartida que convertía cualquier problema en un juego.

Por un instante deseó quedarse allí toda la tarde. Después cenar juntos. Después regresar al día siguiente. Lo vio aparecer. No lo expulsó. Sólo lo observó.

—Óculus, imagina que tuviera que hacer otro viaje.

—¿Ahora?

—Sí.

—Pues hazlo. Después de la temporada que llevas, unas vacaciones no te vendrán mal.

—No hablo de vacaciones.

Óculus dejó lentamente la copa.

—¿Entonces?

—Hablo de marcharme.

Silencio.

—¿Cuánto tiempo?

Nurveya tardó.

—No lo sé.

Óculus seguía esperando.

—Quizá para siempre.

El rostro del ciego cambió.

—No entiendo.

—Yo tampoco lo habría entendido hace unos meses.

Nurveya se acercó.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

Óculus quedó inmóvil.

—¿Adónde?

—A un lugar muy distinto de éste.

—¿Y qué voy a hacer yo allí?

Nurveya sonrió. La pregunta era perfecta.

—No lo sé.

Óculus dejó escapar una carcajada breve.

—Magnífica oferta comercial. Has perdido facultades.

Los dos rieron. Después regresó el silencio.

—Nur...

Ya no había broma.

—Éste es mi mundo.

Nurveya esperó.

—Aquí nací. Aquí sufriré y aquí moriré.

Su voz comenzó a romperse.

—Durante años pensé que había tenido la peor suerte posible. Ciego. Pobre. Sobreviviendo de cualquier manera. Hasta que apareció un extranjero loco diciendo que iba a conquistar Oniria.

Nurveya bajó la cabeza.

—Me salvaste la vida. Y después me regalaste otra.

Las lágrimas descendían por el rostro de Óculus.

—Tengo dinero. Respeto. Negocios. Todo aquello que creía que jamás tendría.

Se detuvo.

—Y he tenido algo que ni siquiera sabía que podía soñarse.

Buscó la mano de Nurveya.

—Un amigo como tú.

Nurveya apretó sus dedos.

—Daría la vida por ti —continuó Óculus—. Lo sabes.

Hizo una pausa para impedir que las lágrimas le interrumpieran.

—Pero no me pidas que abandone mi vida por ti.

Nurveya sintió el impulso. Explicarle. Contarle todo. El Reino. La Perla. La serpiente. El sueño. Decirle que no comprendía. Convencerlo. Salvarlo.

El impulso fue tan fuerte que llegó a abrir la boca. Se detuvo. Otra vez.

Ser necesario.

Respiró. Miró a su amigo.

—Está bien.

Óculus pareció desconcertado.

—¿No vas a intentar convencerme?

—No.

—Estás muy raro.

Nurveya rio.

—Eso llevo oyéndolo desde que llegué.

Se abrazaron. Durante mucho tiempo.

Dos hombres que habían atravesado juntos una parte enorme de sus vidas y que acababan de descubrir que amar a alguien no obligaba a recorrer el mismo camino.

—Te quiero, hermano —susurró Óculus.

—Y yo a ti.

Nurveya salió. Al cerrar la puerta tuvo que apoyarse en la pared.

Dolor. Respirar. Un paso. Dolor. Otro. No se sentía liberado. Se sentía desgarrado. En el aire había algo que el desierto no le había enseñado.

Soltar no era dejar de amar. Soltar era precisamente poder amar... sin convertir ese amor en una cadena para el otro. Ni para uno mismo.

La montaña volvió a temblar. Esta vez con mayor fuerza. En el primer círculo aparecieron algunas grietas.

El Consejo fue convocado.

—¿Qué está ocurriendo?

—La serpiente está fuera de control.

—¿Por qué?

El sumo sacerdote tomó la palabra.

—Hay una perturbación dentro de Oniria.

—¿Qué clase de perturbación?

—No lo sabemos.

Uno de los nobles intervino.

—Se habla de un eremita que ha entrado desde el desierto.

Demiurgo levantó lentamente la mirada.

—¿Quién?

—Nadie lo sabe. Un mendigo. Algunos dicen que un asceta.

Otro de los presentes sonrió.

—Otros aseguran que podría tratarse de tu yerno.

El silencio cambió. Demiurgo sintió algo que hacía siglos que no experimentaba con aquella intensidad. Miedo.

Y, debajo de él... esperanza.

—Averiguadlo.

El sumo sacerdote negó.

—No podemos permitirnos averiguaciones.

Demiurgo lo miró.

—¿Qué propones?

—Si quienquiera que sea provoca esta reacción, constituye una amenaza para la Perla.

—No sabemos si existe relación.

—¿Quieres correr el riesgo?

Las miradas recorrieron la sala. El poder empezaba a tener miedo. Y el poder asustado siempre encontraba argumentos excelentes para justificar aquello que en condiciones normales habría considerado monstruoso.

—Hay que eliminarlo —dijo uno de los nobles.

Demiurgo volvió lentamente la cabeza.

—Ni siquiera sabemos quién es.

—Precisamente.

—Eso supondría perseguir a cualquiera que responda a una descripción absurda.

—Mejor la vida de algunos inocentes que perder Oniria.

Demiurgo lo miró con desprecio.

—Así empiezan todas las barbaries.

—Y así terminan todos los imperios —respondió el otro—. Con gobernantes incapaces de actuar porque alguien a quien aman puede estar entre sus enemigos.

La frase permaneció en el centro de la sala. Demiurgo comprendió que aquello ya no trataba sólo de Nur. Durante siglos había construido instituciones para sostener Oniria. Ahora las instituciones querían sostenerse incluso contra él.

Llamó al general de la guardia.

—Encontrad al extranjero.

El general esperó.

—¿Vivo?

Demiurgo miró hacia las ventanas. En algún lugar de aquellos círculos podía estar caminando el hombre que había imaginado como sucesor. El hombre al que amaba su hija. El hombre al que él mismo había aprendido a querer.

—Encontradlo —repitió.

No dijo nada más. Pero el sumo sacerdote sí. Y las órdenes que descendieron por la montaña no fueron exactamente las mismas que habían salido de la boca del Conde.

En las profundidades, la serpiente sintió el miedo.

Y se alimentó.

Nurveya sabía cuál era el siguiente encuentro. Y también sabía que no podía afrontarlo como un mendigo. Entró en una pequeña barbería. Se cortó el cabello. Arreglaron su barba. Se bañó durante largo rato y compró ropa semejante a la que había usado antes de marcharse, aunque mucho más sencilla.

Cuando terminaron, el barbero le acercó un espejo. Nurveya hizo un gesto para apartarlo. No necesitaba comprobar quién era.

Pagó. Salió. Respirar. Caminar.

A medida que ascendía hacia el cuarto círculo, cada calle recuperaba una parte de su historia. Allí había cenado con Thamar. Allí habían discutido. En aquella esquina la había esperado una noche bajo la lluvia. Por esa calle habían regresado abrazados al amanecer. Los recuerdos ya no eran pensamientos. Tenían olor. Temperatura. Piel. Respiración.

El desierto quedaba muy lejos.

Cuando apareció su casa, se detuvo. Ningún palacio de Oniria había contenido para él tanta felicidad como aquellas paredes.

Permaneció frente a la puerta. Podía marcharse. Durante unos segundos lo consideró. Ir directamente al castillo. Cumplir su misión. Buscar la Perla. Regresar. Sin entrar. Sin verla. Sin ponerse a prueba.

Pero aquello tampoco sería libertad. Ser libre no consistía en huir de aquello que podía atraparte. Consistía en poder mirarlo sin mentirte.

Abrió.

Todo parecía detenido. Los libros. Los muebles. Una copa sobre una mesa. Una prenda olvidada sobre una silla. Una vida entera esperaba dentro. Nur regresaba desde todos los rincones.

Y entonces la vio. Thamar estaba en la terraza. Mirando hacia el desierto. Nurveya se quedó inmóvil.

Ella no sabía que desde su partida había repetido aquel gesto casi todas las tardes. Como si la mirada pudiera traerlo de vuelta.

Nurveya pudo marcharse todavía. No lo hizo.

—Thamar.

Ella se quedó rígida. No se volvió. Quizá había escuchado aquella voz demasiadas veces en sueños.

—Thamar.

Se giró. Durante unos segundos sus ojos intentaron reconocer al hombre extremadamente delgado que estaba frente a ella.

Después lo hicieron.

—Nur...

Se llevó las manos a la boca. Él quiso respirar. No pudo. Thamar corrió.

Lo abrazó. Y todo el desierto desapareció. El olor de su cabello. Su cuerpo contra el suyo. Las manos recorriendo su espalda como si necesitaran comprobar que existía. Su respiración en el cuello.

Nurveya cerró los ojos. No había serpiente en el desierto que pudiera competir con aquello.

—Nur...

Lo besó. Y él respondió.

Durante unos instantes no hubo Reino de los Siete Valles. Ni Perla. Ni misión. Ni Demiurgo. Ni Babaji. Sólo ellos.

Nurveya comprendió algo que ninguna meditación le había enseñado. Era fácil soltar aquello que había dejado de

importarnos. Lo verdaderamente difícil era permanecer libre delante de aquello que amábamos.

Thamar separó lentamente el rostro. Lo tocó. Como si todavía dudara de que fuera real.

—¿Has vuelto?

Nurveya la miró.

—Sí.

No era mentira. Había vuelto. Ella lo abrazó nuevamente.

—Sabía que volverías. No sé por qué, pero lo sabía.

Nurveya dejó que el amor lo atravesara. No lo rechazó. No intentó observarlo desde lejos. No lo llamó apego. No quiso trascenderlo. Lo sintió. Entero.

Thamar volvió a separarse. Entonces miró sus ojos.

—¿Qué te ha ocurrido?

—El desierto.

—No hablo de tu cuerpo.

Nurveya sonrió. Nunca había conseguido engañarla.

—He recordado.

Thamar dejó de respirar.

—¿Qué?

—Quién era.

Ella lo miró como si acabara de abrirse una puerta que llevaba años esperando.

—¿Quién eres?

Nurveya sintió todas las respuestas. Nur. Nurveya. El príncipe. El muchacho de los Siete Valles. El amigo de Óculus. El discípulo de Cassio. El hombre que la amaba. Y aquello que podía observarlos a todos.

Sonrió.

—Todavía estoy aprendiendo a responder esa pregunta.

Thamar comenzó a llorar y a reír al mismo tiempo.

—Sigues siendo insoportable.

Nurveya rio. Ella volvió a abrazarlo.

Por encima de su hombro miró hacia el desierto. Después hacia la montaña. No era todavía el momento de hablar de la Perla. Ni de la misión. Ni de marcharse. Mucho menos de pedirle que lo acompañara. Aquella noche sólo debía aceptar una verdad.

Amaba a Thamar. El desierto no lo había cambiado. Recordar tampoco.

Quizá despertar no exigiera dejar de amar. Quizá exigiera algo mucho más difícil:

amar sin desaparecer dentro de aquello que se ama.

La montaña volvió a temblar. Thamar levantó la cabeza.

—Últimamente ocurre continuamente.

Nurveya miró hacia el castillo.

No respondió. La serpiente sabía que había regresado. Y ahora él sabía algo que antes ignoraba. La serpiente no tendría que buscar cuál era su debilidad.

Acababa de abrazarla.

Dos hombres, dos miradas

Había pasado la noche junto a Thamar.No habían necesitado recuperar el tiempo perdido porque algunas ausencias no se rellenan hablando. Habían permanecido abrazados durante horas, como si los cuerpos pudieran asegurarse mutuamente que nada había cambiado.

Pero había cambiado todo.

Nurveya escuchaba su respiración. Sentía su calor contra el pecho, el peso leve de su brazo sobre él, el aroma de su cabello. Nunca había amado así a nadie.

Y precisamente por eso dolía.

Durante mucho tiempo había imaginado que despertar consistiría en descubrir la falsedad de las cosas. Que bastaría comprender el engaño para desprenderse de él.

Ahora sabía que no. Había cosas verdaderas dentro del sueño. Thamar era verdadera.

Óculus era verdadero. Cassio. Todo lo aprendido. Las personas a las que había ayudado. Las noches compartidas. Los errores. Las conversaciones. Philosophorum. Incluso él mismo, aquel Nur que había construido durante tantos años, había sido verdadero mientras lo había vivido.

La trampa de Oniria no consistía en ofrecer únicamente cosas falsas. La trampa perfecta era ofrecer cosas verdaderas en un lugar que no era el destino.

Cuando amaneció, Thamar seguía dormida. Nurveya retiró cuidadosamente su brazo, se vistió y salió sin despertarla. Tenía una última visita que hacer.

Subió lentamente. Había recorrido aquel camino muchas veces, pero nunca de aquella manera. La primera vez había ascendido hacia el castillo sintiéndose insignificante. Después lo había hecho como discípulo. Más tarde como colaborador, como hombre de confianza, casi como sucesor.

Ahora subía sin saber quién era para el hombre que lo esperaba arriba. Las puertas fueron abriéndose. Los guardias lo reconocían a pesar de su delgadez, de la barba crecida, de aquel aspecto que conservaba todavía algo del desierto.

Nadie preguntó nada. Atravesó los jardines, los corredores, el patio de la vieja higuera. La acarició al pasar. Recordó las palabras de Demiurgo la primera vez que estuvo allí: *«Somos viejos amigos»*. Sintió una ternura extraña.

Todo parecía estar despidiéndose de él sin saberlo.

Encontró al Conde en la terraza. Estaba de espaldas, mirando Oniria. No se volvió al escuchar sus pasos.

—Has vuelto.

—Sí.

—Sabía que lo harías.

Nurveya se detuvo a unos metros.

—Yo no.

Entonces Demiurgo se giró. Lo observó largamente.

No preguntó por su aspecto, ni por el desierto, ni por las semanas desaparecido. Sus ojos se detuvieron en los de Nurveya. Y algo cambió en su expresión.

—Has recordado.

Un escalofrío recorrió la espalda de Nurveya.

—¿Cómo lo sabes?

Demiurgo volvió la mirada hacia la ciudad.

—Porque ya no la miras como alguien que quiere poseerla.

Nurveya guardó silencio. Se acercó hasta la balaustrada. Los dos hombres contemplaron Oniria desde el mismo lugar, como nunca antes. Y, sin embargo, estaban viendo dos mundos diferentes.

—¿Qué has recordado? —preguntó finalmente Demiurgo.

Nurveya pensó en el juramento. Había cosas que no podía contar. Y otras que no sabía si quería hacerlo todavía.

—Quién era antes de cruzar las murallas.

Demiurgo asintió lentamente, sin sorpresa.

—Eso suele complicarlo todo.

Nurveya lo miró.

—¿Suele?

Una sonrisa cansada apareció en el rostro del anciano.

—No eres el primero que recuerda, Nurveya.

Escuchar su nombre completo en boca de Demiurgo tuvo un efecto extraño.

—¿También conocías mi nombre?

—Conozco muchas cosas. Algunas desde hace tiempo. Otras las he ido comprendiendo.

—¿Sabías quién era?

—No. Pero sabía que no eras Nur.

El silencio volvió a instalarse entre ambos. Nurveya sintió que todavía quedaban habitaciones dentro de aquel hombre cuyas puertas jamás había abierto.

—¿Y nunca me lo dijiste?

—¿De qué hubiera servido? Hay verdades que, cuando llegan antes de tiempo, se convierten simplemente en nuevas creencias. Tú necesitabas recordar, no creerme.

Aquella respuesta lo desarmó. Hasta entonces había imaginado aquel encuentro como una confrontación. De alguna manera esperaba encontrar a Demiurgo al otro lado de una frontera. Pero seguía siendo el mismo hombre del que tanto había aprendido.

Quizá por eso resultaba mucho más difícil.

—¿Tú también recuerdas? —preguntó.

Demiurgo tardó en responder.

—Lo suficiente.

—¿De dónde vienes?

—Ya no importa.

—A mí sí.

El Conde lo miró con una tristeza que Nurveya nunca había visto.

—Eso es porque acabas de recordar.

Dejó que la frase permaneciera entre ambos.

—Cuando yo llegué aquí también creía que los caminos tenían un destino —continuó—. Después comprendí que a veces el destino se construye permaneciendo.

—O se olvida permaneciendo.

Demiurgo sonrió.

—Ya veo que el desierto no te ha quitado la insolencia.

—Me ha quitado cosas más importantes.

—También te las devolverá Oniria si permaneces el tiempo suficiente.

Aquello sonó a advertencia. Nurveya miró la ciudad.

Miles de tejados descendían por la montaña. Calles, plazas, mercados, teatros, escuelas, hogares. Millones de personas comenzaban otro día creyendo que sus preocupaciones eran el mundo entero. Él había sido una de ellas.

—¿Por qué no se lo dices? —preguntó.

—¿El qué?

—Que están dormidos.

Demiurgo soltó una pequeña carcajada sin alegría.

—¿Y qué crees que ocurriría?

—Algunos despertarían.

—¿Y los demás?

Nurveya no respondió.

—Tú has necesitado años, una pérdida de memoria, riqueza, placer, conocimiento, poder, amor, un maestro, abandonar todo lo que tenías, atravesar el desierto, pasar hambre y enfrentarte a tu propia mente para comenzar a recordar quién eres. Y ahora imaginas que puedes bajar ahí y decirles: «Estáis dormidos».

Se volvió hacia él.

—Te matarían.

Nurveya pensó en Babaji.En las persecuciones. En el miedo extendiéndose por la ciudad.

—Quizá.

—No, Nurveya. No quizá. Lo harían. Porque no estarías intentando quitarles sus cadenas. Estarías intentando quitarles aquello que creen que son.

La frase penetró profundamente.

—Entonces ¿qué propones? ¿Mantenerlos dormidos?

—Propongo gobernar aquello que existe, no aquello que desearíamos que existiera.

—Con la Perla.

Demiurgo no se inmutó.

—También.

—Manipulando sus deseos.

—Ordenándolos.

—Alimentando sus miedos.

—Cuando es necesario.

—Haciéndoles creer que eligen.

—Eligen.

—Dentro de las opciones que vosotros construís.

Demiurgo lo miró fijamente.

—¿Y acaso tú has elegido alguna vez fuera de las opciones que eras capaz de imaginar?

Nurveya quedó callado. Otra vez. Siempre hacía lo mismo.

Demiurgo no rechazaba las preguntas. Las llevaba un paso más allá.

—No estoy justificándome —continuó el Conde—. Hace demasiado tiempo que dejé de necesitar hacerlo. Te estoy explicando el problema. Gobernar no consiste en elegir entre el bien y el mal. Eso es para los cuentos. Gobernar consiste casi siempre en elegir entre imperfecciones y cargar después con las consecuencias.

—Y con las consecuencias de las consecuencias.

Demiurgo sonrió.

—Veo que algo aprendiste de mí.

Nurveya también sonrió. Por un instante volvieron a ser maestro y discípulo. Y eso hizo todavía más doloroso lo que estaba ocurriendo.

—Quédate, Nurveya.

No hubo solemnidad.Lo dijo casi con cansancio.

—Ahora estás preparado de verdad. Antes quería entregarte Oniria porque habías aprendido a gobernarla. Ahora quiero entregártela porque has aprendido que no debes creer en ella.

Nurveya se volvió hacia él. Aquello no lo esperaba.

—Precisamente porque has despertado puedes hacerlo mejor que yo. Ya conoces la naturaleza de la Perla. Conoces el mecanismo. Has experimentado el poder y también su veneno. Sabes lo que significa ser pobre y ser príncipe. Has vivido abajo y arriba. Has conocido el placer, la ambición, el conocimiento, la compasión. Y ahora conoces el desapego.

Demiurgo extendió la mano hacia la ciudad.

—Todo esto puede ser tuyo.

Nurveya contempló Oniria.

—Eso ya me lo ofreciste.

—No. Antes te ofrecí poder. Ahora te ofrezco responsabilidad.

Aquello era mucho más peligroso.

—Hazlo mejor que yo.

Nurveya lo miró.

—¿Qué?

—Oniria.

Demiurgo parecía hablar con absoluta sinceridad.

—Corrige mis errores. Cambia lo que consideres necesario. Abre Philosophorum en todos los círculos. Educa. Reduce el sufrimiento. Limita a los Dugpas. Domina la Perla en lugar de servirla. Haz que la gente viva mejor. Incluso ayúdales a despertar hasta donde puedan soportarlo.

Se acercó un poco más.

—Haz el bien, Nurveya.

Ahí estaba. No riqueza. No fama. No placer. No conocimiento. Ni siquiera poder.

El bien. La última cadena.

Nurveya sintió que algo dentro de él se tambaleaba. Demiurgo lo percibió.

—Tú y Thamar podríais hacerlo.

El golpe encontró exactamente el lugar.

—Mi hija te ama. Y tú la amas de una forma que pocas veces he visto. Gobernad juntos. Construid una Oniria diferente. Yo desapareceré. Viviré entre mis árboles, leeré, caminaré,

esperaré tranquilamente que termine un tiempo que ha durado demasiado.

Nurveya no podía apartar los ojos de la ciudad. Podía verlo. Thamar junto a él. Philosophorum extendiéndose por los círculos. Óculus organizando estructuras. Cassio construyendo escuelas. Él reduciendo el poder de los Dugpas. La Perla utilizada de otra manera. Millones de vidas mejoradas. No había conocido tentación semejante. Porque ninguna parte de aquella imagen le parecía despreciable.

—¿Qué buscas fuera que no puedas construir aquí? —preguntó Demiurgo.

Nurveya cerró los ojos. Vio las montañas. El árbol. El rostro del rey Amadeus.

Recordó la voz que había escuchado antes de partir.

No olvides quién eres.

No olvides para qué vas.

Recuerda que tienes que volver.

Abrió los ojos.

—Mi casa.

Demiurgo señaló Oniria.

—Aquí está tu casa.

Nurveya negó lentamente.

—Eso creía.

—Aquí están tus amigos. Tu obra. Aquí está la mujer que amas. Aquí puedes hacer el bien. Aquí puedes ser rey. ¿Qué clase de casa puede ofrecerte más que eso?

Nurveya tardó en contestar.

—La que recuerdo.

Demiurgo lo observó durante mucho tiempo. No había enfado en sus ojos.

Había algo mucho peor. Comprensión.

—Entonces tienes un problema.

—Lo sé.

—No creo que lo sepas todavía.

Demiurgo caminó lentamente hasta la balaustrada.

—Porque marcharte no consiste en atravesar una puerta. Eso sería demasiado fácil. Marcharte significa abandonar a Óculus. A Cassio. Philosophorum. A las personas que confían en ti. Significa renunciar a todo lo que has construido.

Se detuvo.

—Y significa abandonar a Thamar.

Nurveya sintió el dolor físicamente.

—No quiero abandonarla.

—Entonces llévatela.

Nurveya lo miró.

—¿Me dejarías?

Demiurgo pareció sorprendido.

—Nunca ha sido mía.

La respuesta lo atravesó.

—Si quiere ir contigo, que vaya. Si quiere quedarse, que se quede. Amar no concede derechos de propiedad.

Nurveya bajó la mirada. Demiurgo acababa de quitarle incluso la posibilidad de convertirlo en enemigo.

—Pero antes tendrás que explicarle por qué —continuó—. Tendrás que mirar a los ojos a la mujer que amas y decirle que todo lo que habéis encontrado juntos no es suficiente para que te quedes.

—No es eso.

—Ya lo sé.

—Entonces no lo digas así.

—Yo lo sé, Nurveya. ¿Lo sabrá ella?

Silencio.

—Y hay algo todavía más difícil —continuó Demiurgo—. Tendrás que preguntarte si llamas despertar a algo que quizá sólo sea otra forma de deseo.

Nurveya levantó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que llevas toda tu vida persiguiendo algo. Primero riqueza. Después reconocimiento. Luego conocimiento. Propósito. Poder. Ahora quieres trascendencia.

La palabra quedó suspendida.

—¿Cómo sabes que no es simplemente la última ambición de Nur?

Nurveya sintió vértigo. El desierto entero pareció regresar. Demiurgo se acercó.

—Ten cuidado con eso. El ego es capaz de renunciar a un reino si a cambio puede imaginar que conquistará el Absoluto.

No supo responder. Y agradeció que Demiurgo no esperara una respuesta.

Los dos volvieron a mirar Oniria. Dos hombres. La misma ciudad. Dos miradas. Uno había pasado siglos aprendiendo a permanecer en ella. El otro comenzaba a recordar por qué debía marcharse.

Pasó mucho tiempo antes de que Demiurgo volviera a hablar. Cuando lo hizo, su voz había cambiado.

—Hay algo que todavía no me has dicho.

Nurveya esperó.

—No has venido únicamente a despedirte.

El corazón le golpeó con fuerza.

Demiurgo seguía mirando la ciudad.

—Has recordado quién eres. Has recordado de dónde vienes. Y supongo que también has recordado para qué viniste.

Nurveya sintió que el aire se detenía.

Demiurgo se volvió lentamente hacia él.

Ya no parecía el maestro.

Ni el gobernador.

Ni el padre de Thamar.

Parecía el hombre que llevaba siglos custodiando el secreto de Oniria.

—Has venido a por la Perla.

Y de nuevo desde que había regresado del desierto, Nurveya sintió miedo.

El que no duerme

—Te destrozará.

Demiurgo no hablaba como gobernador. Ni como maestro. Ni siquiera como custodio de Oniria. Hablaba como un padre que ve marcharse a un hijo hacia un lugar del que quizá no regrese.

—Antes podrías haber tenido alguna posibilidad. Ahora no. La serpiente lleva semanas en un estado que jamás había visto. Ha matado incluso a quienes llevan siglos cuidándola. Y si ella no acaba contigo, lo harán los que viven de ella.

Nurveya lo escuchó sin apartar la mirada.

—No tengo miedo.

No había desafío en sus palabras. Ni valentía. Ni siquiera resignación. Simplemente no tenía miedo.

—Todos vamos a morir, Demiurgo. Si hoy fuera mi día, no se me ocurre una forma mejor que hacerlo intentando cumplir aquello para lo que nací.

Demiurgo bajó la mirada. Durante siglos había aprendido a decidir sobre la vida de millones de personas. Había ordenado guerras, sofocado rebeliones, permitido sacrificios que consideró necesarios y cargado después con sus muertos.

Pero no pudo ordenar que detuvieran a Nurveya. Quizá porque una parte de él deseaba saber qué ocurriría. O quizá porque, en algún lugar muy antiguo de sí mismo, recordaba todavía a aquel hombre que también había llegado un día hasta la Perla.

—Ve.

Fue lo único que dijo.

La puerta se cerró a su espalda. Nurveya comenzó a descender. Nunca había estado allí.

Durante años había recorrido Oniria de abajo arriba. Había atravesado sus círculos, aprendido sus reglas, conquistado sus salones, conocido sus secretos. Pero ahora descendía hacia algo que estaba debajo de todos ellos. Hacia aquello sobre lo que todo había sido construido.

La temperatura aumentaba a medida que bajaba. También el olor. No era simplemente humedad, azufre o podredumbre. Había algo orgánico, antiguo, como si las paredes hubieran absorbido durante siglos el miedo, el deseo y la desesperación de millones de seres humanos.

Escuchó voces. Después carreras. Al llegar a la última galería contempló el caos.

Los Dugpas corrían de un lado a otro tratando de controlar algo que hacía mucho había dejado de obedecerles. Unos transportaban recipientes de agua. Otros arrojaban peces vivos. Algunos recitaban fórmulas que se perdían entre golpes, siseos y gritos.

Uno de ellos reparó en Nurveya. Se hizo el silencio. Los demás fueron girándose.

Y entonces también ella lo vio. La serpiente se detuvo.Todo quedó inmóvil.

Nurveya comprendió inmediatamente lo que estaba ocurriendo. Lo había reconocido. No sabía cómo podía saberlo, pero lo sabía. Aquella criatura llevaba semanas sintiéndolo.

Él era la perturbación. La anomalía. El hombre que había comenzado a retirar su atención del sueño.

Los Dugpas se dispusieron a cerrarle el paso, pero la serpiente elevó lentamente la cabeza. Nadie tuvo que dar una orden. Se apartaron. Aquello era entre ellos dos.

Nurveya descendió el último tramo. Entonces pudo verla por completo. Nada de lo que había encontrado en el desierto podía compararse con aquello.

Su cuerpo era gigantesco. Las escamas parecían contener colores que cambiaban con la luz. Su respiración movía el aire de la caverna. Y detrás de ella, casi oculta por sus anillos, había algo que irradiaba una claridad imposible.

La Perla.

Nurveya no la miró. Todavía no.

La serpiente se elevó frente a él. Sus ojos encontraron los suyos. Y comenzó. No atacó su cuerpo. Atacó su historia.

Nurveya volvió a verse entrando en Oniria. Joven. Desconcertado. Ambicioso. Vio a Óculus. Los primeros negocios. El dinero. La sensación embriagadora de descubrir que podía doblegar la realidad si comprendía suficientemente bien a las personas.

Vio los locales llenos. Las noches. El alcohol. Los cuerpos. La excitación. La música. El juego. El deseo creciendo de mesa en mesa. Recordó el placer que había sentido al ver colas frente a sus negocios. Miles de personas deseando entrar. Miles queriendo participar de aquello que él había creado.

Lo vio claro. La serpiente había estado allí. Siempre. Alimentándose. No de sus cuerpos. De su atención. De su deseo. De la envidia de quienes querían entrar. De la vanidad de quienes conseguían hacerlo. De la frustración de quienes no

podían. De la excitación de quienes buscaban una noche más intensa que la anterior.

Había comido de todo aquello. Y él la había alimentado. Nurveya sintió vergüenza.

La serpiente avanzó. Aparecieron otras imágenes.

Su ascenso. El príncipe Nur. La admiración. El prestigio. Las personas pronunciando su nombre. Su deseo de alcanzar los círculos superiores. La necesidad de demostrar que podía hacerlo.

Más alimento.

Después llegaron los libros. Cassio. La filosofía. El conocimiento. La satisfacción íntima de saber más que otros. El placer refinado de comprender lo que la mayoría ignoraba. La soberbia disfrazada de búsqueda.

Más alimento.

Llegó Philosophorum. Aquello dolió más. Se vio hablando ante hombres y mujeres que lo escuchaban fascinados.

Pensad. Creced. Desarrollad vuestro potencial. Convertíos en aquello que podéis llegar a ser.

Miles de personas saliendo de sus centros deseando transformarse. Deseando saber. Deseando mejorar. Deseando alcanzar una versión superior de sí mismas.

Deseando. Siempre deseando.

La serpiente no distinguía entre deseos nobles e innobles. Comía identificación.

Nurveya sintió que las piernas le fallaban. Todo aquello de lo que estaba orgulloso aparecía ahora bajo otra luz.

Había alimentado a la serpiente con placer. Pero también con conocimiento. Con ambición. Con esperanza. Incluso con bondad.

La serpiente acercó la cabeza. Nurveya podía sentir su respiración. Y comprendió lo que estaba haciendo.

No le mostraba ninguna mentira. Ésa era su fuerza. **Todo era verdad.**

Era él frente a él.

La culpa apareció. Y con ella el deseo inmediato de defenderse.

Yo no sabía. Pensamiento. Lo dejó pasar.

También hice cosas buenas. Pensamiento. Lo dejó pasar.

Ayudé a mucha gente. Pensamiento. Lo dejó pasar.

Mis intenciones eran buenas. Otro pensamiento. Respiró.

El desierto regresó a él.

Respirar. Observar. Dejar pasar.

No necesitaba defenderse. No había ningún tribunal. Nadie le estaba juzgando. Salvo él.

Miró nuevamente aquellas imágenes. Y no huyó de ninguna.

Sí. Había sido ambicioso.

Sí. Había manipulado.

Sí. Había utilizado las debilidades humanas.

Sí. Había buscado reconocimiento.

Sí. Había sentido vanidad.

Sí. Había confundido conocimiento con sabiduría.

Sí. Había hecho el bien y también se había alimentado de sentirse bueno haciéndolo.

Sí. Todo aquello era él.

O mejor dicho: **todo aquello también había sido él.**

Y no necesitaba destruirlo. Nur no era el enemigo de Nurveya. Había sido su camino.

La serpiente retrocedió ligeramente.

Entonces apareció Óculus. Su amigo. Su hermano. La persona con la que había construido una vida entera. Sintió su ausencia antes de haberlo abandonado.

Cassio. Sus conversaciones. Los libros. Las discusiones interminables. La mirada satisfecha del maestro cuando el discípulo comprendía.

Philosophorum. Las escuelas. Los alumnos. Las personas que confiaban en él.

Demiurgo. Aquel anciano imposible que le había enseñado más sobre el poder que todos los libros que había leído.

Oniria entera. Sus calles. Sus noches. Su casa. La terraza. La ciudad iluminada bajo sus pies.

La serpiente fue tensando uno a uno todos los hilos. Nurveya sintió que le desgarraban por dentro.

Y entonces llegó Thamar. No Saba. Thamar. Dormida junto a él. Su respiración. Su cuerpo. Su risa. La primera mirada. El beso que debía ser el último. Las conversaciones. La admiración. La ternura. El deseo. El descubrimiento de que otro ser humano podía llegar a convertirse en un lugar donde descansar del mundo.

Aquello sí dolió. Nurveya perdió la respiración. La serpiente lo supo. Se acercó. Abrió las fauces. Podría haberlo devorado.

Nurveya cerró los ojos.

Thamar. Respiró.

No quiero perderla. Respiró.

Quiero volver con ella. Respiró.

Quiero llevármela. Respiró.

No expulsó ningún pensamiento. No luchó contra ninguno. Los contempló.

Amaba a Thamar. Profundamente. Y no necesitaba dejar de amarla.

Eso también lo comprendió. Despertar no consistía en dejar de amar.

Consistía en **dejar de poseer aquello que se ama**.

Una lágrima descendió por su rostro. La serpiente esperó.

Pero la lágrima cayó al suelo. Y nada ocurrió.

Entonces llegó el último ataque. El más sutil.

Nurveya se vio a sí mismo en el Reino de los Siete Valles. Recordó al rey Amadeus. Recordó el árbol. Recordó su infancia. Recordó a Babaji. Recordó la misión.

Soy Nurveya. El pensamiento apareció nítido.

Vengo del Reino de los Siete Valles. Otro.

He venido a recuperar la Perla. Otro.

He despertado. Nurveya abrió los ojos.

La serpiente permanecía frente a él. Y entonces comprendió. Sonrió.

Hasta aquello. Hasta la identidad que acababa de recuperar podía convertirse en otra cárcel. Había pasado años siendo Nur.

Ahora podía pasar el resto de su existencia orgulloso de ser Nurveya. El iniciado. El despierto.El hombre que había vencido a Oniria. El elegido para recuperar la Perla. Una identidad aparentemente espiritual podía encerrar tanto como la de un príncipe.

La serpiente abrió las fauces.

Nurveya permaneció inmóvil.

Soy Nurveya. Lo dejó pasar.

Vengo del Reino de los Siete Valles. Lo dejó pasar.

Tengo una misión. Lo dejó pasar.

Debo recuperar la Perla. También.

La mente quedó en silencio. Ya no había príncipe. Ni discípulo. Ni amante. Ni sabio. Ni gobernante. Ni elegido. Ni siquiera alguien que necesitara despertar.

Quedaba aquello que había estado presente antes de todos los nombres.

El que había observado a Nur. El que ahora observaba a Nurveya. El que contemplaba los pensamientos sin ser ninguno. El que había estado siempre allí.

No encontró palabras. Porque cualquier palabra habría sido otra cosa observada. Simplemente era.

La serpiente atacó. Su cabeza se lanzó hacia él con una velocidad imposible.

Los Dugpas retrocedieron. Nurveya no se movió. No había ningún lugar al que huir.

Los colmillos se detuvieron a centímetros de su rostro. La respiración del animal golpeó su piel.

Nurveya la miró. Sin desafío. Sin odio. Sin miedo.

Y entonces sucedió algo que ninguno de los presentes había visto jamás. La serpiente no encontró nada contra lo que luchar.

Buscó miedo. No encontró resistencia.

Buscó deseo. No encontró persecución.

Buscó identidad. No encontró nombre.

Buscó culpa. No encontró defensa.

Buscó orgullo. No encontró a nadie que necesitara vencerla.

La serpiente que nunca dormía no tenía de qué alimentarse.

Nurveya levantó lentamente una mano. No para tocarla. No para dominarla.

Simplemente la dejó suspendida entre ambos.

Y sintió una compasión inesperada. La serpiente tampoco era el enemigo. Ella hacía lo que era. Había cumplido su función desde tiempos que nadie recordaba. Tentaba porque debía tentar. Ataba porque debía atar. Defendía el sueño porque ésa era su naturaleza.

Y entonces comprendió algo que cambió el significado de todo su viaje.

Oniria tampoco había sido un error.

¿Cómo habría aprendido a despertar si nunca hubiera dormido?

¿Cómo habría aprendido a desprenderse si jamás hubiera poseído?

¿Cómo conocer el poder sin ejercerlo?

¿Cómo trascender el conocimiento sin haberlo amado?

¿Cómo saber qué significaba soltar si nunca hubiera tenido entre sus brazos algo que deseara conservar para siempre?

El Reino de los Siete Valles podía haberle explicado todo aquello. Babaji podía habérselo enseñado. Amadeus podía haberle hecho aprender de memoria cada una de aquellas verdades.

Pero saberlas no habría servido. Había tenido que olvidarlas. Había tenido que perderse. Había tenido que convertirse en otro. Porque sólo quien se pierde puede experimentar qué significa encontrarse.

Y sólo quien ha dormido sabe qué significa despertar.

Miró a la serpiente.

—Gracias.

Nadie comprendió aquella palabra. Quizá ni siquiera él completamente.

La serpiente descendió lentamente la cabeza. Sus anillos dejaron de tensarse. El enorme cuerpo se acomodó sobre la piedra. Los ojos permanecieron todavía unos instantes clavados en los suyos. Después los párpados descendieron.

La serpiente que nunca dormía cerró los ojos.

Entonces apareció la Perla. Ya no había nada entre ella y Nurveya.

Su brillo llenaba la gruta. Era hermosa más allá de cualquier descripción. No reflejaba la luz: parecía producirla.

Nurveya dio un paso. Y la Perla entró en él. No físicamente. En su mente.

Vio Oniria transformada. Una ciudad sin hambre. Sin miseria. Sin las chabolas que había encontrado al salir al desierto. Vio Philosophorum extendido por todos los círculos. Escuelas. Hospitales. Arte. Conocimiento. Personas desarrollando lo mejor de sí mismas. Vio desaparecer parte del poder de los Dugpas. Vio una sociedad más justa. Más consciente. Más humana. Se vio gobernando. No como Demiurgo. Mejor. Y junto a él estaba Thamar. Más hermosa con los años. Su compañera. Su amor. Vio hijos. Vio amigos. Óculus envejeciendo a su lado. Cassio discutiendo todavía sobre libros. Vio generaciones pronunciando su nombre con gratitud. Vio siglos.

La Perla podía dárselos. Podía disponer de tiempo suficiente para corregir cada error. Para aliviar cada sufrimiento. Para convertir Oniria en aquello que siempre había soñado. No le estaba ofreciendo el mal.

Le estaba ofreciendo **el bien**. Todo el bien que un hombre pudiera imaginar.

Nurveya lloró. Aquella sí era la tentación perfecta.

Comprendió a Demiurgo. Lo comprendió completamente, como nunca antes. Quizá siglos atrás aquel hombre había estado exactamente donde estaba él.

Quizá había mirado la Perla y había pensado: *Puedo utilizarla para hacer el bien.*

Y después un día. Y otro. Y un siglo. Y otro.

Hasta que ya no recordó si gobernaba Oniria o era Oniria quien lo gobernaba a él.

Nurveya se arrodilló frente a la Perla. No sabía cuánto tiempo permaneció así.

Hasta que una frase surgió de algún lugar que no parecía ser la mente.

No has venido para eso. Nada más.

No decía que aquello fuera malo. No decía que Oniria debiera ser destruida. No decía que amar fuera un error. No decía que ayudar a los demás careciera de sentido.

Simplemente: **No has venido para eso.**

Nurveya extendió las manos. La Perla quedó entre ellas.

Y antes de levantarla comprendió la última diferencia. No era suya. Nunca lo sería. No había vencido a la serpiente para poseerla. No había atravesado Oniria para conquistarla. No había recuperado la memoria para convertirse en alguien superior.

Había venido a buscar algo que debía devolver.

Tomó la Perla. Su luz recorrió su cuerpo. Durante un instante sintió el poder de millones de deseos humanos latiendo entre sus manos.

Podría haber hecho cualquier cosa. No hizo nada. La guardó.

Los Dugpas permanecían inmóviles. Ninguno trató de detenerlo. Habían pasado siglos inclinándose ante una serpiente que creían invencible. Y acababan de ver a un hombre vencerla sin luchar.

No sabían qué era aquello. Poder no. Conocían demasiado bien el poder. Era otra cosa.

Nurveya comenzó a subir las escaleras. A su espalda, la serpiente dormía.

Entendió la razón de quien le puso el nombre que le habían dado durante siglos.

La serpiente que nunca duerme.

Qué equivocados habían estado. La serpiente vivía precisamente del sueño. Del sueño de los hombres. De su identificación. De su olvido. De la persecución interminable de aquello que prometía completarles.

Ella también formaba parte de Oniria.

Nurveya salió del templo. El aire exterior golpeó su rostro. Respiró.

La ciudad continuaba allí. Nada parecía haber cambiado y, sin embargo, todo era distinto.

Millones de personas seguían corriendo detrás de sus asuntos. Comerciaban. Discutían. Se enamoraban. Mentían. Rezaban. Trabajaban. Se divertían. Sufrían. Soñaban.

No sintió superioridad hacia ninguna. Hacía muy poco tiempo él había corrido junto a ellas. Quizá mañana volvería a dormirse.

Despertar no era un título. Era una atención que debía conservarse.

Miró hacia el desierto. Más allá estaban las montañas. Más allá, su casa. Podía marcharse. Había recuperado la Perla. Había cumplido la misión. Sólo tenía que caminar. Pero no lo hizo.

Giró lentamente la cabeza. En algún lugar de aquella ciudad estaba Thamar. Y descubrió que todavía quedaba algo que no quería trascender. Algo que no deseaba contemplar como un

pensamiento y dejar pasar. Algo a lo que quería aferrarse con las dos manos.

Sonrió con tristeza. Después de todo, seguía siendo humano.

Y antes de abandonar Oniria debía intentarlo una vez más.



A miles de kilómetros de allí

Cuando María terminó de leer, ninguna de las dos habló. Estela permanecía al otro lado del teléfono. María cerró el libro, pero dejó la mano sobre la cubierta.

Había demasiados espejos en aquellas páginas.

—Tita...

—Dime, cariño.

—¿Cómo sabes si tú también has olvidado para qué viniste?

María abrió la boca para responder, pero no encontró nada que decir. Miró alrededor. Su casa. Los objetos de siempre. Su vida aparentemente en orden. La pregunta no le pareció una de aquellas ocurrencias de Estela, sino un camino.

—No lo sé —respondió al fin.

Estela tampoco dijo nada. María sonrió.

—Supongo que darse cuenta de que puedes haberlo olvidado ya es una forma de empezar a recordar.

Al otro lado se escuchó una respiración profunda.

—Tita...

—¿Sí?

—¿Y si yo también lo he olvidado?

María apoyó la espalda en el sillón.

—Entonces tendremos que averiguarlo.

—¿Las dos?

—Las dos.

Colgaron poco después.

A miles de kilómetros de distancia, una adolescente y una mujer permanecieron unos instantes en silencio, mirando dos vidas completamente diferentes.

Y, sin saberlo, acababan de hacerse la misma pregunta que Nurveya:

¿Para qué he venido?



La puerta del adiós

La orden recorrió Oniria sin pregoneros y sin carteles. **Muerto.**

No había instrucciones para capturarlo ni interés alguno en interrogarlo. Quien llevaba la Perla no podía ser detenido: debía ser eliminado.

Pero algo extraño estaba ocurriendo. La ciudad había dejado de temblar.

La Perla descansaba en la mano de Nurveya mientras descendía por las calles y, a cada paso que daba alejándose del templo, una calma desconocida parecía extenderse detrás de él. No era paz. La paz exige algo más. Era desconcierto.

Como cuando se detiene de pronto una música que llevaba tanto tiempo sonando que nadie recordaba que la estaba escuchando.

Las personas seguían caminando, comerciando, discutiendo, deseando, amando. Pero algo había perdido intensidad. Los miedos parecían menos urgentes. Los deseos menos imprescindibles. Las ambiciones seguían allí, aunque ya no quemaban de la misma manera. Algunos se detenían sin saber por qué. Otros miraban alrededor. Y algunos experimentaban algo todavía más inquietante: no sabían exactamente qué querían.

Oniria estaba despertando. O quizá solamente había dejado de soñar el mismo sueño.

Nurveya no podía saberlo. Tampoco era ya asunto suyo.

Descendió evitando las avenidas principales. Las patrullas recorrían las calles buscando a alguien cuya descripción no

podían hacer pública sin revelar aquello que durante siglos había permanecido oculto.

Caminaba deprisa, pero sin correr.

Respirar. Caminar. Observar.

La Perla parecía pesar cada vez más en su mano.

Podía haber huido directamente hacia las murallas. No lo hizo. Le quedaba algo. O alguien.

Cuando Thamar oyó abrirse la puerta, corrió hacia la entrada. Llevaba horas esperando aquel sonido.

—Nur... Cuando desperté no estabas.

Se abrazaron.

Durante unos instantes no hubo Oniria. No hubo castillo. No hubo Perla. No hubo misión.

Sólo dos seres que habían aprendido juntos una forma de amor que ninguno sabía que existía.

Thamar fue la primera en separarse.

—¿Qué ha ocurrido? Hay algo extraño en la ciudad.

Nurveya abrió la mano. La Perla descansaba sobre su palma.

Thamar retrocedió. No necesitó explicación.

—Dios mío...

Su mirada voló inmediatamente hacia la montaña. Hacia el castillo. Hacia su padre.

—¿Qué has hecho?

—Lo que vine a hacer.

—¿Lo que viniste a hacer?

Thamar levantó los ojos hacia él. Y entonces comprendió. El desierto no le había devuelto al hombre que se había marchado.

—Tú no viniste a Oniria por casualidad.

—No.

—¿Y mi padre?

Nurveya guardó silencio. No podía hablar. El juramento seguía siendo un juramento, incluso cuando ya no existía miedo a sus consecuencias.

Thamar miró otra vez la Perla.

—Será el caos.

—Es posible.

—¿Posible? Nur, estamos hablando de millones de personas. No puedes destruir el equilibrio de una ciudad porque hayas descubierto que ese equilibrio no te gusta.

—No lo estoy destruyendo.

—Has arrancado aquello alrededor de lo cual lleva siglos funcionando.

—Precisamente.

Thamar lo miró con una dureza que él nunca había visto en Saba.

—Estás decidiendo por todos ellos.

Nurveya permaneció en silencio. La acusación encontró dónde clavarse.

—Llevas años diciéndome que nadie debe ayudar a otro más de lo que quiere ayudarse a sí mismo. Que no podemos imponer a nadie nuestra visión del bien. ¿Y ahora decides que

millones de personas deben vivir sin aquello que ha sostenido su mundo?

Nurveya bajó la mirada hacia la Perla. Durante un instante volvió a dudar. Quizá la última gran tentación no tuviera forma de serpiente. Quizá tuviera razón.

—Puede que la tengas —respondió finalmente.

Thamar pareció sorprendida.

—Entonces devuélvela.

Nurveya negó lentamente.

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo no voy a decirles cómo deben vivir. Tampoco voy a gobernarlos. Ni voy a construir el mundo que considero mejor. Ni siquiera sé si será mejor sin ella.

—Entonces no te entiendo.

Nurveya cerró la mano alrededor de la Perla.

—Tu padre utilizaba su poder para conducirlos. Yo sólo voy a dejar de hacerlo.

—Pero la gente puede equivocarse.

—Se equivocará.

—Puede destruirse.

—También.

—Puede elegir volver a ser esclava.

—Puede.

Thamar sintió rabia.

—¿Y eso te parece libertad?

—Eso **es** la libertad.

El silencio que siguió fue doloroso. Nurveya comprendió entonces algo que Philosophorum jamás había podido enseñar. La libertad no consiste en conseguir que los demás elijan correctamente. Consiste en aceptar que pueden elegir lo que nosotros consideramos equivocado.

Incluso cuando los amamos. Especialmente cuando los amamos.

Miró a Thamar. Y supo que había llegado la última prueba.

—Ven conmigo.

Ella cerró los ojos. Había temido aquellas palabras desde que lo vio entrar.

—No me pidas eso.

—No te lo pido porque te necesite. Te lo pido porque te amo. No le debes nada a Oniria. Ni a tu padre. Ni al castillo. Ni siquiera a la mujer que has creído ser. Podemos cruzar el desierto. Hay algo más allá. Mucho más de lo que imaginamos.

Thamar comenzó a llorar.

—Lo sé.

—Entonces ven.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo.

Nurveya sintió cómo algo se desgarraba dentro de él.

La serpiente no había conseguido hacerle sentir aquel dolor.

—¿Por qué?

—Porque me iría por ti.

Nurveya calló.

—Tú has necesitado toda una vida para descubrir que querías marcharte. Yo lo haría esta noche porque te amo. No sería libertad, Nur. Sería cambiar una cadena por otra infinitamente más hermosa.

Aquellas palabras atravesaron todas sus defensas.

—Podríamos ser felices.

—Muchísimo.

Y eso lo hizo todavía más insoportable.

—Quizá como nunca lo hemos sido —continuó ella—. Pero seguiría sin saber quién soy. Antes fui la hija de Demiurgo. Después fui Saba para dejar de serlo. Y si ahora me marcho contigo, seré la mujer de Nurveya. Siempre alguien al lado de alguien.

Lo miró.

—Tú has encontrado tu camino. Déjame encontrar el mío.

Nurveya quiso discutir. Quiso convencerla. Quiso explicarle todo lo que había comprendido. Quiso salvarla.

Y entonces comprendió que hacerlo sería dejar de amarla.

Respiró. La miró.

Ya no vio a la mujer que quería llevarse. Vio a un ser recorriendo su propio camino.

—No sé si volveré —dijo.

Thamar tragó saliva.

—Lo sé.

—Ni siquiera sé si volveremos a encontrarnos.

—También lo sé.

Nurveya sintió la necesidad desesperada de prometer algo. Otra vida. Otro momento. Un reencuentro. Cualquier futuro que hiciera soportable aquel presente.

Pero amar también era no mentir.

Se acercó. Apoyó la frente contra la de ella.

—Gracias por haberte cruzado conmigo.

Thamar cerró los ojos.

—Gracias por haberme visto.

Se besaron. No como quien promete. Como quien agradece.

Y Nurveya salió de la casa. No volvió la cabeza.

Oniria se convirtió durante el descenso en un inmenso libro abierto. Allí estaba el muchacho que había llegado sin pasado. El aventurero. El empresario. El seductor. El príncipe. El discípulo de Óculus. El alumno de Cassio. El compañero de Saba. El amante de Thamar. El protegido de Demiurgo. El hombre que había querido conquistar la ciudad. Y el hombre que había querido salvarla.

Todos habían sido él. Y ninguno lo era ya.

Pasó junto a lugares donde había ganado fortunas. Calles donde pronunciaban su nombre con admiración. Edificios que había levantado. Centros de Philosophorum donde había creído encontrar finalmente el propósito de su existencia.

No sintió desprecio. Eso también habría sido permanecer atado. Había amado aquella ciudad. Había aprendido allí. Había sufrido. Había hecho daño. Había ayudado. Había

despertado y se había vuelto a dormir cientos de veces sin saberlo.

Oniria no había sido un error. Había sido el camino. Pero los caminos no son lugares donde quedarse.

Las patrullas pasaban cada vez más cerca.

Respirar. Caminar. Soltar.

Al fondo apareció la última muralla. Y en ella, pequeña, casi insignificante, la puerta por la que había salido hacia el desierto.

La Puerta del Adiós.

Entonces se detuvo. Recordó. Para atravesarla debía hacerlo desnudo. Nadie podía sacar nada de Oniria.

Miró la Perla. Todo su cuerpo se paralizó. No. No podía ser.

Había vencido a la serpiente. Había atravesado el desierto. Había recuperado la memoria. Había renunciado al poder. Había dejado a Thamar. Y ahora descubría que la propia ciudad contenía una última trampa.

Podía llegar hasta la salida. Pero no podía llevarse aquello que había venido a buscar. Soltó una carcajada amarga. Qué perfección. Oniria permitía marcharse a cualquiera. Siempre que no se llevara nada.

Miró hacia atrás. En algún lugar de aquella montaña los dugpas descendían buscándolo. No había tiempo.

Entró en el pequeño recinto anterior a la puerta. Un guardia señaló su ropa.

—Ya conoce las normas.

Nurveya se desvistió. Una prenda. Otra. Cada una cayó al suelo como una identidad abandonada.

Finalmente quedó desnudo.

El guardia reparó en su mano cerrada.

—Eso también.

Nurveya miró el puño. Lo abrió. La Perla parecía contener una luz imposible. Durante un instante pensó en dejarla allí. Quizá ésa fuera la última enseñanza. Renunciar incluso a la misión.

Pero algo en lo más profundo de él se negó. No había atravesado Oniria para poseer la Perla. Había venido a llevarla al Reino de los Siete Valles.

Y entonces hizo lo único que se le ocurrió. Se la introdujo en la boca. Y tragó. Sintió cómo descendía por su garganta.

El guardia lo observó extrañado. Nurveya sonrió.

—Ya no llevo nada.

El hombre revisó su desnudez.

—Puede marchar.

Nurveya atravesó la puerta. El sol del desierto golpeó su cuerpo. Había dado apenas unos pasos cuando comprendió lo que acababa de hacer.

Se detuvo. La Perla. El estómago. Los ácidos la disolverían indefectiblemente. Sintió un vértigo brutal. Había cometido un error. Un error absurdo. Después de todo. Después de tanto.

Había destruido la Perla.

Se llevó las manos a la cabeza. No. No podía ser. Había llegado hasta el final para fracasar a un paso de conseguirlo.

Pensó en regresar. ¿Para qué? La Perla ya no existía.

Pensó en Thamar. La había dejado.

Pensó en Demiurgo. Había rechazado su mundo.

Pensó en Oniria. Ya no le pertenecía.

Pensó en el Reino de los Siete Valles. ¿Qué iba a decir cuando llegara?

He fracasado.

La frase cayó dentro de él como una piedra. Había recuperado la memoria, pero no sabía quién era. No era el príncipe Nur. No era el sucesor de Demiurgo. No era el amor de Thamar. Ya no era siquiera el hombre que había recuperado la Perla.

Todo había desaparecido.

Miró hacia atrás. La muralla se elevaba enorme.

Durante unos instantes deseó que Thamar apareciera por aquella puerta.

No apareció nadie. Miró hacia delante. Desierto. Nada más.

Y entonces comprendió que no quedaba ninguna decisión que tomar.

No tenía nada. No esperaba nada. No sabía siquiera si había cumplido aquello para lo que había nacido. Sólo podía hacer una cosa.

La misma que había aprendido cuando todavía necesitaba aprenderlo todo.

Respirar. Dio un paso. Caminar. Otro.

El sol quemaba. La arena se clavaba en sus pies desnudos.

La mente gritaba fracaso. La dejó gritar. Soltar.

Y continuó caminando. Detrás quedaba Oniria. Delante, no sabía qué.

Nur había desaparecido. El príncipe había desaparecido. El gobernante había desaparecido. El amante había quedado atrás. La Perla había desaparecido.

No quedaba nada que pudiera llamar suyo.



Fracasar hasta morir

El camino sabía a fracaso. No traía nada de vuelta. No regresaba el príncipe Nur. No regresaba el gobernante que había aprendido los secretos del poder. No regresaba el amante de Thamar. No regresaba el fundador de Philosophorum.

Y, sobre todo, no regresaba la Perla.

Durante los primeros días imaginó muchas veces su llegada al Reino de los Siete Valles. Veía al rey Amadeus esperando. Se veía acercándose hasta él. Extendía las manos. Vacías. Había partido para cumplir una misión y regresaba sin aquello que había ido a buscar.

La mente intentaba una y otra vez reconstruir el fracaso.

Había vencido a la serpiente. Había tenido la Perla entre sus manos. La había sacado del templo. Había renunciado al poder. Había dejado atrás a la mujer que amaba. Había llegado hasta la última puerta. Y allí, en el último instante, había destruido aquello por lo que todo había sucedido.

Era difícil imaginar una derrota más perfecta.

Cuando aquellos pensamientos aparecían, Nurveya volvía a lo único que conservaba.

Respirar. Caminar. Soltar.

Y poco a poco ocurrió algo extraño. El fracaso comenzó a dejar de doler. No porque encontrara una explicación que lo justificara. Ni porque imaginara que el rey Amadeus lo perdonaría. Sino porque empezó a dejar de necesitar que su historia hubiera salido bien.

Había sucedido. Eso era todo.

Una mañana descubrió que llevaba varias horas caminando sin haber pensado una sola vez en la Perla. Otra, que no había imaginado a Thamar desde el amanecer.

Sintió miedo. ¿Cómo podía no pensar en ella?

Se detuvo.

Durante unos instantes quiso recuperar deliberadamente su rostro, su voz, sus manos, aquella primera mirada, el primer beso, las noches en las que habían descubierto juntos territorios del alma que ninguno sabía que existían. Y comprendió algo.

No estaba dejando de amarla. Estaba dejando de poseerla en su pensamiento. El amor permanecía. El sufrimiento de necesitarla comenzaba a desaparecer.

Siguió caminando.

Atravesó los primeros valles completamente desnudo.

Las gentes de las aldeas lo observaban con escándalo. Las madres apartaban a los niños. Algunos hombres se reían. Otros lo miraban con desprecio.

Una anciana le arrojó una túnica.

—¡Cúbrete, indecente!

Nurveya recogió la prenda. La sostuvo unos instantes. Hacía frío. Se la puso. Y siguió caminando.

Le sorprendió descubrir que estar vestido o desnudo le resultaba igualmente indiferente.

En otra aldea quisieron saber quién era.

—¿De dónde vienes?

Nurveya señaló hacia el horizonte.

—De allí.

—¿Y adónde vas?

Miró las montañas.

—Allí.

—¿Pero quién eres?

Nurveya sonrió. Hacía algún tiempo habría necesitado una larga respuesta.

Ahora ninguna palabra parecía contenerlo.

—No lo sé.

Y siguió caminando. El hombre que le había preguntado lo vio alejarse convencido de haber hablado con un loco.

Quizá tuviera razón.

Algo comenzó a cambiar a medida que avanzaba. Al principio Nurveya pensó que podía deberse al hambre, al agotamiento o incluso a algún efecto producido por la Perla al deshacerse en su interior.

Los colores parecían distintos. No más intensos. Más verdaderos.

Los contornos de las cosas perdían aquella separación absoluta con que los había percibido siempre. Los árboles parecían continuar en la tierra, la tierra en el aire, el aire en los animales que lo respiraban.

Los aromas dejaron de ser simplemente agradables o desagradables. Las flores hablaban a los insectos. La humedad anunciaba el agua. Los animales dejaban rastros invisibles en el viento. Los pájaros parecían escribir sobre el cielo mensajes que no necesitaban palabras.

Nurveya se preguntó si estaría alucinando.

Pero apareció otra posibilidad. Quizá no estuviera comenzando a percibir cosas que no existían. Quizá estuviera dejando de ignorar algunas que siempre habían estado allí.

Se sentó junto a un arroyo. Respiró. El agua corría. Los insectos volaban sobre ella. Una hoja descendió hasta la superficie y desapareció corriente abajo.

No había nada extraordinario. Y, sin embargo, todo era extraordinario.

Extrañamente no sintió necesidad de comprenderlo. Cassio habría buscado una explicación. Óculus habría tratado de descubrir cómo utilizarlo. El príncipe Nur habría pensado qué posibilidades escondía.

Nurveya simplemente miró.

Y por unos instantes desapareció incluso el que miraba.

Sólo hubo agua. Aire. Sonido. Respiración. Después volvió. Y continuó caminando.

Algunos días más tarde alcanzó la barrera de nubes. La recordó.

Aquel laberinto blanco que había atravesado hacía tantos años le había parecido entonces amenazador. Una extensión sin referencias donde era imposible saber si avanzaba, retrocedía o caminaba en círculos.

Ahora entró sin miedo. No necesitaba saber dónde estaba a cada instante. Caminó.

La humedad refrescó su piel quemada. Respiró profundamente.

El aire cargado de agua entró en sus pulmones y tuvo la extraña sensación de que no era él quien respiraba. La respiración simplemente sucedía.

Intentó detenerse. El cuerpo continuaba pidiendo aire.

Inspiraba. Espiraba. Sin órdenes. Sin voluntad. El corazón latía de la misma manera. La sangre circulaba. Las células vivían. El cuerpo caminaba.

Y apareció una pregunta que creía haber respondido en el desierto: **¿Quién soy yo?**

No obtuvo respuesta. Esta vez no la buscó. Siguió caminando.

Durante un tiempo imposible de medir sólo existieron el blanco, la humedad y los pasos. Hasta que la luz comenzó a atravesar la niebla. Primero tenuemente. Después como una claridad que parecía proceder de todas partes. Finalmente salió de las nubes.

Las cumbres del Reino de los Siete Valles aparecieron ante él. Se detuvo. Las recordaba. Pero no eran las mismas. O quizá quien no era el mismo era él.

Cuando las primeras personas lo reconocieron, la noticia corrió hacia palacio.

Nurveya había regresado.

No hubo trompetas. No hubo celebraciones. No hubo multitudes. Alguien se acercó y colocó sobre sus hombros una túnica limpia.

Nurveya se dejó vestir. Continuó caminando.

El palacio apareció entre las montañas. Le pareció más pequeño de lo que recordaba. Y al mismo tiempo infinitamente más hermoso. No había en él la grandeza intimidatoria del

castillo de Demiurgo. No pretendía dominar el paisaje. Formaba parte de él. Piedra sobre piedra. Árboles. Agua. Luz.

Entonces los vio. Los reyes habían salido a recibirlo.

Nurveya se detuvo frente a ellos. Durante unos segundos nadie habló.

Amadeus lo contempló. Buscó en aquel cuerpo consumido por el ayuno y el camino al joven que había enviado tantos años atrás. Lo encontró. Y no lo encontró.

Nurveya abrió las manos. Estaban vacías.

No pidió perdón. Ya no sentía necesidad de hacerlo. Tampoco explicó lo sucedido.

Había ido a buscar la Perla. No la traía. Eso era todo.

El rey tampoco preguntó por ella.

Un sirviente se acercó portando una capa púrpura. Nurveya la reconoció. La última vez que la había sentido sobre sus hombros, su peso le había parecido insoportable. Representaba todo aquello que esperaba llegar a ser. Rey.

Amadeus tomó la capa y la colocó sobre él. Nurveya ni siquiera bajó la mirada para contemplarla. No sintió orgullo. Tampoco rechazo. Era una tela. Nada más.

Amadeus sonrió. Y comenzó a caminar. Nurveya lo siguió.

Atravesaron en silencio el palacio hasta llegar al patio.

Entonces lo vio. El árbol de las Perlas. Se detuvo.

Había pensado muchas veces en él durante sus primeros años en Oniria, hasta que también aquel recuerdo había desaparecido.

Sus ramas se extendían hacia el cielo cargadas de historias. Algunas estaban secas. Otras apenas mostraban vida. En otras brillaban pequeñas perlas.

Nurveya buscó instintivamente la suya. Encontró la rama. La que llevaba su antiguo nombre. Ya no languidecía. Estaba cubierta de hojas.

Y en su extremo... Nurveya dejó de respirar.

Una Perla brillaba bajo el sol.

La misma. No una parecida. No otra.

La Perla.

Su mente intentó ponerse en marcha. No podía ser. La había tragado. La había destruido. La había perdido. La había...

Se detuvo. Respiró. Y miró. No necesitó saber cómo. Algo comenzó a abrirse en su interior.

Recordó la voz de Babaji muchos años atrás, antes de atravesar las nubes.

No olvides quién eres.

No olvides para qué vas.

Recuerda que tienes que volver.

Había creído que eran tres advertencias. Ahora comprendía que quizá sólo había sido una.

Había olvidado quién era. Y entonces había olvidado para qué estaba allí.

Cuando recordó quién era, el regreso había comenzado por sí mismo.

Miró la Perla. Después sus manos vacías. Y algo parecido a una sonrisa apareció en su rostro.

Amadeus se acercó.

Nurveya esperaba una explicación. No llegó.

El rey lo abrazó. No como se abraza al héroe que regresa victorioso. Ni al hijo que vuelve a casa.

Lo abrazó como se recibe a alguien que acaba de nacer.

Cuando se separaron, Nurveya volvió a mirar el árbol.

—Pensé que había fracasado —dijo.

Amadeus sonrió.

—Era necesario.

Nurveya lo miró.

—¿Necesario fracasar?

—Necesario que muriera el que necesitaba triunfar.

Nurveya guardó silencio.

El viento movió suavemente las ramas.

—Entonces... ¿he terminado?

Amadeus soltó una pequeña carcajada.

—¿Terminado?

Se acercó a la balaustrada del patio. Desde allí podían verse las montañas elevándose unas detrás de otras hasta perderse en una lejanía azulada.

—Oniria sólo era una escuela.

Nurveya sintió algo estremecerse en su interior.

—¿Una escuela para qué?

Amadeus tardó en responder.

—Para aprender a despertar de aquello que crees real.

Nurveya miró hacia las montañas.

—¿Y esto?

Amadeus también las contempló.

—Esto es lo que ahora crees real.

Nurveya volvió lentamente la cabeza. Durante un instante sintió vértigo.

El Reino. Babaji. Amadeus. El árbol. La capa. Él mismo.

—Entonces... ¿también tendré que dejar todo esto?

Amadeus no respondió. No hacía falta.

Nurveya levantó los ojos.

Más allá de las montañas sólo había cielo.

Algo se abrió dentro de él para entender que regresar al Reino de los Siete Valles tampoco era regresar al origen. Era regresar al lugar desde el que podría continuar.

Había aprendido a abandonar una ciudad. Algún día tendría que aprender a abandonar un reino.

Había aprendido a soltar sus riquezas. Después su poder. Después su conocimiento. Después a la mujer que amaba. Después su misión.

Algún día quizá tendría que soltar algo mucho más difícil. **A sí mismo.**

Sintió la capa sobre los hombros. No pesaba. Ya no necesitaba ser rey. Quizá por eso empezaba a estar preparado para aprender a serlo.

Amadeus miró la Perla que brillaba en el árbol. Después lo miró a él.

—Hoy empieza todo.

Guardó silencio.

—Hoy eres una Perla.



El principio del final

Durante unos segundos ninguna de las dos habló.

María había terminado de leer, pero seguía mirando la última página como si todavía quedara algo escrito después de la última línea. Estela tampoco preguntó nada.

Había aprendido a esperar.

Al principio escuchaba la historia queriendo saber qué ocurriría después. Con el tiempo había empezado a ocurrirle algo distinto. Ya no pensaba tanto en Nurveya, Thamar, Óculus o Demiurgo como personajes de un cuento. Los encontraba fuera.

En personas. En conversaciones. En ella misma.

A veces iba por la calle y tenía la extraña sensación de reconocer Oniria.

—Tita...

—¿Sí?

—¿A que no te has fijado en una cosa?

María sonrió.

—Después de todo esto, me da miedo preguntarte en qué.

—En tu nombre.

—¿En mi nombre?

—Sí.

María esperó.

—Tú eres mi tita Mari.

—Hasta ahí llego.

Estela se rio.

—No. Escúchalo bien.

Pronunció muy despacio.

—Ti... Tha-Mar... i.

María dejó de sonreír.

Al otro lado del teléfono Estela esperaba.

—Thamar —dijo María finalmente.

—Eso.

María miró el libro.

En aquel momento sintió la necesidad de volver a la portada.

El himno de la perla.

Pasó los dedos sobre el título.

—Qué tontería... —murmuró.

Pero no le pareció una tontería.

—Tita...

—Dime.

—¿Tú crees que Nurveya volvió alguna vez?

María tardó en responder. Había leído aquella historia entera y, sin embargo, comprendió que no sabía contestar.

—No lo sé.

Estela guardó silencio.

—Yo creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque si no hubiera vuelto...

Hizo una pausa.

—...¿quién habría contado la historia?

María sintió un escalofrío. No respondió. Durante unos segundos sólo escuchó la respiración de Estela al otro lado del teléfono.

Después la niña preguntó:

—¿Y dónde crees que está ahora?

María miró hacia la ventana.

La ciudad seguía allí. Coches. Luces. Gente regresando a sus casas. Ventanas encendiéndose. Personas caminando deprisa hacia algún lugar.

Le pareció reconocerla.

—No lo sé, cariño.

Estela tampoco respondió. Y durante unos segundos ninguna de las dos hizo otra cosa.

Respirar. Nada más.

¿Te puedo pedir un favor?

Si te ha gustado el libro, y consideras que puede ser útil para alguien, ¿Dedicarías un minuto a entrar en Amazon y escribir una reseña del libro?

Eso nos ayudaría a todos a compartir los valores y métodos reflejados en el libro.

O comentar lo que te sugiera en cualquiera de las redes sociales.

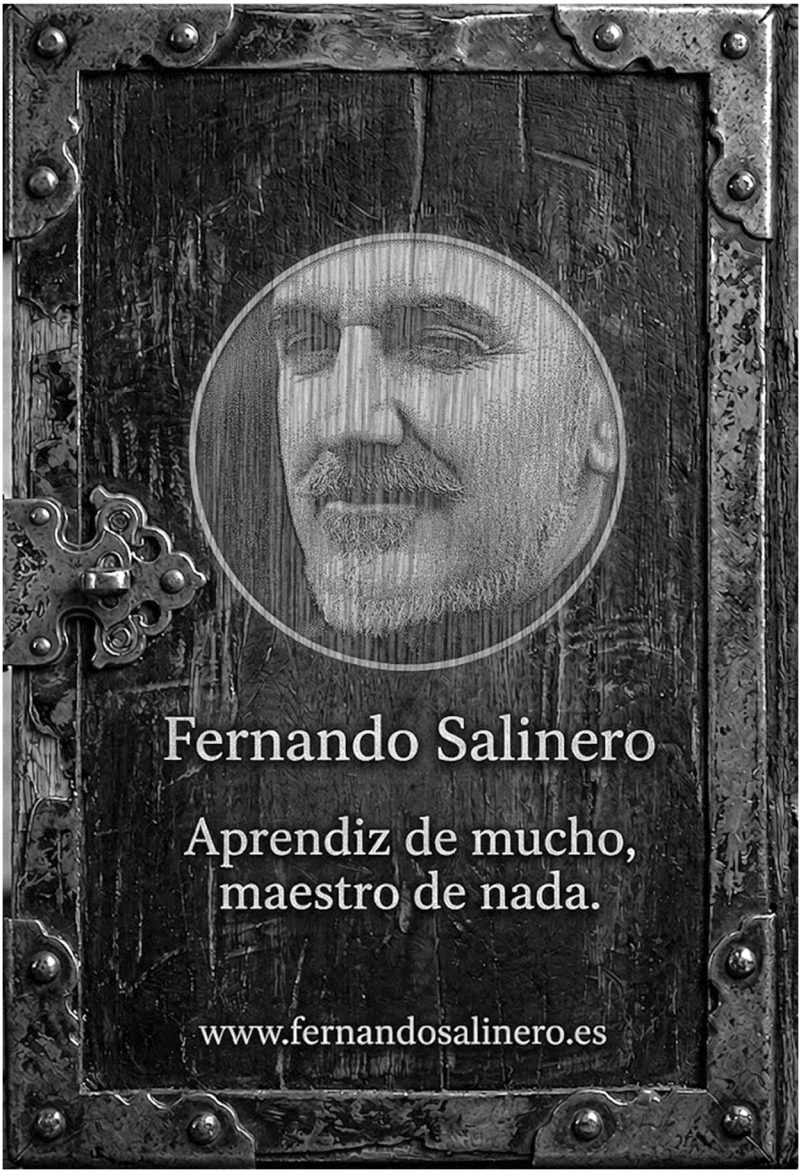
Fernando Salinero



Contenido

La promesa ..... - 5 -
El respeto hacia la magia ..... - 10 -
Nurveya ..... - 16 -
El Maestro del Viaje ..... - 26 -
El inicio del viaje ..... - 40 -
Frente a la ciudad ..... - 58 -
Los primeros pasos ..... - 72 -
Dos ciegos ..... - 80 -
El primer plan ..... - 102 -
Del banco a la calle ..... - 116 -
Cuando la vida cambia, te cambia tu vida ..... - 124 -
La noche y el alba ..... - 133 -
Las mil direcciones del futuro ..... - 143 -
Las puertas se abren, se ve el cielo ..... - 151 -
El ascenso ..... - 161 -
La verdad detrás de la apariencia ..... - 171 -
El precio de la bondad ..... - 181 -
La letra con fiebre entra ..... - 191 -
Un propósito ..... - 200 -
La llamada ..... - 210 -
Los sueños se cumplen ..... - 214 -
Explícame ..... - 224 -
Volver al mundo ..... - 233 -

La segunda invitación ..... - 243 -
El timón del barco ..... - 250 -
En un reino muy lejano ..... - 259 -
El pacto de silencio ..... - 269 -
Si comes, come; si caminas, camina ..... - 283 -
El templo de la Perla ..... - 293 -
La perturbación de la onda ..... - 315 -
Ayunar de Oniria ..... - 329 -
Cien monedas ..... - 343 -
El hombre que queda ..... - 354 -
Recuperar la mente ..... - 361 -
El dolor de la abstinencia ..... - 367 -
La serpiente que nunca duerme ..... - 375 -
La vuelta a la tela de araña ..... - 383 -
Dos hombres, dos miradas ..... - 402 -
El que no duerme ..... - 414 -
A miles de kilómetros de allí ..... - 428 -
La puerta del adiós ..... - 430 -
Fracasar hasta morir ..... - 441 -
El principio del final ..... - 452 -


Fernando Salinero
Aprendiz de mucho,
maestro de nada.
www.fernandosalinero.es